



EMMA DONOGHUE

TOCANDO TIERRA

Lectulandia

Tocando tierra es una deliciosa historia de amor de las de toda la vida, con una mirada bien asentada en el siglo veintiuno. Esta comedia romántica explora los placeres y los disgustos de las relaciones a larga distancia... que tanta gente hoy en día mantiene a través del teléfono, de Internet o convirtiéndose en pasajeros frecuentes. Síle es una urbanita dublinesa. Auxiliar de vuelo que acaba de entrar en la cuarentena, siente cierto desasosiego tanto en su vida profesional como en su vida doméstica. Jude es una canadiense de veinticinco años que dirige un pequeño museo y que se siente tozudamente apegada a su pueblecito Irlanda, en Ontario, donde nació y se crió. En el primer vuelo de Jude, sus dos mundos se tocan y se entrelazan en el aeropuerto de Heathrow. En el curso del año siguiente, sus vidas (llenas de mujeres, compromisos y complicaciones) entrarán en una nueva órbita de inestabilidades. Esta historia chispeante, vivaz y muy moderna explora cuestiones tradicionales: ¿Importa más el lugar en el que vives que con quién compartes la vida? ¿Qué serías capaz de sacrificar por amor? ¿Sería una estupidez hacerlo?

Lectulandia

Emma Donoghue

Tocando tierra

ePub r1.0

Titivillus 06.03.16

Título original: *Landing*
Emma Donoghue, 2008
Traducción: Alberto Mira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Cris, por quien cualquier viaje vale la pena.

Nota

Irlanda, Ontario, ocupa en el mapa la misma posición que la auténtica Dublín, Ontario, pero por lo demás es del todo ficcional. Además, la línea aérea irlandesa para la que trabajan mis protagonistas es ficticia.

Nochevieja

Desorientación (de desorientar, perder el oriente).

(1) Pérdida del sentido de la posición o de la dirección.

(2) Confusión mental.

Con el paso del tiempo, Jude Turner recordaría la del treinta y uno de diciembre como la última mañana en que su vida había sido firme, aprehensible, de una pieza.

Había dormido desnuda y no soñó. Se despertó a las seis, como cada día, en la casa de Irlanda, Ontario, que la había visto nacer; no tenía despertador. Tras ponerse el viejo albornoz, echó un vistazo rápido a su rostro alargado en el espejo del baño mientras se lavaba la cara con agua fría; se humedeció el pelo y estiró el brazo para alcanzar las gafas rectangulares de montura negra. Los escalones tercero y octavo crujieron bajo sus pies, y la estufa estaba casi apagada; metió unos maderos entre los rescoldos. Se bebió el café sin leche que había vertido en un tazón moldeado por ella misma a los siete años.

Mientras daba caladas a su segundo cigarrillo, el alba empezó a despuntar. Observó el jardín trasero a través de una rejilla de carámbanos de medio metro, preguntándose si las marcas sobre la nieve serían huellas de mapache. Enseguida se pondría a limpiar la nieve del sendero de entrada, y luego despejaría también el de los Petersons. Su vecino del otro lado era Bub, un desplumador de pavos algo críptico, con un tupido bigote. Lo normal sería que su madre se hubiera levantado ya, y se hubiera puesto los rulos, pero desde el segundo día de Navidad Rachel Turner estaba con su hermana en Inglaterra. El silencio goteaba como si fuera aceite en los oídos de Jude.

Antes de las siete se disponía a salvar las tres manzanas que la separaban del museo, para adelantar trabajo antes de que comenzasen los visitantes o la gente que venía a ofrecerle algún pellejo raído, ya que aquella tarde tenía una reunión sobre los malos resultados de la campaña navideña de recaudación de fondos. A los veinticinco años, Jude, comisaria del museo, tenía la edad de los nietos de buena parte de los miembros del comité.

El teléfono sonó estridente y, aunque estuvo a punto de no contestar, lo hizo. Más que la voz, lo que reconoció fue el acento.

—¡Louise! ¡Feliz Navidad! ¿Por qué hablas en voz baja? —Jude interrumpió el confuso monólogo de su tía—. ¿Qué quieres decir con que está pachucha?

—Lo que pasa es que no creo... —Louise se interrumpió y subió la voz—: Estoy al teléfono, Rachel, voy enseguida.

Jude extinguió el cigarrillo mientras imaginaba la casa en Inglaterra, en una ciudad llamada Luton, aunque nunca la había visto.

—Dile a Mamá que se ponga, ¿quieres?

En lugar de responder, su tía exclamó:

—¡Pon el agua a calentar, por favor! —Luego cuchicheó en el auricular—. Un segundito.

Mientras esperaba, Jude notó que empezaba a invadirla la irritación. Su tía siempre había sido muy amiga de la ginebra; ¿podía ser que estuviera borracha ya, a las —comprobó el reloj de pared y añadió cinco horas— once y media de la mañana?

Louise regresó al teléfono y habló en el estilo de una representación teatral *amateur*:

—Tu madre está preparando el té.

—¿Qué sucede? ¿Se encuentra mal?

—No es de las que se quejan, y no le he dicho que iba a llamarte —susurró su tía—, pero yo diría que tendrías que pasarte a recogerla y acompañarla de vuelta a casa.

Pasarte a recogerla, como si Luton estuviera a un par de kilómetros. Jude no pudo evitar que su voz restallase como un látigo.

—¿Me puedes poner con mamá?

—¡La tetera amarilla! —gritó Louise—. La otra es para infusiones de hierbas. Y un par de galletitas de jengibre Atkins. —Más tranquila, añadió—: Jude, querida, me tengo que ir, a las doce tengo taichi... Hazme caso, te lo digo en serio, necesita a su hija...

La comunicación se cortó. Jude se quedó mirando el auricular y lo depositó en su sitio.

Buscó el número en la manchada agenda que tenía en la encimera de la cocina, pero sonó cuatro veces y luego se oyó el mensaje en el tono cauto de Louise:

—Ha llamado usted al 3688492...

—Yo otra vez, Jude —dijo al contestador—. Mira no he entendido qué sucede. Me gustaría que mamá me llamara enseguida. —Rachel tenía que estar lo suficientemente bien para usar el teléfono si andaba haciendo té.

Jude se preparó unos copos de avena, para dejar pasar un poco de tiempo. Pero a las dos cucharadas se había quedado sin apetito.

Aquello era absurdo. A los sesenta y seis, delgada y despierta, la madre de Jude jamás había ido al médico excepto para vacunarse contra la gripe. No le gustaba demasiado viajar, pero se le daba bien. Louise tenía seis años más. ¿O eran siete? Si a Rachel le pasaba algo grave de verdad (dolores o fiebre, un bulto o sangre) Louise lo habría dicho. Al pensar sobre la conversación, Jude se dio cuenta de que su tía había sonado evasiva, casi paranoica. ¿Serían señales de senilidad?

Jude volvió a marcar el número de Luton y volvió a saltar el contestador. Esta vez no dejó mensaje porque sabía que iba a salirle demasiado agresivo. ¿Cómo podían haberse ido las dos hermanas un minuto después de preparar una tetera?

El estómago se le convirtió en un nido de serpientes. Pasarse a recogerla, así, tan fácil. El Atlántico se extendió ante su mente, un extenso horror gris.

No se trataba realmente de fobia. Lo que sucedía es que jamás había sentido la necesidad o la inclinación de subirse a un avión. Se trataba de una de esas cosas que la gente daba por sentado que eran obligatorias, como apuntarse a un gimnasio o los teléfonos móviles. Jude había pasado estupendamente el primer cuarto de siglo de su vida sin tener que subirse a un avión. En febrero, por ejemplo, cuando gran parte de los habitantes de Ontario volaban como golondrinas tiritantes a México o Cuba, ella prefería subir a las montañas Pinery a esquiar. Un par de años antes, para ir a la boda de una de sus primas en Vancouver, se había tomado una semana para ir y otra para volver, durmiendo en el asiento trasero de su Mustang. Y aquel verano en que sus amigos del instituto habían estado de gira por Europa, Jude había estado en el norte, plantando árboles para comprarse su primera motocicleta. No era asunto de nadie si prefería quedarse en tierra.

Tu madre está pachucha. ¿Qué podía significar eso?

Ninguna de las dos volvió a llamar. El asunto, se dijo, seguro que resultaría ser simplemente una fantasía cara e inoportuna de su tía. Pero con la caligrafía firme y un poco infantil que no había cambiado desde primaria, empezó a escribir un letrero que decía «CERRADO POR EMERGENCIA FAMILIAR» para colgarlo a la puerta del museo de sala única.

Rizla se tomó la tarde libre en el garaje para llevarla al aeropuerto en su nueva camioneta naranja. Iba con un chaquetón de piel curtida de Ben Turner; Jude la había encontrado en una funda de la tintorería en el sótano, años después de que su padre emigrase a Florida, y le producía un escalofrío agri dulce ver que Rizla la llevaba encima de una camiseta White Snake manchada de aceite de motores.

Unas motas blancas se estrellaban contra el parabrisas; los caminos rurales estaban cubiertos por una gruesa capa de nieve. Jude dio una profunda calada al cigarrillo que compartían.

—Y entonces, ¿por qué cuando te llamé me salió con que «esta línea se encuentra sin servicio»?

—Un malentendido de los gilipollas de la compañía de teléfonos —dijo hablando sólo por un lado de la boca.

—No sé. —Un segundo después preguntó—: ¿A cuánto te salen los plazos de la camioneta?

—Es chula, ¿eh?

—Chulísimo el color calabaza que tiene. ¿A cómo son los plazos?

Rizla mantuvo la mirada fija en la carretera.

—A la larga, el alquiler sale mejor.

—Pero si no puedes ni pagar la factura del teléfono...

—Mierda, si vas a aplicarme el tercer grado sobre mi presupuesto hasta que lleguemos a Detroit, ya puedes ir sentándote detrás.

—Vale, vale. —Jude le pasó el cigarrillo—. ¿Y por qué no me han devuelto la llamada? He dejado tres mensajes —murmuró, consciente de que se repetía.

—Igual tu madre tiene algo inmencionable —sugirió—; no te olvides de que es inglesa.

—¿A qué te refieres? ¿Sangre en las heces?

—Sífilis. Ladillas.

Le dio un tirón de orejas y Rizla aulló de dolor. Ella le arrebató el cigarrillo y se lo fumó hasta el filtro.

—Seguro que a esas dos se les han hinchado las narices de estar juntas —dijo un minuto después—. Mis hermanas se tiraban de los pelos. Literalmente.

—¿Todas?

—Bueno, sobre todo las del medio. —Rizla era el quinto en una familia mohawk y holandesa de once hermanos. Como hija única, Jude siempre había sentido fascinación por los Vandeloos.

—Pero si sólo es eso, ¿por qué no envía a mamá a un hotel? ¿Por qué me hace recorrer medio mundo con el estribillo de que «necesita a su hija»?

—Inglaterra no está a medio mundo, es más como un cuarto —dijo Rizla rascándose el sobaco con el aire complaciente de un tipo que ha estado en Bangkok—. Pero ¿lo que te preocupa es el estado de mamá Turner o que al final tengas que subirte a un avión?

Jude encendió otro cigarrillo.

—¿Por qué la llamas así?

—¿Y por qué no? Cuando trae su pequeña Honda para que le dé un repaso siempre se me queda mirando fijamente y me llama «Richard».

—Es que es tu nombre.

Él respondió con un gruñido.

Cuando se sacó la coleta negra del cuello de la camisa ella notó por vez primera algunos mechones grises.

—Sobre todo es por lo de volar —reconoció—; ya empieza a entrarme mareo.

—Tómate un par de whiskys y arreglado. De hecho tiene gracia ver que pierdes la compostura, por una vez. Todos te ven tan madura... —añadió Rizla con una mueca. Fingió un temblor en la voz—: La chica de los Turner, que puso en marcha el museo, tiene los pies bien plantados en el suelo.

La imagen se le antojó a Jude espesa, y se visualizó inmóvil en un lodazal. Cambió de tema y se puso a hablar de hockey. Mientras Rizla se explayaba sobre las posibilidades de los Leafs de superar la eliminatoria, ella analizaba palabra por palabra su conversación con Louise.

Al aparcar, señaló hacia un cartel que rezaba: «UN BESO Y A VOLAR», y frunció los labios como una gárgola. Ella por su parte le tiró de la coleta y salió del coche a la intemperie.

El aeropuerto de Detroit era peor que un centro comercial: luces fluorescentes,

anuncios, niños perdidos, maletas amortajadas en envoltorio de plástico... Jude hizo cola en varios mostradores hasta que la pusieron en la lista de espera para Heathrow de una compañía irlandesa de la que nunca había oído hablar. Dio gracias por haberse sacado el pasaporte el año anterior a causa de la nueva legislación de fronteras de los Estados Unidos. Entonces se produjo una conmoción cuando quiso pagar en efectivo (había vaciado su cuenta aquella mañana).

—No pueden rechazarme simplemente porque no tengo tarjeta de crédito — insistió.

Avanzó hacia seguridad en calcetines y tuvo que comprar un sobre acolchado para enviar a casa su navaja multiusos y que no se la confiscasen. «Que el vuelo esté lleno»; entonces podría llamar a Luton con la conciencia tranquila después de haberlo intentado. Pero, en la puerta de embarque, la mujer con el uniforme verde y un gorrito cilíndrico leyó una lista de nombres que incluía el de Jude Turner.

«Salgo para Inglaterra», se dijo, en un intento de generarse entusiasmo, pero su imaginación sólo le ofrecía la guardia real en las postales con correas de piel de oso apretadas contra la barbilla. Al recorrer el túnel que la llevaba hacia el avión, tenía la lengua pegada al paladar. Montañas envueltas en niebla, las alas que ardían, terroristas suicidas... «Esos miedos son simplemente clichés —se dijo—. Venga, ¿qué posibilidades hay de que suceda algo de eso?».

Mareo

VIAJAR: trasladarse de una parte a otra por aire, mar o tierra (en inglés, *TRAVEL*, de la misma etimología que TRABAJAR).

TRABAJAR (del latín medieval *tripalium*, instrumento de tortura con tres estacas): esforzarse, cansarse, sufrir.

Jude estaba a diez mil metros de altitud, y apretaba los párpados. Ignoraba el olor a vómito de la bolsa de papel de cera que el viejo a su izquierda había embutido en el bolsillo del asiento. Seguro que se había sentido demasiado avergonzado como para pedir a alguien de la tripulación que se la llevase; igual tenía resaca tras celebrar el año nuevo con adelanto.

Después del largo y chirriante despegue («no va a pasar nada, no va a pasar nada», se había repetido Jude sintiendo en el cuerpo el tirón de la gravedad) pensó que lo peor ya había pasado. Pero la sensación de sentirse atrapada sólo se había acentuado con el paso de las horas. Todos los compartimentos superiores estaban llenos, cada centímetro del suelo lo ocupaban bolsas de equipaje: ¡menuda cantidad de basura arrastraba la gente por el mundo! Jude rezaba para que la noche acabase y ella llegase sana y salva a Heathrow, donde, según la pantalla que tenía encima, eran las cuatro y veintinueve del 1 de enero. En casa todavía era el año pasado; eso tenía gracia, o la habría tenido si en aquellos momentos algo pudiera parecerle divertido. ¿Eran las zonas horarias sólo cosa de tierra o también funcionaban en el aire? ¿Qué hora era aquí arriba en el negro vacío donde el avión parecía estar colgado totalmente inmóvil?

El pasado mes de mayo, Jude había pasado un día y una noche cuidando un bebé, y la experiencia le había enseñado que el tiempo era un invento humano. Por supuesto, el planeta tenía su pulso: luz y oscuridad, invierno y verano. Pero los humanos, con sus alambicados arreglos habían dejado atrás el tiempo de la tierra hacía mucho. A los dos meses, Lia dormía y se despertaba según le dictaba su pequeño cuerpo, y mientras bostezaba por encima de aquella aromática cabecita a las cuatro de la mañana, Jude había llegado a la conclusión de que la noche y el día, las horas y las semanas eran simplemente ficciones (¿acaso la Revolución Francesa no había impuesto la semana de diez días, tal como recordaba? Eso no habría tenido aceptación). Y hay que ver la que se armaba con las fiestas de Nochevieja, con la gente gritando: «Ni hablar de salir a fumar ahora, faltan tres minutos y te lo vas a perder», como si realmente hubiera algo que uno pudiera perderse.

Jude se arqueó en el asiento para estirar la espalda. En las películas los aviones parecían muy espaciosos, pero aquello le parecía el transporte con que los cerdos se

llevan al matadero. Ella sólo medía uno setenta y cinco y apenas le quedaba espacio para las rodillas. ¿Cómo se las arreglaban los tipos altos? A su derecha, al otro lado del pasillo, había una monja cuyo cuerpo desbordaba el reposabrazos, concentrada en un libro titulado *La Biblia de Poisonwood*. A la izquierda de Jude estaba el vomitador, con la cabeza tirada hacia atrás y los pálidos párpados cerrados. Su maletín se le clavaba a ella en el tobillo; ¿era un ejecutivo de segunda de una multinacional pasada la edad de jubilación? Pobre tipo, aunque Jude preferiría que estuviera en cualquier sitio del mundo excepto repantigado y punzante en el asiento contiguo.

Sin piedad, agotada y rígida como un destornillador: ¡menuda manera de recibir el año nuevo! Jude intentó recordar la última vez que había pasado tanto tiempo sin un cigarrillo, con la excepción del sueño. Cuando cumplió quince años le había pedido el primero de su vida a una niña con trenzas cuyo nombre no acababa de recordar. Ahora sentía el paquete en el bolsillo de la camisa, acariciando provocador la piel de su esternón. Las palmas de sus manos estaban húmedas. Intentó cruzar las piernas, pero no había espacio, así que se conformó con cruzar los tobillos.

Pachucha... ¿qué había querido decir Louise? Rachel Turner nunca estaba pachucha, ni siquiera cuando enfermaba. No le gustaba quejarse, y era de trato fácil en la convivencia (Anneka, una amiga de Jude, consideraba que la idea de compartir casa con la madre de una era algo curiosa; aducía que se llevaba mucho mejor con la suya, que vivía en Estocolmo, ahora que sólo se comunicaban por *webcam*). Jude empezó a hacer una lista de todas las enfermedades que Rachel podía haber contraído desde que partió de Ontario seis días antes, eliminando las que le impedirían ir por casa haciendo té. Luego se ordenó a sí misma dejarlo estar. No podía soportar a la gente que se ponía histérica.

Jude arrancó la revista de la compañía de su funda de plástico: Ojos de Irlanda, se llamaba (en casa, iba por la mitad de *La letra escarlata*, pero recordó que en el caos de la partida se lo había dejado en la mesita de noche). El editorial proponía «la reconversión a compañía de bajo coste y precios bajos para canalizar los desafíos que la competitividad presentaba hoy día». Leyó por encima artículos sobre lenguaje corporal, «Estrategias de supervivencia para guerreros de autopista», cocina criolla. Durante unos instantes, estuvo entretenida con los anuncios; se preguntó quién compraría un CD con el sonido de las olas sobre guijarros o una Burbuja de Oxígeno Inflable para escapar de un hotel en llamas.

Sintió la fatiga en los ojos. Los cerró y respiró honda y pausadamente. Imaginó que estaba en el viejo centro de reunión cuáquero en Coldstream, donde iba cada domingo. Espera. Céntrate. Se abrirá el paso. O, tal como lo expresaba cuando era una adolescente inquieta. ¡Calla y escucha! Escuchar... pero ¿a quién? A los cuáqueros se les daban mejor las preguntas que las respuestas. Mierda, tendría que haber llamado a los Petersons; ¿quién les llevaría a la congregación?

La ventana era una bolita ovoide de oscuridad. La verdad es que no había por qué

preocuparse, se dijo Jude, no era más que una gran carroza de acero en el cielo. Simplemente un enorme, ronroneante autobús con aire por debajo de las ruedas. Aire negro infinito fuera de las ventanas y muy poco en el interior. Jude emitió un profundo suspiro.

—Los pobres que van en cabina sólo tienen la quinta parte del oxígeno que les llega a los pilotos. Lo vi en un documental de la MTV —le había contado Rizla durante el viaje en coche—. Eso es lo que causa migrañas y coágulos, el síndrome de muerte súbita del lactante y toda esa mierda.

A Jude se le ponía la piel de gallina y tenía jaqueca. Había tomado un whisky en lugar de la pechuga de pollo rellena, pero no había servido de nada. Se habría dejado cortar un dedo a cambio de un cigarrillo. A pesar de la rigidez del cuello, consiguió echar un vistazo hacia la cabina en penumbra. Los pasajeros dormitaban apoyados como marionetas y con las mantas verdes envolviéndoles hasta la barbilla; ¿cómo lo conseguían? Jude empezó a bajar el respaldo de su asiento, pero en cuanto sintió el contacto con una rodilla, soltó el botón y volvió a ponerlo recto. Ahora le parecía que estaba demasiado hacia adelante. Pensó en la cama que aparecía en un relato de Edgar Allan Poe que le había leído a Rizla una noche sin sueño: la cama que esperaba hasta que uno se dormía antes de cerrarse como una boca.

El olor a vómito que emanaba de la bolsa de papel empezaba a hacerse insoportable. Su compañero de asiento dormía con la boca abierta, inocente como un bebé. A Jude se le ocurrió sacar la bolsa ella misma y deshacerse de ella, pero temió que estuviera húmeda; carecía de la facilidad de su amiga Gwen para lidiar con funciones corporales (a Gwen le encantaba horrorizar a sus nuevas amistades con la anécdota de cómo tuvo que sacar, a mano, las heces que un paciente de la Residencia Sunset se había hecho encima).

Una auxiliar de vuelo cruzó como una gacela, una mujer del sudeste asiático en un traje sastre verde, de brillo deslumbrante, pero Jude no consiguió captar su atención. El hombre que estaba delante de ella bajó su asiento, y la bandeja de plástico se salió del tope y cayó de golpe en la rodilla de Jude. Ella se mordió el interior de los labios.

El avión se meció un poco y Jude dedujo que una de sus máquinas se había desencajado: estaban a punto de caer en picado dando vueltas y estrellarse en el helado Atlántico. Algo pesado le cayó en el hombro. Jude se quedó mirando el pelo blanco: tenía encima la cabeza del viejo, pesada como una bala de cañón. No se le ocurría cómo librarse de ella como no fuera dándole una fuerte sacudida. Al otro lado del pasillo, la monja se levantó, se estiró y le dirigió una sonrisa. Jude se sintió ridículamente azorada. La monja se alejó como si hubiera algún sitio al que ir.

A los cinco minutos, Jude decidió que ya había aguantado bastante: al tipo se le había acabado el tiempo. La cortesía canadiense tenía un límite. Le sacudió el hombro. Intentó inclinar el cuerpo hacia el pasillo, pero el hombre se deslizó con ella; la cabeza acabó por aposentarse en el antebrazo como si fuera un amante. En aquel

momento ella tomó el puño de su traje gris con la mano libre y lo sacudió. Su mano se meció colgando.

—Con perdón... —Sus palabras eran casi inaudibles, no había hablado desde hacía horas. Se aclaró la garganta. Él no se inmutó—. Disculpe... ¿le importaría despertarse?

Entonces supo que algo pasaba, porque su corazón palpitaba como un gong. Tenía que estar enfermo. Porque no había un adulto, ni siquiera un avezado guerrero de autopista que pudiera dormir en aquella posición, con la cabeza deslizándose hacia el regazo de una desconocida.

Se le subió la bilis a la garganta. Buscó en el reposabrazos el signo del botón que había que presionar para llamar a la azafata. Una luz se encendió sobre su cabeza, y el haz le dio en el ojo. La monja regresó pero se puso los auriculares antes de que Jude pudiera hablar con ella; el sonido de alegres violines se filtraba por ellos.

Por fin la auxiliar de vuelo llegó con una cesta; era la mujer hindú en la que Jude se había fijado antes.

—¿Perdón? —dijo Jude sacando la mano libre; rozó la cadera de la azafata.

Ella se volvió con una sonrisa.

—Aquí tiene.

Con unas pinzas, le puso una cosa blanca que quemaba en la mano. Jude gritó y se la quitó de encima. La mujer la miraba.

—Perdone, ¿no quería una toallita caliente? —¿Enfadada? No, mejor sería decir divertida. Sus ojos tenían una tonalidad extraña, pardos, leonados; su acento le pareció británico.

—No, lo siento, mire, es que... —Jude se volvió sin poder evitar una mueca de asco al hombre que yacía sobre su brazo—. Creo que este caballero no parece sentirse muy bien —dijo, con una formalidad absurda.

El rostro de la mujer cambió. Se apoyó el cesto de toallitas en la cadera, se inclinó y se acercó. Su serpentina negra trenza era lo suficientemente larga como para sentarse encima. A quince centímetros de los ojos de Jude, el brillante rectángulo en la solapa verde decía: «SÍLE O'SHAUGHNESSY, SOBRECARGO». No parecía un nombre hindú. ¿Y no eran los sobrecargos algo así como los directores de crucero? Llevaba perfume del caro; de su cuello colgaba una gargantilla dorada. Una rodilla enfundada en una media tocaba la de Jude.

—¿Caballero? ¿Caballero?

—Durante la cena parecía que estaba bien —dijo Jude torpemente.

La azafata sostuvo la muñeca del hombre unos segundos; su expresión permaneció impasible. Entonces se puso tiesa apretando los dedos en el arco de su espalda, como si estuviera cansada.

—¡Señorita! ¡Toallitas por aquí, por favor! —exclamó un pasajero.

—Enseguida —dijo contenida. Mirando a Jude, añadió—: Permanezca sentada, vuelvo ahora mismo.

Jude la miró fijamente. «¿Que permanezca sentada?».

Pero Síle O'Shaughnessy regresó un minuto después, en compañía de una mujer de cabellos grises que llevaba unas gafas colgando sobre la blusa. Intercambiaron unos susurros. Entonces se inclinó de nuevo en la fila de Jude, la falda color jade apretándose contra su muslo; tomó al viejo por los hombros, poniéndolo recto con suavidad. Libre del peso, Jude se esponjó. Como no quería ser un obstáculo, se apartó avanzando por el pasillo hasta quedarse junto a la puerta del lavabo.

Al regresar unos minutos después vio que el viejo estaba de espaldas, con un pequeño cojín blanco entre su cabeza y la ventanilla. Vaya, ¿no había una botella de oxígeno, un equipo de reanimación o un infibrilador, o como se llamase aquella máquina? Pues entonces seguro que estaba bien y que sólo se había quedado profundamente dormido.

Aliviada pero sintiéndose algo tonta por haber causado tanta molestia, Jude volvió a atarse el cinturón en el asiento. Por detrás del perfil del hombre había un alegre amanecer; ¿de dónde había salido? El cielo del suroeste de Ontario no podía compararse a aquello: malaquita, y frambuesa y llama.

Y entonces de repente lo comprendió. Disimuladamente, apoyó la yema del pulgar en la mano del hombre. Estaba fría como una manzana. Aquello era una cosa más que Jude no había hecho en su vida. Ver a un muerto. Más concretamente, estar sentada junto a un muerto a diez mil metros de altura.

La mano le temblaba. Se la metió bajo el otro brazo. Le parecía imposible que alguien hubiera muerto en el asiento junto a ella sin que se diera cuenta.

¿Y cómo podía no haberse dado cuenta? Jude trató de recordar si había habido algún intercambio de palabras con él cuando subieron a bordo en Detroit. Un mínimo «hola» todo lo más. Había estado demasiado absorbida por sus tontas preocupaciones. ¿Habría sido la última conversación del hombre? O igual había hablado con alguien de la tripulación. Pidió el pollo, recordó de repente; el aspecto era tan pálido y húmedo que ella había dejado el suyo cubierto y se había limitado a mordisquear el pan. «Pollo, por favor»: ¿había sido ésta su última frase? La gente siempre decía que quería morir dormida, pero no sabían lo que pedían. No tener ni un instante de preparación, dejarse caer en silencio como una maleta, de este mundo al siguiente... No sabrás ni el día ni la hora, ¿no era esto lo que decía el Evangelio?

—¿Todo bien? —La sobrecarga se había acercado a Jude, jugueteando con el cierre de su reloj dorado. Arqueó las cejas—. Si lo desea, hay un asiento libre al final...

—No pasa nada. —Jude mantuvo la mirada fija en su regazo, incómoda por el secreto que compartían: la muerte, desplomada en el asiento contiguo.

—Por supuesto aterrizaremos dentro de poco. —Síle O'Shaughnessy se encogió hasta que su cabeza quedó a la altura de la de Jude—. En la puerta de embarque habrá un funcionario con un par de preguntas, si no le importa.

¿Por qué iba a importarle? Oh, preguntas para ella, quería decir. Asintió, sin decir

palabra.

Oía la voz dinámica de la mujer desde la otra punta del pasillo:

—¿Periódicos, auriculares, vasos?

Un cuarto de hora después, la cabina quedó inundada de luz amarilla. Cuando empezaron el descenso, Jude sintió que la presión le golpeaba los oídos de nuevo; era como estar sumergida. La modorra ocupó el lugar del miedo.

Aterrizar, aterrizar, tocar tierra de nuevo con un golpetazo. Había imaginado que sería suave, pero las máquinas rugieron y las ruedas derraparon por la pista, y si no fuera por el cinturón de seguridad habría salido despedida por el pasillo.

La monja se quitó los auriculares y se frotó los ojos.

—Vaya, no he podido pegar ojo —le comentó a Jude—. ¿Y usted?

Jude cabeceó.

—Bueno, son las consecuencias de estos vuelos nocturnos. Pero hay gente que tiene la conciencia tranquila.

—¿Cómo?

—Su amigo —dijo la monja señalando con la cabeza al extraño que tenía al lado Jude, el cual parecía dormir como un recién nacido con el rostro inundado de luz.

Sic transit

En la tierra somos como viajeros que se alojan en una posada.

SAN JEAN-BAPTISTE-MARIE VIANNEY

Síle observó una enorme maleta verde atada con un lazo rosa avanzar tambaleándose por la cinta transportadora. Luego un paquete con forma de esfera cuyo envoltorio estaba decorado con copos de nieve volvió a pasar. Su mente era un yoyó. Sintió un escalofrío, y se abotonó el uniforme hasta la garganta. Al oler un cigarrillo, se volvió por impulso, apuntando con un dedo a un letrero en la pared:

—¿No sabe leer?

La muchacha dio una larga calada antes de apagar el cigarrillo con un pisotón de su bota.

—No me atosigues, ¿vale? —murmuró.

Síle se fijó en ella.

—Perdona, chica. No te había reconocido con la capucha puesta.

La joven canadiense tenía un rostro anguloso y ojos azul claro. Cabellos marrones y sedosos que seguro no pasaban de los cinco centímetros de longitud. Tejanos muy gastados que no eran de los caros que se vendían lavados a la piedra.

—¿Quién era? —preguntó en voz baja.

Tras un momento de duda, Síle le dijo:

—El registro sólo da el nombre: George L. Jackson. Está en la morgue; su pariente más próximo tiene que estar recibiendo la llamada telefónica ahora. No llevaba anillo de casado —añadió—, aunque es verdad que los de su generación rara vez lo llevan.

Un silencio.

—La verdad no sé qué es peor —dijo la canadiense—, que tenga una gran familia que le adora o...

—... ser simplemente un solterón con un par de sobrinos indiferentes.

Ella asintió.

Jude Turner. Síle se había quedado con el nombre en el apartado del impreso que decía Testigo.

—Acaba de aplicarme el tercer grado el jefe de tripulación de cabina —le confió.

—¿Qué otra cosa podías hacer? —respondió Jude con voz ronca—. Ya estaba muerto cuando te llamé.

Síle asintió.

—La doctora lo confirmó. Pero la compañía exige que siempre se desfibrile. Tuve que aplicar mi sentido común: decidí que arrastrar al pobre infeliz al pasillo y

provocarle un *shock* sólo serviría para hacer que cundiera el pánico.

—¿Y yo? —preguntó la muchacha un segundo después—. ¿No temías que yo tuviera un ataque de pánico?

—No parecías de las que sufre esas cosas.

Jude Turner se sonrojó un poco, y fijó la mirada en la cinta transportadora: los equipajes empezaban a formar precarias pilas.

—Diecinueve años recorriendo los dulces cielos —explicó Síle—, y una acaba por aprender a identificar ciertos rasgos. Canadiense, ¿eh?

Una mueca rápida.

—La mayoría de los ingleses no reconocen la diferencia entre nuestro acento y el de los estadounidenses.

—La enorme hoja de arce que adorna la espalda de tu cazadora fue una pista considerable.

Esta vez, el rubor alcanzó las mejillas de la muchacha. Síle sólo se sintió un poquito mal por haberle hecho la broma.

—Y yo soy irlandesa; no inglesa.

—Bien. Quiero decir, ya sabes, de por estas islas. —Con la mano hizo un amplio gesto exculpatorio. Se quedó mirando el cigarrillo aplastado junto a la punta de la bota... quizá deseando haber dado alguna calada más, según pensó Síle.

La multitud se separó como las aguas cuando tres de sus colegas pasaron elegantes, empujando sus carritos verdes; una de ellas le hizo un gesto con la mano.

—¿Cómo es que tienes que esperar aquí con el resto del rebaño? —preguntó la joven.

—Ah, es culpa mía: he comprado una cama elástica.

Jude Turner desapareció en el hueco entre dos carritos y emergió con una pequeña mochila negra.

—¿Una cama elástica?

—Eh... de las pequeñas; te subes, te pones a saltar y los michelines se disuelven sin más. —La joven empezó a reírse, y Síle hizo lo propio a pesar de una oleada de fatiga repentina—. Lo sé, ahora que lo describo suena como una estupidez sin paliativos. Me he gastado 179 dólares en el jodido juguete en Detroit, y todavía tengo que arrastrarlo por la aduana británica antes de volar a Dublín.

—¿Es eso que entra?

Síle entornó los ojos.

—¿Tan grande era? Jesús, el trasto mide metro y medio. Voy a necesitar un carrito para llevarlo...

Pero Jude ya se dirigía a la fila de resplandecientes carros.

—Eres un sol —dijo Síle cuando la joven regresó. Entre las dos colocaron el enorme paquete vertical sobre el carrito. Había llegado el momento de despedirse. Pero en lugar de eso, dijo:

—Oye, ¿sigues entera? Lamento mucho todo esto. —Acompañó el comentario

con un gesto de los ojos que indicaba el cielo, la noche, el vuelo.

—La verdad es que era mi primera vez.

«Como dijo la virgen al obispo», pensó Síle automáticamente.

—La primera vez que veías...

La cabeza alargada dio una fuerte sacudida.

—No le vi morir; tiene que haber sido mientras leía la revista o soñaba con un cigarro. No, quería decir que era la primera vez que tomaba un avión.

—Ah... ¡Pobrecilla! Sí que ha sido mala pata...

Las lágrimas discurrían por la mejilla de Jude, cayendo en su cazadora o hacia el suelo surcado de rayas de la sala de recogida de equipajes. Apartó la cara.

—Bueno, parece que la he metido bien metida —dijo Síle con soltura, tocándole el brazo por encima del codo—. Me vas a tener que permitir que te invite a un café al otro lado. ¿Esperas más equipaje?

Otra sacudida de cabeza sin palabras.

En el Bistrot Rive Gauche del aeropuerto (después de que la canadiense hubiera salido un momento a fumarse un cigarrillo) Síle parloteaba sin parar.

—Síle se pronuncia como Sheila, eso es. ¿Y lo de Jude es como en Jude el oscuro?

—¡Correcto! La mayoría da por sentado que viene de la canción de los Beatles —dijo la joven, con la voz algo pesada todavía—. Pero lo que de verdad pasó es que mi madre estaba leyendo la novela de Hardy antes de dar a luz.

—Me gustan los nombres andróginos, la gente se queda desconcertada. —Por debajo de la mesa, Síle sacó los pies de sus nuevos zapatos de tacón y los estiró.

—Mira, te lo agradezco mucho, pero seguro que se te hace tarde para tomar el vuelo a Dublín... —Con los nudillos se restregaba los húmedos párpados, como si fuera una niña.

—¡Bah! Me quedan tres cuartos de hora. —Síle iba a añadir que el desayuno era su única prioridad. Pero se acercó y dijo—: Deja de pensar en lo avergonzada que te sientes. Te sorprendería la cantidad de gente que se me han echado a llorar en estos años.

Un conato de sonrisa.

—También me han pellizcado el culo, me han dicho que tenían cáncer, han intentado abofetearme y me han vomitado cacahuets encima... en aquellos tiempos en los que se nos permitía servir cacahuets. Pero no me importa que los críos vomiten; es lo natural y no huele tan mal.

—¿De verdad?

—Le dan menos al brandy —explicó Síle.

—¿Y tú tienes alguno?... Críos, quiero decir.

—No. Lo estupendo de este trabajo es que juego con los de otros y luego se los devuelvo. —Hmmm, pensaría con cierto retraso, ¿estaba intentando averiguar si soy hetero?

Jude se tomó un trocito de una cosa que se llamaba *pain au raisin*.

—Gracias por el café. Era estupendo.

—Vaya. Eso es un ejemplo de la típica cortesía canadiense.

Parpadeo.

—Es agua sucia —dijo Síle—. Lo único que me gusta de este sitio es la repostería.

Jude se lo tomó en serio:

—Vale, para empezar necesitaba café; no creo que me haya pasado una noche en vela desde las fiestas con las amigas cuando tenía nueve años.

—Admitida la primera razón. ¿Y la segunda?

—Es mejor que el que yo hago en mi vieja cafetera con un colador que no retiene todo el poso.

Síle hizo un gesto de asco.

—Me he convertido en una ridícula esnob del café —explicó—. En Dublín, hay una cafetería italiana en los muelles a la que me tengo que desplazar en cuanto tengo un día libre.

—¿Y eras más feliz antes, cuando no distinguías el bueno del malo?

—Posiblemente... —admitió—. Por lo menos no lo sirves recalentado en el microondas, espero.

—No tengo microondas.

Síle se la quedó mirando.

—Tienes que ser la última que resiste en occidente.

Cuando Jude respondió con una mueca, la curva de su mejilla era tan impoluta como un tulipán blanco. «No tenía otra bolsa —pensó Síle—, el único motivo por el que esperaba en la recogida de equipajes era para hablar conmigo». Bajó la mirada a su tarta y se tragó un bocado mantecoso.

—Tampoco tengo móvil —dijo Jude, señalando con la cabeza al aparato lacado que asomaba del bolso de Síle.

—Ah, esto es mucho más que un teléfono; es lo que llamo «el artilugio». —Lo sacó con mimo. Era un prototipo que le había conseguido una amiga de la industria de telefonía; le producía una emoción superficial saber que el modelo todavía no había salido al mercado. Tiene 7 mensajes, ponía en la pantalla, pero la apagó—. Dice que la temperatura exterior es de menos dos.

—Qué bien.

—¿Es sarcasmo?

—No, para lo que estoy acostumbrada en enero, es templada —le aseguró Jude.

—Dios mío.

—¿Qué otras cosas hace?

—Lo que le pidas. Es mi pequeño genio de la lámpara: hace fotos, puedo escuchar música, reconoce voz, diez idiomas...

—¿A que no sabe lo que significa *poutine*?

—Deletréamelo —pidió Síle—. Suena un poco como putain. No significará puta...

Jude lo delectó.

«DESCONOCIDO», dijo la pantallita. Ella frunció el ceño.

—¿En qué idioma está?

—Canadiense. Significa «patatas fritas con grumos de queso y jugo de carne».

—¡Puaj!

Un silencio breve. Jude limpió la marca que el vaso del café había dejado en la mesa.

—Si me hubiera dado cuenta antes...

—Deja de torturarte. —Síle puso la mano encima de la blanquísima mano de la joven, suavemente, como una libélula que se posa. Con los tres anillos dorados, las pulseras de Kerala y el reloj, la suya de repente parecía la mano de una siniestra vieja. «Te estás aprovechando», se dijo, y la apartó.

—Los únicos funerales en los que he estado han sido a ataúd cubierto.

—Yo he visto muchos muertos... claro que te doblo la edad —dijo Síle con forzada exageración, para castigarse por el momento de la mano—: tres tíos y una tía, mis abuelos... por parte de padre, no los hindúes... mi profesora de arte..., No mi madre, yo sólo tenía tres años cuando murió.

Los cincelados pómulos de la joven se encogieron.

—Diabetes —especificó Síle.

—Lo siento.

Síle sonrió.

—¿La recuerdas?

—Bueno... sí y no. Me vienen imágenes, pero sé que algunas proceden de fotos.

—¡Qué raro!

—Tengo unas amigas en Nueva York —dijo Síle— que en las cenas juegan a algo que llaman «los exdifuntos» y gana quien se ha acostado con más gente muerta.

—Suena a necrofilia.

—Un poco sí. —Se bebió de un sorbo el café casi frío y de inmediato se arrepintió—. Cuando papá visita su pueblo natal, en Roscommon, muchos de sus parientes han muerto, y es un poco como el regreso de Oisín.

—¿Es como qué?

—Oisín —repitió Síle—, el hijo de Fionn Mac Cumhaill, jefe de una banda de héroes que se llamaban los Fianna, ¿los conoces?

—Ya. Finn McCool, el tipo que da nombre a los pubs irlandeses.

Síle asintió.

—Pues Niamh la de los Cabellos Dorados entra montada en su caballo blanco mágico, seduce a Oisín llevándoselo hacia poniente, a Tir-na-nOg... que significa Tierra de Juventud —aclaró.

—¿Un poco como el País de Nunca Jamás?

Ella hizo un mohín.

—No son niños... pero nunca se hacen viejos; pues igual sí, algo por el estilo. Bueno, allí la vida es fantástica: todos los días cazan y cada noche cantan. Pero tres semanas después el muchacho ve un trébol y siente nostalgia de su país. Dice a la encantadora Niamh: «Me tengo que volver a Irlanda, aunque sólo sea por un día». A ella no le hace gracia y contesta: «Si tienes que marcharte, vete, pero no desmontes el caballo blanco y no pongas el pie en el suelo».

—Ah —dijo Jude asintiendo—, la fuerza mágica de la tierra nativa.

La joven era espabilada; Síle le respondió con un gesto.

—Bueno, pues Oisín adelanta a algunos tipos debiluchos por el camino que intentan mover una roca. Les pregunta dónde cazan los Fianna, y ellos le miran con los ojos entornados y le dicen que los Fianna llevan trescientos años muertos. Pues bien, Oisín no se cree esta tontería. Pero le da por ayudarles a mover la roca, así que desde el caballo la empuja con fuerza.

—¿Y se cae?

Síle asintió.

—De bruces en el barro, se convierte en una cáscara arrugada, de más de trescientos años, y sabe perfectamente que jamás verá a Niamh la de los Cabellos Dorados.

Jude cabeceó. Tras unos instantes, dijo:

—Seguro que se arrepintió de haberle prestado el caballo.

Síle se echó a reír.

—¡Exacto! Si es lo que digo yo: átalos a los postes de la cama. —Esto le salió demasiado *sexy*, así que volvió a centrar su atención en el *pain au chocolat*. Otro silencio incómodo. Sabía que tenía que comprobar la hora pero no quería dar fin a la conversación.

—Entonces... ¿sabes qué le ha pasado?

La joven no se refería a Oisín. Síle se encogió de hombros.

—Las muertes durante el vuelo son más frecuentes de lo que la gente se imagina, aunque ésta fue la primera para mí; se dice que es por los nervios del viaje. —Una línea intercontinental acababa de incluir un armario para cadáveres en sus aviones, aunque no lo dijo—. Un amigo de la universidad hacía montañismo en los picos de Macgillycuddy con su hijo, y de repente se desplomó sobre su sándwich de huevo duro. Al parecer la altura afecta más a la gente que está más en forma.

—O sea que lo de anoche pudo deberse... ¿a la altitud?

—No, no —dijo Síle impaciente—, se trataba sólo de un ejemplo de muerte tranquila y repentina. Las cabinas están presurizadas, sabes; es lo mismo que estar en tierra.

—Pues no lo parece.

—Ah, ya te acostumbrarás a volar, ahora que te has decidido. Dejar atrás la gravedad... —la mano de Síle imitó un rápido ascenso— es mejor que una montaña

rusa.

—Las montañas rusas me hacen vomitar.

—Esa imagen sí es repugnante.

—No, cuando para —matizó Jude—. Una vez Rizla, mi ex, me llevó a rastras a la de Sudbury, y me pasé días con náuseas.

—¿Ella también es una ludita como tú?

La joven parpadeó.

—De hecho es él. Vamos, que es un tío, Richard. El apodo le viene de una marca de papel de fumar.

A Síle se le subieron los colores. Los cortes de pelo pueden ser tan engañosos...

—Ah, perdona.

—Mujer, no...

—Rizla, vale, papel de fumar, ya decía yo que la palabra me sonaba —dijo Síle. Y ella que se las daba de conocer a la gente.

—No pasa nada. —Mueca.

«Ah —pensó Síle—, o sea que no me he equivocado...».

—¿Qué me habías preguntado?

—¿He preguntado algo?

—Luditas —recordó Jude—. No, a Rizla lo que le va son las máquinas; es mecánico de coches. Y a mí me encantan las motocicletas, o sea que tampoco soy del todo ludita.

—¿Te vas a acabar el *pain au raisin*?

—No, sírvete —dijo Jude pasándole su plato con un enorme bostezo—. ¿Cómo te las arreglas con el *jet lag*?

—Ah, me niego a creer en el *jet lag*, es como las alergias.

—¿No te crees las alergias?

—No a menos que hagan que la cara se te hinche como un globo. Vosotros los yanquis... los norteamericanos —Síle se corrigió—, siempre estáis con que sois alérgicos a esto o lo otro, como si un sorbo de leche o un mordisquito de pan pudiera acabar con vuestras vidas.

—Yo no soy alérgica a nada —dijo Jude—, y me hago el pan yo misma.

Síle puso los ojos en blanco.

—Eres una verdadera dinosauria, ¿no?

—Y lo que tú eres es una recabita.

—Que soy ¿qué?

—Eran la tribu de Israel que nunca echaba raíces —explicó Jude—. Estaban condenados a vivir en tiendas.

Mi tienda es un minúsculo dúplex en el centro de Dublín... que compré barato antes de que se pusieran por las nubes, por suerte. Pero la verdad es que siempre acabo saliendo del país en los días libres —reconoció Síle—. Mi amigo Marcus me da esquejes en macetas, pero se me mueren.

—Yo también vivo en Irlanda, con mi madre —explicó Jude—. Irlanda, Ontario.

—¡Anda, qué gracia!

—¿Sí?

—Es como París, Texas.

—Esa película sí era buena. Cuando el tipo habla a su esposa a través del espejo sin azogue, y puede verla pero ella no puede verle a él...

—¡Basta! He visto esa película cinco veces y siempre lloro como un bebé —dijo Síle—. ¿Y cuántos habitantes tiene tu Irlanda?

—La población ha bajado de los seiscientos por primera vez desde que suprimieron la línea de ferrocarril en los años treinta.

—Cielos.

—Pues la verdad es que me gusta.

—Mira que puedo ser bocazas —dijo Síle, tapándosela—. ¿A cómo queda de Toronto?

—Dos horas y media. Cerquita, para las distancias en Canadá —añadió Jude.

—Una cosa que me encanta de Toronto es que no hay nada que un turista tenga que visitar; he estado ahí un par de veces, y me dedico a ir al cine y a comer como un animal. Y ¿por qué te decidiste a montarte en un avión, Jude? ¿Eres estudiante, de gira por Europa? —Cuando ya era demasiado tarde, Síle cayó en que era enero.

—No, soy comisaria del museo del pueblo; no es más que una vieja escuela de un aula. «Comisaria» significa que hago de todo sin cobrar casi nada. —Jude añadió—: Pero bueno, hago las cosas a mi manera.

—¿Cuál es tu manera?

—Sin florituras, supongo —dijo tras pensarlo un instante—. En Norteamérica tendemos a dar siempre la versión Disney del pasado, y lo convertimos en un producto empapado en nostalgia empalagosa, lleno de gorritos y excursioncitas felices en trineo...

Síle asintió.

—Los irlandeses hacemos tréboles de mármol verde y los convertimos en colgantes, y luego nos gustan las ruinas brumosas y la voz de Enya susurrando quejumbrosa por megafonía.

—¡Eso es! Y que a nadie se le ocurra mencionar el infanticidio y los linchamientos.

La vehemencia de la joven encandilaba a Síle.

—O sea que tú... —se interrumpió para mirar el reloj—. Mierda, mierda, me tengo que ir pitando. —Hizo un gesto al camarero con el cursi delantal parisino y pendientes para que les trajera la cuenta—. A menos que quieras otro café asqueroso.

—Estoy bien, gracias.

—Pero todavía no me has contado qué haces en Inglaterra —señaló Síle, rebuscando en los compartimentos de su bolso para encontrar unas libras. Para algunos sería curiosidad malsana, pero ella prefería pensar que era un interés nato por

las personas.

El rostro de Jude había quedado en blanco cuando levantó la cabeza.

—He venido a recoger a mi madre, que está con su hermana en Luton. Al parecer está... pachucha.

—Vaya por Dios. —Síle le tomó la cuenta al camarero y se la devolvió de inmediato con un billete, haciendo un gesto para acallar las protestas de Jude. Habría preferido no abrir aquella puerta, justo antes de tener que salir disparada para embarcar. Con los dedos sacó una tarjeta del monedero: (Nunca te disculpes, nunca des explicaciones), la puso sobre la mesa.

—¡Qué chula! Gracias. Pero no tengo *e-mail* —dijo Jude recogiendo la tarjeta con una golondrina negra que se deslizaba sobre las palabras.

Síle O'Shaughnessy
sile@oshaugh.com

Síle frunció el ceño.

—Pero seguro que en el museo... tendrás que responder a preguntas, buscar cosas por Internet.

—Claro, pero no uso la cuenta para temas personales. Creo que es la forma más baja de comunicación humana.

Síle se quedó mirándola.

—Un poco *friki*, ya lo sé. Pero ésta es mi dirección de verdad. Por si te enteras de algo más sobre el señor Jackson... —Jude escribió en el reverso de la servilleta con su caligrafía de colegiala:

Jude Turner
9 Main Street
Ireland, ON
L5S 3T9
Canadá

—Gracias, pero ya no envío nada por correo postal —dijo Síle, incapaz de resistirse a dar ojo por ojo—. No soporto la tardanza. Para cuando llega, lo que digo ya no es del todo cierto.

Se echaron a reír al mismo tiempo.

—Bueno. Que disfrutes de tu cama elástica —le deseó Jude.

—Espero que tu madre se mejore. ¡Tranquila! —Síle pensó en darle un abrazo, pero se limitó a saludar con la mano, empujando su carrito sobrecargado hacia el cartel que decía: «CONEXIONES PARA LAS TERMINALES UNO, DOS, CUATRO».

Se puso los auriculares, luego se permitió volverse a mirar. Jude Turner estaba en

cuclillas fuera del Bistrot Bive Gauche, apretando una correa de su mochila. Sin levantar la cabeza, sin mirar en dirección a Síle. «En fin, por lo menos hemos pasado el rato. ¿Cuál era la última frase de Esperando a Godot? Eso es: Habría pasado de todos modos».

El tiempo transcurría de manera diferente en los aeropuertos: se estancaba, corría como un torrente, se quedaba pegado a las manos y luego te tiraba de espaldas. Síle se pasaba los días cuidando de viajeros que estaban aburridos, que tenían prisa o ambas cosas. En cuanto a quienes volaban con frecuencia, había llegado a la conclusión de que pasarse la vida viajando podía convertir a cualquiera en un monstruo. La comodidad personal era su objetivo, y los otros pasajeros no eran más que obstáculos, restos de un naufragio. Quienes viajaban con frecuencia daban empellones a los artríticos, pisaban a los niños que lloraban, bajaban el respaldo de sus asientos y se quedaban con las caras rígidas como reyes de piedra. Regalaban a su madre por su cumpleaños el mismo perfume de la tienda libre de impuestos que hacía tres años, y siempre al salir escogían el plátano más amarillo del frutero.

Síle sabía estas cosas porque ella misma era una viajante profesional; a veces se sentía como la carcelera de sus pasajeros, otras como su doncella, pero en la mayoría de los casos simpatizaba con sus irritaciones y autoengaños. ¿Acaso no sabía lo que era caminar por un aeropuerto, aislada en una burbuja privada? La cámara siempre la enfocaba a ella y siempre llevaba su banda sonora personal acompañándola. Era la heroína: la víctima del secuestro, la valiente doctora, la espía complicada. Fijaba la mirada en cualquier superficie que le devolviera su reflejo.

Qué, cuándo, dónde, cómo, por qué

*Mi mente deambula como un pájaro
perseguido y acorralado.*

Mahábhharata X, 33

El autobús de Luton avanzó en dirección norte, por tramos de autopista y secciones de carretera de dirección única. Se conducía por la izquierda, era como el mundo invertido: Alicia a través del espejo. Jude apretó la mejilla contra el cristal helado. Contempló la lluvia que se derramaba por los campos verdes y daba brillo a los oscuros setos. Era extraño ver un paisaje invernal sin nieve, abigarrado de verdes y ocres.

Había puesto la tarjeta de la irlandesa en su cartera. Los ojos de Síle no eran exactamente marrones, sino más claros, decidió; más bien naranja pálido. ¿Era igual de simpática con todos sus pasajeros? Quizá era cosa de los irlandeses. Pero durante el desayuno, había habido momentos... como su confusión sobre el sexo de Rizla, por ejemplo. Aquella mano cálida y marrón posándose un instante sobre la suya. No podía habérselo inventado, ¿no?

No es que importase, la verdad. Un encuentro curioso y nada más, aislado de la vida real como una abeja en un tarro. El nombre con sus sibilantes resopló en su cabeza como un tren: «Síle O'Shaughnessy, Síle O'Shaughnessy, Síle O'Shaughnessy...».

En su aturdimiento, Jude tuvo la sensación de que el tiempo se había plegado. Según la revista Ojos de Irlanda, en lugar de angustiarse por el tiempo que marcaba el reloj corporal, uno debía adaptarse rápidamente a la nueva zona con grandes dosis de exposición al sol del mediodía. Pero no había sol que pudiera atravesar aquella capa de nubes inglesas. El mundo seguía con su marcha habitual, pero parecía que no tenía nada que ver con Jude. ¿Cómo era aquello que decía Gwen sobre lo que constituía la prueba clave de coherencia mental en lugares como la Residencia del Ocaso? «Orientación en cuanto a personas, lugar y tiempo». Eso era. Para que se considerase sana una persona, tenía que saber quién era, dónde estaba y qué día era. Como si se informase sobre la propia existencia para un periódico.

El incidente de la noche anterior probablemente ni siquiera aparecería en la prensa, pensó Jude. Se preguntó cómo habrían contado la historia de George L. Jackson los medios locales de la comarca de Hurón o Lucknow cien años atrás. «Hombre fallece en máquina voladora». Simplemente la esencia periodística del asunto: el qué, cuándo, dónde y cómo; en cuanto al por qué, sólo en caso de que se tuviera que llenar media pulgada más. Los inmigrantes que habían llegado para establecerse en el sudoeste de Ontario habían caído repetidamente en el hielo, tropezado desde mástiles, habían sido empalados por rastrillos, aplastados por trenes,

quemados, triturados por tractores o despeñados en pozos mineros. Se tragaban botones, sufrían contusiones en choques de trineos, se perdían en las nevadas o eran devorados por osos. Otros eran testigos y reaccionaban señalando, gritando, corriendo en busca de ayuda, huyendo, lo que sea. Nunca se quedaban allí sin enterarse de nada, leyendo la revista gratuita de la compañía.

En la estación de autobuses de Luton, Jude se quedó un rato en una parada cubierta y se fumó tres cigarrillos para fortalecerse. Cuando por fin se decidió a llamar un taxi, le llevó sólo unos minutos llegar a la casa de su tía, una vivienda pequeña ribeteada de granate. Jude no recordaba a quién no había que dar propina en Gran Bretaña: ¿a los camareros o a los taxistas? En el último minuto dio al conductor el 20 por ciento, y se negó a calcular el cambio en dólares canadienses.

—No, ya voy yo, Louise —escuchó al otro lado de la puerta. Y su madre abrió.

—Hola, mamá. —El alivio produjo en Jude una mueca de payaso.

—¡Jude! Pero ¿qué diablos haces aquí? —Con la sorpresa, la expresión de su madre adoptó un aire de severidad, pero por lo demás estaba igual que cuando se habían despedido en Navidad. Quizá los rizos estaban menos marcados, pero nada más.

Tras ellas, en el recibidor, apareció Louise mordiéndose el labio.

—¡Qué sorpresa!

Pero Jude no estaba dispuesta a pasar por ahí. Entró en el recibidor y dejó su equipaje en el suelo.

—Louise me dijo que no te encontrabas bien, que sería mejor que te acompañase en el viaje de vuelta.

—¿A qué viene esa tontería? —Rachel se separó tras el abrazo y clavó la mirada en su hermana.

—Simplemente pensé que a todos nos vendría bien —respondió Louise retrocediendo con voz trémula—. Mejor que me ponga a preparar el guisado.

Jude entró en el saloncito con tapetitos de encaje. Dio unas palmaditas al sofá que tenía más cerca; instantes después, su madre se sentó.

—¿Qué sucede, mamá?

—¡Nada! Ayer vomité el huevo y ya está. —Rachel añadió—: Pero entre nosotras, creo que el problema estaba en cómo cocina Louise.

O sea que el viaje había sido una tontería, tal como temía. Jude se hundió en los cojines.

—Estuve llamando. Dejé mensajes...

—¿Sí? Louise no me ha dicho nada. Le gusta dárselas de hermana mayor. No puedo creer que te hayas metido en tantas dificultades y en tanto gasto en plenas vacaciones —dijo preocupada su madre.

—No te preocupes por eso.

—Nada, te pagaré el billete.

—Ni hablar. De hecho, ha sido una verdadera aventura. —Y entonces aquello se

convirtió en una verdad.

—Tienes que estar destrozada después de un vuelo tan terrible —observó su madre—. Yo todavía tengo los oídos taponados, y la nariz también; no puedo oler nada.

—Un hombre se murió mientras dormía en el asiento de al lado —se le escapó—. Acabé con su cabeza encima de mí.

La mirada de su madre contenía tanta aprensión como empatía. Jude no tenía que haberlo mencionado.

—En fin. ¿Qué te ha parecido volver a Inglaterra?

Rachel encogió sus estrechos hombros.

—Las cañerías son tan desastrosas como siempre. Ya no existen los billetes de una libra, sólo monedas, ¿tú te crees?

Jude sonrió a pesar de la oleada de fatiga. Tuvo un conato de entrar en la cocina y empezar a gritar a su tía por haberla embarcado en aquella travesía. Suponía que los inmigrantes a menudo se encontraban en el estado de Rachel cuando visitaban su tierra de origen: su nostalgia estaba avivada, pero nunca del todo satisfecha.

—¿No te apetece ver algo del país, ya que estás aquí? —le preguntó su madre—. ¿Al menos Buckingham Palace?

—No hay tiempo, mañana regreso en el mismo avión que tú. Y además me necesitan en el museo.

—Westminster Abbey, *Madame Tussaud's*, aunque las colas son tremendas... o Stonehenge. Son tus raíces —dijo Rachel—, y a ti te encantan las cosas viejas.

—La próxima vez, sin falta.

—Tendremos que reservar un taxi para ir a la estación de autobuses.

Notó cómo el acento inglés se había apoderado de las frases de Rachel en sólo una semana.

—Yo me encargo de eso —prometió Jude.

—A menos que Bill nos lleve.

Jude se quedó parada. Se preguntaba si se trataría de alguna alusión que se le escapaba.

—¿Qué Bill?

No hubo respuesta. ¿Sería un vecino?

—No te referirás al tío Bill. —Una pausa—. Mamá, el tío Bill murió.

—Ah sí, claro. —La expresión de Rachel era la de alguien que se había dejado el horno encendido.

La mandíbula de Jude quedó rígida. No daba crédito. Cómo iba a decirle: «Mamá, ¿olvidas que Bill murió de cáncer de próstata hace doce años? Recuerdo el día porque cuando recibiste la llamada de tu hermana me puse a llorar, aunque sólo los había visto una vez; era sólo por la idea de que alguien que conocía había muerto. Había estado con papá limpiando el gallinero, tenía trece años y aunque entonces no lo sabía fue la última vez que lloré delante de ti, y tú me abrazaste con tanta fuerza que el

tirante del sujetador me dejó una marca en la espalda».

Rachel examinaba las manos algo arrugadas en su regazo. ¿Le mortificaba el error, se preguntó Jude, o simplemente estaba atrapada en la confusión? ¿Qué otros errores se filtraban en aquella cabeza de cabellos todavía castaños, que aún tenía una posición de persona inteligente? ¿Qué otras tumbas empezaban a abrirse? «Señora Turner. Señora Turner. ¿Sabe qué día es? ¿Puede mencionar el nombre del gobernador de Ontario? ¿Cuántos hijos tiene, señora Turner?».

—Subiré tu mochila —dijo Rachel.

—No te molestes...

Rachel salió con ella a toda prisa. Jude la siguió hasta el vestíbulo, y vio cómo sus pies en zapatillas desaparecían por la estrecha escalera. Había cierta precariedad en el modo en que andaba. El estómago de Jude se llenó de ácido. En su imaginación, un avión cayó en picado desde las nubes.

El duende del lugar

*Vivir en una sola tierra, es ser cautivo;
viajar de un país a otro, espíritu salvaje.*

JOHN DONNE, «Elegía 3: Cambio»

Una noche de finales de enero, Síle y Kathleen se encontraban en un pub del mercado de Smithfield, en Dublín. Al otro lado del ventanal, antorchas de gas brillaban sobre postes gigantescos; la luz resplandecía en el desgastado empedrado.

—El arquitecto ha ganado un premio, ¿no? —dijo Kathleen dando un sorbo a su vaso de vino.

—¿Sí? A mí me parece Colditz. Me encantaba venir los sábados a comprar verdura, cuando era un mercado de verdad —dijo Síle.

Kathleen se recogió un mechón claro detrás de la oreja.

—No sé por qué te molestas; cuando voy a cocinarla, siempre se ha podrido ya.

—Son muy decorativas —dijo Síle con una sonrisa—. Y además el dichoso Corpo también ha acabado con el desfile de caballos. Echo de menos el galope surrealista y los mozos montando a pelo por mi calle. La rehabilitación vale cuando significa que gente como yo podemos vivir en el centro —añadió con una pizca de autoparodia—, pero no cuando se carga los localismos y las tradiciones.

—Oh, me parece que en Stoneybatter todavía quedan localismos —dijo Kathleen con un pequeño escalofrío.

Aunque llevaban juntas, ¿cuánto?, unos cinco años ya, Kathleen jamás había mostrado interés por mudarse; mantenía su piso georgiano de techos altos en Ballsbridge, a una manzana del club de tenis. Así, Síle tenía pareja además de una casa para ella sola, que casi siempre le parecía la mejor solución, a pesar de la espinaca rancia.

El artilugio empezó a tocar *Leaving on a Jet Plane*. Tras una breve conversación con su amiga Jael, colgó y dijo:

—Catástrofe doméstica, otro cuarto de hora.

—Ésa es la verdadera diferencia entre la Nueva Irlanda y la Vieja —dijo Kathleen—: los móviles te permiten decir a tus amigos lo tarde que van a llegar, como si eso los absolviera.

—Anoche me puse a hablar con alguien que quería entrevistarme para un artículo sobre Irlanda tras el boom económico.

—¿Ah, sí? ¿Y no querría ligar contigo el pobre?

—La pobre —rectificó Síle; le gustaba el sentido de propiedad que a veces le entraba a Kathleen—. ¿Te imaginas? «Veterana azafata Síle O'Shaughnessy, estupenda a los treinta y nueve, se suelta las largas trenzas que debe a la herencia de

su difunta madre Keralan» —improvisó.

Kathleen prosiguió:

—«En el fondo, todos somos iguales» —ríe la indo-celta Síle mientras arrastra su carrito por el ajetreado vestíbulo de salidas del aeropuerto de Dublín.

—Bullicioso vestíbulo de salidas.

—Atestado y bullicioso.

—«Su adorable pareja rubia Kathleen Neville —añadió Síle— trabaja como funcionaría de rango en uno de los mejores hospitales de la capital celta...».

Kathleen respondió con una mueca.

—Mira que somos desagradecidas y pijoteras. Cuando éramos estudiantes nos pasábamos el día rezongando sobre el atraso decimonónico de Irlanda, y en cuanto llegó el dinero y pasamos al siglo XXI...

—Hay mucho por lo que podemos ser ingratas, especialmente en Dublín —protestó Síle—. Un filete de lubina te cuesta un ojo de la cara, todo el mundo está estresado, cada vez más cabreados, y con todo el tiempo ocupado a un mes vista...

—Por lo menos no eres la única cara de color —señaló Kathleen.

—Cierto. De hecho, si me comparo con las mujeres en chador que van por ahí, ni siquiera parezco extranjera. Oye, ¿te conté lo que le ha pasado a Brigid?

—¿Qué Brigid?

—Tienes que haberla conocido en alguna fiesta, es de personal de tierra. Pelo negro, se broncea rápido, pero toda su familia es de County Cavan. El otro día iba en un autobús y le soltaron «Vete a casa, india de mierda».

Kathleen mostró repugnancia.

—Cuando me lo contó nos reímos. Mejor reírse —añadió Síle enseguida.

Kathleen se tapó un bostezo con unas cortas y claras uñas y se acabó lo que quedaba del vino.

—Me voy a ir a dormir. Si Anton y Jael se presentan...

—Llegarán enseguida, seguro.

—No espero a nadie más de una hora, cariño. Dales recuerdos.

—Okey —dijo Síle algo apagada—, no llegaré demasiado tarde.

—Seguro que ni me despiertas. —Kathleen se inclinó para darle un beso.

—Tomaremos un desayuno opíparo.

—No va a poder ser. Tengo una reunión de presupuesto temprano. Café en la cama, eso sí —prometió Kathleen. Se volvió para preguntar—: ¿Necesita otra pastilla el gato?

—Ah, sí, gracias por recordármelo.

Desde el ventanal del pub, Síle la vio dirigirse a la parada de taxis, hasta que su cabellera rubia y abrigo de camello desaparecían entre la multitud; aunque estaba en perfecta forma, a Kathleen no le apetecía caminar diez minutos por calles oscuras y sucias. Síle sintió una punzada de culpabilidad por no regresar a casa con ella. Pero por otra parte Kathleen podría haberse quedado un rato para tomar un trago con sus

amigos... tus amigos, habría matizado probablemente.

En el artilugio le apareció un texto de Orla, que la invitaba a la función escolar de John y Paul de El rey y yo, y sí, gracias a Dios, Síle estaba en la ciudad aquel día, a diferencia de las otras tres ocasiones en que le habría correspondido hacer de tía: «Guardadme una entrada», respondió. El pulgar le dolía (demasiados SMS), pero no hizo caso. Un nombre que no reconoció resultó ser el amigo de un amigo de un amigo que estaba en un congreso sobre hibridación cultural en Varsovia y le pedía consejo sobre restaurantes: Síle miró en su guía y le envió una recomendación rápida.

Mira que los humanos eran dados a las palabras... era algo que no dejaba de sorprenderle. No les bastaba cantar, dar conferencias, cotillear y telefonar a extraños para ofrecerles la oportunidad única en la vida de aprovechar una ocasión única, sino que encima escribían. ¡Una auténtica torre de Babel! Enviaban tarjetas de cumpleaños y notas breves, novelas históricas y obituarios, letras y entradas de enciclopedia, libros de afirmaciones y basura... y todo esto ¿para qué? Para estar en contacto, para convencerse los unos a los otros, suplicar, aplacar, tranquilizar. Para seguir funcionando.

Cuando la última agenda electrónica de Síle se había estropeado, con lo que había perdido toda su agenda... sólo con recordarlo el cuello le dolía. Se había sentido como un buceador al que el suministro de oxígeno se le ha obstruido.

Había dejado el texto de Marcus para el final, ya que su antiguo colega era su hombre favorito (bueno, después de su padre). «A ver si nos vemos para tomar algo. Tengo un notición». La mirada de Síle quedó fijada en aquellas palabras. ¿Había conseguido un trabajo estupendo? Pero Marcus quería dedicarse al dibujo técnico. Su patrona estaba intentando que dejase el piso de Dun Laoghaire, eso lo sabía, o sea que igual había conseguido encontrar algo que más o menos pudiera permitirse, si es que quedaba algo así en Dublín.

Y Jael y Anton seguían sin aparecer. Buscó el resumen electrónico del Irish Times y se detuvo en el informe de la enviada especial en Bagdad. Qué curiosa era la vida de los enviados especiales: esquivando municiones, garrapateando notas en un supermercado. Le parecía que nunca acababan de asentarse; en cuanto se sentían como en casa en un nuevo país, igual olvidaban cómo explicar las cosas a sus lejanos lectores.

Por alguna razón, aquello le recordó a Jude Turner, como le pasaba con tantas cosas aquellos días. Se le había ocurrido a Síle de vez en cuando en aquel mes de enero localizar el pequeño museo en Internet y dejar caer un saludo, igual incluso con la excusa de una investigación genealógica o algo así. Pero no, mejor dejarlo como un encuentro sin consecuencias en el aeropuerto, una de las consecuencias felices de la vida viajera.

Le preocupaba a Síle un poco que durante aquel desayuno en Heathrow no había llegado a pronunciar la frase «mi pareja Kathleen». Pero la verdad es que tampoco la obligaba nadie a hablar de su vida doméstica (o no doméstica) con todo el que

conocía. Nunca la volvería a ver, así que ¿qué más daba?

La larguirucha Jael se abrió paso a grandes zancadas entre la multitud.

—*Desolée, desolée*, cariño —gimió, dándole un sonoro beso en la mejilla—. Nuestro canguro se cayó de la bicicleta cuando hacía cabriolas para impresionar a Yseult... Venga, qué pasa, cómo estás.

—Por fin. Hola —dijo Síle.

Jael llevaba la melena rizada cobriza más corta de lo habitual, apartada de su cara pecosa, y dejaba ver unos colgantes plateados en las orejas. Cuando se sacó el encendedor, Síle chasqueó los dedos. Jael lo cerró de golpe con un aullido.

—Siempre se me olvida la puta ley antitabaco. Vivimos en un estado policial.

—¿No se te ha ocurrido dejarlo?

—No voy a consentir que el gobierno me fuerce a nada —dijo Jael virtuosamente—. No, la verdad, estuve tentada cuando cumplí los cuarenta, pero me parecía demasiado tarde para ir con jodiendas.

Anton llegó al reservado con tres vasos llenos.

—Perdón, perdón, perdón. ¿Estás tú sola, Síle?

—Eso, ¿Kathleen ha ido al lavabo? —Jael echó un prolongado vistazo al pub.

—Bueno, se disculpa. No se encontraba demasiado bien —dijo Síle, consciente de que jugaba con la verdad.

—No será ese bicho que últimamente pilla todo el mundo... —preguntó Anton.

Ella cabeceó.

—No da abasto en el hospital, como de costumbre. Y ya que hablamos de hospitales, ¿habéis llevado al chico a urgencias?

—Ni hablar —dijo Jael—. Un par de tiritas, y le dijimos que ni se le ocurriera llamarnos a menos que le gotease la sangre.

Anton se arregló la corbata.

—No acaba de convencerme lo de un canguro masculino.

Su mujer le golpeó el muslo.

—Me niego a volver a discutir esto. Quienes corrompen menores no son adolescentes, son los curas y los hombres héteros como tú.

—¿Te refieres a mí en concreto? —Se dirigió a Síle poniendo los ojos en blanco—. Como si tuviera tiempo o energía. Una paja en la ducha una vez cada quince días, y a veces ni eso.

—Conor es un encanto —dijo Jael—. Seguro que Iseult lo tiene levantado casi toda la noche jugando a *Daemon Quest*.

—Culpa tuya, por cierto —Anton dijo a Síle.

Síle asintió.

—Jamás se lo habría bajado de haber sabido que mi ahijada tenía una personalidad tan adictiva.

—De tal palo tal astilla —sentenció Jael complaciente.

—Marcus, amigo mío. —Anton se levantó para dar un abrazo a su amigo, alto y

con la cabeza afeitada.

—Mola la cazadora —comentó Jael entre dientes—. Aunque la camisa no le pega nada.

—Me encanta el corte de pelo, pero tendrás que hacer algo con la cara —contraatacó el inglés, intentando acomodarse en la banqueta.

Síle le dejó sitio y le besó en la oreja.

—Cuenta, cuenta. Parece que tiene un notición.

—Has follado —dedujo Jael—. Emanas un aura de maldad.

Marcus sonrió y se rascó la cabeza.

—Eso no sería un notición.

—Hombre, depende de con quién. ¿Y si es un famoso? Igual se ha cepillado al vocalista de un grupo de niños.

Marcus hizo una mueca.

—Nunca me han ido los yogurines. Igual cuando me haga más viejo; dicen que en cuanto pasas de los cuarenta, sientes el impulso irrefrenable de esperar a la entrada de las guarderías.

—¡Menudas perspectivas de futuro! —dijo Síle, que se disponía a cruzar esa frontera en octubre. La atención se le fue a Jude Turner. Parecía que acababa de entrar en la veintena. Pero ¿cómo se podía ser comisaria de algo a esa edad?

—Follar no sería un notición —sugirió Anton—. Pero un novio propiamente dicho sí.

—Dejadlo estar, chicos —pidió Marcus sonrojándose—; me gusta ser soltero.

—¿Os acordáis de aquella vez, en el Stag's Head, que una chica de diecinueve años presumía de ser célibe? —le preguntó Síle—. Marcus le preguntó si era apio o besugo.

—Seguro que la dejó descolocada —dijo Jael estallando en risas.

—¿Qué es...?

Anton fue interrumpido por su mujer:

—Venga, seguro que ya te lo hemos contado.

—Apio es cuando dices que no a todo el mundo —explicó Marcus—; besugo es cuando nadie quiere ir contigo.

—Y tú eres un auténtico apio —le aseguró Síle.

—Fresco y apetitoso.

—Todavía no nos has contado el notición —protestó Anton.

—Bueno, allá voy. Soy el orgulloso propietario de una cabaña pintoresca en el noroeste.

Un silencio.

—¿Noroeste de qué? ¿Noroeste de Dublín, como en la zona de Stoneybatter? —preguntó Síle sin demasiadas esperanzas.

—El Noroeste del país, o sea, el salvaje County Leitrim.

Ella se cubrió la cara con las manos.

—Se siente... —dijo Marcus.

—Me da que no lo sientes en absoluto —señaló Jael.

—No puedo evitar estar encantado —respondió Marcus—. Toda una casa para mí solo. Y ya era hora de escapar: esta ciudad se está convirtiendo en un agujero.

—Pero no es justo, casi todos los amigos se han ido al quinto pino a vivir —protestó Síle—. Trish hace shiatsu en Cork, Barra hace televentas desde Gweedore... Ya me doy cuenta de que Dublín es una locura, a menos que tengas mucha pasta, pero ¿es preciso que os vayáis tan lejos y encima parezcáis tan contentos?

—No me perderás, princesa; volveré los fines de semana. —Marcus entrelazó los dedos con los de ella—. Para mí tiene que ver con cumplir treinta y cinco.

—¿Qué pasa con los treinta y cinco? —quiso saber Jael.

—Ya sabes, la mitad de los setenta que te ofrecen en la Biblia. Después de mi cumpleaños me vi en un piso minúsculo en Dun Laoghaire, dándole al estropajo, y de repente pensé: «¡A la porra con esto, podría tener un huerto!».

En fin, ¿qué podía responder Síle a eso? Se quitó la gran cola de caballo de los hombros yapuró su bebida, pero sabía a amoniaco.

—Enhorabuena, tío —dijo Anton.

—Cuando me echaron de casa y empecé mi época mochilera —recordó Jael— le contaba a la gente que había escapado de las afiladas garras de la Madre Irlanda para siempre. Pensé que me asentaría en Berlín o Atenas, o que nunca me asentaría.

—Nadie sabe nada —comentó Marcus.

—Nunca decidí regresar a Dublín —continuó con el ceño fruncido—. Creo que simplemente vine una Navidad y quedé atrapada. ¡Y ahora mírame! Carrera, casa, marido, prole, como sogas que me amarran a puerto.

—Es lo que se llama kismet —sugirió Síle.

—Déjate de chorradas hindúes —dijo Jael—. Simplemente es un accidente de larga duración.

Anton la besó en la mandíbula.

—Bueno, pues por eso precisamente quiero elegir dónde vivir —sentenció Marcus—, en lugar de dejar que lo haga una oportunidad de trabajo o un hombre.

—¿Tienes fotos? —preguntó Jael.

Él dudó.

—Te darían la impresión equivocada.

—O sea, que parece un vertedero.

—Digamos que necesita cariño.

Mientras Jael le interrogó sobre el precio y otras particularidades, Anton murmuró al oído de Síle:

—He jodido otra vez mi ordenador; no se apaga si no le meto un clip doblado en el agujero.

—Ya le echaré una miradita cuando me pase a veros —prometió.

—Tendrías que cobrar por mimar a estos ignorantes ricachones —cortó Jael—. Si

te hartas del Club de las Millas Aéreas, te podrías ganar la vida como tecnochacha.

—No te he preguntado cómo fue la investigación —exclamó Marcus—. Supongo que no te han echado...

—Una reprimenda oficial —dijo Síle con un suspiro.

—Mamones.

—La compañía aceptó no sólo que el señor Jackson ya estaba muerto cuando me avisaron, sino también que el doctor de a bordo había confirmado que habían pasado horas desde el momento en que la resucitación fuera posible. Con todo, subrayaron que siguiendo las directrices tendría que haber salido pitando a por el desfibrilador y arrastrar al hombre al pasillo, por mucho *rigor mortis* que tuviera.

—Parecería una escena de Fawlty Towers —murmuró Jael.

Síle se sonrojaba con sólo recordarlo; después de tantos años de antigüedad y su impecable expediente, le habían reñido como si fuera una cría. Su mente divagó hacia el rostro de impecables pómulos de Jude Turner. «Ofrecí a la pasajera otro asiento —había dicho en la investigación—. Pero como apenas faltaba media hora para el aterrizaje, decliné la oferta. El doctor opinó que el cuerpo del señor Jackson no presentaba ningún riesgo para la salud». Había mencionado a Kathleen aquella chica; le había contado que había una canadiense un poco nerviosa en el asiento contiguo al muerto, y que la había invitado a un café.

—Es típico de la industria turística hoy en día —decía Marcus—: montones de directrices estúpidas y miedo de que alguien litigue.

—La última es que tenemos que evitar que los pasajeros hagan cola para el lavabo, no sea que se trate de algún tipo de conspiración para meterse en la cabina —les dijo Síle—. ¡Ah! Y tenemos que estar atentos por si pillamos a alguien leer el Corán o un almanaque... A veces siento que nunca tendría que haberme metido en este trabajo.

—Ah, pero seguro que te compensa por lo de viajar gratis —añadió Anton.

—¡Eso! Seguro que eres la única persona que conozco que se despierta un día de lluvia y dice: «A ver adónde voy hoy» —rezongó Jael.

—En cualquier caso, el chollo era aún mejor antes de las compañías de bajo coste —apuntó Marcus.

—No seas quejica —dijo Anton a su mujer—. Tú estuviste en Trieste la semana pasada.

—Pero fue por trabajo. Hemos cerrado lo del Festival EuroJoyce. Por cierto, Síle, es una campaña de dos meses, con un megapresupuesto.

—¡Enhorabuena!

—Un trabajo que significa desayuno con champán —dijo Anton— mientras a Ys y a papá se nos atragantaban los cereales en casa.

Síle se abrió camino hacia el bar para pedir la ronda siguiente. Se volvió a contemplar los rostros animados de sus amigos. Jael estaba repasándose con el pintalabios en un espejito y dando codazos a Anton al mismo tiempo. A él le

empezaban a salir algunas canas en las sienes. Sabía que, si no fuera por unos carísimos tratamientos de Cereza Malaya, Jael tendría los cabellos totalmente grises ya. Con aquella chaqueta de rayitas negras parecía... una mujer de mundo. ¿Era ésa la expresión? Cuando Síle la conoció, su amiga vestía de manera mucho más agresiva, como si fuera una estudiante que vivía de los cheques que sus padres le enviaban desde la granja agrícola. Por supuesto, Jael era lesbiana entonces, enfundada en cuero curtido y corbatas de Oxfam.

Aquello fue a principios de los noventa, antes de que la bonanza económica disparase los precios y la vida se hiciera frenética, antes de que Jael se camelase sus primeros trabajos y pusiese en marcha Primadonna Publicity. Y antes de Anton. Síle rememoró la llamada de teléfono en plena noche: «He dicho que me voy a casar con el tío este de culo gordo de gerencia. ¿Crees que meo fuera de tiesto?». Desde que Síle les conocía, Anton y Jael no hacían más que andar pinchándose el uno al otro. Especialmente desde que nació Yseult: la maternidad había sacado a Jael de sus casillas («¡Esta criatura se mea en todo lo que le pongo!»). Pero su matrimonio parecía tan sólido como cualquier otro.

Por otra parte, ¿cómo podía juzgarse desde fuera si algo estaba construido sobre roca o arenas movedizas? Por mucho que conocieras a uno, te podía resultar un gran misterio por qué él o ella amaba a cierto individuo entre todas las personas del mundo. ¿Qué se susurraban el uno al otro bajo el edredón? ¿Mandaba uno de los dos o tenían un acuerdo secreto de reparto de poderes? Y respecto a lo que duraría la relación, bueno, lo mismo sabríamos si lo echásemos a cara o cruz. Síle había visto relaciones preciosas y tiernas encallarse en las rocas más pequeñas y emparejamientos escépticos que duraban hasta que la muerte los separase. Las parejas que había pensado que estaban la mar de felices se rompían y admitían que pasaron años de amarguras; las relaciones tenían intrincados mecanismos de privacidad, incluso en aquellos tiempos de confesiones torrenciales en los medios.

El artilugio sonó. «Se nos ha acabado el dentífrico sin flúor. Buenas noches».

Síle tomó nota mentalmente de intentar comprarlo en la farmacia de guardia al volver a casa.

En los primeros años, a menudo se sorprendía presumiendo de que Kathleen y ella no compartían casa: «No nos apetece la domesticidad». Pero habían estado engañándose, pensaba ahora. A los cinco años, todas las parejas eran domésticas, aunque vivieran en casas distintas. Las dulces trivialidades acababan por apoderarse de una; la placidez y lo irritante se convertían en habituales a partes iguales.

—Tres Martinis de manzana verde y una Murphy —gritó en dirección al barman, agitando un billete de cincuenta euros, pero el gesto de asentimiento fue tan mínimo que Síle no acababa de saber si se dirigía a ella.

Las viejas costumbres

*Sí, lo hiciste, claro que lo hiciste,
y ella también, y hasta yo.
Y cuanto más lo pienso,
más ganas me dan de llorar.
Ah, no eran tiempos felices
cuando no teníamos penas
y nuestras madres hacían
colcannon en una pequeña sartén.*

ANÓNIMO, «La sartén»

Una gélida noche de febrero. El primer trago de Jude desde el funeral.

Ella y Gwen se encontraban junto a la chimenea en el bar de Irlanda, El Pato Pescador, se llamaba. Gwen tenía la mirada fija en un póster que había encima de una estantería con unas pistolas en fila sin orden ni concierto. Se apartó los cabellos pajizos del rostro:

—Clases de baile de jazz. A ver qué será una bailarina de jazz.

Jude permanecía en silencio.

Gwen empujó el cuenco de patatas fritas unos centímetros en dirección a su amiga.

—Por lo menos aquí no me topo con familiares de los pacientes como me pasa en St. Mary's. Te juro que el otro día estaba tomándome una cerveza en el bar que está cerca de mi apartamento cuando una mujer se me acercó a preguntarme si había encontrado el suéter de cachemira de su padre y cómo iban sus excreciones.

Jude no rememoraba la cremación ni el hospital, sino aquel momento en la salita de su tía en Luton: «A menos que Bill nos lleve». Era importante fijar el principio del fin. De aquella manera, todo antes de Luton contaba cómo vida normal. «Antes vivía con mi madre —recitaba Jude—. Vivía con mi madre hasta el mes pasado, que es cuando faltó. —No, el eufemismo tenía un toque siniestro—. Cuando murió. Sí, de un tumor cerebral. Ah, fue muy rápido; mejor así». Es lo que todos decían. Para Jude, aquellas escasas semanas de enero (desde los primeros indicios de desorientación de Rachel en casa de su hermana pasando por los episodios de confusión en casa, la mañana en que se despertó aullando de dolor, la tomografía, la resonancia magnética, la biopsia, el primer ataque que la derrumbó en la nieve fuera de la tienda de ultramarinos, las horribles palabras nuevas que tuvo que aprender —alta

concentración, infiltraciones, lóbulo frontal—, las radiaciones, los vómitos, las frases arrastradas, la ceguera en un ojo, y el resto), todas esas semanas no le habían parecido rápidas, sino una auténtica condena en el infierno. No podía ni imaginar cómo las había sentido su madre.

Cuando Jude no había estado sentada en varias salas de espera de Londres, Ontario, había continuado trabajando, aunque como una zombi. Había presidido una junta de administración del museo en la que Jim McVaddy (infatigable a los ochenta y dos) mencionó que igual se lo habría pensado dos veces antes de ceder en donación la colección que tres generaciones de trabajadores habían reunido en el granero McVaddy de haber sabido que los comercios locales no la apreciarían lo suficiente como para hacer contribuciones, y Glad Soontiens había respondido que en su opinión los gastos del Museo de Irlanda debían cubrirse con el dinero de las devoluciones de impuestos que les habían enviado los ladrones que mandaban en Ottawa. Jude también había revisado la base de datos de todos los residentes conocidos antes de 1900 en los partidos judiciales de Perth y Hurón, y tenía medio preparada una exposición con el título «Sangre sobre el hielo: cien años de hockey en la comarca» cuando Rizla la interrumpió diciendo: «Anda, mueve el culo que nos vamos».

Mirando atrás, lo único por lo que se sentía agradecida era que los horrores finales les habían embestido con tanta rapidez que no hubo necesidad de fingir que las cosas seguían igual. Durante el periodo que resultó ser los últimos cuatro días de la vida de su madre, Jude se acomodó en la habitación del hospital (los especialistas en Londres habían enviado a Rachel a Stratford, Ontario, para lo que denominaron «cuidados paliativos» o, lo que es lo mismo, drogas). Gwen acudió a visitarla desde St. Mary's cada día, a veces con una caja de donuts. Se quedaba sentada, tomando a Rachel de la mano, dándole conversación:

—Hace un día precioso fuera, señora Turner. Dicen que estamos a quince bajo cero, pero pronto subirá a tres o cuatro bajo cero. —Ocasionalmente susurraba consejos a Jude—: Igual le viene bien un poco de Bach. Recuérdales que le den la vuelta, o le saldrán moraduras. ¿Sabes qué luz puede regularse?

—¿Jude? ¿Quieres otra?

Ella cabeceó y cubrió su vaso de cerveza. No estaba en el hospital, estaba en «La Charca», como apodaban a aquel local; era mediados de febrero, y las cenizas de su madre eran un montoncito sucio en las raíces de los lilos del jardín bajo una capa de nieve recién caída.

—Está bien, ya vale por hoy —dijo Gwen, dirigiéndose al lavabo.

Jude tomó las últimas patatas del cuenco (alimentarse se había convertido en un acto reflejo) y siguió a su amiga con la mirada. Gwen tenía una cara redonda, atractiva si te gustaba, algo convencional si no. Llevaba un plumas entre octubre y abril, luego pasaba a algodón; decía que estaba demasiado ocupada, prácticamente llevando el peso de la Residencia del Ocaso, para andar preocupándose por «tonterías

de trapitos». En el instituto era a Gwen a la que llamaban «lesbi», sobre todo porque no salía nunca con nadie, mientras que Jude rara vez estaba sin novio. Gwen podía verle la gracia a aquello, tal como le comentó a Jude una vez: «De hecho estaría más cotizada si me pasara a la acera de enfrente»; pero estas cosas estaban en las manos de los dioses y la preferencia de Gwen se centraba en tíos altos y esbeltos (su gran pasión había sido por un enorme jugador de hockey que había pisado su corazón repetidamente antes de profesionalizarse).

—¿Cómo andas, Jude? ¿Eh? —Dave el barman les puso la cuenta sobre el mostrador, con dos caramelos de canela. Teniendo en cuenta que Jude había ido a la misma clase que él, había algo paternalista en su actitud; igual era algo que tenía que ver con el trabajo.

¿Y cuál era la mejor respuesta? ¿Estupendamente? ¿Hecha mierda?

—Regular.

En la cartera encontró la tarjetita con la golondrina, y pasó la yema del pulgar por encima de la imagen en relieve. Síle O'Shaughnessy. Jude creía que había perdido la tarjeta hasta que se la encontró cuando llevaba dos tercios de Dombey e hijo, el libro que leía a su madre semiinconsciente en el hospital, por una especie de memoria primitiva de que aquello era lo que se hacía junto a alguien en el lecho de muerte. Jude nunca extraviaba las cosas, pero ahora le pasaba continuamente; ayer había revuelto la casa en busca de las gafas durante media hora antes de descubrir que habían caído de la mesilla del vestíbulo a una de sus botas. Tenía un aire de serenidad que para algunos era envidiable y para otros inquietante; «la grávitica de la camionera», como la había llamado una novia que tuvo. Jude nunca se lo había tomado muy en serio, era un poco como la curva suave de su mentón. Pero ahora no podía recordar cómo ser «estable» o cómo tener «los pies en el suelo» o cosas así: la pérdida había hecho que su vida se tambalease.

Volvió a rozar las letras. Síle O'Shaughnessy practicó repitiendo mentalmente el nombre, aunque nunca lo había pronunciado en voz alta. Con toda la desolación y el caos de las últimas seis semanas no había tenido ocasión de contar a nadie su encuentro con la auxiliar de vuelo con acento irlandés y rostro hindú. Pero lo interesante era que pensaba en Síle O'Shaughnessy a todas horas. Las frases rápidas y musicales; la boca algo fatigada pero jugosa. El recuerdo era como un pequeño guijarro en el zapato. Cuando pensaba en Luton, sus recuerdos se deslizaban lateralmente hacia Síle O'Shaughnessy, cuyo nombre se abría como una puerta hacia otro mundo inundado de sol. Le gustaba imaginar a aquella mujer en Los Ángeles o en Bangkok, navegando por Internet en su artilugio mientras disfrutaba de un cóctel, o vestida con su uniforme de un verde reptiliano saltando en su cama elástica, con la trenza retorciéndose como una cobra.

Sabía que todo aquello era absurdo, en el límite de la obsesión, pero no estaba dispuesta a renunciar a nada que pudiera apartar su mente de las imágenes de horror en las que su madre iba evolucionando de ser una eficaz recepcionista jubilada a

paciente asustada hasta convertirse en una anciana muerta en un lecho. (Habían tenido una discusión absurda sobre la incineración una semana antes del fin; Jude habría deseado una tumba y una lápida, simplemente un nombre y fechas, al estilo cuáquero, pero su madre se había negado a gastar dinero. Jude había acusado a su madre de ser una roñosa, precisamente aquella palabra era la que no se había perdonado todavía).

—A ti —dijo Dave recogiendo el platillo.

Gwen lo interceptó, lo puso delante de Jude y lo sustituyó por uno suyo.

—¿Es parte del proceso de luto, que me paguen todo lo que me tomo? —Últimamente, los intentos de Jude de dar rienda suelta al sentido del humor tenían un tono chirriante.

Gwen se echó encima su plumífero. Jude se levantó, sintiendo rigidez en las rodillas; las articulaciones le dolían. Dave les abrió la puerta:

—Buenas noches, señoritas.

—Buenas noches, Dave. —La nieve se arremolinó ante sus narices.

—¿Llegarás a casa o te acompaño? —le preguntó Gwen.

—Vivo ahí.

—Si algún día necesitas dormir en mi sofá...

Jude esbozó una sonrisa.

—Nunca más. Llevo años diciéndote que es como acostarse en una parrilla.

—Cómprame un sofá nuevo para mi cumpleaños, ahora que eres una heredera. —Gwen soltó al aire mientras se dirigía hacia el coche. Era una referencia sarcástica a los 1391 dólares y 61 centavos que Rachel Turner había dejado a su hija, aparte de la casa de ladrillo amarillo.

El viento era cortante; Jude se subió la bufanda hasta los ojos mientras condujo por la desierta calle principal. Tenía gracia que, después de todo lo que había pasado, siguieran preocupándole las pequeñas sensaciones. Seguía prefiriendo una nariz caliente a una nariz helada, la cerveza fría a la templada, cenar a no hacerlo. El cuerpo insistía en seguir con sus cosas, y la mente no le iba a la zaga. «Síle O'Shaughnessy —se dijo—, Síle O'Shaughnessy», las sibilantes eran una cortina de agua.

Al llegar a casa, Jude miró al techo (el pasado mes de abril, había visto el porche de Bub derrumbarse bajo el peso de la nieve). Las contraventanas, con la pintura algo pelada, estaban a oscuras. Antes de la moda ecologista, Rachel había enseñado a su hija costumbres ahorrativas como apagar la luz al salir de una habitación. «La próxima vez que salga —decidió Jude— pienso dejar una encendida».

No, no podía soportarlo; a pesar de lo que le había dicho a Gwen, no le apetecía dormir a solas aquella noche.

A unas pocas calles, las ventanas de Rizla emanaban el intermitente resplandor de una televisión. Había una normativa que prohibía que se instalase un tráiler en un aparcamiento y vivir ahí todo el año (tal como había comprobado hacía unos años),

pero los polis nunca se ponían pesados con Rizla; según él, eso era porque había fumado hierba con casi todos ellos en el colegio.

No respondió nadie cuando llamó, pero entró de todos modos. Siouxsie se revolvió y gimió, pero volvió a poner la cabeza entre las patitas cuando reconoció a Jude. Rizla estaba echado en el sofá, con un cigarrillo a medio fumar entre los dedos. Jude se lo quitó. Él se incorporó con un gruñido.

—¿Qué pasa, joder?

—¿Qué mierda es esto? —preguntó ella blandiendo el cigarrillo.

Él dirigió la mirada hacia la puerta.

—Oye, ¿te he invitado?

Jude sabía que simplemente estaba aturdido, pero lo trató como una indirecta.

—No, pero menos mal que me he pasado, so burro. Podrías haber incendiado esto.

Rizla parpadeó, apartándose una cortina de pelo negro con la palma de la mano.

—Estaba viendo CSI.

Ella fue hacia la televisión (estaban poniendo algo sobre pingüinos) pasando por encima de Siouxsie, y la apagó.

—¿Cómo tengo que decirte que apagues el cigarro antes de acostarse?

—Vale.

—Dices que vale, pero no lo haces, Riz. —La voz le temblaba—. Mira que juegas a la ruleta rusa. Un día esto va a arder como si fuera pinocha y el único rastro que quedará de ti serán algunos restos en los muelles del sofá.

Se levantó y la abrazó. Un sollozo escapó de la garganta de Jude. En aquel hombre percibía abotargamiento, una sorprendente inercia. Rizla levantó la cabeza y ella creyó que iba a decir algo, quizá algo sensato que la devolviese a la calma, pero él simplemente bostezó como un hipopótamo. Se sorprendió pensando que estaba más acostumbrado a perder a gente que Jude; su padre, su madre y dos hermanos habían muerto jóvenes.

Jude se secó los ojos con la camisa de él. Tras dos intentos le salió la voz:

—Llevo tiempo que quería decirte... ¿te acuerdas de cuando viniste al hospital? Siento que no te reconociera.

—Ah, sólo quería ser amable. —Luego, con ironía—: A la señora Turner nunca le cayó muy bien el tipo del tráiler que había echado a perder a su hija.

Provocar a Jude era un viejo pasatiempo.

—Eso es mentira —respondió ella sin poder contenerse.

Rizla encogió sus enormes hombros, haciendo muecas mientras bostezaba.

—Tengo que ir al catre.

Jude se quedó, sólo en parte fue porque se sentía mal al haberle gritado.

A veces, en noches como aquélla, no sucedía nada, y a veces sí; no es que tuviera gran importancia en cualquier caso. Así eran las cosas entre ellos desde hacía años, desde que se habían separado. No era un acontecimiento que Jude dijera que sí, sin

palabras, ni era un problema si decía no, igualmente sin palabras. Rizla siempre estaba abierto a la posibilidad («así somos los tíos», le había dicho una vez, mortificado) pero nunca forzaba la situación.

Aquella noche resultó ser que sí. Pero no consolaba a Jude haber pensado que podría haber acabado de esa manera. Después no pudo dormirse; tiró el condón, luego encendió la tele y con el sonido bajo vio cómo alguien empapelaba una habitación.

A las seis se marchó a casa en la gélida neblina para bañarse antes de ir al trabajo. Había un mensaje de su padre en el contestador. La llamaba «pequeña»; igual era como se hablaba en Florida. Jude imaginaba que mejor un progenitor que ninguno, pero de hecho Ben Turner era el que menos le apetecía y estaba mil seiscientos kilómetros demasiado lejos en dirección sur.

Le devolvió la llamada, todavía de pie en el vestíbulo junto a las botas mojadas, para quitarse de encima el asunto.

—¿Te he despertado?

—No, qué va. Estos días no necesito dormir más de cinco horas —respondió Ben.

Pensó en su padre, con el rostro tostado por el sol, en la casa del pueblo de Coldstream; varios miembros de la congregación se habían puesto en pie para ofrecer sus testimonios sobre Rachel Turner, pero él había sido incapaz de articular palabra. La ironía era que quien era cuáquero de nacimiento era Ben, mientras que Rachel era una anglicana renegada que se había convertido en «amiga convencida» (era como ellos les llamaban) después de casarse; él había dejado atrás aquello hacía mucho tiempo, junto con otras muchas cosas. Había llegado el día de la incineración para partir al día siguiente, aunque (Jude pensaría después) jamás vería su pueblo nunca más. La ira pasó de largo como un pájaro de colores abigarrados.

—¿Llegaste bien? —dijo, consciente de que se trataba de una pregunta sin sentido.

—Sí, tu tío Frank pasó a recogerme al aeropuerto; dice que si estás cuidando su preciosa moto. Rochelle lamentó mucho no haber podido venir al funeral, ya sabes.

Le molestaba que su padre tuviera una segunda esposa con un nombre parecido al de la primera pero más elegante. Rochelle tenía unos años más que Ben; se le había declarado cuando cumplió setenta y cinco años, en un baile en Cayo Hueso. Quizá la semejanza entre los nombres le hiciera más fácil recordar cómo llamarla, si llegaba el día en que empezaba a tener «episodios de confusión,» pensó Jude vengativa.

—La pequeña operación de cadera fue la mar de bien...

Maldita sea, se lo tendría que haber preguntado.

—Fantástico.

—¿Y tú cómo estás, pequeña?

—Bueno... —No pensaba reconfortarle y dejarle que diera por resuelto el tema de su hija.

—Jude, si hay algo que necesitas, lo que sea... —La línea crujió con

interferencias—. ¿Qué pasa, pequeña? —le dijo a alguien en la sala.

«No nos llames pequeña a las dos».

—Oye, Rochelle dice que te vengas de vacaciones, que te dé el sol. Me puedo encargar del vuelo...

—Me gusta el invierno —le recordó.

—Sí, pero con lo que ha pasado...

Jude había perdido la capacidad de tolerar los eufemismos. ¿Por qué no podía decir «ahora que tu madre ha muerto»? Rachel, a la que Ben había amado (se suponía, o al menos la había querido lo suficiente como para casarse tarde, concebir una hija y vivir con ella dieciocho años antes de sucumbir al recargado maquillaje de Julia McBride, la del ultramarinos), se había convertido en cenizas, esparcidas ahora bajo los lilos doblados bajo el peso de la nieve. (No hubo ocasión de aclarar esta parte de los deseos de su madre, tras la conversación «roñosa». Jude creía recordar que Rachel le había expresado su afición por los lilos porque sacaban sus hermosísimas flores a principios de mayo y luego pasaban a verde el resto del año. Pero quizá era una idea de la propia Jude. En cuanto la gente ya no estaba, uno se encontraba manteniendo conversaciones imaginarias con ellos).

—Me tengo que ir a trabajar, papá.

—Claro, claro. Es fantástico cómo sacas adelante ese museo.

Apretó los dientes con fuerza. Sabía que a él no le importaban un bledo las raíces, ni las suyas ni las de nadie. Sólo así se explicaba que, tras crecer como residente de tercera generación de Irlanda, Ontario, se hubiera ido a Florida. Desde que Ben había dejado atrás su antigua vida (y a su mujer), su voz había adquirido una especie de felicidad indecente, un elemento de sol.

Jude sabía que aquellas ideas eran ridículas. Volvía a tener quince años: en cuclillas al final de la crujiente escalera, esperando a que sus padres la llamaran para hablarle del divorcio. A partir de aquel verano, todo había ido mal. Antes, los Turner habían estado arruinados, pero eso a Jude no le había preocupado; ¿para qué quería la gente una asignación semanal si todas las cosas que le gustaba hacer eran gratis y conocía a tanta gente en el pueblo que era como vivir en una novela?

—Hablamos pronto, pequeña, ¿vale?

«Hablamos pronto». Es lo que se decía a viejos amigos con los que uno se encontraba en la calle.

—Sí. —Jude colgó el teléfono y sintió que el silencio llenaba la casa. «Mi casa», recitó mentalmente.

Corresponsales extranjeros

Entonces, ¿tienes prisa

o vas a marcharte

y no vas a escucharlas

palabras que me dispongo a pronunciar?

ANÓNIMO, «El caballo negro»

El 22 de febrero se cumplió un mes desde que su madre falleció. Jude conmemoró la fecha dirigiéndose a la cabina telefónica del cruce y llamando a casa, para oír por última vez la entonación de Rachel con su acento británico:

—Ha llamado usted a casa de los Turner...

Únicamente al volver a casa, avanzando con dificultad por la nieve sucia y con las lágrimas dejando marcas de hielo en su cara, pensó que podría haber escuchado el mensaje desde casa sólo con apretar cierta secuencia de botones. Se obligó a grabar un nuevo y breve saludo inmediatamente.

—Aquí Jude, deje su mensaje.

Tuvo que intentarlo cuatro veces antes de que sonase más o menos normal.

Jude de repente lamentó haberse cambiado al servicio de contestador unos años antes; de haberse quedado con el viejo contestador automático ahora tendría una cinta. Tenía unas pocas cartas de su madre y fotografías, aunque no muchas (no le gustaba que le hicieran fotos y había aprendido a evitar las cámaras) pero nada en vídeo, ni de su voz. Quizá si su madre hubiera llegado a los ochenta se le habría ocurrido a Jude grabarla. «Huellas textuales escasas; pocos objetos». Como los restos de algún borroso antecesor, pensó Jude, y por una vez deseó ser más joven.

No había leído más de una página de algo desde hacía semanas. No había cogido su guitarra en tanto tiempo que los callos se le estaban reblandeciendo. No había ni siquiera horneado una barra de pan.

En el cobertizo rebosante pero ordenado que hacía las funciones de oficina y archivo del museo, Jude se puso a trabajar quitando las grapas oxidadas de un fajo de correspondencia de los años treinta entre Gertrude Pleider, de Irlanda, Ontario (muerta tras complicaciones derivadas de una caída de su motocicleta fuera de la granja de pavos a los noventa y dos, o sea veintiséis años más que Rachel, «basta ya, Jude, basta ya de una vez») y su prima la señorita Jane Vorden de Wetaskiwin, Alberta. Jude solía agradecer las donaciones, especialmente si se trataba de manuscritos en lugar de mecedoras astilladas o raquetas de nieve enmohecidas, pero las grapas oxidadas la ponían de los nervios.

Imprimió la página semanal «Extractos del archivo», la introdujo en un

archivador de plástico y se encajó las botas para colgarla en el tablón de anuncios del exterior.

Algunos inmigrantes huérfanos indigentes

- Con llegada el 6 mayo de 1891: Noble, Thomas. Edad: 16. Sexo: V Criado de granja en el SS Norwegian de Liverpool a Quebec.
- Con llegada el 4 de junio de 1891: Weiner, Adolph. Edad: 10. Sexo: V Escolarizado.
- Con llegada el 4 de junio de 1891: Weiner, Pauline. Edad: 10. Sexo: M. Escolarizada.
- Con llegada el 4 de junio de 1891: Weiner, Maggie. Edad: 11. Sexo: M. Escolarizada, todos ellos en el SS Parisian de Liverpool a Quebec.

Glad Soontiens, un artista textil y la mejor aliada de Jude en el comité del museo, se paró a leer por encima del hombro de Jude. Dejó escapar una carcajada de fumadora.

—Fíjate cuántos Weinercitos. ¿Y qué es eso de «escolarizado»?

—Un niño que ha ido al colegio, imagino.

—Seguro que los separaron enseguida y les mandaron a pasturar vacas.

—Las posibilidades de adopción son escasas —dijo Jude a la mujer de mediana edad.

—Por cierto, ¿llegó a acabar Rachel el edredón de estrellas y escaleras que estaba haciendo?

—Casi —respondió Jude, concentrándose en poner otra chincheta—. Me parece que sigue faltando un poco de guata en el relleno.

—Tráemelo y lo arreglaré para la feria de este año.

Jude lo veía todo borroso. Cuando logró alejarlos del tablón de anuncios Glad ya andaba por media calle.

En la radio local, tras las noticias, escuchó un reportaje sobre Pakistán que de rebote le hizo pensar en Síle O'Shaughnessy. Jude imaginó a la auxiliar de vuelo sentada con las piernas cruzadas, enfundadas en medias, bebiendo a sorbos sólo café italiano del mejor, mirando a través de las ventanas en las plazas iluminadas o las calles lluviosas, expectante, glamurosa.

El ordenador beis estaba casi oculto tras una caja de impresos en microforma; Jude lo utilizaba sobre todo para buscar en bases de datos como el Registro de Nacimientos y Muertes de Ontario. Se le ocurrió que ninguno de los voluntarios conocía su contraseña, que era contraseña.

«Venga, si vas a hacerlo decídete de una vez», se dijo.

De: irelandmuseum@interweb.ca

Para: sile@oshaugh.com

Fecha: 22 de febrero 11.22

Asunto: Saludos

Querida Sile (¡disculpa que no sepa cómo poner el acento en la i de tu nombre!):

Tomate como un cumplido que éste sea el primer e-mail que envié por una cuestión que no sea de trabajo. Simplemente quería decir hola y que te debo un desayuno. Si alguna vez vienes a Toronto me podría plantar allí por la autopista, si tienes un rato entre vuelos y quieres «cerner como un animal».

Jude pretendía aquí un tono ligero, para no parecer una paleta pueblerina desesperada por ligar. La verdad era que jamás «se había plantado» en Toronto por la autopista; sólo iba si necesitaba investigar en las bibliotecas o pillar alguna exposición en el museo Royal Ontario.

Hoy debería estar catalogando cartas, y haciendo fichas de toda la serie de un periódico anticonfederación de principios de la década de 1860 (la Confederación era cuando Cañada decidió convertirse en país, por si te interesa).

«Seguro que no, menuda chorrada», dijo para sí soltando un gruñido, y borró la frase.

Al mirar el calendario de puentes históricos en el sudeste de Ontario en la pared del despacho, veo que hace siete semanas y inedia desde lo de Heathrow (bueno, desde que yo estuve, tú tienes que haber pasado por allí veinte veces). El motivo por el que no te he escrito hasta ahora es que lo de mi madre resultó ser un tumor cerebral y estaba muriéndose. De hecho, murió el 22 de enero.

Como me ha costado diez minutos escribir las últimas dos frases, mejor dejarlo por hoy, antes de convertir en una costumbre lo de llorarte encima.

Una gramática algo extraña, tono de chica necesitada; Jude borró hasta «dejarlo por hoy».

Si tus viajes por el ancho mundo conocido te dejan un minuto, ya me contarás si recibes esto.

Adiós,

Jude (Turner)

Ya había puesto el ratón sobre ENVIAR cuando se le ocurrió algo y estiró el brazo por encima del escritorio cubierto de papeles hasta alcanzar la estantería de los libros de referencia.

P. D.: Acabo de buscar lo de los recabitas.

Está en Jeremías 35:7

Ni construiréis una casa ni sembrareis ni plantareis vides o las poseeréis: hasta el fin de vuestros días viviréis en tiendas; y viviréis siempre en tierras de las que seréis extraños.

Lo curioso es que recordaba lo de vivir en tiendas de los recabitas como si fuera una mala costumbre, o quizá un castigo. Pero ahora al volver a leer el versículo, ¡creo que de hecho se les dice que no echen raíces para no ser vulnerables a los ataques! ¿Te funciona la metáfora, Síle?

¿Te ves como una escurridiza guerrera del camino que jamás quedara atrapada en un lugar y nunca tendrá que hacer ratas a la barbacoa como los que estamos más arraigados?

En fin. Adiós de nuevo.

Volvió a pensarlo y casi borró el párrafo, pero quedaba más animado que lo que venía antes, y terminar con una cita bíblica era mejor que con la noticia de la muerte de su madre.

«Enviando mensaje “Saludos”. Bandeja de salida vacía». Como si las palabras fueran una bandada de golondrinas que escapan de una jaula, persiguiéndose las unas a las otras contra el cielo invernal.

Un golpe en la puerta le produjo un sobresalto. La carota marrón de Rizla contra el cristal, con los ojos en blanco y la lengua fuera.

—Lo siento si tienes mono de antigüedades, pero el museo cierra los lunes —dijo ella acercándose para abrazarle, pero calculó mal porque él ya había retrocedido para quitarse la nieve de las botas.

—No puedo estar mucho rato, tengo una mierda de Pontiac con las ruedas quitadas. ¿Va todo bien? —preguntó Rizla.

Jude volvió a sentir un nudo en la garganta.

—Mira que estoy harta de tanta empatía —suspiró—. ¿Te he contado que Bub

llamó a la puerta después del funeral para ofrecerse a quitar la nieve de delante de casa todo el invierno?

—¿Bub tu vecino mudo?

—Pues resulta que tiene muchas cosas que decir en cuanto se pone a ello. Superelocuente a la hora de contarme que la muerte nos tiene a todos controlados y que mi madre era una santa; cuando se mudó le hizo tarta de moras. Hace un curso por correspondencia de electricidad, y su verdadero nombre es Llewellyn.

A Rizla se le atragantó la risa.

—Ya veo, imagino que no sacarías nada en la granja de pavos. —Sacó una lata de ginger-ale y la abrió con un dedo—. ¿Te pasarás luego a probar el rosbif del día? —Era el único mecánico en el Garage, la única gasolinera con café de la ciudad.

Jude cabeceó.

—Tengo calabacines para recalentar. Gwen viene esta tarde. Voy a ir a verla al torneo de béisbol sobre nieve. ¿Vendrás? —preguntó sin grandes esperanzas.

—¿Para los restos de calabacín o para una cena de verdad?

—Si tanto necesitas una hamburguesa...

—Nada, sólo era para tomarte el pelo —le dijo sonriendo y mostrando una hilera irregular de dientes. Dejó la lata encima de unos ficheros marrones.

Jude la quitó de inmediato.

—Tío, que son las cartas de la familia Krebniz; las tengo en préstamo.

—Ya están llenas de manchas —indicó echando un vistazo rápido.

—Son lágrimas —le dijo recogiendo las carpetas—. Ninguno de los tres hermanos vio a los otros nunca más.

—Mira que es deprimente la historia —comentó mientras tomaba un trago del ginger-ale.

—Esta noche si quieres puedes pasarte después de la cena, y nos tomamos una cerveza.

—Ni hablar, creo que podré sobrevivir sin otra conferencia sobre mis hábitos de palurdo.

—¿Por qué no lo dejas estar?

Rizla frunció los labios.

—Tu amiga se dedica a cambiar los pañales a viejos para vivir, pero se cree que es toda una dama.

—Dices eso porque a Gwen no le hizo gracia tu chiste sobre el Holocausto...

—Oye, si alguien tiene derecho, somos los indios nativos —dijo con una mueca—, que también fuimos víctimas de un genocidio. Además, ¿y lo de aquella vez en el restaurante?

Jude suspiró.

—¿Y qué si pidió a la camarera que limpiase la mesa?

—El problema es cómo lo hizo —rememoró Rizla—. Tan cortante. Para mí si una tía se pone de los nervios por un gotarrón de ketchup, seguro que luego se comporta

igual.

—¿Luego cuándo?

Se miró la bragueta.

—¿Crees que su alteza se dignaría a dormir donde abulta?

Jude se sorprendió soltando una risotada.

A la hora de comer, salvó las dos manzanas que la separaban de casa luchando contra la tormenta de nieve, y sintiéndose tan hueca como una caña. La mano derecha, en la que portaba un cigarrillo, estaba entumecida a pesar del guante. Un día de estos tendría que hacerse mayor y dejar de fumar.

A pesar del letrero que decía «NO QUIERO CORREO COMERCIAL, POR FAVOR, SALVEMOS LOS ÁRBOLES», el buzón estaba lleno hasta los bordes de propaganda; sintió una irritación sin límites. Se sacudió la nieve acumulada en las botas y se las desató en el vestíbulo. Había un mensaje en el contestador de un tipo de Mitchell que respondía a su anuncio sobre la venta del Honda Civic de 1994. Jude se estremeció ante la idea de que el viejo coche de su madre desapareciera de su aparcamiento ante la casa, hasta que pensó de nuevo en lo que podría hacer con el dinero; sin la pensión de Rachel, la factura del gas era cada vez más difícil de afrontar.

Cuando echó la propaganda a la papelería, un sobre de bordes húmedos se deslizó del resto. Tenía un matasellos borroso que decía Baile Atha Cliath, que para Jude sonaba a trabalenguas, pero en el sello había una cruz celta y su corazón empezó a latir con fuerza. Se sentó al final de la escalera en el oscuro vestíbulo y se sacó la navaja del cinturón para abrir el sobre mientras sus manos temblaban como si se hubiera excedido con el café.

17 Stoneybatter Place
Stoneybatter
Dublin 2
Irlanda
14 de febrero

Pues hola, Jude la Oscura. Espero que mi caligrafía te parezca legible, porque, aunque te parecerá irónico que algo así suceda a una tecnófila como yo (puedo presumir de haber visto el primer nacimiento en vivo en la Red en el 98), mi impresora acaba de autodestruirse dejando una nube de humo, así que voy a tener que copiar esta carta de la pantalla A MANO. Sólo el hecho de que el transbordador a mi vuelo de Boston lleva media hora de retraso justifica el derroche de energía. No doy crédito a lo primitivo que es esto de hacer garabatos en el papel con gotitas negras que salen de un tubo...

Esperé seis semanas para ver si te rendirías y me contactarías primero, pero ya veo que eres de las fuertes, silenciosas y testarudas con quienes una chica jamás debería meterse a competir por ver quién aguanta más. ¿O quizá

hay una razón más prosaica? Podrías haber extraviado mi tarjeta, ya que las cosas siempre se pierden cuando uno viaja; a lo largo de los años he perdido la mayor parte de mis pendientes favoritos por los desagües de los lavabos de los hoteles (en mis ratos libres no me importa llevar pendientes diferentes, pero para el trabajo tengo que ir arreglada hasta extremos ridículos).

Nuestro amigo George L. Jackson resultó ser pentecostal [mi corrector ortográfico desconoce esta palabra] setenta y cinco años, divorciado y con cuatro hijos adultos (la investigación fue un horror, pero por lo menos no me echaron del trabajo). ¿Piensas mucho en él? Yo sí, especialmente durante vuelos nocturnos, cuando las luces se amortiguan y muchos pasajeros se ponen a dormir. Llevaba su propia compañía de plásticos, y se dirigía a Inglaterra para vender muestras en una feria. No tenía historial de enfermedad cardíaca, pero de eso murió. La línea aérea pagó tanto el vuelo de su hija mayor para recogerlo como el embalsamamiento. Ahora ya sabes tanto como yo.

La mano se me ha cansado ya, voy a tener que parar antes de haber dicho gran cosa. Me pregunto cuánto va a tardar en llegarte la carta, en mida, en alce, o con lo que utilice la Policía Montada hoy en día. Intento imaginarme la aldea de Irlanda, Ontario, y enseguida me doy cuenta de que las imágenes que se me forman en la cabeza me vienen todas de Doctor en Alaska, que ahora que lo pienso no pasa en Canadá. Vaya. La vida de aldea siempre me hace estremecer, no hay cines (estoy tan colgada del cine que vería dos películas al día si tuviera tiempo) ni locales para escuchar música, o zumerías... ¿Cómo te las arreglas cuando te apetece un zumo de fresa y pera?

Cállate, Síle, tus modales dejan mucho que desear... Igual soy yo: las ciudades me ponen. Necesito sentirme libre como una cometa... Aunque mi base está en Dublín, podría estarlo en cualquier sitio (¡bueno, en cualquier sitio con más de un millón de habitantes!); la vida es una merienda campestre, por decirlo de alguna manera. Kathleen (mi amiga) no está de acuerdo; dice que los emigrantes siempre le dan algo de pena.

Al otro lado de mi ventana, en la calle de casas sencillitas en la que vivo, empiezo a ver que los tulipanes violetas más aguerridos empiezan a asomarse (yo no sé cultivar nada, pero mi vecina Deirdre y yo tenemos un AMB, y utiliza mi alféizar para las macetas que le sobran). Sin duda la primavera (mi estación preferida) se acerca.

Hmm, la caligrafía es un poco como el código Morse, lenta y seria. Es mucho más táctil que el ordenador, sin duda. Aquí hay una mancha, por ejemplo, de restos de mi tarta de frambuesa:

Síle

P. D.: Feliz día de San Valentín.

En su lucha por descifrar la enrevesada caligrafía, la primera impresión de Jude fue que, en efecto, la carta había sido escrita para matar media hora. ¿Y aquello de «Kathleen (mi amiga)» se refería a una amiga o más bien...? Al leer por segunda vez, prestó más atención a las frases sobre la espera de seis semanas y la lucha de voluntades y la clara referencia al día de San Valentín. Tenía que haberle llevado un rato copiarla a mano. Se chupó el dedo, tocó la mancha marrón al final de la página y la probó. La frambuesa despertó en su paladar y ella pensó: «¡Qué descarada!».

Releyó la carta dos veces más; estaba demasiado nerviosa para comer. Se sentó a la mesa de la cocina con su pluma y una hoja no demasiado amarilla de papel del Museo de Irlanda.

Querida Síle:

Recibí tu carta después de enviar mi e-mail... ¡Ajá!

Me encantó tener noticias tuyas.

Ya sé que el correo postal tarda un poco: si nuestros antecesores no se hubieran comunicado con algo tan duradero como el papel en los últimos mil años, no quedaría gran cosa de ellos.

Jude intentaba un estilo reflexivo, pero aquello sonaba a sermón. Hora de cambiar de tema.

Sí, pienso en George L. Jackson, especialmente cuando no consigo dormirme. Gracias por contarme cosas de él. Aunque por muchos datos que tengamos nunca conoceremos a la gente.

Rachel Turner, apellido de soltera Dorridge, nacida en Chichester, el 3 de abril de 1938. Llegó a Toronto en septiembre de 1957. Trabajó en el departamento de accesorios para mujeres de Eaton's. Casada...

«Basta ya, Jude».

A cada momento tengo que consultar el diccionario. Algunas de mis dudas las aclara, pero cuando me hablas de AMB no hay nada que se corresponda con lo que puede significar.

Si se acerca la primavera en la Gran Irlanda, está claro que la diferencia entre nuestros países no se limita a cinco horas, sino que es toda una estación.

Aquí en Ontario hace una brillante tarde de invierno, y las aceras están cubiertas en montones de un metro de altura de nieve beis, así que es preferible caminar por la calzada, que produce chirridos bajo las botas.

Hay casas que siguen teniendo puestas las luces navideñas. Por mi parte

estoy orgullosa del carámbano que hay en la ventana de mi habitación, que mide casi tanto como yo.

«Cielos, esto suena como una redacción escolar sobre el tema “un día de invierno”».

La casa de mi madre está en la Calle Mayor, a un par de manzanas del cruce. Sigo intentando acostumbrarme a decir «mi casa», pero cada vez me parece que es como dejar que mamá desaparezca un poco más.

En fin, ¿qué sentido tenía escribir a una extraña si no podía contarle las cosas que sentía? Continuó.

El museo está sólo a una manzana; no necesito tomar transporte público para ir al trabajo. El verano pasado, cuando me lastimé una rodilla jugando a hockey en la calle con unos chavales de diez años, todavía podía ir a saltitos. Que sepas que este villorrio (que es como se denomina oficialmente) no es tan «terriblemente homogéneo» como te imaginas. Tenemos especialistas en arreglos florales y fundamentalistas, sí... y el año pasado alguien escribió con tiza LAMEFELPUDOS (o sea, yo) a la entrada del museo... pero también tenemos un hotelito que llevan unos gays, dos diseñadores de páginas web, un corredor de bolsa y un budista. Cuando vives tan cerca de otra gente te das cuenta lo individual que es cada uno. Hay un tipo en una mansión en ruinas al norte de la ciudad que caza ciervos con su labrador y se dice que hasta tiene una relación antinatural con la perra. Su esposa le dejó hace mucho tiempo, o quizá, como dicen algunos, esté enterrada en el bosque... Oh-Oh, ahora que lo pienso todo esto acabará confirmando tus prejuicios sobre la siniestra vida rural, ¿no?

Es verdad que si quiero un zumo de fresa y pera no me queda más remedio que utilizar la Moulinex de mi madre. Una vez más: MI Moulinex. Síle, acabo de pensar que te envidio por haber perdido a tu madre cuando eras demasiado joven para saber qué sucedía.

Vaya, esto sonaba más real, pero...

Lo siento, eso suena cruel y estúpido. Por supuesto es mejor tener una madre cuando creces... pero ahora mismo echo tanto de menos a la mía que siento dolor en todos y cada uno de mis huesos.

La carta empezaba a ir cuesta abajo sin remedio.

Esta carta empieza a ir cuesta abajo, pero supongo que de nada sirve fingir que me siento realmente de una pieza. Es otra cosa que tienen las cartas escritas a mano, que son más honestas. Si hubiera intentado tachar lo de arriba lo habrías visto, mientras que en los e-mails la gente puede corregir sus sentimientos.

Igual debería enviarle por e-mail una versión revisada de esta carta. Se tiró con fuerza del lóbulo de la oreja. ¿Por qué tenía que ser tan difícil responder a una carta? Tenía que evitar ser demasiado empalagosa, pero también la frialdad; no sonar como una nonagenaria pero tampoco como una cría de siete años. Algo entre «Estimado cliente» y «Adorada mujer de mis sueños».

Aquella frase hizo a Jude parar en seco. Dejó de lado la pluma. Había llegado a olvidarse del sueño; ni siquiera acertaba a decidir si lo había tenido la noche anterior o hacía unas cuantas noches. Era simple y a la vez le mortificaba. Síle O'Shaughnessy tendida en una nube, desnuda y oscura como una figura de Gauguin, asomada y mirándola, sin vergüenza.

Jude empezó a escribir la primera mentira que se le ocurrió.

Suena el teléfono. Mejor que responda.

Hasta la próxima, Jude.

P. D.: Me gusta lo que dices sobre ser libre como una cometa... pero si alguna vez has echado a volar una cometa te habrás dado cuenta de que tiene que estar bien sujeta por el cordel, porque de lo contrario cae en picado.

Vaya, la longitud de la posdata destrozaba su coartada sobre el teléfono, pero qué más daba. A Jude le habría gustado enviarle algo, quizá una flor, pero no había nada ahí fuera creciendo entre el barro helado. A cambio, buscando en las repisas, metió en el sobre una pequeña pluma de barnacla canadiense de pocos centímetros.

Nada virtual

*Ah, pero cuando llama el cartero y
llega la carta,
siempre parece repetirse el milagro...
se acomete el verbo.*

VIRGINIA WOOLF, «El cuarto de Jacob»

Re: Tecnología, etc.

Hey, Jude (como decían los Beatles), gracias por tu extraordinario bizcocho de calabaza y jengibre, retiro las reservas que pueda haber expresado contra la calabaza. Me encanta la caja de latón de la Hudson's Bay Company en que lo pusiste: a partir de ahora pondré en ella mis abalorios. Para que esto sea un arreglo mutuamente beneficioso (ah, había olvidado explicarte que eso es lo que significa AMB) te envío unas trufas irlandesas, ya que el chocolate de Norteamérica no merece tal nombre.

Lo de «lamefelpudos» no lo había oído nunca, pero después de pensarlo varios minutos creo que ya sé de dónde viene. Sigo pensando que los pueblos son algo siniestros, pero por suerte no pareces una pueblerina; tantos años de rebuscar en la sección para adultos de la biblioteca explican el asunto, imagino.

Recibí tu último e-mail en mi hotel de Boston (la verdad es que me halaga muchísimo haber provocado el salto de correo postal a e-mail). ¿Puedo hacer que te pases a la mensajería instantánea? (0 aunque sea sólo SMS, si es que lo único que tienes es un móvil)

Cierto, Kathleen = amiga en el sentido de pareja, no en el sentido de simple amistad, perdón (quiero decir que me perdones por la confusión). Nuestro vocabulario, a pesar de ser de la misma lengua, tiene usos distintos a ambos lados del océano. Las expresiones más inocentes pueden adquirir al cruzar el charco significados de lo más curiosos.

En estos momentos estoy en la sala de tripulación del aeropuerto de Dublín. No, mis movimientos no son como «disparos caprichosos de electrones», ya que preguntas, sino que están tan calculados como los de un monje. Cuatro días de vuelo, tres en tierra, y ponemos solicitudes de recorrido en riguroso orden de antigüedad. Por suerte hay pocas con tanta antigüedad como yo, porque las que han podido se han pasado a puestos en tierra, y un tercio de mis pobres colegas han sido despedidos en los últimos

años. Nuestra compañía solía tener cierta clase, pero siempre está al borde de la bancarrota, así que después del 11 de septiembre tuvo que reinventarse en términos más sencillos y agresivos, o sea volverse barata y ruin.

Pero en fin: llevo volar en la sangre porque nací a 9000 metros de altura. Mi mamá —que había sido azafata— obligó a mi padre a llevarla por última vez a visitar a sus padres en Cochin (comunistas de casta alta, una combinación algo rara). Ella estaba de ocho meses, pero la normativa no era tan estricta en los sesenta, y de camino a Dublín de repente nací en el pasillo central.

También preguntas cómo consigo estar «tan agradable durante tanto tiempo» en los vuelos... Pues bien, fingiendo. Jamás he explotado ni me he puesto a gritar a la gente llamándoles «hatajo de cabrones y putas» (como según el folklore hizo una antigua compañera en cierta ocasión), pero he estado a punto. Ah, no, la verdad es que a una auxiliar de vuelo le tiene que gustar la gente o de lo contrario el trabajo le chuparía la vitalidad como si fuera un vampiro ya desde el principio. Hablando de lo cual, es hora de salir pitando al control de seguridad.

Re: calumnias sobre el «Helado Norte»

Síle, acabo de comprobar en un atlas y déjame que te diga que Irlanda, Ontario, está diez grados al SUR de Dublín. Reconozco que los bancos de nieve me siguen llegando a la cadera, pero el sol es deslumbrante.

Fíjate, pareja y casa propia; pues hablarás mucho de libertad, pero a mí me pareces bastante asentada...

Sobre el museo: es una preciosa escuela de 1862; cuando el ayuntamiento decidió llevársela para formar parte de un Pueblo Pionero, una panda de por aquí formamos un frente de protesta. Convencimos a un viejo granjero llamado Jim McVaddy para que donase su colección de objetos tradicionales canadienses a condición de que el ayuntamiento nos pasase el local para hacer un museo... y entonces mendigamos unos fondos a una fundación privada. Dado que yo era prácticamente la única que no tenía edad de jubilarse (y que había sido becaria en el Museo Pionero de los Niños a media hora de camino mientras estudiaba la carrera por la noche), me hice con el único trabajo pagado. En el quinto año, la revista Senderos y Atajos dijo de nosotros que éramos (¡)«uno de los museos más encantadores y despuntantes de Ontario»(!).

Acabo de zamparme un bocadillo de pavo con Rizla. El garaje/café es propiedad de los Leungs: ya ves, los «pioneros blancos» no son los únicos que habitan la zona, eso son imaginaciones tuyas. Gong Leung se pone a hablar en cantonés cuando quiere quejarse sobre los clientes. Su hija Diana

tiene un aspecto totalmente canadiense, y supongo que es por el aparato de ortodoncia. Mi amiga Gwen siempre dice que a los ingleses (se refiere a todas vuestras islas en general) se les reconoce por la mala dentadura, pero yo le he asegurado que los tuyos son extremadamente blancos y uniformes.

Re: Cuáqueros

Sigo imaginándote con un gorrito Victoriano gris, Jude, resulta bastante irritante. Pero la cosa cuáquera ayuda a explicar las rarezas puristas que tienes. Me encanta cuando dices «Construimos la casa de congregación en Coldstream en 1859» cano si hubieras estado ahí... ¡viajera en el tiempo! Mamá era hindú, pero la Iglesia la presionó para que se convirtiera al cristianismo y poder casarse con papá (que, ya que estamos, era todo un descreído, ironía de ironías), y él siempre ha dicho que le era «más fácil cambiar todo» (país, trabajo, lengua, religión y estado civil) al mismo tiempo. Eh... ¡mejor ella que yo!

Elegí mi casa en Stoneybatter porque me venía bien para el aeropuerto, pero la verdad es que ahora me encanta (nacé en la parte sur, pero los encantos algo más bastos del norte de Dublín han llegado a atraparme, mientras que Kathleen, que creció con cinco hermanos en una vivienda de protección oficial al norte del Liffley, dice que mi calle es «sórdida» y prefiere que me pase los días libres en su piso, en el tranquilo Ballsbridge). En realidad Stoneybatter es un ejemplo perfecto de pueblo dentro de la ciudad: pequeños habitáculos construidos en la década de 1870 junto a viviendas de protección oficial que hoy en día han sido tomadas por jóvenes profesionales hasta tal punto que se conoce como Pijolandia. El contraste entre la población indígena (palitos de pescado y cocido) y los «colonos del pijerío», como se nos conoce en estos parajes, (que compramos queso de cabra y cilantro) contribuye a que todo esté muy animado.

Respecto a lo de volver a ser «tú misma», venga ya, sólo hace seis semanas. Cuando la madre de mi ex, Ger, murió, ella pasó una crisis que le duró un año. Mierda, igual no viene bien que diga esto. Pero en fin, que tranquila, Jude, ¿vale?

Re: Página web

Ni hablar, no me ofende que digas que la página del museo «está muy necesitada de un repasito», Síle. La puso en marcha hace muchos veranos la nieta de los Petersons, cuando se fue a Corea del Sur a dar clase de inglés. Sí, sería estupendo si pudieras cambiar algo, especialmente donde dice «Se organizarán talleres para colegios en el 2003».

Pensé ayer en ti: en el Paddyfest en Listowel (a sólo 40 km al noroeste de

Irlanda, Ontario), había una gran barbacoa al estilo celta. Me tuve que quedar en mi puesto y distribuir folletos sobre atracciones históricas hasta que Cassie y Aneka me relevaron y pude ir a bailar. Viven por aquí en Stratford C. lleva la taquilla para el festival de teatro, A. hace pelucas y acaban de completar los trámites de adopción de Lia, que tiene obsesión por las ruedas. Me han invitado a la noche de los Óscar, a pesar de que no he visto ni una de las nominadas (me cuesta reconocerlo ante una adicta al cine, pero hay poquísimas películas que me interesen lo suficiente como para tenerme sentada dos horas). Desde que mamá murió, todos mis amigos insisten en que salga con ellos, y me parece que temen que me convierta en Norman Bates si me dejan sola (nótese la referencia cinéfila astutamente insertada en esta frase).

Sobre los canadienses, ya puedes burlarte todo lo que te apetezca, pero la lista de nuestros inventos incluye el baloncesto, la insulina, la máscara de gas, el ketchup y las franjas horarias.

Re: Holgazaneando en un sofá de terciopelo

Hola de nuevo, Jude la Oscura. Tenía que haberme encontrado con Trish (sí, antes de que lo preguntes es otra de mis ex, la primera de hecho) para la gala de inauguración del festival de cine de los Balcanes, pero llueve a cántaros, así que me he acurrucado en el sofá púrpura con mi gata Petrushka (el nombre viene de la niña en *Las zapatillas de ballet*, mi novela preferida hasta que llegué a la pubertad y descubrí *Lo que el viento se llevó*), que no hace más que frotarse la cabeza contra el borde de mi portátil, lo cual justifica cualquier falta tipográfica. Oigo los pasos de la gente en la calle y una trifulca entre un chico y una chica con acentos dublineses tan cerrados que tú necesitarías subtítulos.

Sobre las zonas horarias, la política ha convertido el mapa en una mamarrachada. Acabo de mirarlo por Internet y Rusia tiene once franjas horarias, mientras que China insiste en que todos sus ciudadanos estén en la misma hora, lo cual significa que el sol sale a las 5 o a las 9, según la provincia. Imagínate, podrías estar bebiéndote una taza de té a las cuatro en Argentina cuando al norte, en Venezuela, son sólo las dos.

Tengo junto a mí lo que queda de un enorme envase de pad-tai... que he encargado en uno de los seis restaurantes que tengo al lado. Con lo dyke que eres, Jude, me sorprende que tengas hábitos tan de ama de casa como cocinarlo todo desde cero. Seguro que cultivas colinabos, ¿a que sí? (No tengo la menor idea de lo que es un colinabo, salía en el crucigrama del Guardian que rellenaba mi amiga Fintan en la sala de espera de la tripulación de Los Ángeles). Y luego también cortas madera y todas esas

cosas de pioneros. Mientras que yo no soy más que una perezosa consumista que me paso el rato pintándome las uñas, suspiro. (La maldita cama elástica está abandonada y llenándose de polvo bajo la cama).

Sobre Rizla, creo que me caería bien. Desde que saliste del armario, ¿habéis acabado compitiendo por el limitado suministro de talento local?

Re: Qué delitos he cometido

Aquí van. Vandalismo. Pintadas en billetes (a los catorce años, cuando escribía NUCLEAR NO, GRACIAS). Conducir sin permiso, conducir sin seguro, conducción imprudente bajo los efectos del alcohol y la marihuana. Daños a la integridad física: en bachillerato le partí la nariz a una zorra que se llamaba Tiffany-Lou. Ya ves, de victoriana con bonete, nada.

Tengo una cicatriz en la base de mi oreja que me causó un juego de capós. Me sorprende que en Irlanda casi nadie conduzca hasta los veinte, porque lo único que hacemos los adolescentes en Ontario es ir por ahí en coche buscando a ver en qué nos metemos, como jugar al béisbol utilizando los buzones (eso te lo vas a tener que imaginar). Bueno, pues el juego de capós es cuando la pandilla va por los caminos vecinales y se sube al capó con las bebidas (que suele ser vino barato, Moody Blue, Black Knight o Lonesome Charlie). En fin, que en una excursión frenética conducía Rizla (quince años más viejo que el resto de nosotros, a pesar de lo cual enfáticamente NO constituía un dechado de madurez), dio con un bache y casi me quedé sin oreja.

Sobre la competencia, pues no, sus gustos y los míos rara vez coinciden.

Y sobre lo de «salir del armario»... hum, no estoy segura de que estuviera en él. No me preocupaba demasiado ser «normal», igual porque a los cuáqueros no nos va mucho el dogma o la integración. Llevaba a casa a chicos y chicas, y mamá jamás expresó su punto de vista (aunque seguro que prefería una cosa a la otra). Supongo que nunca he hecho grandes declaraciones y tampoco he dicho mentiras. A menos que mi corte de pelo te parezca una declaración. Pero es el mismo que llevaba a los cuatro años.

Re: Café virtual

¡Me encanta! Tías a toda pastilla en quitanieves. Jude, hablas un inglés mucho más raro que el mío, que lo sepas. Lo del salto de la liebre es un tecnicismo del mundo inmobiliario, y no tiene tanta gracia como parece. Muchas gracias por la bolsita sellada con agua con la etiquetita que dice: «Auténtica punta de carámbano de Ontario». Lo puse en el congelador, pero ha salido tan plana como una tarjeta de crédito (¿una parábola sobre la globalización?).

Tienes razón, es bastante curioso conocerse a distancia electrónica (tendremos que volver a vernos en carne y hueso uno de estos años). Así que hoy te he traído a mi cafetería italiana favorita para que aprendas a qué sabe el café de verdad. También te he pedido una inpecable torta di limone. Estamos ante el paseo que han construido a lo largo del Liffey para que parezca el Sena, pero esos turistas a saltitos huyendo de la lluvia acaban por echar a perder el efecto.

Sobre lo de Salir del Armario (que nosotras las viejas de treinta y nueve solemos escribir en mayúsculas), en mi caso fue dramático y traumático, el resultado de apuntarme a un grupo feminista en la universidad y enamorarme de Trish, pero tuvo final feliz porque papá es liberal hasta la médula.

Sobre lo de ser una pareja no doméstica, Kathleen y yo preferimos tener espacio propio, y después de todo con mis horarios me paso más de la mitad del tiempo fuera. Cohabité con Ger durante nueve meses y ella me volvió loca con su desastre. Estuve tres años, de manera intermitente, con una piloto que se llamaba Vanessa, memorable en aspectos como los cambios de humor, el alcohol y (sin confirmar pero bastante probable) engañarme con una chica de personal. Vanessa jamás habría vivido conmigo porque le horrorizaba que la compañía se enterase. La ironía era que tenía un aire como de Garbo con pantalones y todo el mundo lo sabía.

Sobre la línea de cambio de fecha, te diré que volar hacia el este y cruzarla es pasar de hoy a mañana, y realmente te descentra. Cuando el capitán hace el anuncio, siempre tengo el absurdo impulso de mirar hacia la ventana, como si tuviera que haber una costura cruzando el Pacífico.

Re: Qué hago durante el día

Pues ahora escribo trescientas palabras sobre los precursores (como reconocían cosas que no se habían inventado) para una hoja informativa llamada Senderos del Pasado. En el archivo tenemos un artículo de 1867 sobre un joven de Mitchell que llega tarde a casa después de un baile en el salón de un vecino cuando aparece una máquina negra rugiente con luces blancas que «corría más que un toro» y casi le tiró a una zanja. Vale, seguro que te piensas que estoy en las «garras de la superstición» porque no me gusta abrir un paraguas dentro de casa o tener trece en una mesa, pero ¿no suena como si fuera un coche? Igual el tiempo realmente se curva, como cuando estás haciendo un bordillo y se forma un bucle en el hilo.

Pero me temo que tampoco cosas, ¿verdad Síle?

Olvidé comentarte que la señora Leung me permitió pagar la tarta de fresas y ruibarbo que compartimos ayer telepáticamente en el Garage... y eso lo interpreto cano que la comunidad considera que oficialmente se supone

que he terminado el periodo de luto. Aunque sigo sin estar del todo bien: la otra noche, al regresar a casa después de un pase de diapositivas sobre puntas de flecha de los Ojibway, me encontré las gafas de leer de mamá en el fondo de un cajón y lloré media hora.

No es que siempre fuera divertido vivir con ella. Nos pasábamos la vida especulando sobre los vecinos, pero en general se pasaba las tardes viendo la tele y tejiendo, y me regañaba si se me olvidaba echar leña a la estufa. Pero ahora le hablo mentalmente. Que es un poco como la amistad a larga distancia, supongo... (buena, pero con un toque de frustración).

Re: Madres muertas

Sé lo que quieres decir. La mía siempre será radiante y tendrá treinta y cinco años, siempre estará revolviendo una taza de té, enviándome un beso. Como un refrán bengalí bastante misógino dice: «Sólo cuando una mujer muere podemos cantar sus virtudes».

No puedo creer que todavía estés hasta la rodilla de nieve, en pleno marzo; casi deseo estar ahí para hundirme en ella.

Recuerdo un libro sobre chavales que hacen una niña de nieve; ella baila en el jardín con un resplandeciente vestido de carámbanos. Pero los padres dicen: «Traed a casa a la amiguita descalza antes de que muera de pulmonía». Los niños intentan explicar por qué no, pero el padre dice: «Menuda tontería», así que la persigue y la arrastra a casa y mientras toman té se derrite en la alfombra.

Re: La niña de nieve

Síle, tengo que irme al museo en cinco minutos para ayudar a los voluntarios a desmontar la exposición de Temibles Epidemias, pero tengo que decirte que conozco ese cuento, es de Hawthorne. Y lo peor es que cuando los niños se ponen a llorar el padre no hace ni caso, y dice a la criada que limpie el montón de nieve sucia que los niños han entrado...

Sentimientos familiares

La causa única de la infelicidad del hombre es que es incapaz de quedarse tranquilamente en su habitación.

PASCAL, «Pensées»

Domingo por la mañana en el piso de Kathleen. Síle estaba a dos centímetros de distancia, contemplando las pestañas pintadas resposando sobre el cojín. Incluso dormida, la pálida melena de aquella mujer parecía recién peinada. Síle jugueteó con la cadenita dorada en torno a su cintura y esperó a que Kathleen se despertase.

A todo el mundo le parecía fantástico que nunca se peleasen. Lo que nadie sabía (al menos Síle jamás se lo había dicho a nadie y no creía que Kathleen lo hubiera hecho) era que no habían tenido relaciones sexuales en tres años y medio.

Expresado en estos términos, sonaba como una catástrofe. Pero el sexo, al parecer, era una de esas cosas que podía esfumarse cuando te dabas la vuelta. Para ellas lo del sexo nunca había sido cosa de echar cohetes, y lo que hubo se agotó en los dos primeros años juntas. Síle siempre se veía a sí misma como alguien con una alegre libido, pero quizá estas cosas podían cambiar, como cuando el pelo se volvía canoso (no es que el suyo lo fuera, todavía no).

Lo extraño era que rara vez pensase en ello. Su vida estaba a rebotar de trabajo y ocio, amigos y películas, fines de semana en Brighton o Bilbao. Y en una pareja la mayor parte de las cosas no eran físicas. O quizá había un afecto que era profundamente físico: el caso es que no culminaba en orgasmos. A Síle se le pasó por la cabeza en aquel momento que igual el hecho de que no se basase en cosas azarasas como el sexo lo hacía aún más fuerte. Kathleen alta y cálida detrás de ella cuando despedían a los invitados tras una cena; un fuerte abrazo tras una semana separadas; las manos largas de Kathleen masajeadando su cuello, dándole guacamole, sacándole las botas apretadas...

Puede que todo aquello fuera suficiente. Debería serlo, si el instinto de pareja consistía en seleccionar a la mejor. ¿Por qué no tendría que serlo?

Eran preguntas angustiosas, y Síle no tenía respuestas. (Sus amigos nunca se metían en averiguaciones; los agotados padres de niños pequeños se suponía que habían dejado de tener relaciones, pero no era lo mismo con dos chicas espabiladas como Kathleen y Síle). La verdad es que tenía que dejar de darle vueltas, se dijo; en cuanto se le prestaba atención al hecho, éste se hinchaba y crecía.

Por supuesto a Síle le había importado, cuando se dio cuenta de que empezaba a suceder, o mejor dicho de que había dejado de suceder. Se había insinuado sutilmente, pero la cosa no había acabado en nada y ella no quería forzarlo. No se

podía falsificar la chispa: si acariciabas la espalda de una mujer y no sucedía nada, ¿qué ibas a hacer más allá de incorporarte y preguntarle si quería té? Un artículo que había leído proponía juguetes sexuales, pero la idea de blandirle esposas y correas a Kathleen producía escalofríos a Síle. El deseo le podía haber dado fuerzas para intentar más cosas, pero aquél era el problema; para cuando te dabas cuenta de que el deseo se había esfumado, todo lo que quedaba era una sensación de inquietud. Como un teléfono olvidado o una llave perdida.

¿De verdad le importaba a Kathleen? Era difícil de saber, porque no se trataba de algo de lo que hablasen. La última vez que Síle había intentado sacar el tema, las dos habían mantenido la mirada clavada en Los Simpsons todo el rato, recordaba. Síle se había preguntado si podían intentar algo, y Kathleen se había ofrecido a buscar un especialista, pero sin demasiado entusiasmo, y la cosa había quedado en nada. Desde entonces, nadie había dicho una palabra, excepto hacía un año, cuando Kathleen le había dirigido un enlace a una página de Internet sobre la alta incidencia entre las parejas estables lesbianas de lo que se conocía popularmente como «muerte marital, un efecto secundario del proceso de unión». El autor contaba en su informe que (la frase no se le iba de la cabeza a Síle) «muchos informantes hablaban de una preferencia por, o por lo menos aceptación de, intimidad no genital en la diada». Al leer esto en la sala de espera, sintió la tentación de enviar un *e-mail* a Kathleen de inmediato («¡Chúpate ésa!»), pero se lo pensó mejor.

Los ojos azul claro se abrieron.

—Huy, me has pillado —dijo Síle.

A Kathleen le salió un bostezo benigno.

—¿Qué hora es?

—Las diez y diez.

Kathleen, ágil y de piel rosada, estiró unos brazos de tenista por encima de la cabeza y se dirigió a la ducha. Y no era porque su aspecto dejara que desear, notó Síle; siempre le había parecido que Kathleen era preciosa. Los planetas seguían girando, pero ¿qué le había pasado a la fuerza de gravedad? «Deja de comerte el coco —se dijo—. Sigo queriendo estar con esta mujer, y viceversa». Era verdad, pero eso no le hacía sentirse mejor.

—¿Café? —pidió Kathleen.

—Acabo de poner la cafetera —replicó Síle desde la cocina, encendiendo el artilugio y comprobando sus mensajes. Era tan fácil... Sabían cómo hacerlo; tenían tanta práctica como las patinadoras artísticas, uniéndose al unísono, manteniendo un perfecto equilibrio.

—Tenemos que recoger unos narcisos de camino a Monkstown.

—El jardín de papá es cosa de Wordsworth por ahora —objetó Síle.

—¿Y qué? Se hace por educación, por sentimiento de familia.

Síle puso los ojos en blanco, pero no dijo una palabra más. Cinco años constituían un periodo lo suficientemente largo como para seguir repitiendo las mismas

discusiones. Todas las aristas habían quedado exquisitamente pulidas.

Un e-mail de Jude.

Hoy iré con Gwen y sus padres a una arboleda de azúcar (yo te lo traduzco, no tendrás que usar Google: es un bosquecillo de arces) para hacer tortitas y salchichas. Los árboles quedan unidos con pequeños tubitos, montas en un pequeño carromato con tiro de caballos, y hay preparado un mecanismo precontacto como una enorme olla hecha de tronco vaciado. Perdón, más argot histórico: llamamos precontacto al momento antes de que aparecieran los rostros pálidos). Tienes que ir en las primeras semanas de marzo, porque la primera resina es la más dulce.

Claramente no había nada en aquel mensaje a lo que Kathleen pudiera objetar si entrara y mirase por encima del hombro de Síle. Eran simplemente pequeñas cosas cotidianas. Síle lo leyó otra vez. La primera resina es la más dulce.

Encaramada en un taburete alto en la cocina de Shay O'Shaughnessy, Síle observó una foto enmarcada en la pared: Sunita Pillay durante sus visitas de despedida antes de la boda en 1959, ojos maquillados de rímel negro, bindi en la frente, el atuendo tradicional de tres piezas, la pindara, la rouka y el medio sari.

—Caray, ¿no parece una estrella de cine nuestra mamá?

—En blanco y negro todo el mundo lo parece —murmuró su hermana Orla, removiendo las patatas asadas y cerrando de golpe la puerta del horno.

¿Estaba siendo Síle lo suficientemente escrupulosa? Aquélla era la cuestión. Al hablar con Kathleen en las últimas semanas había hecho mención un par de ocasiones de los mensajes de «aquella chica canadiense», pero en lo que podría denominarse un tono engañosamente trivial. No había mencionado a Jude a nadie más, lo cual, según le dio por pensar, era en sí una mala señal.

Con las manos en las caderas y todavía con la manopla con forma de dinosaurio puesta, Orla señaló:

—El director convocó a Kierán a su despacho, por un tema de una patada.

—Creía que eso ya no era legal —dijo Síle sin pestañear.

Kathleen sonrió mientras arreglaba los claveles en una jarra rectangular.

Orla, que no pilló el chiste, dijo:

—Fue Kierán el que había dado una patada. —Bajó la voz para que no llegase al comedor donde su padre hacía sudokus—. Al parecer el otro chaval le había llamado negro.

—Por lo menos podría haber sido más preciso con el insulto y llamarle *paki* o indio —señaló Síle. Lo cual provocó que Kathleen levantase una ceja (¡los blancos son tan sensibles con las palabras...!). Lo que Síle había pensado de verdad fue: «Al menos no le llamó mongólico». Teniendo en cuenta el síndrome de Down, a Kierán no le iba mal en el colegio (con mucha ayuda por parte de sus padres), pero los niños

podían ser muy crueles.

—Te juro que los irlandeses son más racistas cada año que pasa —dijo su hermana—; las cartas al director están llenas de llamadas a la necesidad de salvar nuestra cultura de la desaparición. —Cuando empezó la llegada masiva de inmigrantes y refugiados políticos a principios de los noventa, Orla puso en marcha un centro de asistencia con él, según Síle, poco afortunado nombre de La Irlanda de las Bienvenidas.

—Tienes razón, da grima —coincidió Síle—. No recuerdo que eso sucediese tanto cuando íbamos al Sagrado Corazón.

—Eso es porque tú eras la pequeña niña mimada con los cabellos que te llegaban al trasero y hacías de Virgen María en la función navideña —dijo Orla sin dudarlo un instante.

Síle decidió no ofenderse.

—Lo de que nos preguntasen de dónde veníamos era más cosa de fuera del colegio.

—Además —dijo Orla—, los colegios de chicos son más duros.

—¿Y qué piensas hacer con lo de Kierán? —preguntó Kathleen.

—Fui a comer con su profesor a ese vietnamita nuevo en Dundrum y le di una colección de fichas sobre diversidad cultural llamada Mano a mano, pero no creo que las utilice. En fin.

—En fin.

Una vez más, la mente de Síle divagó. ¿Eran ella y Jude Turner amigas, se podrían llamar así? Síle no tenía una necesidad urgente de amigos nuevos. Una vez, después de una botella de vino blanco, Kathleen le había insinuado que ya tenía demasiados. Y además entre ella y Jude mediaban casi cinco mil kilómetros. Y aquello era sólo el principio. (Buena, pero con un toque de frustración era como Jude había descrito la amistad a larga distancia). Síle nunca tendría la oportunidad de llamarla desde un pub y de gritar haciéndose oír por encima del ruido: «Hay un grupo fantástico esta noche, Jude, ¿te vienes?».

Mordisqueó el lado de una uña en la que el esmalte se estaba pelando; tendría que arreglar aquello al llegar a casa. Se dijo que exageraba un poco las cosas. Cada una tenía sus *hobbies*; los partidos de tenis de Kathleen venían antes que cualquier otra actividad los fines de semana, por ejemplo. Pero Síle y Jude se escribían ahora varias veces al día; podrías llamar a eso un *hobby* o (la palabra le produjo un escalofrío de mortificación) se podría llamar un enamoramiento sin rodeos.

Sacó una hoja de la ensalada.

—Hace falta una gota de vinagre.

—¿Sí? —preguntó Orla.

Kathleen probó una hoja.

—Qué va.

Síle creía en la honestidad, pero no en provocar problemas sin necesidad. Las

relaciones no durarían ni una semana sin un poquito de tacto. Además, por qué arriesgarse a una confesión dramática a Kathleen si su contacto con Jude, significase lo que significase, estaba abocado a desaparecer (como sucedió con aquella hermosa mujer que Síle había conocido en el cursillo de Seguridad en junio, por ejemplo: un torrente de insinuantes SMS y se acabó).

Síle no había tenido una amiga epistolar desde los nueve años; la palabra en sí sonaba infantil. Probablemente sólo las niñas de nueve años eran lo suficientemente generosas o tenían suficiente esperanza como para pasarse horas escribiendo a alguien sabiendo que nunca llegarían a conocerle. Su corresponsal se llamaba Martine, y empezó a desenterrarlo de entre sus recuerdos: Martine van der Haven, que vivía en las afueras de Amberes. Síle le había enviado su retrato favorito (ojos enormes, vestida con el viejo camisón Victoriano de Orla) y había escrito en el reverso: «POR FAVOR DEVOLVER DESPUÉS DE VERLA», pero la foto nunca fue devuelta y jamás oyó hablar de Martine. Sólo ahora, al contemplar la fotografía de su madre, se le ocurrió a Síle pensar que, en lugar de hartarse de componer cartas en inglés a una niña irlandesa, Martine podía haber quedado desconcertada al ver su cara marrón.

Kathleen entraba y salía del comedor, poniendo la mesa.

—Oh, y William ha terminado sus clases nocturnas —señaló Orla, arrancando un poquito de comida que se había adherido al tenedor—, así que ahora es ministro laico de la Eucaristía.

—¡Guau! —dijo Síle intentando poner una expresión acorde.

Hubo una pausa mientras su hermana se volvió hacia el horno.

—Sé que no acabas de entenderlo.

Kathleen miró fijamente a Síle: «Pórtate bien».

—No, no, si me alegro por él. —Esperaba que la cosa acabase ahí.

—No es que piense que la Iglesia tiene razón en todo...

—Claro que no. Sólo un completo imbécil podría pensar eso —dijo Síle, incapaz de contenerse.

—¿A quién llamas imbécil? —preguntó Shay O'Shaughnessy, entrando con un vaso vacío.

Síle se levantó de un brinco para alcanzarle el jerez.

—Nunca tendríamos que hablar de religión los domingos.

Olió el aire.

—Orla, eso huele como el mismísimo cielo. Que vuelvan las discusiones de política, es lo que propongo. ¿Recordáis aquella espléndida trifulca sobre Parnell en Retrato del artista?

Desde que su padre se jubiló de Guinness (donde había tenido una posición bastante alta relacionada con los estándares de producción), había leído más que nunca, sumergiéndose en enormes biografías de Gandhi y de Shaw.

—Simplemente comentábamos lo guapa que estaba Sunita —comentó Kathleen con tacto, señalando con la cabeza el retrato colgado de la pared.

—Nos conocimos en un avión, ya sabes.

—¿De verdad? —Por supuesto Kathleen conocía la historia, simplemente le seguía la corriente como buena nuera.

—Un servicio que se llamaba Flying Renee, en un Super Constellation, Londres-Cairo-Bombay, todo de primera clase.

—Las primeras palabras que te dirigió fueron: «¿Más champán, señor O'Shaughnessy?». ¿No es así? —dijo Orla.

A Síle la exasperaba un poco el modo en que su hermana, que sólo contaba con cinco años cuando murió su madre, se comportaba como la salvaguarda de la memoria de ésta.

—Cuando Sunita se tomó un descanso aquella noche —contó Shay a Kathleen—, se sentó en el reposabrazos de mi asiento para charlar. En aquellos tiempos para las azafatas éramos invitados y no pasajeros; eran anfitrionas en el sentido más auténtico de la palabra. No había películas ni aparatos de música personales, por supuesto, así que el entretenimiento durante el vuelo consistía en verlas pasear por el avión. Por suerte todas eran jóvenes y guapas entonces —dijo sin pestañear.

Síle puso una expresión severa y le avisó con la mano.

—No quiso darme su dirección hasta justo antes de aterrizar...

Se sorprendió pensando si, de haber sobrevivido Sunita, ella y Shay seguirían felizmente casados. ¿Qué combinación de pasión y aguante (por no hablar de la suerte) hacía falta para durar toda una vida? Especialmente ahora que las vidas eran mucho más largas de lo que solían.

Contempló la cabellera rubia y sedosa de Kathleen, se inclinó sobre el cajón de los cuchillos y pensó en cinco años y en cincuenta.

La puerta de la calle se abrió de golpe; las voces de los chicos les llegaron como ladridos. Orla abrió el horno y sacó un salmón humeante de bordes negros.

Síle recogió la bandeja de zanahorias con miel y dijo:

—Yo llevaré esto, ¿vale? ¡Kierán! —llamó mientras entraba en el comedor—, ¡Dermot, Paul, John; venga, chicos, a cenar!

Habitáculos humanos

Si sigues en esta tierra te levantaré y no te echaré abajo y te plantaré y no te arrancaré.

JEREMÍAS, 42:10

Síle estaba aparcada ilegalmente, ayudando a Marcus a llevar todas sus posesiones terrenales en la furgoneta alquilada. Recogió una caja de flotadores de pesca de vidrio y la deslizó debajo de una mesa de máquina de coser antigua.

—Creía que habías dicho que Eoghan y Paul y Tom también vendrían.

—Ajá... —dijo Marcus—, pero luego me di cuenta de que no cabríamos todos en la furgoneta. Pero confío en tus músculos. Desde que no trabajo en la línea aérea, mis brazos parecen de plastilina.

Síle depositó un sillón cabeza abajo sobre un pequeño sofá.

—Ahora que te vas tan lejos de la civilización va a ser mucho peor. La gente en el campo va a todas partes en coche y engordan.

Marcus se rió.

—Me arriesgaré: ya es hora de echar raíces. Aquel internado de Basingstoke nunca me pareció un hogar, y a mi padre le asignaban tantos destinos que nunca sabía si pasaría el verano en Praga, en México DF o en Johannesburgo.

—Pobrecito. Tampoco dejaste de moverte cuando te hiciste mayor.

—Oh, viajar es una mala costumbre, un picazón, un estilo de vida antinatural —pronunció con un tono propio de cura.

—¿No has visto Nómadas del viento? —Avanzaba a gatas hacia el fondo del vehículo con una planta de frondas que asentían.

—¿La de los pajarracos? Prefiero las películas con estrellas humanas.

—Se pasan la vida cruzando los cielos, de un lado a otro; es como un pulso secreto que late a lo largo y ancho del planeta.

—Tienen cerebros del tamaño de cacahuetes —puntualizó Marcus.

—Incluso está inscrito en nuestra lengua. Elevarse. —Buscó más ejemplos—. Quedarse transportado, emocionarse... ¿Y no es verdad que éxtasis significa algo así como «fuera de lugar»? —se preguntó.

—Pues no lo sé, pero Eoghan y Tom traerán un poco mañana para celebrar la mudanza.

Ella soltó una carcajada.

Casi no había sitio para los dos en la parte delantera de la furgoneta, con los asientos rígidamente perpendiculares.

—Menos mal que estamos acostumbrados a los espacios reducidos —dijo Marcus entrando en la corriente de tráfico—. ¿Te acuerdas de aquella vez, en el avión de

cuarenta plazas, que estuvimos sin poder salir de la pista de Shannon porque estábamos esperando a que cambiaran una bombilla?

Síle soltó un gruñido.

—Dos horas de disculparme, caminando por el pasillo arriba y abajo como Quasimodo. Creí que ya no podría estirar el cuello nunca más.

—¿Ves? Seguiremos siendo amigos. Fíjate la de malos tragos que hemos pasado juntos.

Avanzaron poco a poco por los barrios del oeste de la ciudad y entonces empezó a lloviznar. Hablaron del trabajo de Marcus, aquellos dibujos exquisitos de inventos improbables que la gente quería patentar, de su hermana en Bath («cirrosis, y la pobre sólo ha tomado algún jerez de vez en cuando») y los sobrinos de Síle.

—Lo gracioso es que Orla tenía dos niños y quería desesperadamente una niña, así que ella y William lo volvieron a intentar y tuvieron gemelos, que llamaron John y Paul... por el Papa.

—Ah, claro, tiene que ser un ejemplo del famoso sentido del humor de Nuestro Señor.

—Aquí está Kierán en su primera comunión, y lleva su fajín y todo —dijo Síle sosteniéndole la foto ante los ojos—. ¿No te parece la criatura más mona que hayas visto?

—Y eso que he visto criaturas monas en esta vida.

—Ya que hablamos del tema, ¿no va a reducir tu vida social meterte en un agujero en medio del campo?

—A ver, lo que pasa —dijo Marcus frotándose el cráneo afeitado— es que ya me he acostado con todos los dublineses que me interesaban.

—¿Todos, de verdad? Mira que eres perra...

—No es una ciudad muy grande. —Apagó el limpiaparabrisas cuando el sol empezó a despuntar entre las nubes.

Síle se quedó mirando a unos caballos que pastaban en libertad junto a la carretera. Sobre el horizonte verde una torre en ruinas se dejaba ver intermitentemente.

—Suenas como cansado de la vida.

—¿Recuerdas tu primer amor? —dijo Marcus de repente.

—Claro: Trish, la activista en paro.

—No, no me refiero a la persona. ¿Recuerdas cómo fue?

Confusa, Síle escarbó en sus recuerdos.

—Sólo un poco —reconoció—. La sorpresa. El entusiasmo.

Marcus asintió.

—La primera vez todo se ve con anteojos color de rosa, ¿no? Empezar una gran aventura, caer en una isla misteriosa... Pero entonces la fruta resulta ser amarga o viene una tormenta y te tienes que ir de nuevo a tu balsa. Ahora bien, para entonces te vas convirtiendo en una experimentada conocedora de islas, y no importa lo bonita

que sea la que tienes, no se te va de la cabeza que el mar está lleno de islas.

—Por los clavos de Cristo —dijo Síle entre dientes.

—Perdona, me callo y pongo la radio, ¿vale?

Un concierto de Mozart los acompañó por Meath, Westmeath, Longford... El centro de Irlanda fue en otro tiempo un lago, y Síle pensaba que tendría que haber continuado siéndolo. Después de un cuenco de sopa con panecillos en Carrick-on-Shannon, Marcus dejó la N4 para entrar en una red de pequeños caminos vecinales que le llevó hacia el norte, hacia las Montañas de Hierro.

—La semana pasada me tocó ir a Los Ángeles y volver dos veces con la casquivana de Noreen Cassidy —le contó Síle—, y cuando el transbordador me llevó a casa estuve a punto de hincarle un tenedor de plástico en la mejilla de bótox.

—¿Es la que está obsesionada con la Navidad? —preguntó Marcus.

—No, te refieres a Tara Dempsey. Tara prepara sus *plumcakes* navideños en agosto, y hace las compras en septiembre —canturreó Síle—. Noreen es la que... ¿te acuerdas que una vez estábamos en un restaurante persa de Chicago y me acababan de hacer una manicura y tú insististe en que le explicase a las otras por qué las mujeres de mi condición solemos llevar las uñas cortitas?

Él aulló de risa.

—Y cuando lo pilló... se puso como un tomate —recordó fingiendo su mejor acento irlandés—. De verdad, Síle, no sé cómo las aguantas. No están a tu nivel.

—¿Según qué criterios? —preguntó.

—Cantidad de neuronas, política, sentido del humor, capacidad para distinguir a Almodóvar de Alessi...

Ella se encogió de hombros.

—Nuala es una buena tía, y Catherine, y Justin. Y nadie me hace la vida imposible por ser lesbiana, al menos desde aquel piloto que vino de Qantas.

—Eso es por ley, no es algo que tengas que agradecer —respondió Marcus cortante—. Lo que quiero decir es que con lo que vales deberías ser...

—¿... qué? Si sabes de algún trabajo ideal...

Dio un resoplido.

—¿Deslumbrante compañera de un artista técnico?

Ella rió.

—Cómprate un ático en Manhattan y hablamos.

Llevaban más de cuatro horas de camino cuando la furgoneta traqueteó por dos rejas para ganado y tomó una bifurcación por un sendero lleno de barro. Marcus frenó al cruzar la cerca junto a lo que parecía un granero en ruinas.

—Tachaaan.

El granero tenía ventanas, constató Síle mientras se acercaban, lo cual indicaba que aquello era la casa.

Marcus le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Ya te había avisado de que no podía permitirme nada habitable por humanos.

Voy a convertirme en uno de esos solteros grotescos y deteriorados de las novelas de Molly Keane.

—Es grande —consiguió articular—. Hay mucho espacio para... para cambiar cosas.

Marcus se rió y olió el húmedo aire de marzo.

—El suelo es algo turboso pero las cañerías y desagües no están mal para tratarse de Leitrim. ¿Ves aquella esquina donde han caído las tejas? Ahí estará mi oficina, le da el sol por la mañana. Sólo tengo que insistir para que pongan una línea telefónica, y podré engancharme a la banda ancha.

—¿No tiene ni teléfono?

—Venga, vamos a tomarnos un té. Basta de sustos. Las ventanas de la cocina tienen cristales —le aseguró.

A la tercera taza de té, Síle se quedó mirando por la ventana una oveja que pacía en la hierba. Todo lo que podía oír eran sus propios latidos y de vez en cuando el piar de algún pájaro.

—Bueno, si para el verano no has muerto de pleuresía...

Marcus puso otro tronco en la nueva estufa.

—Eres tan urbanita que serías incapaz de dormir sin el ruido constante de los cláxones. James, que es el vecino del que te hablaba, con Sorcha llevan una granja orgánica colindante...

—Pero si hasta tienes un nuevo léxico rural... colindante, Madre de Dios.

—Pues bien, James cree que este sitio puede tener trescientos años.

Ella se quedó mirando las telarañas.

—Supongo que hacen falta varios siglos para que algo degenera hasta este punto.

—Di lo que quieras, pero va a ser la gloria aquí —dijo Marcus, tomando otra galleta de limón casera—. Anda, salgamos y te enseñaré lo mejor.

—Vuelve a llover.

—Apenas cuatro gotas. —La llevó por una explanada invadida de ortigas, sortearon algunos setos hasta llegar a un campo en la ladera de la montaña.

Lo único que veía Síle eran nubes grises.

—¿Las ovejas?

—No, boba, las piedras.

Se quedó mirando a la roca más cercana, que tenía adheridos mechones de lana. Marcus señaló a otra, y luego a un montículo cubierto de hierba y a otro que había tras un espino, y por fin ella cayó en la cuenta:

—¡Un círculo!

—Es verdad que ya no son piedras clavadas verticalmente, porque la mitad se han caído y las otras se las han llevado los campesinos para hacer pocilgas. Pero sigue siendo mágico, ¿no?

Ella le pasó el brazo por la cintura. El jersey de lana de Aran olía a humo de hoguera.

—¡Colonizador! Los ingleses os venís con vuestros dinerales y vuestras furgonetas de lujo y empezáis a comprar nuestro patrimonio celta...

Él soltó una carcajada y señaló el paisaje.

—En los días claros se ve hasta Lough Alien.

Regresaron a la casa con unos puñados de fáfara, fresas silvestres y hierba de San Roberto (o al menos eso decía Marcus; a Síle todo le parecía maleza).

—Pues he estado escribiéndome con una canadiense —dijo sin venir a cuento.

—¿Qué canadiense?

—Una de la que te voy a hablar. —Le hizo un rápido bosquejo sin adornos de Jude Turner.

—¿Es un bellezón?

Ella le miró con dureza. Entonces dijo:

—Pues la verdad es que sí. —Se imaginó los hombros estrechos, el rostro casto —. Pero vive a cinco zonas horarias, así que carece de importancia.

—Todo tiene importancia.

—Escribe *e-mails* muy interesantes —replicó Síle. Continuaron caminando, evitando unos matojos de ortigas—. Olvida lo que he dicho —dijo ella para evitar que terminase la conversación.

Él le pasó el brazo por el suyo.

—¿Qué pasa, Síle?

—Nada, probablemente. No lo sé —añadió un minuto después.

—¿Os va bien a ti y a Kathleen?

—No —dijo sombría—. Todo va bien. Como siempre.

—¿Estás aburrida? ¿O algo así?

Síle soltó su brazo.

—Kathleen no es aburrida. Sé que a ti y a Jael no acaba de caer bien, pero eso se debe en parte a que a ella no le gusta entrometerse...

—No he dicho que fuera aburrida —le interrumpió dulcemente—. Te he preguntado si tú te aburrías.

Síle no respondió. Podría haber dicho que no. O que sí. O ni más ni menos que los últimos años. Golpeó con el pie una rama que tenía delante. Habló entre dientes:

—No tiene que ver con el aburrimiento. No tiene que ver... No buscaba nada, ¿sabes?

—Sé que no. —Esperó—. ¿Está poniéndose la cosa seria con la Jude está?

—No puede —dijo Síle en voz muy baja—. Y si lo analizas con objetividad, no tenemos absolutamente nada en común. Ella es joven, está encajada en Quinto Pino, Ontario, y su idea de una noche de marcha es ver un pase de diapositivas sobre puntas de flecha Ojibway. —Sintió que la traicionaba con este ejemplo.

Marcus no dijo nada.

—Y aunque es divertido que nos enviemos boletines, al final se quedará en nada. Las cosas son así.

Purga

La salida de emergencia más cercana puede estar detrás de usted.

Aviso a los pasajeros

Aquel domingo, mientras Jude regresaba a casa desde el museo, la luz rosada fue desapareciendo de poniente. El hielo crujía y se deslizaba bajo sus botas; los árboles goteaban ruidosamente; las ardillas se afanaban a su alrededor. Era por supuesto sólo un deshielo transitorio, pero en fin.

Cada vez que llegaba a casa en aquellos días tenía que prepararse. No tanto contra las punzadas del dolor como contra el sentimiento de desorientación. Cuando leía sentada en la mesa del comedor o tocaba la guitarra en la alfombra de la sala de estar, sus oídos seguían aprestándose a tensarse con la llegada de su madre. Vivir sola en el número 9 de la Calle Mayor se le antojaba clandestino; era como si Jude fuera una ladrona, o mejor alguien que se ocultaba tras haber cometido algún delito menor como oler pegamento. (Y el caso era que Jude sabía que podía haber terminado así, si su afición a la historia no le hubiera dado algo a lo que aferrarse; cuando sus padres se separaron, le dio por faltar al colegio, beber e incluso probar cualquier sustancia tóxica a mano). Por entonces la casa le era demasiado grande, demasiado espesa de recuerdos y una responsabilidad demasiado seria... a pesar de lo cual no quería vivir en otro sitio.

La camioneta naranja de Rizla estaba aparcada ante la casa, y él se había tumbado en el columpio del porche. Puso la mano en su pañoleta roja para despertarle.

—¿Qué haces durmiendo aquí afuera?

—Muy bonito —masculló atontado—. Les digo a mis primos que necesitas que te ayude a cambiar cosas de sitio, luego me das plantón, me dejas aquí tirado una hora...

—Ah, Riz. ¡Cuánto lo siento! Se me ha pasado por completo.

Él dejó escapar una tos mucosa.

—¿Qué primos?

—Dan y Wiggie. ¿Se puede saber dónde has estado? ¿Es que hay algo de marcha en esta ciudad y nadie me lo ha contado? —preguntó poniendo los ojos en blanco y haciendo un gesto con la cabeza en dirección al silencioso cruce.

—Estaba en el museo.

Rizla se cubrió los ojos para protegerlos del sol bajo.

—¿En domingo? ¿La gente necesita historia, en plan urgente?

—No, sólo *e-mails*.

—¡Ah, la azafatita de marras! —Entró en el recibidor y se quitó las botas de un

par de patadas—. ¿Haces esto mucho?

Jude no respondió enseguida, y por fin dijo:

—Un par de veces al día.

—¡Anda ya! —exclamó Rizla.

—Bueno, menos cuando realmente andamos con el tiempo justo —matizó—.

Pero también es verdad que en los días tranquilos podemos enviar cinco o seis.

Él dio un silbido.

—¿Y también habláis por teléfono?

Jude agitó la cabeza.

—Deja de sacar conclusiones. Tiene pareja Kathleen (mi amiga). Amiga pareja.

—Ya, ya...

—De verdad. Cinco años —se obligó a añadir.

—No es cuestión de cifras.

Jude se dirigió a la cocina para poner la cafetera.

—Mira que lamento lo de la limpieza general. No he preparado nada.

—Mejor así —respondió él—. No pienses en ello, simplemente guardas algo o si no a la basura. ¡Que empiece la purga! —clamó golpeándose el pecho como un gorila.

Rachel había tenido afición a las subastas de enseres (era, después de todo, una buena manera de pasar los sábados invernales) y gustos extrañamente amplios.

—De aquella otomana nos deshacemos seguro —decidió Jude—. Y del caballete. ¿Crees que entre los dos podremos con la butaca reclinable?

—Tú abre la puerta doble y apártate, muñeca —dijo Rizla, recogiendo el butacón con un abrazo de oso.

—No vayas a herniarte ahora.

Él se tambaleó hacia el recibidor, donde dio un golpe a una pequeña maceta al dejar en el suelo la butaca reclinable.

—¿Tienes que apoyarla en el pie malo? —preguntó. Hacía años, los frenos de un coche en el que Rizla trabajaba se habían soltado y el coche le pasó sobre el pie; se habló de compensación, pero jamás vio un céntimo.

—¿Dónde va todo esto?

—La beneficencia de Goderich, si no te importa llevártelo mañana...

—Me vendría bien una de éstas —dijo jadeando y volviendo a levantar el butacón.

—¿De verdad? Me hace sentirme como una inválida, poner los pies en alto así. ¿Dónde lo vas a meter en tu caravana?

—Junto al sofá —respondió, con las venas tensas en torno a su garganta—. Aunque seguro que mamá Turner se revuelve en su tumba la primera vez que se me derrame el refresco en el tapizado.

Por raro que pareciera, su ligereza hacía las cosas más fáciles. Ella le siguió a la camioneta con cajas de porcelana apiladas hasta la barbilla.

—Hey, cuidado con el equipo de música.

—¿Esta mierda? —Rizla la golpeó con el pie—. Anda, vente un día y escucharemos a Duke Ellington en mis altavoces.

—Si no te gastases tanto dinero en juguetitos de chicos —señaló Jude— igual tendrías ya la entrada para comprarte una casa.

—Mira que eres burguesa. —Sonrió ampliamente, y entonces le dio un ataque de tos.

Cuando volvieron a entrar, Jude le masajeó entre las clavículas.

—¿Por qué no vas al doctor Percy?

—La última vez se puso a sermonearme sobre el azúcar...

—¿No será porque dos de tus tíos han perdido los dedos del pie por la diabetes?

—... luego intentó meterme la mano por el culo. ¡Ese tipo es un degenerado!

La risa de Jude resonó extraña por el edificio. La acústica había cambiado. La casa estaba menos abarrotada, y era más suya.

Rizla levantó una silla de mimbre con respaldo en forma de abanico con una mano y se la lanzó. Cuando ella se tiró a atraparla, él respondió con un mohín pícaro:

—Y que nunca se te olvide quién te enseñó a hacer paradones.

—Has estado a punto de romper esa lámpara.

—Una pena que no lo haya conseguido. ¿Hacemos que pase a mejor vida?

Jude reflexionó sobre la figura algo decó de una bailarina desnuda de cristal amarillo y marrón. Con un guiño, Rizla le puso delante una caja grande llena de verduras en lata con fecha de caducidad pasada. Las manos de Jude temblaron un momento cuando recogió la lámpara. «Lo siento, mamá, pero es la cosa más fea del mundo». La dejó caer en la caja y se hizo añicos.

Se desplomó en el viejo sofá a cuadros.

—Y en el rollo con la tía irlandesa... ¿ha salido ya la palabra L?

Jude se le quedó mirando.

—¿Quieres decir lesbiana?

—Quiero decir lujuuuuria —susurró Rizla imitando a Elvis.

—No —respondió ella sonrojándose.

—Y entonces ¿qué sois?, ¿amiguitas?

—Algo así. —En un impulso, Jude se sacó la cartera y extrajo una foto de detrás de su carnet de conducir—. Síle me envió esto la semana pasada, con un paquete de pan sin levadura. Necesitas gafas —advirtió cuando él se puso a mirar la foto extendiendo el brazo.

—Bla, bla, bla. Perdona que te diga pero las amiguitas no se envían fotos. No aparenta cuarenta —añadió ante la falta de respuesta de Jude—. Ni parece irlandesa.

—Su madre era de la India. Y tiene treinta y nueve años: uno menos que tú.

—Sí, pero las tías envejecéis más pronto. No está mal, guapa, sí, pero no es mi tipo —dijo Rizla—. Demasiados adornos y pintalabios, da miedo.

Jude se sentó junto a él y le quitó la fotografía.

—Lo que pasa, Riz, es que las machirulas de pelo rapado que te gustan no suelen acostarse con tíos, lo cual quiere decir que nunca encontrarás otra novia.

—Me la suda. Tengo la caravana para mí solo, palomitas a las tres de la madrugada, nadie que me cambie el canal o que me dé la lata para meternos en una hipoteca...

—Vas a terminar como un titular: «Soltero en Irlanda, Notario, ha sido encontrado muerto en caravana, parcialmente devorado por su perro».

—Siouxsie no me devoraría parcialmente —protestó—. Si se tomara la molestia de empezar, lo único que dejaría sería los botones y las botas.

—Por cierto, necesita un collar antipulgas nuevo.

—¿Y por qué no haces más que pensar maneras de morir? He aguantado cuarenta años de una pieza... más o menos —matizó mirando la parte del dedo que había perdido por culpa de un percance de pesca—... y sólo te tuve cocinándome comida macrobiótica durante uno de ellos. —En su tono había una inusual nota de dureza—. Y tengo familia, que es más de lo que tú puedes decir: hay treinta puertas diferentes a las que podría llamar y me invitarían a entrar.

Jude miró fijamente al suelo.

—Supongo que ha sido un golpe bajo —dijo un minuto después—. Ha sido sin pensar.

—Hey, ya que has llegado hasta ahí, ¿por qué detenerte ahora?

—Lo retiro.

Ella intentó sonreír.

—Yo también. Vivirás mucho tiempo y te mantendrás joven y lozano.

—Así sea —respondió él con voz de Star Trek.

El pobre le hacía un favor tras otro y ella se comportaba como un cruce entre una hermana petulante y una madre entrometida. Era muy difícil escapar de los hábitos. Las viejas costumbres, los viejos chistes, las viejas discusiones, provocación, regañina, provocación, regañina, empujar, tirar.

Por otra parte, en sus *e-mails* a Síle, Jude se sentía como nueva. ¿Dónde estaría Síle hoy? ¿Dubrovnik? ¿O Tenerife? ¿Había salido de gozosa juerga con el resto de la tripulación o simplemente dormía plácidamente entre sábanas almidonadas de hotel? O en su casa de Dublin, claro: Jude tuvo que recordar aquella posibilidad. En la cama con «mi amiga Kathleen».

La nieve casi había desaparecido, pero la noche se presentaba fría; los arbolitos raquíuticos delante de la casa parecían enanos petrificados. Cuando consiguieron meter la butaca reclinable en la caravana de Rizla, compartieron el guisado de venado que Rizla tenía en la olla. Sus primos habían regresado a la reserva. Jude enrolló un porro, luego otro, y acabaron en la cama.

Se quedó mirando al techo, donde las grietas parecían formar el mapa de ríos que desembocaban en el lago Hurón cuando eran las únicas líneas que cruzaban los mapas.

—Creo que va a ser la última vez.

Rizla se puso a toser por la risa.

—Mierda, de haberlo sabido me habría lucido más. —Su pecho desnudo dejaba escapar una oleada de calor. El tatuaje con forma de serpiente azul destacaba en la muñeca, donde su mano seguía el borde del colchón hasta la alfombra que imitaba un pellejo. Siouxsie se acercó y la lamió; él le rascó con fuerza por detrás de la oreja.

Jude se puso de lado, y sintió que su cadera golpeaba el suelo a través del fino futón. Colocó una mano contra el pecho lampiño de Rizla; escuchó un latido y no podía decidir si era el de Rizla o el suyo propio.

—El caso es que estoy aquí pensando en otra persona.

—Ya lo sé.

No tendría que perder el tiempo intentando ocultar la verdad, a sí misma o a nadie.

—¿Te das cuenta de que igual no vas a ver a esta tía otra vez mientras viváis?

—Vete a la mierda —exclamó Jude volviéndose de espaldas. Echándose a temblar de repente, se arrebujó en la manta. Su mirada se posó en la muesca que Rizla había hecho en la pared, en uno de sus ataques ocasionales; no recordaba a qué había venido la pelea. Se quedó mirando la botella de cerveza en el suelo junto a un viejo mocasín que su hermana le había hecho y la corteza de pizza que Siouxsie estaba mordiendo—. Este lugar es una chabola.

—Vaya, ahora lo que te quita las ganas es la decoración.

Ella sintió su respiración en la nuca. Entrelazó su pie con el de Rizla.

—Y como no te cortes las uñas alguna vez, se arquearán y crecerán hacia dentro. —Intentaba memorizar cómo sentía el cuerpo de él. Entonces se incorporó, con la piel de gallina, y alcanzó su camisa de franela.

—Pero oye, de verdad —dijo Rizla, poniendo la cabeza entre sus manos entrelazadas—, aquí siempre serás bienvenida: te puedes acostar y soñar con tu queridita; a ver si te crees que me importa un huevo.

—Síle no es mía —dijo Jude entre dientes—. Es de otra. No me gustaría... yo no me interpongo entre las parejas.

—¿De verdad?

Ella se concentró en abrocharse los botones.

—¿Y cómo llamas a enviar *e-mails* seis veces al día?

Sus dedos dejaron de moverse.

—No lo sé —respondió, con una voz pequeña—. No tengo ni idea de lo que me pasa. —Un minuto después añadió—: Supongo que parecía que no había problema por la distancia.

Una manaza cálida le rodeó la cadera.

—Deja de preocuparte. Anda, ven.

Jude cabeceó.

—Tenemos que romper esta costumbre, Riz. Parece... raro.

—¿Raro?

—Extraño. No está bien.

—¿Quieres decir moralmente? —preguntó sarcástico.

Extraño según cada neurona de su cerebro, cada célula de su cuerpo.

—Simplemente, créeme.

—Ok.

Medio vestida, se dio la vuelta para leer el rostro de él en el resplandor naranja de la lámpara de lava.

—¿De verdad?

—A ver, que no es como si estuviéramos casados, ¿vale? —Rizla soltó una estruendosa carcajada.

Ella también rió. Fue culpa del porro.

—Si lo que quieres es ser fiel a una tía con la que ni siquiera te has enrollado... por mí estupendo.

Jude sintió que la ira la inflamaba como una ola. Luego se apaciguó.

—Buenas noches. —Le dio una patadita en el sobaco, y luego se levantó para atarse las botas junto a la puerta.

El teléfono empezó a sonar cuando estaba subiendo la escalera.

—Residencia de los Turner —respondió; no conseguía librarse del viejo saludo de su madre.

—¡Hola, por fin!

—¿Sí? —dijo Jude, y añadió—: Disculpe...

—Jude, ¿eres tú?

Esperó, con temor de volver a interrumpir.

—Soy yo, Síle.

A Jude casi se le cayó el teléfono. No era la voz que había recordado. La cabeza seguía dándole vueltas; deseó no haberse fumado aquel porro.

—¿Síle? ¿Estás ahí?

—Del todo —dijo casi graznando—. Disculpa, es tardísimo. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo Jude formalmente—. ¿Y cómo estás...?

Pero sus voces volvieron a superponerse. Una larga pausa.

—Hay interferencias —gritó Jude.

—Te hablo desde el móvil, mientras me tomo un desayuno asqueroso en Dubrovnik; pensé ver si todavía no te habías acostado —dijo la voz metálica.

—Todavía no. —Y a Jude no se le ocurrió absolutamente nada que decir.

—Esto es un poco raro.

—Lo es.

—Es que de repente se me ocurrió que ya era hora de que hablásemos de viva voz. Entonces, ¿estás bien? —preguntó Síle.

—Ajá. —Jude se sintió impregnada del olor de Rizla; deseó haberse duchado.

La pausa se estiró como un chicle.

—He pensado en ti —dijo Síle como si hablase del tiempo.

El pulso de Jude hizo ¡bang!

—Yo también.

—Mierda, mierda, tengo que cortar, es la última llamada de mi vuelo —dijo Síle casi chillando.

Jude no acababa de decidir si creerla.

—¿Hasta otra?

—¡Claro! Cuídate. ¡Adiós!

—Chao. —Jude colgó el teléfono. «Bueno, luego hablarán de las maravillas de la comunicación moderna».

Se apoyó en la mesita del recibidor con manos temblorosas. El abuelo de su padre la había hecho a partir de una vieja puerta, en Lincolnshire. Un recuadro de luz de la calle se posaba en la barandilla de la escalera. Ella pensó que le vendría bien un paseo, pero las calles eran peligrosas; podía romperse la rótula esta vez. Culpa, confusión, alegría, dolor incluso, eran como cohetes disparados en su cabeza.

Respiró hondo y de repente se sintió totalmente sobria. Fue a la salita en busca de la caja de su madre con papel de escribir del bueno.

Querida Síle:

Escribió, y se quedó mirando las dos palabras y apoyó la punta en la página.

Lo siento

Me temo que pude

Te quiero.

De camino a una cita con su naturópata para que le mirara un dolor en el reverso de la mano, Síle se quedó atrapada en un atasco en Astor Quay. Intentó respirar hondo. Sabía que si llegaba a la consulta de Helen en un estado de agitación, le caería el sermón habitual sobre hormonas de estrés y toxinas celulares. Para distraerse, empezó a mirar el correo. Ofertas de tarjetas de crédito, folletos de obras benéficas, y un par de postales *kitsch* algo estropeadas de amigos que habían estado en Budapest y Nueva Zelanda. Había un sobre con la caligrafía cuidadosa de Jude en el que ponía Urgente que Síle había querido reservarse para la cafetería después de la naturópata, pero a la porra.

Al leer el primer renglón sintió un breve mareo. Le habría gustado aparcar un minuto, pero entonces ya no habría podido regresar a la corriente de tráfico. Así que continuó avanzando poco a poco en primera, pero sus ojos caían cada segundo o dos a las palabras escritas en la página que tenía sobre su regazo: Te quiero.

La frase la horrorizaba. No conseguía recordar la última vez que la había visto

escrita, excepto en novelas, y no de las que ganan el premio Booker. Imaginaba que ella y Kathleen la habrían dicho unas cuantas veces, al principio, pero no lo recordaba. La gente tenía reparos en utilizar las palabras hoy en día tras haberlas oído demasiadas veces en las películas de Hollywood. Te quiero hacía tictac como una bomba. Parecía estar en presente, pero llevaba un futuro oculto. Era manida, pesada, insoportable.

Un repartidor en bicicleta adelantó a Síle haciendo eses, y ella pisó a fondo el freno. Volvió a leer la frase y aquello la animó.

Leyó por encima el resto de la carta. Era breve y no daba nada por sentado. Sospecho que lo mejor que podría hacer sería mantener la boca cerrada y retroceder, había escrito Jude. Pero no puedo dormir hasta que sepas lo que hay en mi corazón.

Bien, ¿qué había imaginado Síle que sucedía? Era mucho mayor; ¿no tendría que haber sido lo suficientemente madura como para darse cuenta de lo que pasaba, tirar de las riendas antes de que se desbocase? Un verso de Gilbert y Sullivan le sonaba en la cabeza una y otra vez: «Así hacemos las cosas».

Había estado ocupada, aquélla era su única excusa. Había estado trabajando (Buenos días, abróchense los cinturones, ternera o bacalao, gracias por elegir nuestra compañía) y en sus días libres había ido al cine con Kathleen, y mirado sus acciones en bolsa en la web mientras Jael se hacía mechas. Y todo el rato, la nueva existencia de Síle había estado ganando velocidad, corriendo como un río subterráneo. Había cometido el error de pensar que su vida consistía en salir a cenar y sufrir atascos y que este contacto con Jude no era más que un pasatiempo transitorio. Pero ahora se daba cuenta de que había vivido su vida real en una pantalla, con las frases tragadas, expresadas y vueltas a tragar una y otra vez. Estaba hecha completamente de palabras.

Síle leyó de nuevo las frases cuidadosamente inscritas de Jude, y sintió el sabor del pintalabios; se mordía el labio como una niña. Un temblor le recorrió la columna. «Sí, maldita sea, sí», pensó, mientras avanzaba como una tortuga por Aston Quay con las manos aferradas al volante.

Síle podría haber subido hasta el quinto piso donde vivía Kathleen en ascensor aquella noche, pero subió por la escalera, quizá para imponerse una penitencia, quizá para ganar tiempo, no lo sabía. Tuvo que detenerse en un descansillo; pensó que estaba a punto de vomitar. La carta de Jude la había despertado de golpe. No era la indecisión lo que la destrozaba, en absoluto. Era la última vuelta de tuerca de una decisión que sabía que había tomado hacía tiempo. Un secreto que había llevado dentro como un tumor cada día.

No hubo respuesta cuando tocó el timbre. La luz de la escalera se apagó con un clic. ¿Dónde podía estar Kathleen un martes por la noche? No había ido a bailes de salón, eso era los jueves; ella y su hermano pequeño habían sido pareja desde hacía décadas y ganaron medallas con la rumba. ¿Estaba en la cafetería? ¿Había ido a tomar una copa con alguna de sus amigas de la universidad? ¿Estaban las tintorerías

abiertas a aquella hora? Algo que a Síle siempre le había gustado es que ella y Kathleen no se pasaban la vida controlando lo que la otra hacía, pero aquella noche se le antojó como una extraña disociación; se veía en la obligación de saber lo que hacía su novia. Kathleen podría haberse quedado en el hospital después del horario habitual; sabía que los nuevos programas de horarios estaban dando trabajo. Sabía muchas cosas sobre Kathleen (el dedo corazón del pie roto por un accidente de bicicleta cuando era niña, le aterrorizaban las historias de fantasmas, estuvo prometida a un cirujano ortopédico...) pero ahora caía en la cuenta, ante su puerta en la oscuridad, de que había zonas extensas de aquella mujer que seguían siendo un misterio. Cuestiones que, si no las preguntabas en los seis primeros meses, igual ya no las preguntabas nunca. Síle se planteaba ahora, con los dientes apretados: «¿Por qué hemos pasado tanto tiempo hablando de titulares y pasta dentífrica?».

Se dio cuenta de que pensaba en tiempo pasado.

Tenía la llave del piso, por supuesto; ella y Kathleen intercambiaron llaves al mes de su primera cena juntas. Pero aquella noche no podía soportar entrar sola, acomodarse en aquella casa. Se sentó en la alfombra del descansillo, con la espalda apoyada en la puerta y los ojos habituándose a la luz. En otra ocasión ya habría tecleado un mensaje a Kathleen: «¿Dónde estás?», pero no podía enfrentarse a ello; aquella vez tendría que ser en vivo.

Los minutos avanzaron con lentitud. «Soy una verdadera mierda —pensó Síle—, no puedo creer que vaya a hacer esto. Voy a echar por la borda casi cinco años, cinco años que no han estado nada mal». Pero entonces sintió un golpe de aire frío al ser consciente de que los años habían pasado. No te quedabas con alguien sólo por los recuerdos y el agradecimiento, a no ser que fueras una esposa de una novela del siglo XIX. Hoy en día tenía que valer la pena. «¡He sido terriblemente perezosa, dejándome arrastrar hasta este momento! Tendría que haberme enfrentado a esto antes. Antes de Jude».

Dejó caer la cabeza en las rodillas. Sentía un profundo terror por lo que se acercaba, tuvo la tentación de levantarse y renquear escaleras abajo. ¿Había estado engañándola ya un mes? ¿Contaban los *e-mails*? ¿Contaban los sueños? «Por el amor de Dios, Síle —pensó furiosa—; si así son las cosas tendrías que haber hecho a Kathleen el favor de dejarla hace años». Había sido una viajera cohibida, aferrándose a su balsa hasta el último minuto. Y obtusa. ¿Por qué sólo ahora, con una carta de amor con envío urgente como una bomba oculta en su bolso, sólo ahora se había dado cuenta de lo que le faltaba, lo que tanto había añorado?

En las familias matriarcales de Kerala, recordó que contaba su padre, una mujer podía divorciarse de su marido sólo con poner su paraguas fuera de la puerta.

Parecía que pasaron horas antes de que se oyera el crujir del ascensor; Síle levantó la cabeza, Kathleen salió, cargada de bolsas. Síle parpadeó deslumbrada cuando se encendió la luz.

—¡Cariño! ¿Qué haces ahí sentada en la oscuridad?

Síle iba a mentir y decirle que había olvidado la llave, pero se mantuvo con la boca cerrada.

—¿Hay malas noticias? ¿Se trata de tu padre? ¿O uno de tus sobrinos?

Ella cabeceó.

Kathleen se quedó mirándola, y luego abrió la puerta. Mientras guardaba las compras, Síle se quedó de pie junto a la ventana. Dublín era una brillante gargantilla de espuma. Kathleen abría y cerraba los armarios, luego entró en el cuarto de baño y regresó. Cómo conocía sus pasos, los pequeños sonidos del piso... No dijo ni una palabra.

Cuando Síle finalmente se forzó a volverse hacia ella, Kathleen se había servido un vaso de vino y lo bebía como si fuera agua.

—¿Hay algún problema? —preguntó Kathleen, con autoridad.

Ella asintió.

—Supongo que es por lo de la canadiense.

Aquello descolocó a Síle. Kathleen no había parecido curiosa sobre su corresponsal en lo más mínimo, y Síle no había llegado ni siquiera a mencionar a Jude en los últimos quince días. Por otra parte, Kathleen era una mujer inteligente, que sabía oír en los silencios. Tras un momento de duda, Síle dijo:

—Es más que eso.

—Eso es lo que todas dicen. —Tan afilada y ponzoñosa como la lengua de una serpiente.

—¿Quién son todas? —preguntó Síle confusa.

—Las que quieren joder por ahí.

Se desplomó en el extremo del sofá color crema. Lo habían elegido juntas en unas rebajas de Habitat, recordaba; Síle le había regateado al vendedor cincuenta libras por una pequeña mancha en un cojín. Todavía eran libras entonces, antes del euro. Su relación con Kathleen sobrevivía más allá de dos monedas, dos siglos, dos milenios.

—Nunca es algo tan cutre y sencillo como «me apetece carne fresca», ¿no? —espetó Kathleen dejando el vaso con un golpe tan seco que Síle pensó que se había roto—. No, siempre es algo más profundo, algún anhelo que hay que cumplir.

—No quiero carne fresca —logró decir Síle—, pero creo que tú y yo... No veo cómo... ¿Eres feliz? —preguntó, con voz desafinada e irregular—. ¿De verdad dirías que te he hecho feliz todos estos años?

—Lo suficiente —dijo Kathleen.

—Y ya que estamos, ¿fresca al compararla con qué? —preguntó Síle desesperada. Comprobó que la mirada de Kathleen acusaba el golpe. Continuó el torrencial.

—Y no es que te acuse...

—Mejor que no. ¿Es culpa mía? —quiso saber Kathleen.

—Nadie tiene la culpa. Simplemente ya no funciona. Igual tendríamos que haberlo intentado más, hablarlo por lo menos...

—O sea que es por eso. Quieres una discusión abierta, pues bien, Síle. ¿Por qué

tiene que importar tanto el sexo?

Síle se la quedó mirando.

—Sólo es cuestión de cuerpos frotándose. No somos adolescentes; somos más que eso. Tú y yo somos la mar de compatibles, nos llevamos estupendamente —defendió Kathleen—. ¿Y por una cosa tan pequeña ha de estropearse todo?

—Pues no sé por qué —gimió Síle—. Pero sí.

—Tampoco es que esta chica de Canadá te pueda dar mucho, ¿verdad? Entonces, ¿por qué me juegas esta pasada?

—No —admitió Síle—. Pero la deseo.

—¿Y de qué te sirve?

Su voz se movió como la de un pez en tierra firme.

—Me hace sentir viva.

—Perra implacable.

—Pero...

—¿Cómo puedes estar ahí sentada y decirme eso?

Y entonces Kathleen se puso a llorar tanto que el maquillaje se le corrió. No dejó que Síle la tocara. Se puso a despotricar y a insultar a Síle usando palabras que jamás le había oído pronunciar. Entonces empezó a hiperventilarse y se puso en cuclillas en las baldosas de la cocina y Síle la sujetó por los hombros. Las manos blancas de Kathleen se estrecharon en torno a las suyas; ocultó la cara en los revueltos cabellos de Síle como si su torturadora fuera su único refugio. Los ojos de Síle permanecieron secos como un desierto.

Lo peor fue cuando Kathleen empezó a disculparse por todos sus rasgos poco atractivos, todas sus manías y malos hábitos, sus descuidos. Incluso se disculpó por llorar.

—¿Qué le voy a hacer? ¿Qué le voy a hacer? —sollozó. No, quizá lo peor de todo fue cuando intentó besar a Síle, desabotonarle la camisa; cuando le suplicó que la acompañase a la cama. La cara de Kathleen quedó lívida, iluminada por un momento con chispazos de terror y de furia y humillación. Mirándola fijamente, lo que sorprendió a Síle fue que «yo nunca había visto esta cara antes».

Consecuencias

Todo equipaje es intercambiable.

ARITHA VAN HERK, «Inquietud»

Tres semanas después, Síle todavía no conseguía quitarse de encima la sensación de que había sufrido un accidente de coche; sentía cada músculo triturado.

¿Cómo había podido pensar que Kathleen era controlada y sofisticada, emocionalmente centrada? La mujer se había roto como un huevo. Había alegado enfermedad para no ir a trabajar, vivía sin quitarse la bata, y había dejado de peinarse. Tres noches seguidas, Síle había aparecido para preparar unas tostadas a Kathleen y disculparse una y otra vez. Dormían tan enlazadas como sogas; cuando Kathleen se despertaba llorando, Síle le acariciaba la cabeza y le susurraba para que volviera a dormirse. Se le ocurrió que jamás habían tenido unos momentos tan intensos; era como un eco de enamorarse.

Pero tras una rotación de cuatro días que le llevó de Dubrovnik a Viena, cuando llegó de nuevo a Ballsbridge encontró un sobre con una «S.» que contenía una nota que decía: «Esto no me lleva a ninguna parte. Por favor, pasa la llave por debajo de la puerta».

Naturalmente sintió alivio: Síle tenía que reconocerlo. Pero también desdicha porque cinco años de sus vidas se desvanecían.

Ahora los tulipanes de abril se cimbreaban como banderas.

—Igual sería mejor tomártelo con calma un poco; con la canadiense, digo —le aconsejó Marcus.

Pero Síle ya había superado los jueguecitos. Cuando se sentía con la moral baja aquellos días llamaba a Jude.

—Supongo que tendría que decir que siento que estás pasando por esto —dijo Jude— o que nunca quise causar problemas, pero eso no sería verdad.

—Cuáquera —exclamó Síle con un pequeño gruñido. Se secó la cara—. Olvida lo que tienes que decir, ¿qué es lo que quieres decir?

La palabra salió disparada como un cohete.

—¡Aleluya!

—De parte de Kathleen o...

—... de la mía —admitió Síle con un nudo en la garganta.

Shay O'Shaughnessy apartó la mirada por el bullicioso café. Su generación de hombres y mujeres en Irlanda se casaban para toda la vida, se recordó a sí misma; ni existía el divorcio en sentido legal ni se lo imaginaban, y si acababan separados para ellos era un vergonzoso fracaso.

—Has estado con otra —añadió Orla.

—¡Que no! —Pero antes de terminar de replicar a su hermana, Síle reconoció que era una tontería defenderse con precisiones. ¿Acaso no era cierto que cada célula de su cuerpo se estremecía al escuchar la voz ronca de Jude al teléfono? De haberlo permitido la geografía, ¿acaso no habría ido Síle a su casa hacía semanas para besar aquella sonrisa asimétrica y abrirle los tejanos?—. Hay una mujer en Canadá a la que he estado escribiendo —dijo con dificultad—. Trabaja en un museo. Tiene veinticinco años. —Se obligó a sí misma a añadir, en su pensamiento, «asaltacunas».

Shay pinchó la quiche con el tenedor, sin ganas.

—¿No es verdad que los canadienses son un poquito... aburridos? —preguntó Orla.

¿Por qué todos salían con aquello?

—¿Y los irlandeses no son todos burros y analfabetos? —replicó Síle.

Shay consiguió reír entre dientes.

—Tú ganas —dijo Orla—. Entonces, ¿has llegado a encontrarte con esta canadiense o sólo chateáis?

—Mmmm... la verdad es que a mí me suena a personalidad inventada —su padre se esforzó por sonar trivial—. Seguro que resulta ser un conductor de camión de Swansea. «Ciberdisfraz»: es un concepto que explicaban el otro día en el Guardian.

—La conocí en un vuelo —aclaró Síle, mirándole a los ojos. «O sea, como tú y Sunita».

Una larga pausa.

—Bien, pues me sabe la mar de mal, especialmente lo siento por Kathleen, claro —dijo Orla—. Tengo que enviarle unas flores.

Síle fijó la mirada en su plato.

—Y por lo que respecta a tu nuevo ligue... lo único que se me ocurre es que parece que te sobra un montón de tiempo.

Orla se concentró en la ensalada, y Síle la observó con odio. «Por qué —quiso preguntar—, ¿sólo porque no hago lo sensato que es permanecer en una pareja sin relaciones sexuales el resto de mi vida? ¿Por qué las cosas que siento no tienen un objetivo claro, una hoja de ruta, un anillo de oro?».

La lista de colegas y amigos a los que tuvo que informar era interminable; tuvo que recurrir a la vulgaridad de un *e-mail* masivo: «Aquí Síle, me temo que voy a tener que daros la mala noticia de que Kathleen y yo hemos decidido que estaremos mejor cada una por su lado...». Había intentado una evasiva para proteger la dignidad de Kathleen, pero sólo cuando lo echó a volar al éter se percató de que lo había hecho para apaciguar sus sentimientos de culpa. Entonces se preguntó qué tipo de *e-mail* estaría enviando Kathleen.

Hubo quien respondió con preocupación y calidez, y otros no respondieron. Empezaban a dissociarse tácitamente los viejos amigos de Síle por una parte y los viejos amigos de Kathleen (la pareja no tenía ninguno que hubieran hecho juntas, pensó Síle, lo cual le pareció significativo) y aunque le dolió no podía discutir esa

división. Ni siquiera tenía fotos de Kathleen, se le ocurrió pensar en plena noche; los álbumes cuidadosamente etiquetados en el piso de Ballsbridge contenían cinco años de viajes y fiestas, pero Síle no podía ni imaginarse ir a repasarlos y pedir una selección representativa.

Kathleen había recuperado su actitud formal y eficiente... o al menos una copia fracturada y vuelta a pegar. Una caja grande con las posesiones de Síle apareció en Stoneybatter, traída por un mensajero que también le dio a firmar un impreso para cerrar su cuenta bancaria compartida. Su vecina Deirdre lo recogió todo, como siempre hacía con los paquetes cuando Síle estaba fuera.

—De tu amiga Kathleen. —Por supuesto Deirdre no era una ingenua, pero «amiga» era la palabra que empleaba su generación (los otros vecinos se obcecaban en pensar que Síle era soltera como consecuencia de las exigencias de su carrera).

Síle tuvo que contarle la verdad ahí, en el umbral de la puerta:

—Es que ya no estamos juntas, Deirdre.

—Pues sí que es una pena. —Una pausa—. A veces he pensado en dar la gran patada a Noel —le dijo en tono confidencial, señalando con la cabeza la salita, donde su marido se pasaba el día sentado leyendo el periódico—; lo que pasa es que la pensión no nos alcanzaría para dos casas.

Eso, por alguna extraña razón, hizo que Síle se sintiera mejor.

—Es la mar de dulce por tu parte que quieras conocer los sórdidos detalles —dijo a Jude por teléfono aquella noche—, pero mejor te los ahorro.

—Imposible —replicó la muchacha—. Estoy metida hasta el cuello.

—Pero...

—He hecho añicos la felicidad de una mujer a la que ni siquiera conozco. He roto mi propia regla —afirmó Jude con severidad—. Sabía que estabas en pareja y no me retiré.

—Igual porque yo no hacía más que enviarte señales para que vinieras a por mí como si fuera una perra en celo —susurró Síle. No pudo distinguir cuál soltó antes una carcajada. Ella gruñó—. Todo se ha complicado tanto... Cómo me gustaría haber estado soltera cuando te conocí.

—¿Tal como fingiste estarlo en Heathrow?

—¡Eso no es verdad! Bueno, supongo que era una «mentira de omisión», como la llamaban los curas. ¿Qué pensaste cuando por fin te dije quién era Kathleen?

—Como si me hubieran metido un clavo en la mano de un martillazo.

—¡Jo! Hasta las metáforas te salen de camionera.

—En fin, todos los principios son tan complicados como los finales —le dijo Jude—. Todo se solapa; es como un estanque de nenúfares. No creo que conozca a dos personas que cuando se enamoraron estuvieran ambas sin pareja.

Ahora, sentada en su cafetería favorita mientras leía el Irish Times y se tomaba un capuchino, Síle echó un vistazo hacia el Lifíley y le sorprendió notar que su euforia iba en aumento.

—Mmmm... —le dijo Jael, que la había llamado desde el móvil mientras se dirigía a Galway en tren—. Hay un tipo determinado de clímax que se siente al poner fin a una relación que ha durado demasiado.

—A ti no te caía bien Kathleen, ¿verdad? —constató Síle, permitiéndose coger el toro por los cuernos.

—No sabía por dónde entrarle —exclamó Jael—. Se me hacía cuesta arriba darle conversación sobre el tenis o el puto chachachá.

Síle se sintió herida sin saber por qué.

—¿Y eso por qué?

—Ah, nada —dijo Jael—. Kathleen es el tipo de novia que se solicitaría por catálogo.

—Mira que eres cabrona.

—Gracias.

Síle dio un largo sorbo al café.

—¿Y qué haces en Galway?

—Tenemos la presentación en una sala de banquetes de las reflexiones de un cascarrabias sobre la impotencia y la muerte. Te daría su nombre, pero igual hay periodistas en el tren.

—Tú siempre tan discreta.

—Chica, Síle, soltera se está mucho mejor.

—En palabras de la señora de Anton McCafferty —dijo automáticamente. Y enseguida añadió—: La verdad es que no me siento soltera.

—Anda con cuidado. La de Canadá puede ser simplemente un síntoma de tu desconexión —le advirtió Jael—. Las bolleras se emparejan demasiado rápido; los chicos son más sensatos. Marcus puede darse un paseo por el parque Phoenix si le vienen las ganas, ¿no?, o la sauna si llueve.

Síle hizo una mueca cuando pensó que la versión que Jael había asimilado de lo que ciertas publicaciones denominaban «el estilo de vida gay» estaba siendo escuchada por los pasajeros de aquel vagón.

—Bueno, ahora no, está enterrado en Leitrim inmerso en *La Vida Contemplativa*.

—Caray, se me había olvidado, pobre idiota. Entonces lo único que le queda es follarse a las ovejas.

El teléfono hizo un ruido tan alto que tuvo que apartarlo del oído.

—Cálmate.

—Si tengo que pasarme un mes sin hacerlo —le dijo Jael—, que me corten la garganta.

Era como ser buscada por la policía o como estar planificando una fiesta sorpresa. Síle se pasaba el día mordiéndose la lengua. En la tienda de Stoneybatter donde compraba *Time*, *Private Eye*, *Wired*, sus *baguettes* y beicon en lonchas, se moría de ganas por confiarle a la fatigada adolescente al otro lado del mostrador: «Acabo de poner mi vida patas arriba por una desconocida».

Envió a Jude una foto de cada una de las cinco estancias de su casa; tuvo que pedir prestada a Deirdre su cámara, porque cuando las enviaba digitales se colgaba el ordenador del Museo de Irlanda. Sonrió a las madres que llevaban a pasear a sus bebés al parque, y daba raciones extra de frutos secos a sus pasajeros, pero le faltaba la paciencia cuando alguien interrumpía sus ensoñaciones sobre Jude y saltó cuando su cuñado empleó sin darse cuenta la palabra «azafata» para referirse a ella. Se suponía que el enamoramiento producía felicidad. Lo que ella sentía era más como palpitaciones o indigestión.

Base de operaciones

Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

Declaración Universal de los Derechos Humanos, artículo 13.2

Por encima de Toronto, el capitán anunció «una pequeña borrasca». Síle se había tomado tres Baileys durante el curso del viaje, y se sentía estupenda. Durante el descenso, el viento golpeó la fina capa de metal de la cabina; por la ventanilla veía intermitentemente el oscuro anochecer de abril, ráfagas de nieve como escupitajos de un gigante furioso. El avión se sacudió, y el hombre que estaba junto a Síle resopló aterrorizado. Esto iba a ser divertido, decidió, especialmente dado que en Dublín no había caído un solo copo de nieve aquel invierno.

Aterrizar, tocar tierra, con una vibración extática.

Caminar por un aeropuerto desconocido siempre hacía a Síle sentirse como en la primera escena de Jackie Brown, una de sus películas preferidas (¿a ver qué otras películas tenían como protagonista una auxiliar de vuelo inteligente, maciza y de piel oscura?). Caminó deprisa, saboreando la ocasión de estirarse, consciente del movimiento de las caderas enfundadas en la falda. Su maleta de cuero rojo la seguía rodando. Se había arreglado el pelo en un moño estilo francés y se había aplicado un pintalabios llamado Fruta Magullada. El aeropuerto Pearson de Toronto consistía en alfombras grises y arte gigante; fuera de las cristaleras no veía más que nieve trazando espirales.

—¿Visita amigos? ¿Familiares?

—Mmm —respondió Síle a la oficial de fronteras con una sonrisa, casi sin respiración con sólo pensar en explicar el motivo de su visita.

—¿Y cuánto se quedará?

—Sólo el fin de semana.

Le escanearon el pasaporte y le pusieron el cuño (uno más entre muchos otros en sus gastadas páginas) y le dijeron que pasase. Cruzó la aduana pensando: «Que no me paren, que nadie me haga esperar un minuto o explotaré...».

Allí, al otro lado de la barrera, había una cabecita posada sobre una inmensa chaqueta acolchada. Síle se detuvo parpadeando. Jude no le espetó un saludo; simplemente levantó los dedos y avanzó hacia el hueco de la barrera. Llevaba el pelo muy corto, infinitamente suave. Síle había planeado besar a Jude con fuerza, labios y lengua en medio del gentío, pero ahora que el momento había llegado apenas se sintió capaz de darle la mano.

Jude le dio un abrazo. Síle quedó asfixiada por el relleno de plumas; era como estar envuelta en un nórdico. Pero en la espalda podía sentir el tacto fuerte de las manos de Jude y su respiración caliente en el cuello. Estaban obstaculizando el flujo de pasajeros que salían de la sala de recogida de equipajes.

—Hey —dijo Síle haciéndose a un lado—. Hola.

—Hola.

—O, cielos, te he dejado pintalabios en la mejilla.

—¿Sí? —dijo Jude sin hacer nada por quitárselo.

Síle recordó de qué iba aquello, por qué había recorrido toda aquella distancia. El corazón le palpó con fuerza.

—Aquí estás. ¡A medio metro de distancia!

—A menos —puntualizó Jude acercándose para darle un beso de verdad—. Disculpas por el tiempo —prosiguió un minuto después—; parece que la primavera ha decidido no llegar. ¿Dónde tienes el abrigo?

—No te preocupes, esto tiene forro —dijo Síle subiéndose la cremallera de su impermeable.

Jude le miró los zapatos de tacón.

—Tenemos tormenta polar, y todavía no han echado sal en las carreteras. Podemos ir al Holiday Inn —añadió tras pensarlo un instante.

Síle frunció el ceño ante la idea de pasar la primera noche juntas en el Holiday Inn. Tomó a Jude por la muñeca delgada y cálida y murmuró:

—Seguro que eres una gran conductora.

Jude torció la expresión, recogió la maleta de Síle y empezó a caminar.

—Cuidado, que pesa.

—Ya veo, ya.

—Mira, tiene ruedecitas... —Pero Jude ya había cargado con ella. Síle la siguió entre el gentío, tratando de recordar dónde había metido sus guantes de cabritilla rojos. Al cruzar las puertas automáticas, un golpe de aire gélido casi la tumbó de espaldas. La nieve era una nube de alfileres que le golpeaba la cara, los oídos, los ojos. ¿Dónde había ido Jude? No esperaba que Síle caminase en medio de aquello. Sentía el aire gélido de la noche como cristales rotos en su garganta. Las manos le dolían. El viento ululante aplastaba el impermeable contra su cuerpo; habría dado igual que estuviera desnuda. «¡Apágalo! —pensó—. ¡Que pare de una vez!».

Un tirón en el hombro. El rostro de Jude dentro de un capuchón bordeado de piel.

—¿Dónde estabas?

—¿Dónde estabas tú? —replicó Síle con tono de niña.

—¿No llevas gorro?

—No creía que lo iba a necesitar. ¡Estamos casi en mayo! —Entonces se puso las manos bajo los sobacos, se colocó de espaldas al viento y bramó—: Oye, casi mejor que vayamos adentro hasta que amaine.

Jude cabeceó.

—No amainará. —Y se dio la vuelta sin entrar en discusiones.

Y a Síle no le quedó otra que seguirla, avanzando por el camino que conducía al aparcamiento, cubierto por varios centímetros de nieve. Jude seguía cargando con la maleta en lugar de arrastrarla; resultaba tan camionera que parecía ridículo. El coche resultó ser un Mustang blanco, ribeteado de óxido. Mientras Jude ponía el equipaje en el maletero, Síle fue a la puerta izquierda sin pensar, y entonces sintió que la exasperación se apoderaba de ella por comportarse como alguien que jamás había cruzado el Atlántico.

La calefacción chirrió desesperada.

—Disculpas por este cacharro —murmuró Jude, dando marcha atrás—, pero al menos es un modelo manual, así que cuando hay problemas generalmente los puedo solucionar.

Mientras se arrastraban por la autopista hacia la noche, siguiendo a cientos de viajeros, Síle se quedó sentada cubriéndose los oídos. Se había mojado los tobillos.

—No me han criado para este frío —comentó con un escalofrío irónico.

Jude no respondió. Estaba encorvada ante el volante, mirando con atención más allá de las luces del vehículo en busca de las señales y los carteles. TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A BRAMPTON. ¿Era aquella chica de verdad tan taciturna en persona, intentó recordar Síle, o se trataba simplemente de una actitud provocada por la copiosa nevada? Pero en definitiva, quizá no éramos más que una sucesión azarosa de cambios de humor.

—El clima aquí es fuente de diversión —dijo tan alegremente como pudo—. Podría haber muerto ahí en la terminal, ¿no? Si me hubiera equivocado de camino y me hubiera caído en la nieve o si me hubiera quedado esperándote demasiado rato. En mi país te podrías quedar toda una noche en una zanja y la cosa no iría más allá de un resfriado.

La mirada de Jude seguía fija en las tenues luces del Jeep que llevaba delante. No había otra señal de que se encontraban en una carretera, notó Síle. Tenían que haber salido de la autopista sin que ella se diera cuenta. Las señales estaban cubiertas de nieve y resultaban ilegibles.

—De hecho —empezó a decir Jude con voz ronca; se aclaró la garganta y prosiguió—; de hecho no hace tanto frío, gracias a la nieve.

Síle se quedó a cuadros.

—Eh... ¿eso que has dicho tiene sentido?

—Cuando hace demasiado frío no puede caer la nieve.

Ella asimiló aquella perspectiva tan optimista mientras la noche cerrada se cernía sobre ellas. La propuesta de ir al Holiday Inn ganaba en atractivo. Había visto ya cuatro coches que se habían salido de la carretera, uno de ellos boca abajo. Intentó distinguir si los pasajeros habían salido con vida, pero todo lo que atisbaba era nieve y negrura. La fila de coches siguió avanzando. Síle de repente se preguntó si realmente tenía una carretera debajo o si el coche que iba delante podría haberse

salido hacia el campo desolado con el resto siguiéndole como si fueran lentos *lemings*.

Jude puso la radio, en busca de la predicción meteorológica, y en la media hora que siguió estuvo cambiando de emisoras crepitantes de interferencias que ofrecían soul, clásica, una mesa redonda sobre bandas urbanas y rock cristiano. Se le ocurrió a Síle que todavía no le había visto fumarse un cigarrillo. Igual no fumaba mientras conducía.

—¿Cómo tienes las piernas? —preguntó Jude de repente.

—Entumecidas hasta la rodilla, ya que preguntas.

Jude giró los mandos de la calefacción.

—¿Mejor?

—Pues no...

Se volvió y extrajo una manta del asiento trasero.

Síle intentó sentirse agradecida por aquel gesto de cortesía, mientras se envolvió las piernas con la tela áspera y húmeda. En un momento dado sacó su artilugio y le dio al botón para encender la pantalla. Eran las 8.39 en algún lugar de aquella inmensidad cubierta de nieve y perdida de la mano de Dios. «Distancia a la ciudad de Dublín, 5287 kilómetros». Casi las dos de la madrugada en Stoneybatter, donde Síle podría haber estado metidita en su cama de cobre cubierta con sábanas de algodón egipcio.

No había notado que el Jeep que llevaban delante se había desviado, pero no se le veía por ninguna parte; el Mustang se había quedado solo. Delante de ellos sólo se extendía una blancura amenazante iluminada por los focos, con algunos débiles copos de nieve que seguían cayendo.

—Ya falta poco —murmuró Jude.

Y aquélla fue toda la conversación en la media hora siguiente. Por lo general no había silencio que se resistiera al verbo de Síle, pero aquella noche tenía demasiado frío y se sentía decepcionada; estaba lista si pensaba que iba a hacer ella todo el trabajo. «¿Cómo pude pensar que me gustaba esta mula campestre que no tiene nada que contar ni nada de qué hablar?».

Se detuvieron a un par de manzanas de un cruce, bajo una tenue luz callejera.

—No nos habremos quedado sin gasolina... —dijo Síle.

—No, hemos llegado. —Jude salió a la oscuridad, dando un portazo tras ella.

Síle estaba sola, mientras la piel de su garganta, muñecas y rodillas se contraía en el aire gélido. Teóricamente ya sabía que no habría montañas ni río, pero por primera vez comprendió que la aldea de Irlanda no eran más que cuatro calles silenciosas. Tenía seiscientos habitantes, pero ¿dónde se habían metido? Habían tardado casi cuatro horas en llegar al verdadero culo del mundo.

Jude volvió a abrir la puerta para explicar:

—No puedo dejarlo delante de casa hasta que quite la nieve.

Cuando Síle salió, la nieve le llegaba a las rodillas. La sintió increíblemente

mojada y fría penetrándole las medias. Se lanzó en pos del bulto oscuro en que se había convertido Jude. Los copos de nieve se le posaban en los párpados. En un momento determinado casi perdió uno de sus zapatos en un montículo, pero se recordó a sí misma lo que le había costado y volvió a calzárselo.

Jude la esperaba fuera de una de las casas, con las manos bajo los brazos.

—Pronto entrarás en calor —aseguró. Síle apretaba los dientes con fuerza.

En el baño del piso de arriba se golpeó la cabeza con el techo bajo. Todo estaba en francés además de en inglés, notó: el champú, la pasta de dientes...

Pasos lentos en las escaleras. Vio a Jude en el umbral.

—Seguro que ahora mismo me odias.

—Exacto —dijo Síle. Continuó frotándose las piernas desnudas con la toalla almidonada, consciente de cómo Jude se fijaba en ellas.

—Necesitas un buen baño caliente.

—No, siempre me ducho —afirmó Síle—. Es mucho más rápido.

Por fin, ahí estaba. La sonrisa torcida que Síle había estado guardando en su memoria desde principios de año.

—¿Y por qué tienes prisa? —preguntó Jude. Llenó la bañera hasta los topes, comprobando la temperatura mientras Síle esperaba sentada en el retrete con la tapa bajada, sintiendo de repente el profundo cansancio. Finalmente, Jude abrió una caja y echó lo que parecía un puñado de polvo.

—¿Qué es eso? —preguntó Síle.

—Copos de avena. —Jude cerró los grifos, que emitieron un crujido anticuado.

«¿Copos de avena? He viajado marcha atrás en el tiempo —pensó Síle—. Estoy con los jodidos amish, como Harrison Ford en Único testigo».

A solas, se sumergió en el agua sedosa y enturbiada hasta que le cubrió el estómago, los pezones, la barbilla. El calor le hizo palpar las extremidades. Se sintió como si se estuviera ahogando.

Cuando emergió se envolvió en la toalla y se sintió más dispuesta a asimilar su entorno. Mucha madera sin recubrir; aire cálido que surgía de una rejilla de hierro en el suelo. Se detuvo en la estantería de madera tallada, y recorrió con el dedo los títulos de los libros que contenía: Hermanas en las praderas, La trilogía de los Donnelly, Quién ha visto el viento, Viaje mortal a Wisconsin, y toda una estantería de alguien llamado Pierre Berton. La primera habitación a la que se asomó tenía un aspecto impoluto y un florero junto a la cama; seguro que era la de la madre. La siguiente puerta estaba abierta de par en par, y su maletín estaba allí, de manera incongruentemente eficiente, junto a una mecedora, sobre la alfombrilla. Doblado en la cama había un pijama de algodón a rayas. Síle se había traído su camisón de seda, pero en un impulso se puso el pijama y se arrebujó debajo del enorme y grueso nórdico. Se preguntó adonde había ido Jude. Fuera fumándose un cigarrillo, imaginaba.

Eran las dos de la madrugada en Irlanda, ¿o quizá las tres? Los párpados

empezaban a cerrársele cuando apareció Jude en el dintel con un tazón humeante.

—Una manzanilla.

—Perdona —dijo Síle—, pero no soporto la manzanilla.

La chica dejó el tazón y se sentó junto a ella en el borde de la cama.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

Jude dio un sorbo a la manzanilla.

El silencio empezaba a hacerse raro, y Síle dijo:

—Te he traído un regalito —señalando hacia la bolsa de la tienda del aeropuerto depositada en la mesa.

Jude sacó dos grandes cartones de cigarrillos.

—Siempre me he negado a comprar canutos mortales a mis amigos, pero esta vez decidí hacer un gesto para compensar por haberte regañado en Heathrow. Cuando encendiste uno en la cinta de equipajes.

Jude soltó una risa ronca.

—¿Qué? —preguntó Síle—. ¿Me he equivocado en la marca?

Jude se le acercó y sus labios precisos y fuertes la besaron.

Síle se la quedó mirando.

—No sabes a tabaco.

—Justo.

—¡No me lo puedo creer!

—Desde ayer a medianoche me he estado cepillado los dientes un montón de veces, por hacer algo.

—¿Y todo por mí? —dijo Síle maravillada—. ¿Has dejado de fumar por mí?

Jude se encogió de hombros.

—Simplemente has sido... la ocasión.

Síle sonrió con una elegancia felina.

—Por eso estabas tan taciturna esta noche. ¡Tienes síntomas de abstinencia!

—¿Taciturna?

—Ya sabes lo que quiero decir. Llevarme sin soltar palabra, como si fueras la escolta de una prisionera...

—Me concentraba en la carretera. El camino ha sido duro. —La voz de Jude era sombría, pero su boca se retorció con una sonrisa—. Y en cuanto a ti, que te presentas en plena nevada con zapatitos de tacón y un estilizado impermeable...

—¿De quién es el pijama? —preguntó Síle por cambiar de tema.

—Mío —respondió Jude mirándola con sus ojos de un azul transparente.

—Es muy suave. ¿Entras? —dijo Síle dando unas palmaditas al nórdico.

Jude apagó la luz antes de desvestirse.

—Sangre puritana, ya sabes —murmuró.

Síle escuchó los tenues sonidos de la ropa mientras era depositada en una silla. Entonces la cama crujió cuando Jude se metió en ella. Síle se retrepó hacia atrás hasta

que su espalda tocó el pecho caliente de Jude. La muchacha estaba totalmente desnuda. «Se ve que lo de la sangre puritana tiene sus límites». Era extraño, pensó Síle; hasta aquella noche nunca se habían abrazado, no conocían las curvas y ángulos de la otra... pero por fin ahí estaban; así, encajadas, aquélla era la única manera de dormir en una noche invernal de abril.

De repente, se sintió feliz de que hiciera tanto tiempo desde que tuvo sexo con una persona que no fuera ella misma. Demasiado para verse asediada por recuerdos. «Me tendré que quitar el pijama —pensó somnolienta—. La primera vez siempre es crucial. No puedo llevar el pijama puesto cuando me abalance sobre ella de un modo memorable».

—Cielos —musitó—, el frío realmente hace que se agradezca otro cuerpo.

—En la Biblia hay algo al respecto, de hecho.

—Siempre lo hay...

Jude le citó al oído:

—Si dos yacen juntos, tienen calor, pero ¿cómo puede uno calentarse solo?

Síle se quedó quieta, pensando en una réplica ingeniosa, decidiendo sus movimientos.

Pero cuando volvió a ser consciente era de día y un alegre sol amarillo bañaba la cama de un resplandor ígneo.

El sol en sus ojos, amarillo limón en los hoyuelos de sus rodillas y sus codos. No había motivo para la preocupación. Síle y ella supieron qué hacer como si la información hubiera estado codificada en sus genes. Hubo jadeos bruscos y gritos. Las dos quedaron tan enredadas en los cabellos de Síle que ella tuvo que echarlo por detrás del cabezal. Aquello era el número de la suerte, un banquete de diez platos, una máquina tragaperras de frutas en la que —cling, cling— las monedas no hacían más que salir de la ranura.

Se quedaron tendidas recuperando el aliento, con los dedos entrelazados.

—La primera resina es siempre la más dulce —recordó Síle.

La risa de Jude se convirtió en una tos áspera. No era justo que sólo cuando una dejaba de fumar los pulmones se resintiesen. Jugeteó con la delicada cadenita de oro que rodeaba la cintura de Síle.

—Me resulta extraño —dijo Síle—. Nadie la ha tocado desde hace mucho tiempo. Era de mi madre; la llaman arañjanam.

Jude repitió las sílabas, corrigiéndola Síle hasta que lo pronunció correctamente.

—¿No la tocaba Kathleen? —preguntó. Siempre había fantasmas en torno a una cama; casi era mejor invitarlos a entrar, empezar a hacer las paces con ellos.

Síle la miró a los ojos.

—Desde hace algunos años, no.

«¡Fantástico!». Pero Jude sólo articuló aquella palabra para sí, y logró mantener la expresión seria. Pensó en decir algo como «qué horror», pero sería algo cutre triunfar sobre una enemiga derrotada.

—¿Te la quitas alguna vez?

Síle meneó la cabeza.

—Aunque un día de estos voy a tener que hacerla más larga. Cada vez que voy a Kerala, mis parientes me dicen que parezco la reencarnación de Sunita, pero sigo sintiéndome como una extraña allí. Si mamá hubiera vivido lo suficiente como para criarnos a mí y a Orla supongo que seríamos mestizas culturales, pero de hecho somos irlandesas de piel tostada. Nunca me he acostado con nadie que no sea blanca como el papel. ¿Y tú?

—Bueno, Rizla es un mohawk...

—Claro, no había contado a los tíos —dijo Síle con una mueca de ironía—. Pero una cosa sí me ronda la cabeza: me has dicho que no has tenido novias serias...

Jude se encogió de hombros.

—Bueno, las cosas empiezan pero acaban convirtiéndose en amistad, si es que queda algo. No creo tener miedo al compromiso...

—¡Por supuesto que no! Tu trabajo, tu pueblo de mala muerte...

—Soy pragmática, supongo —le dijo Jude—. Si no es el gran romance, no veo por qué comportarme como si lo fuera. —Una pausa—. Y hasta ahora nunca lo ha sido.

Los ojos de Síle eran naranja oscuro.

—Uf... ¿No es demasiado para una primera cita?

Por toda respuesta, Síle trepó sobre ella y le puso la lengua tras el lóbulo de la oreja. De nuevo se pasó al sudor y a los ruidos, y Jude se olvidó de lo mucho que había deseado fumarse un cigarrillo. En cierto momento sintió humedad en el lado de su cuello y le pasó por la cabeza la absurda idea de que le había reventado una vena. Pero entonces Síle levantó su rostro y estaba salpicado de lágrimas.

—¿Qué sucede? —dijo Jude preocupada—. ¿Te pasa algo?

—Nada —gimoteó Síle. Lamió su propia agua salada de la clavícula de Jude—. ¿Nunca te han derramado lágrimas en la cama?

Jude cabeceó.

—Cachorrito. —Síle se dejó caer de espaldas, con el pelo como una hiedra negra extendido sobre el pecho de Jude—. Entonces, ¿qué te parece, el gran romance? —preguntó un minuto después.

—No diría exactamente que me gusta —dijo Jude—. Es un poco como ser Bélgica.

—¿Bélgica? —Replicó Síle con un grito desafinado.

—¿No estaba siempre siendo invadida por ejércitos extranjeros?

—Ah. Siempre con la historia.

—Mi vida ya no es mía —dijo Jude, fingiendo belicosidad.

—«Poscontacto», como decís en la profesión. —Síle rió—. No me culpes a mí.

—Te culpo. A ti y al finado George L. Jackson.

Síle se apoyó en un codo.

—Encendí una vela en su honor el otro día en una iglesia gótica de Viena.

—A partir de ahora siempre te asociaré a la muerte. En sentido positivo —añadió Jude, y Síle respondió torciendo el gesto—. Memento morí, y todo ese rollo. ¿Sabías que dibujaban una calavera en las jarras de cerveza para que cuando te la acabases recordases que ibas a morirte algún día?

—No creo que una cosa así tenga mucho éxito en Ikea.

—Así que, cuando recuerdo cómo nos conocimos, siempre me viene a la mente que hay que atrapar el momento.

—O a la irlandesa.

—Eso mismo. —Jude rodeó con sus manos la cadera de Síle y la apretó como una serpiente.

—¿Te das cuenta de que esto no lleva a ningún sitio? —dijo Síle con una voz indecentemente esperanzada.

—¿Por lo de vivir a cinco mil kilómetros?

—Cielos, eso suena aún peor que tres mil millas.

—Creía que en Irlanda utilizabais el sistema métrico decimal.

—Bueno, en teoría, pero todavía utilizamos millas en la conversación y pedimos pintas —explicó Síle—. Pero sí, me refería a la distancia y al asuntillo de una diferencia de catorce años...

—Eso no tiene por qué importar —dijo Jude—. La gente siempre dice que tengo cabeza de persona vieja bien puesta sobre hombros jóvenes.

Síle hizo una mueca.

—Son dos generaciones, musical y demográficamente. Yo soy del final del Baby Boom y tú eres de la Generación Y.

—Puedo decir en mi defensa que sé tocar «Scarborough Fair». ¿No podemos fingir que nací en los sesenta?

—¿Tocarla con qué?

—Guitarra —dijo Jude—. No hay nada que parezca más de los sesenta.

Síle dejó escapar un suspiro de exasperación.

—¿Cómo es que no me habías dicho que tocabas la guitarra?

—No soy muy buena.

—Lo suficiente como para tocar «Scarborough Fair», así que se trata de una mentira por omisión. —Extendió la mano para tomar los dedos de Jude y los frotó—. Callosidades; claro, tenía que habérmelo imaginado —murmuró.

—Perdón, ¿te han...?

—Me gustan —dijo Síle con una mueca—. Bueno, ¿qué otras cosas me faltan por saber de ti?

—Un cuarto de siglo, por lo menos.

Mucho después, cuando Síle estaba en la ducha, Jude dejó la cabeza colgando del borde del colchón. Su cuerpo se sentía empapado, abotargado. Se notaba somnolienta y estaba extática a la vez. Tenía un poco de dolor de cabeza, por la falta de nicotina,

suponía (Gwen le había sugerido parches, pero Jude prefería hacer aquellas cosas a su manera). Rodó sobre el estómago y miró debajo de la cama. Había pelusas y un lápiz, y un par de delicados zapatos de tacón de ante con marcas de agua.

Abajo, frotó las manchas más visibles con fluido desalinizador. Llevaba los zapatos de nuevo arriba cuando Síle apareció al final de la escalera envuelta en una toalla.

—Ven aquí, preciosa —dijo empezando a descender.

Jude cabeceó, retrocediendo.

—Trae mala suerte cruzarse en las escaleras.

—¡Otra no!

—Puedes llamarlo superstición o sentido común.

—Y yo pensando que no podías apartar la mirada de mí.

—Eso también —dijo Jude palpando y besando los pezones oscuros de Síle, uno después del otro.

Síle se puso una falda marrón de piel, un suéter de seda y un echarpe de angora... una palabra que Jude sólo aprendió aquel día y no podía imaginar cuándo volvería a utilizar. De la cueva del tesoro que era su maleta, sacó un puñado de joyería de oro; de llevarla cualquier otra persona habría parecido demasiado. Al sentir la mirada de Jude sobre ella, sentenció:

—Los nómadas siempre llevan su riqueza encima. Igual no tienes ni joyas. Nunca he conocido a nadie que lleve menos cosas puestas. Camisa, vaqueros, bragas...

Jude se miró a sí misma.

—Cinturón, calcetines... no necesito más.

—Perderías al *strip* póquer. —Síle examinó la navaja suiza que colgaba de una hebilla del cinturón—. ¿Sabías que el comprador medio la pierde a los tres días?

Ella rió.

—La mía me la regaló mi tío Frank cuando cumplí ocho años.

El beso que siguió duró tanto que Jude pensó que podía caerse.

—¡Aliméntame! —rugió Síle en su oído como si fuera un oso.

Tomaron el «Desayuno voraz» del menú del Garage, donde Jude presentó a Síle a la camarera Lynda, al dentista Johan y a Marcy, la agente de viajes de la ciudad y editora web...

—Tuvo que buscar alternativas cuando la panadería se fue a pique —susurró Jude al oído de Síle. Lucian y Hugo, de la casa de huéspedes Oíd Station, llevaban a su hurón Daphne atada a un pequeño arnés, y querían saber qué le parecía a Síle aquel «Dominio de Su Majestad».

—Me alegra saber que no eres la única gay de la ciudad —murmuró a Jude—. ¡Tanto apretón de manos y que te pregunten por la salud y la felicidad es como de Aquellos Tiempos! Tiene que costarte medio día recorrer la calle. En Dublín simplemente asentimos y balbuceamos «holaqueay». Anda, mira, una devota papista —comentó al ver entrar en la cafetería una muchacha embarazada con una camiseta

que llevaba escrito «Nuestra Señora de la Paz».

—En realidad, se trata de un grupo musical —le explicó Jude divertida. Y en voz alta—: Hey, Tasmin. Síle, ésta es la sobrina de mi amiga Gwen... —Cuando la muchacha había salido con el café y los donuts, Jude añadió—: En el paro, bulímica y sale de cuentas en julio. Sus padres se están subiendo por las paredes.

En la mesa contigua, unos granjeros debatían si dar de comer al ganado tarde ayudaría a evitar que las corderas parieran de noche: Síle alucinaba.

Jude pagó en el mostrador.

—Arregladito, hasta ahora —dijo la minúscula y arrugada señora Leung.

—Esa expresión me parece encantadora —comentó Síle al salir—. Da por sentado que todos volverán a encontrarse antes de que llegue la noche. ¿Es china?

—De Hong Kong.

—Recuerdo el sentimiento de ser los únicos étnicos en la ciudad —dijo Síle con un pequeño escalofrío—. No podías ni hurgarte la nariz por si los vecinos llegaban a la conclusión de que «todos os hurgáis la nariz continuamente».

Caminaba de manera *sexy*, pensó Jude, incluso en aquel viejo par de botas de nieve de Rachel Turner que había escapado de la purga. «Síle O'Shaughnessy aquí, en la Calle Mayor —dijo para sí, incrédula—, aquí, ahora».

La luz en los montículos de nieve recién caída daba un brillo traslúcido a los bordes, y las tuberías y aleros goteaban musicalmente.

—Ésta era la clínica de los Petersons antes de que se jubilasen —comentó Jude deteniéndose ante una casa de piedra caliza de dos pisos—. Cuando el negocio de muebles de papá se vino abajo, contrataron a mamá como recepcionista, aunque no tenía experiencia. Después de la escuela yo pasaba el rato leyendo en la sala de espera.

—Puedo imaginarte ahí, meciendo tus piernecitas —dijo Síle—. ¿Petos?

—Siempre.

Primero llevó a Síle a conocer la oficina del museo.

—Los especialistas de archivos tienen un principio que se llama «*respect desfonds*» —le dijo desde lo alto de una escalerilla crujiente—, y eso significa que tienes que respetar la procedencia de cualquier objeto... su origen.

La frente de Síle se arrugó.

—Como por ejemplo...

—Por ejemplo esto. —Jude descendió con un cartapacio y desató el cordel—. Los diarios de la señorita Anabella Gurd. Es una de mis piezas preferidas.

—Guau —murmuró Síle inclinándose sobre las frágiles páginas.

—¿Ves este recorte sobre la moda de los miriñaques? —Había sido pegado de manera descuidada, el papel estaba arrugado—. La procedencia exige que no lo arranques y lo metas en un archivo llamado Moda. Lo tienes que dejar aquí, porque nos dice que a la señorita Gurd de Irlanda, Ontario, le preocupaba su ropa interior el 13 de diciembre de 1857.

—El contexto lo es todo —sugirió Síle.

—¡Exacto!

Fuera de la escuela, Jude tuvo que forcejear con el candado.

—La primera vez que vi el interior fue cuando unos chicos y yo entramos por una ventana en secundaria. Estaba totalmente en ruinas, y olía a rayos.

—Pues ahora es precioso —dijo Síle entrando y levantando la cabeza para contemplar las pulidas vigas y las fotos ampliadas sobre las paredes pulcramente blanqueadas, pasando los dedos por la parte trasera de un escritorio—. «La zona en la que se encuentra consistía en un millón de acres de terreno salvaje sin caminos, posiblemente habitado por primera vez por la tribu de los Fluted Point (9500-8200 a.e.c.)» ¿A.e.c.?

—«Antes de la era común». Es la expresión políticamente correcta que equivale a «antes de Cristo».

Examinó los instrumentos de granja y utensilios de cocina, trajes colgados del techo con cordeles invisibles.

—Ya me temía que estaría lleno de maniqués siniestros.

—¡Uf! La cruz de los pequeños museos. No. Prefiero las cosas reales. Como... ¿A que no imaginas lo que es esto? —Jude le mostró unas pinzas de hierro.

—¿Un instrumento de tortura?

Respondió con una mueca.

—Mira que eres católica. No. Sirve para trocear bloques de azúcar. Pero escucha, no voy a poder hacerte la visita completa o se nos irá tu último día. —Desde que habían salido de casa no dejaba de oír pasar los minutos.

Fueron a un área de conservación cerca de Stratford. Al salir de Irlanda adelantaron a una camioneta roja en un estado lamentable y Síle preguntó:

—¿Y eso que has hecho?

—¿El qué?

—Le has hecho un gesto con la cabeza y luego has levantado dos dedos del volante.

Jude no se había dado ni cuenta.

—¡Ah! Es el saludo de aquí.

—¿Y si no son de aquí? ¿Qué pasa si no reconoces el coche?

—Entonces ponemos una expresión asesina —dijo Jude impávida.

Recorrió con la mirada los campos manchados de nieve como con ojo extranjero. ¿Qué vería Síle? Pasaron huertos de manzanos bajos y retorcidos, tensos ante la llegada de la primavera, y casas altas con imponentes entradas cubiertas por filas de cedros, que parecían repudiar cualquier conexión con la tierra. Un granero desdentado se desintegraba en una explosión de gris plateado; había otro, rojo y enorme, con un techo en el que se leía: «CROWLEY FARM CELEBRA sus 150 AÑOS», y otro que decía, inusualmente:

«VAN HOPPER E HIJA».

—Es todo tan llano... —comentó Síle—. No me extraña que tengan que utilizar nombres tan poco imaginativos como Camino de 13 millas o... —levantado el cuello, leyó el siguiente signo—: ¡Ruta 28!

—El camino por el que vamos lo construyó uno de mis héroes, el Coronel Van Egmond, en medio de la pradera, y llega hasta el lago Hurón. Convenció a las familias de lugareños para que construyesen posadas, y así los viajeros podrían tomarse su potaje de buey y su cafelito, y hacía de intermediario entre las protestas de los colonos y sus jefes.

—Seguro que no se ganó un ascenso.

—Me temo que no. En 1837 se unió a la Rebelión y murió en la cárcel. —Deslizó la mano derecha por la cascada de cabellos de Síle y la mantuvo ahí.

Pasaron por un silo con una torreta cilíndrica a rayas rojas y blancas.

—Mira, un condón gigante —murmuró Síle, leyendo la mente de Jude. Leyó con cierta excitación cada nombre irlandés que veía: Dungannon, Birr, Monte Carmelo, Clondeboye, Listowel, Donegal, Newry, Ballymote...

—En fin, ahí tienes signos de inmigrantes nostálgicos —dijo Jude—. También tenemos Zurich, Hanover, Heidelberg...

Pero lo que más distrajo a Síle eran los carteles que se sucedían junto a la carretera. Aparentemente, en su país los comercios y las iglesias nunca exhibían frases populares con letras dispuestas irregularmente.

—¿Por qué? ¿No es legal? —preguntó Jude.

—No creo que se les pase por la cabeza a los cínicos irlandeses. Ponemos carteles para vender cosas, pero no suministramos consejos sobre la vida. Mira ésa... —Buscó frenéticamente su artilugio cuando pasaron uno que advertía: «QUIEN DICE LO QUE NO DEBE PUEDE PAGARLO CON UNA BOFETADA EN LA BOCA».

—¿Las coleccionas?

Síle asintió, tecleando a toda velocidad.

—Las enviaré a mis amigos por *e-mail*.

—Van a pensar que los canadienses somos tontos —dijo Jude con tono infantil.

—No, no. Cada país tiene sus peculiaridades.

Síle volvió la cabeza de repente al pasar una iglesia color blanco hueso en cuyo cartel podía leerse: «DIOS TE AMA, TE GUSTE O NO».

—¡Qué miedo!

La siguiente decía: «CULTO SOL LOS DOMINGOS A LAS 11 TODOS BIENVENIDOS».

—Tiene que ser «culto sólo» —dijo tecleando a toda velocidad—, a menos que todos... cómo se dice, ¿en bola picada?

—En pelota picada —respondió Jude con una mueca.

—... y cantan Aleluya al retorno del sol. Los cultos solares tendrían sentido aquí, con inviernos tan largos.

—Mira, junto a ese tenderete de melocotones, ahí hay uno divertido: «LA NOSTALGIA YA NO ES LO QUE ERA».

—¿Melocotones? Vamos a por unos cuantos —dijo Síle revolviéndose en su asiento.

—Pues tendremos que volver en agosto.

—Claro, seguro que son de aquí.

—Eres tan ciudadana del mundo que no sabes ni dónde estás —se burló Jude.

En el aparcamiento del vivero, Síle salió del coche como una dama, con los pies juntos. Jude señaló que la nieve estaba teñida de azul: cristal roto desperdigado por el armiño. Fue delante, con el trineo bajo el brazo; pisó los baches que habían dejado visitantes anteriores o se hundió en la nieve reciente, a veces resbalando. Todo destellaba demasiado como para ver con claridad, pero a lo lejos había un poco de niebla; confundía la vista. Se volvió y el rostro brillante de Síle le respondió con una mueca.

—Es difícil ser elegante en la nieve, ¿verdad? —dijo Síle—. Lo único que se puede hacer es dar zancadas pesadotas como un niño de tres años. Y la nariz no deja de gotearme, y casi no te oigo con tantas bufandas y capuchas. Pero el aire es estupendo. Campos nevados. De pequeña llamaba así a las nubes, cuando el avión las atraviesa y todo se vuelve superblanco.

Jude tomó un sendero estrecho a través del arbolado. La nieve crujió bajo su bota.

—No hay nada como sentirse lejos de otros seres humanos, en medio de la inmensidad, ¿verdad? —preguntó Síle—. Normalmente llevaría puestos los auriculares cuando paseo; es raro no tener una banda sonora. Todo está tan tranquilo...

Jude quiso echarse a reír.

—¿Es un petirrojo? Oh, no, por supuesto, los petirrojos americanos son mucho más grandes. Quiero decir petirrojos canadienses. Creo que son ferozmente territoriales, al menos la variedad irlandesa.

Jude esperó hasta que Síle la alcanzó, luego le puso la manopla en la boca.

—¿Qué pasa? —dijo Síle a través de la mordaza.

—Un momento de silencio.

—¿Para qué hemos nacido con lenguas si no es para hablar?

—Por ejemplo para besar.

Jude se lo demostró. Un cuervo dejó escapar un graznido ronco.

Medio minuto más tarde, Síle dio un paso atrás, desafiante.

—En el colegio solía ganar competiciones de hablar en público; te daban una palabra... «moda», por ejemplo, o «manzanas»... y tenías que hablar de ello cinco minutos sin repetirte.

—Eso lo explica todo —dijo Jude con una carcajada.

Había olvidado lo revitalizante que podía ser el frío, pellizcándola en las muñecas, en el cogote. Salieron a un pequeño estanque, con las orillas blancas ribeteadas de tallos naranjas. Jude se quedó mirando las vetas de nieve blanca en el hielo gris verdoso y se preguntó si la capa sería fina, debido al reciente deshielo, o si

sería sólida hasta el fondo.

Una mano enguantada se deslizó en el bolsillo de Jude.

—¿Echas de menos un pitillo?

Jude expiró con fuerza:

—Ya que lo mencionas... daría todo lo que hay en mi cuenta bancaria por uno.

—Oh, cariño. —La palabra sorprendió a Jude, pero sonaba extrañamente natural

—. ¿Y cuánto es eso?

—En realidad sólo 75 dólares —admitió Jude.

Síle rió.

—Y las facturas de teléfono seguro que no ayudan.

—Nunca he gastado dinero tan a gusto. Además, dejar de fumar me va a ahorrar una fortuna.

—¿De verdad lo hiciste por mi visita? —preguntó Síle coqueta—. Bastaba con que fumases en el porche un par de días.

Jude se encogió de hombros.

—Siempre tuve la intención de dejarlo antes de los veinticinco, así que ya voy con retraso. Y a mamá le habría gustado; siempre lo llamó «tu vicio asqueroso». —Desprevenida, las lágrimas le inundaron.

—Cuidado, se te podrían helar los ojos —susurró Síle, sacándose una manopla para secar la cara de Jude con la palma de la mano—. Seguro que habría estado encantada. Que está encantada —se corrigió— porque ve que vas a llegar a centenaria.

Jude cubrió la cara en la nube oscura de pelo que asomaba de la capucha de Síle.

—Hora del tobogán —anunció.

Al regresar a casa, Jude abrió el garaje para enseñarle a Síle su motocicleta.

—¡Ooooh! —exclamó Síle poniéndose en cuclillas para fijarse en las elegantes curvas de los tubos de escape—. Seguro que esto te ha costado cinco veces más que tu coche.

—Algo así. Es una Triumph de 1979: el año en que nací. —Jude acarició el refulgente lacado—. Mi tío Frank le hizo unos arreglos, la montaba cada día entre mayo y octubre, hasta que la artritis se hizo tan grave que tuvo que mudarse a Florida, cerca de papá, y dejó a esta criatura conmigo. Has llegado un par de semanas demasiado pronto para que te lleve de paseo —añadió con pesar.

—La próxima vez —dijo Síle, y el pulso de Jude golpeó con gozo. Jude calentó un gratín de chirivía, que inundó la cocina con fragancia de cebolla y salvia—. Ah, ¿no quieres escuchar las noticias?

Síle cabeceó perezosa.

—Este fin de semana no. ¿Te das cuenta de que ni siquiera he comprobado mis mensajes?

—No lo había notado. Pero ahora que lo mencionas, no salgo de mi asombro.

—Bueno, si tú puedes contenerte, también puedo yo...

—Todavía no me creo que esto sea real.

—Yo sí —dijo Síle, con las manos firmemente en las caderas de Jude, atrayéndola hacia sí—. No eres una fantasía: nunca he conocido a nadie tan «aquí y ahora».

En la cama se les hizo de noche sin que ninguna de las dos lo notara. Estaban destrozadas, les dolía todo y la sábana estaba arrugada y hecha un guiñapo. Jude encontró una marca en el nudillo del índice de Síle.

—¡Ajá! —exclamó—. Ahora sí te reconocería en cualquier parte.

Jude se sintió ridículamente nerviosa cuando avanzaron pesadamente por la Calle Mayor de la mano, en dirección al cruce.

—Me recuerda a Narnia —dijo Síle entre dientes—: una farola y un montón de nieve.

Había una docena de habituales en «la charca del pato».

—¡Jesús! —canturreó Rizla—. Las recién casadas se han decidido a salir de la camita.

—¿Recuerdas que te prometí presentártela si no te comportabas como un imbécil? —le dijo Jude al oído.

Él la apartó, tomó la mano de Síle en su zarpa carnosa, le ayudó a quitarse la chaqueta e insistió para que se sentara en su taburete.

—Adelante, mi culo gordo ya lleva bastante rato sentado.

Síle cruzó las seductoras piernas, a pesar de las botas prestadas, y le miró sonriente. Vestida con una falda de colores vivos y chaquetilla rajastaní con abalorios, destacaba en medio de la ropa práctica que los otros clientes llevaban, además de por ser el único rostro sudasiático en el pueblo.

—Dave —dijo Rizla—, te presento a Síle O’Shaughnessy, de Dublín, Irlanda.

El camarero saludó con una sonrisa cauta.

—Lo que tú digas, Riz, tío. ¿Qué será? Tengo Sleeman’s, Upper Canada...

—La verdad, Dave —dijo Síle, endureciendo el acento al apoyarse en la barra— es que no soy muy de cerveza. Lo que me gustaría es un Martini de chocolate, si no es mucha molestia.

—¿Martini de chocolate?

Rizla levantó las cejas en dirección a Jude.

—Se hace con crema de cacao, ya sabes —apuntó Síle.

—Tengo que mirar en el almacén —dijo Dave abstraído.

En su ausencia, Jude dijo a Síle que igual tenía que conformarse con un Martini normal.

Síle abrió los ojos como platos.

—Ten fe en la economía global. En mi supermercado tienen sirope de arce de Ontario.

Y en efecto, cinco minutos después, salió Dave blandiendo una polvorienta botella de crema de cacao. Rizla y Síle levantaron la cabeza interrumpiendo la

discusión sobre sus episodios favoritos de los Simpsons para aplaudir. «Esta mujer es una varita mágica», pensó Jude.

Dave se acodó en la barra y examinó a la visitante de cerca.

—Pues menudo acento tienes. Creía que aquí Rizla me estaba tomando el pelo porque no pareces irlandesa.

Jude se puso rígida.

Síle le miró sonriente.

—Y lo gracioso, Dave, es que me dicen que tampoco parezco lesbiana.

Dave pestañeó una vez, dos.

—Bueno, un placer haberte conocido —dijo inexpresivo, pasando un trapo por el mostrador antes de regresar al almacén.

Rizla dio unos golpes en el bar con tácito gozo.

—¡Dos a cero para la Luchadora Irlandesa! Le has callado la boca a ese mamón.

—Pobre Dave —murmuró Síle—, y eso después de prepararme un perfecto Martini de chocolate.

—Seguro que a tus pasajeros no les pasas ni una.

—Tengo que aguantarles muchas —le corrigió Síle—, y precisamente por eso cuando no estoy de servicio digo lo que me da la gana.

Jude sintió que la tensión en sus nervios se relajaba.

—Pues todos estos terrenos eran la zona de caza de los Mohawk —explicaba Rizla a Síle cuando Jude volvió a prestar atención— hasta que los vendimos a la corona a principios del siglo XVII.

—En 1800 y pico —le recordó Jude.

Él no se dio por enterado.

—Pero de hecho no soy «estatus».

—Perdón, pero no te sigo —dijo Síle.

—Mi madre perdió el estatus de india nativa cuando se casó con un holandés. Tuvo que salir de la reserva —explicó—, así que los once fuimos criados en una granja por el oeste de Brantford.

—¡Once!

Él se encogió de hombros.

—Bueno, ya se sabe, o eso o nos extinguimos.

—Pero ¿tú no has tenido ninguno? —preguntó Síle.

—Nooo... —dijo—, sólo muchos sobrinos y sobrinas. Mira, es como los deportes: prefiero ver en la tele a los jugadores de hockey hacerse trizas la cabeza entre sí antes que jugar yo. ¿No es verdad que los irlandeses también crían como conejos?

—Hoy en día menos, ya que no seguimos los dictámenes de la Iglesia —le respondió—. Creo que la familia media ha descendido a tres coma nueve. Y mis padres sólo tuvieron dos.

—¿Se cansaron de darle a la jodienda? —sugirió Rizla—. ¿O hicieron voto de

abstinencia?

—Mi madre murió cuando yo tenía tres años. —Esperó un instante e hizo una mueca—. ¿A que ahora te sientes como un cabrón chabacano?

—Ni es la primera vez ni será la última —dijo, e insistió en pagar la siguiente ronda.

Dave seguía mortificado, con la mirada apartada.

—Se pasará la noche sin pegar ojo, tratando de dar sentido a tu presencia —susurró Jude al oído de Síle—. Seguro que hasta lo habla con su grupo de debate bíblico.

—¡Uy! ¿He mancillado tu reputación?

—Demasiado tarde para eso —respondió ella con una carcajada.

Síle echó un vistazo alrededor del bar, haciendo conjeturas.

—¿Qué demografía tienen los clientes? ¿Granjeros sobre todo? Esos dos que hay detrás de nosotros llevan media hora discutiendo sobre la cosecha de alfalfa —cuchicheó.

—Sí, sobre todo industria láctea y cosechas —dijo Rizla—. Aquellos tipos que están jugando al mus trabajan para Pavos Dudovick.

—Luke Randall... —Jude señaló con la cabeza al hombre que leía el *Globe and Mail*— es el apoderado de un banco en Stratford. Detrás de nosotros se encuentra Greg Devall, el ejecutivo de televisión cuyo maldito todoterreno mató a mi Setter rojo Trip —añadió entre dientes.

Síle entrecerró los ojos, como un mafioso que memoriza una cara.

—Pero ya sabes, a menos que tu familia sea de las de toda la vida, lo cual por estos lares significa establecida en la zona al menos desde hace cien años, no cuentas como si fueras de aquí —dijo Jude—. Papá era tercera generación por parte de padre, pero su madre venía de la metrópolis; fue enviada desde Inglaterra cuando tenía nueve años.

—¿Qué había hecho?

—¡No era una condena a prisión! Aunque en algunos casos es lo que resultó ser —explicó Jude—, en teoría se trataba de una nueva oportunidad, para huérfanos de la metrópolis, de empezar de nuevo como trabajadores en los campos.

—Tienes buenos tríceps para ser una chica tan femenina, Síle —comentó Rizla mientras le apretaba el brazo desnudo. Jude pensó que a Síle no le gustaría, pero en lugar de apartarlo lo tensó para él—. ¿Haces deporte?

—No, ordena bandejas a diez mil metros de altura —le recordó Jude.

—Vale, tía, «¡Soy Síle, vuela conmigo!» —dijo impostando una voz procaz de falsete—. Oye, cuando yo volaba alrededor del mundo me di cuenta de que las chicas del carrito desaparecéis durante varias horas. ¿Qué hacéis, pelar la pava?

—Sí, nos bebemos juntas el vodka libre de impuestos —le contestó Síle—, y así es como conseguimos esta sonrisa permanente. De hecho nuestros ingresos más sustanciosos vienen del sexo; 50 euros por una paja y 100 por un polvo en el lavabo.

Rizla pestañeó sorprendido, y luego soltó una carcajada tan estruendosa que los jugadores de cartas levantaron la mirada. Chupándose el dedo, marcó un tanto en el aire para Síle.

Jugaron al billar.

—Enseñé a Jude todo lo que sabe —explicó Rizla.

—Entonces, ¿cómo es que te gano nueve de cada diez veces? —preguntó Jude ajustando el marcador.

Síle no daba una.

—Es que aquí nada tiene el tamaño adecuado, me está dando vértigo —se quejó riéndose—. La mesa es demasiado baja, las bolas son demasiado grandes y con círculos, en lugar de rojas o amarillas.

—Si te quedases una semana seguro que acababas acostumbrándote —le dijo Rizla—. Te daría un curso acelerado de vida y costumbres canadienses.

—Ya me he caído dos veces de un trineo hoy.

—Así se empieza, pero tienes que patinar, montar sobre la capota del coche, tienes que disparar cosas...

—No le escuches —dijo Jude.

—... y tienes que aprender chistes sobre esos paletos de Newfoundland, los newfies, como los llamamos. ¿Sabías el de aquel que era tan vago que se casó con una mujer embarazada?

—Lo conozco —exclamó Síle—, pero era sobre alguien de Kerry.

—Ya —intervino Jude—, y seguramente los españoles lo dirán de los portugueses.

—Otro newfie va al hospital de St. John's y dice: «Quiero que me castren». —Rizla levantó las cejas—. «¿Está usted seguro?», le dice el médico. «Sí, sí, tío, que le digo que me castren». Así que le operan, se despierta en una habitación con otro paciente. Dice: «Oye, tío, ¿y a ti qué operación te han hecho?». El otro tipo dice que le han circuncidado. «Mierda», dice el newfie, «¡Eso quería decir yo!».

Jude refunfuñó, pero Síle y Rizla se quedaron roncós de tanto reír.

Tomó aire y pensó: «Cuarenta y seis horas sin humo llevo, sólo me queda el resto de la vida por recorrer». Su amante era Síle O'Shaughnessy. Su cabeza era un caleidoscopio agitado. Todo era posible.

Pero al regresar del lavabo (donde, como sucedía cada par de meses, una desconocida se había quedado mirando el pelo de Jude como queriendo decir: «¡Éste es el de las chicas!»), tuvo la impresión de que la atmósfera se había enfriado.

—¿Otra rápida? —propuso Rizla.

—Mejor no —dijo Síle cubriendo un bostezo con la mano.

Al salir a la calle, les dio a las dos fuertes abrazotes y se fue caminando hacia su caravana. Hacía una noche clara y estrellada.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Jude.

No hubo respuesta. Síle mantuvo la mirada fija en las botas de Rachel Turner

mientras crujían en la nieve aplastada.

—Rizla dice que tienes que estar realmente colgadita por mí, para haber dejado de fumar.

—Sabes que sí —dijo Jude con cautela.

—Dijo, y cito literalmente: «Ella intenta que no se note, pero mi esposa es una romántica en el fondo».

«Cabrón», pensó Jude. ¿Se había pasado la velada planeando este toque maestro? Lo único que rompió el silencio fue el ruido de sus pasos.

—¿Es un mote que te ha puesto? ¿Esposa?

—Bueno —dijo Jude con el pecho rígido—, en realidad, es técnicamente cierto...

—¿Técnicamente? —Síle se detuvo en seco, y casi se resbaló en el hielo.

Jude extendió una mano para estabilizarla, pero Síle la apartó.

—Nos separamos hace casi siete años.

—¿Me estás diciendo que estabais casados de verdad?

—Menos de un año. —Su voz era temblorosa.

—¿Y por qué no me he enterado antes?

Jude se encogió de hombros.

—Hay un montón de detalles que todavía no hemos comentado.

—¿Detalles?

—Casarme a los dieciocho fue un error tonto; no tenía ni edad para que me sirvieran alcohol. Prefiero olvidarlo.

—Pero me lo podrías haber contado. La mandíbula me llegó al regazo allí dentro; me sentí como una jodida idiota.

—Lo siento.

Síle empezó a caminar de nuevo, dando palmas con las manoplas para calentarse las manos, y Jude imaginó que la conversación había terminado, ante lo cual no tenía nada que añadir.

—Sí, claro, conozco a muchas irlandesas que se casaron antes de saber lo que querían —dijo Síle con una entonación que se suavizaba hasta la exasperación—. ¿Y entonces qué? ¿Te divorciaste a los diecinueve?

—Bueno, entonces es cuando dejamos de vivir juntos —se obligó a añadir Jude—. En realidad no hemos llegado a completar el papeleo, porque Rizla no tiene un duro y yo no iba a pagarlo todo sola.

Síle se volvió, con los ojos pardos fijos como los de un águila a la luz de la farola. «Tacaña —pensó Jude—; tendría que haber pedido un préstamo».

—No te has interesado mucho por él —dijo pasando a la ofensiva—; parece que los tíos no cuentan para ti.

Una pausa tensa.

—En eso tienes razón, es mi punto ciego.

—Venga, vamos a casa antes de que nos congelemos —dijo metiendo el brazo bajo el de Síle y llevándola hacia la Calle Mayor.

Un minuto más tarde, Síle dijo:

—Vale, perdona que siga dándote la lata, pero simplemente para tenerlo claro... resulta que estás casada pero no habéis tenido relación en más de seis años.

Jude intentó tragar. «Relación». ¿Qué quería decir con eso? Un cigarrillo, es lo único que le hacía falta.

—Bueno, no hemos sido pareja.

Pero por supuesto Síle captó la ambivalencia, y sus ojos se dirigieron a Jude como un foco.

—La última vez que te acostaste con él ¿fue hace más de seis años?

«Esto se complica, cuidado».

—Bueno, no —dijo Jude, dejando escapar una nube de vaho.

Síle había dejado caer el brazo.

—¿Y cuándo fue?

—A principios de marzo.

—¿Qué marzo?

—El que acaba de pasar.

—¿El mes pasado? —Síle se quedó erguida y dirigió la vista hacia el cavernoso cielo, resoplando como un caballo—. ¿Entonces qué coño hago yo aquí?

Era una de esas mujeres que adquieren un aspecto espléndido cuando se enfurecen, pensó Jude; los cabellos se le erizaban como un halo rígido. Jude esperaba que las palabras adecuadas le llegasen a la garganta, pero...

—¿Para qué diablos me he embarcado en este ridículo viaje al culo helado del mundo? —preguntó Síle, alejándose hacia el otro lado de la calle—. Creía que eras bollera. Y resulta que sigues siendo bi. ¿Es eso lo que intentas decirme?

—Así es como lo dices tú.

—Bueno, pues adelante, dilo con tus palabras. —Síle esperó—. No me vas a negar que me hiciste creer que estabas soltera.

—Y lo estoy. Lo estaba hasta ahora, quiero decir —se corrigió tristemente—. No me entiendes.

—¿Entender qué? ¿El atractivo erótico de un todavía-no-ex-marido con grasa en las uñas? ¿Cómo podéis ser así?

Jude la sujetó de la manga.

—Cállate un segundo.

—Anda, y ahora resulta que quiere hablar —casi gritó Síle—. Venga, delítame con algún «detalle». ¡Seguro que me sales con que tienes una criatura! No puedo creer que dejase a Kathleen por ti.

Aquello era realmente un golpe bajo.

—Fue decisión tuya.

—¿Decisión? —repitió sarcástica—. Fue saltar con los ojos cerrados.

Jude tomó aire.

—¿Por qué me estás haciendo esto, Síle?

—¿El qué? ¿Qué estoy haciendo?

—Convirtiendo en volcán lo que no es más que un hormiguero —dijo Jude—. No hay criatura. No hay una siniestra confabulación. Vale, de vez en cuando acabo en la cama con mi ex; ¿no te ha pasado nunca?

—Nunca he estado tan desesperada —dijo Síle con desprecio.

—No estábamos desesperados —insistió Jude—. Sólo pasa un par de veces al año. Se trataba de... compañía. Calor humano. —Tenía la sospecha de que todas aquellas palabras no conducían a ningún sitio. Su recién conseguida felicidad colgaba de un hilo como un carámbano durante el deshielo. Avanzó un paso hacia Síle—. En fin, que la última vez que sucedió fue a principios de marzo, y ya le dije a Riz que sería la última, que había acabado, porque no me parecía bien, porque sólo podía pensar en ti.

Síle echó aliento en sus manos enguantadas.

—Tú eres la que no lo entiende —dijo con gran seriedad—. No es una cuestión de sexo. No me importa con quién te acostaste el mes pasado, aunque a partir de este fin de semana me importa mucho. Lo que no soporto es que me hayas mentido.

—Yo...

—¡Esto ha sido una mentira de omisión bien gorda! Tendrías que haberme contado en qué me metía, y lo sabes. Soy extranjera en este mundo peculiar vuestro. —Respiración entrecortada—. He abierto toda mi vida en canal porque dijiste que me querías.

—Te quiero —gimió Jude.

—No quiero sólo follar contigo. Quiero conocerte.

—Siempre he tenido la intención de contarte lo de Rizla —dijo Jude débilmente—. Hay cosas que son difíciles de explicar por escrito o por teléfono. A veces es mejor esperar el momento oportuno.

—¿Cuál? ¿Éste? —Síle con un gesto de la mano señaló la calle desierta, el cielo negro tachonado.

Clímax

*Si yo fuera un mirlo,
silbaría y cantarí,
y volaría en pos del barco
que lleva a mi amada.*

ANÓNIMO, «Si yo fuera un mirlo»

Síle, Marcus y Jael comían un sushi caro en un restaurante de Temple Bar diseñado totalmente con superficies duras y ruidosas.

—Es como sentarse a comer en un xilófono —se quejó Marcus a gritos.

—Así acabas cuando te la piras lejos de la civilización —le dijo Jael—. Sólo llevas dos meses y ya has perdido la armadura urbana.

—Cultivo lechugas, chirivías, puerros y coles verdes, y estoy construyendo un solárium.

—Vale, tío, y estoy hasta el pirri de oír a gilipollas naturistas complacientes. ¿Y qué llevas en la cabeza?

—Es el tweed, que está de moda otra vez —intervino Síle mordisqueando un poco de jengibre.

—No en forma de boina cazurra.

—El cráneo afeitado era un poco excesivo en Leitrim —dijo Marcus mortificado ajustándose la gorra—. Me parece que los vecinos creen que estoy con quimioterapia.

—Y en cuanto a ti... —Jael amenazó a Síle con un palillo—. Creía que el rollo de la canadiense iba a ser una cosa de pasar el rato.

Aquel comentario pilló a Síle desprevenida.

—No, tú fuiste la que dijo que sonaba estupendo mientras sólo fuese cosa de pasar el rato. —No conseguía ocultar su sonrisa.

—Espero que seas consciente de que puede seguir sucumbiendo a los peludos encantos del neandertal de la casa de al lado.

—Mmm... —cortó Marcus—, el maridito de la caravana suena a obstáculo.

—Ni es peludo ni es un obstáculo —dijo Síle levantando la voz. Casi deseó no haberles contado toda la historia—. Sólo pasa ocasionalmente y sin darle importancia, no es que estén enamorados.

—No, casados y basta —dijo Jael con una risita.

—Divorciados, a la espera del papeleo —replicó.

—Okey, pero aunque esté loca por ti, las relaciones a larga distancia son desagües de tiempo y energía —le advirtió Jael.

—Claro, cualquier cosa que no sea estar tumbado en un sofá requiere energía —

protestó—. Anton está muy ocupado, pero parece que encuentra tiempo para taekwondo, ¿no?

—Ni me menciones el jodido taekwondo. Es sólo una excusa para deshacerse de mí y de Y se los sábados por la tarde. No, pero ¿te acuerdas de cuando me ligué a aquella exmonja portuguesa? —preguntó Jael—. Hay que ver la de vueltas que daba esperando a que llegase el correo.

—Aquello era antes del *e-mail*, abuelita —añadió Marcus—. Entre el Internet y los vuelos baratos, nunca ha sido más fácil enamorarse de alguien lejano.

Síle le hizo una mueca.

—En cualquier caso así ha sido, o sea que no tengo elección.

—Claro que sí. Las bolleras y su romanticismo torturado. —Jael apuró su sake—. Si vas a continuar, que no se haga muy serio. ¿Y el sexo telefónico? Lo intenté unas cuantas veces con aquella policía australiana.

—¿Sólo unas cuantas? —preguntó Marcus.

—¿Te hacía sentirte sola? —preguntó Síle—. A veces pienso que sería triste... ya sabes, el abismo infranqueable entre la palabra y la carne.

—No, lo que pasa es que era demasiado caro —bromeó Jael—. Le costaba tanto correrse que cada vez me salía por treinta libras.

Se partieron de risa.

—Supongo que siempre se le podía decir a la australiana que hiciera un poco de calentamiento —dijo Síle—, y luego llamar para el gran clímax.

—Ah, y una vez con Anton... —añadió Jael—. Él estaba pasando la noche en Belfast y el café no le dejaba dormir.

—¿Fue más fácil? —preguntó Marcus.

—¡Dos minutos máximo! Dejé A dos metros bajo tierra sin volumen y apenas me perdí nada.

—Nunca sé si haces que las cosas suenen excesivas —dijo Síle— o vives en el exceso para tener cosas que contar a tus amigos.

—¿Excesiva yo? Ya me gustaría, ya. Cuando pienso que hubo un tiempo en que vivía la vida loca —se lamentó Jael con la boca llena de arroz—. Promiscua, ubicua, rompiendo corazones a diestro y siniestro. Y ahora soy una mamá de zona residencial con un corte de pelo que no necesita gran atención.

—Sigues teniendo un *piercing* en la lengua —la consoló Marcus.

—No, se ha cerrado —dijo solemne sacándola.

Síle expresó su decepción con un gemido.

—¿Y sabes qué es lo peor? Enviamos a Yseult a Kildare en tren, y papá y mamá la llevan a catequesis el domingo.

—¡No!

—Vigila que no se convierta en una siniestra homófoba de mayor —alertó Marcus.

—No te preocupes por eso —le dijo Jael—. Para serte sincera, nos la quitamos de

encima unas cuantas horas para follar.

—Antes prefería los *chats* a los teléfonos —confesó Marcus—, porque hay imágenes.

—¿Antes? —repitió Jael.

—¿Quieres decir que has sublimado la libido para convertirla en jardinería? —quiso saber Síle.

—Bueeeno... —Tomó un sorbito de sake sonrojándose.

Jael lo pilló al vuelo.

—No me digas que has encontrado marcha en los páramos del noroeste.

—No, fue en los páramos del Temple, un bar —aclaró cabeceando—. Vive en el edificio donde está Vintage Vinyl. He pasado allí todo el fin de semana.

—Anda, por eso no les has hecho caso a mis mensajes —dijo Síle con tono recriminatorio.

—¡Mira que eres puta! —le felicitó Jael, con voz lo suficientemente alta como para sobresaltar a los de la mesa de al lado.

—¡Nombre y número de serie! —Síle sintió una absurda punzada: tendría que haber sido la primera en saberlo, pero últimamente no se sacaba a Jude de la cabeza...

—Pedro Valdés. Y te conoce, Síle.

—¿Pedro el de Barcelona? Jesús, el mundo es un pañuelo. Hizo las fotos del orgullo gay el año que yo lo organicé... como en el 93 o por ahí.

—¿Me lo podías haber presentado hace tanto tiempo?

—¿Cómo iba a imaginar que habría un flechazo mutuo con él, de entre todas las monas que conozco?

—Claro que lo hubo —dijo Marcus—. Está como un tren, te partes de risa con él, es un estupendo diseñador...

—Yo habría pensado que Pedro era un poquito tranquilo para ti —dijo.

—En absoluto. Es sólo que va a la suya.

Jael se encogió de hombros.

—Con estas cosas nunca se sabe.

—Me alegro mucho —dijo Síle a Marcus pasándole el brazo por el hombro.

—Seguro que ahora habrías preferido quedarte en Dublín —comentó Jael.

Él le sacó la lengua.

—La última vez que hice de celestina fue absolutamente desastroso —dijo Síle— y decidí no volver a intentarlo.

—¿Cuándo fue eso?

—Mi hermana Orla. Le presenté a William, que era mi tutor en un cursillo empresarial, pero con el paso de los años se ha hecho de un católico que asusta. Pero escucha —le dijo a Marcus—, ¿cómo es que Pedro y tú no habíais coincidido hasta ahora?

—Pues tenemos que haber coincidido, según comentamos, en alguna noche

sadomaso en el Quays allá por el 98...

—Empieza a hablar en plural, ¿te has dado cuenta? —observó Jael lúgubre.

—... pero él llevaba una máscara de goma, y no recuerdo su cara.

Las mujeres se troncharon.

—¡Así que Jude Lavinia! —Síle estaba tumbada junto al fuego en su bata de terciopelo púrpura, con los cabellos desparramados secándose en un cojín de seda con bordados.

—Que te calles —dijo Jude—. No sé cómo pude permitir que me sonsacaras mi segundo nombre.

—Quieeeeero saberrrrlo toooodo... —pronunció Síle con acento transilvano.

—Tiene que ser tarde por allí.

—Estaba esperando a que empezase Los Soprano.

—¿Un coro?

—¡Jude! Hay veces que tu ignorancia sobre televisión hace que me parezcas una marciana.

—Ah...

—¿Ha llegado la primavera a Ontario? —preguntó Síle.

—Prácticamente es verano. El lilo del jardín trasero empezó a florecer el día de la madre, y pensé que se trataba de uno de los poco frecuentes chistes de mamá.

—Pobrecilla... —dijo Síle apenada. Un silencio—. Aquí el día de la madre es en marzo, no en mayo; tiene que depender de cuándo salen las flores. —Se imaginó a Jude limpiándose las lágrimas con el puño. ¿Qué camisa? ¿Lanegra de algodón?—. Ojalá estuvieras aquí, y así llorarías en mi pelo superabsorbente.

Una risa temblorosa.

—Lo recuerdo bien.

—Por cierto, a Jael y a Marcus les parece un poquito sospechoso que te hayas enamorado de una mujer mayor justo después de perder a tu madre.

Hubo una clara pausa antes de que Jude respondiese.

—¡Anda! Eso no se me había pasado por la cabeza...

—Bromeas.

—No hay relación entre las dos cosas.

—Todas las cosas están relacionadas, cariño —dijo Síle.

—Bueno, pues llámame ingenua...

Síle deseó no haber sacado el tema.

—No quería decir...

—Pero creo que tus amigos sacan conclusiones sin pensar.

—Bueno, eso no hay ni que decirlo —se apresuró a confirmar—. Aquí en Dublín hablamos más rápido que pensamos.

—Rizla tiene tu edad; igual es que la gente joven no me parece tan interesante. Y si hubieras conocido a mamá, bueno, digamos simplemente que ella y tú no tenéis nada en común —dijo Jude rápidamente.

Síle se removió para ponerse cómoda en la alfombra de piel de oveja.

—Cómo me gustaría que estuviéramos teniendo esta conversación juntas en la cama.

—Mmm —exclamó Jude emitiendo un sonido largo y profundo—. Lo que tenéis las mujeres mayores es que de verdad sabéis lo que hacéis.

—¡Oye! ¡Gracias! Pero no es que mi experiencia sea prolija. Jael utiliza un concepto que llama «densidad sexual», que se refiere al número de gente con la que has tenido un «encuentro genital» dividido por los años que llevas como sexualmente activa. Dice que cualquiera cuya densidad sea menos de uno es como si hubiera roto la invitación al festín de la existencia.

—¿Y qué densidad tiene Jael?

—Estaba por los cinco cuando la conocí, pero desde que se casó con Anton está cayendo en picado.

—¿Y la tuya?

—Veamos... contándote a ti —decidió Síle— saldría a seis en, cuánto llevo, veinte años... y sale a sólo cero coma tres por año.

—Una pierna —sugirió Jude— o un brazo y unas cuantas costillas.

Síle se rió.

—No me creo que sólo haya habido seis afortunadas antes de mí.

—Quieres decir, teniendo en cuenta que te parezco una puta a la enésima potencia enfundada en cuero.

—Bueno, es porque... has viajado tanto, ¿no? Has nadado en suficientes océanos como para ser capaz de sacar conclusiones. Te gustan muchos tipos de comida, música, películas...

—¿Y por qué no habrá sido mi vida amorosa tan ecléctica? Pues no tengo ni idea —dijo Síle—. Igual porque he estado tan ocupada viajando y comiendo y yendo al cine.

—Sólo con marcar tu número ya me pongo cachonda.

Síle se incorporó y los cabellos cayeron como velos húmedos en torno a ella. Ninguna dijo nada durante un minuto. «Qué raro —pensó—, lo que paga la gente en momentos de tarifa alta para escuchar silencios mutuos».

—¿Síle? ¿Sigues ahí?

—Sí, pero me has dejado sin habla.

—Vaya, por primera vez.

Con el transbordo tocando el claxon en la calle al amanecer y los mirlos graznando, Síle se puso unas medias negras nuevas mientras enviaba un *e-mail* a Jude.

Pensar en ti siempre me pilla por sorpresa, como el arana de un limón cortado. Tuya. S.

—Nuala y Tara, vosotras sabéis español, ¿verdad? ¿Alguien que hable japonés?

—Un poquito —dijo Justin.

Ella examinó su solapa.

—Estupendo, pero ¿dónde está la insignia?

—Sí, no sé cómo ha podido suceder...

—No te la habrás dejado otra vez en la mesita de noche... La próxima vez tendré que ponerlo en tu expediente —le advirtió.

—Sí, mamá —susurró.

Ella le miró haciendo un gesto.

—Vale, esta noche yo estaré en la cabina principal, y me acompañaréis tú, tú, tú, tú, tú y tú —dijo señalando. Los otros cinco irían en primera clase, que daba menos trabajo, pero que exigía una actitud más servil, pensaba—. El capitán ha dicho que esperará su chuleta cuando sobrevolemos Groenlandia, y que bebe zumo de pomelo; para el primer oficial, clamato.

—¿Cuántos pasajeros llevamos? —preguntó Coral ajustándose el fular jade. Parecía tener resaca; más de una vez aquel año, Síle la había pillado tomándose unas bocanadas de alivio de la botella de oxígeno.

—Noventa y seis por ciento —le dijo Síle. Expresiones de desagrado por doquier: cuando empezó casi siempre era el 50 o el 00 por ciento, con largas filas vacías.

—He oído que las aerolíneas rusas dejan algunos pasajeros ir de pie para que quepan más —comentó Lorraine.

—Un mito de la profesión —dijo Justin un poco petulante.

Al comprobar la lista de pasajeros, Síle tomó nota de una famosa televisiva de poca monta, un pasajero que había sido rechazado por carecer de certificado médico de su pierna rota y tres que no habían aparecido (lo cual significaba, en su experiencia, que seguían en el bar). Al adelantarse para ayudar a plegar lo carritos de bebé, una ráfaga de aire frío hizo que su sonrisa quedase rígida. Síle pensó en su amiga Dolores, que se había dormido con la cara contra una ventanilla de tren y se quedó con una mejilla paralizada varios meses.

—¿Es tu primer vuelo? Así se hace, machote. Caballero, creo que eso no cabrá... Eso es, inténtelo del revés, pero si no se puede llevar a bodega. Sí, éste es 12 E, no hay 12 F. Es verdad, no es lógico, tampoco hay I o J.

Notó a una mujer de rostro sonrojado que parecía estar de más de treinta y dos semanas, ahora que se había quitado el abrigo, pero si había conseguido saltarse el control de la puerta de embarque, Síle no pensaba ponerse pesada. Recorrió la cabina, cerrando los compartimentos, contando cabezas. Un hombre le estiró de la manga y le preguntó si servían Drambuie, con lo cual tuvo que volver a empezar.

—Les agradecemos que hayan elegido nuestra compañía —concluyó Síle ante el micrófono—, y les deseamos que tengan un vuelo agradable. *A chairde, tá fáilte romhaibh inniu* —volvió a empezar en un bien ensayado irlandés.

Una mujer de Cork defendió el osito electrónico de su hija.

—No irá usted a decirme que el Teddy Parlanhín va a cargarse el sistema de navegación. ¿En qué lata de sardinas volamos?

—Por favor, apáguelo ahora —dijo Síle. Voz de hierro bajo sonrisa de terciopelo—. Caballero, ¿desea una aspirina para el despegue? La presión puede hincharle la pierna bajo la escayola.

El momento de elevación le produjo la oleada de placer habitual, atada a su asiento. Se preguntó si a Jude llegaría a gustarle alguna vez: ¿eran contagiosas las pasiones? Síle no podía recordar cuándo, a los tres o a los cuatro años, había sido consciente por primera vez de la magia de saltar de un país o incluso de un continente a otro. Pero lo que había amado desde el principio fue el modo en que las casas se convertían en cajas, los coches en insectos, los humanos en motas de polvo, todo componiendo un mundo de juguete en miniatura. Y las figuras abstractas: marcas de arado sobre campos rectangulares, ríos que parecían perezosos gusanos gigantes, montañas que eran simples pliegues y arrugas en una colcha. Ese sentimiento de extrañeza, de posibilidad. Sentías que te deslizabas lentamente cuando de hecho ibas más deprisa que cualquier otra cosa. Mientras el avión se empinaba y traspasaba las nubes, la niebla se desvanecía y te encontrabas flotando sobre el infinito, sobre deslumbrantes campos nevados.

Por supuesto lo irónico era que desde que Síle empezó a trabajar como azafata siempre estaba demasiado ocupada colocando cosas, apilando, sirviendo y conversando para mirar por la ventanilla.

Una llamada desde la cabina del piloto; el primer oficial le dijo que el detector de humos de los lavabos de primera clase estaba encendido. Ella envió a Jenny a llamar a la puerta y amenazar con una sanción. Síle jugó levantando a un bebé manchado de zanahoria y paseándolo por el avión durante cinco minutos, y logró que dejara de llorar cantándole «Rema, rema, rema tu barca» al oído. Pasaron junto a una mujer enferma que tosía mucosidad en la bolsa de vómitos, y pensó en George L. Jackson y se detuvo a ofrecerle un vaso de agua. Aquella gente estaba bajo la protección de Síle: miles y miles a lo largo de dos décadas. Hizo una suma rápida, y descubrió que por sus manos había pasado casi un millón de pasajeros.

—¿Más azúcar? No, lo siento, no hay descafeinado. Ya sé que deberían, yo misma lo he propuesto ya.

Nuala salpicó café en el puño de un pasajero y tuvo que correr por el pasillo para traerle un impreso para la tintorería.

—No te apures —le dijo Síle al oído al pasar junto a ella minutos después—, en mi primer año le tiré el té encima a un niño de dos años y creí que era el final de mi carrera.

—¡Muchas gracias, caballero! Sí, el uniforme es llamativo, ¿verdad? El diseño es de Louise Kennedy.

Un *flashback* le recordó aquel traje tan terrible de los ochenta: la rígida chaqueta verde con enormes solapas en los bolsillos, el chaleco de lana azul. A principios de

los noventa la cosa no mejoró, con aquellos botones militares, las hebillas en forma de trébol y los pulcros cuellos en la blusa. Se veía como alguien con cierto gusto, a pesar de lo cual, se le ocurrió, se había pasado un porcentaje alarmante de la vida en uniformes feísimos. Trató de evocar una imagen de su madre envuelta en las austeras formas del uniforme de Air India: gorra ladeada, perlas, guantes... El pensamiento se le fue a Las chicas del crepúsculo, aquella novelita de 1959 sobre un romance entre dos seductoras azafatas.

En cuanto tuvo un momento libre, comprobó sus mensajes. Un *e-mail* de un primo de Delhi en el que le anunciaba otra criatura y uno de Jude.

Tendría que estar llamando a la Sociedad de Archivistas Canadienses para agradecerles el préstamo de su máquina de medir la humedad, pero en lugar de eso me he puesto a buscar tu clan (por Internet, te alegrará saber). ¿Sabías que eres descendiente directa de Heremon, un rey de Irlanda del siglo IV? También había un Sir William Brooke O'Shaughnessy, que introdujo el telégrafo en la India y el cannabis en la medicina occidental...

A veces lo digo en voz alta sólo para hacerlo real: Síle Sunita Siobhán O'Shaughnessy. Cuando pasé el mercadillo hace una hora te vi comprando sellos, pero supongo que se trataba de una alucinación.

Síle le envió una respuesta.

((((((((((((jude))))))))))))))

(Si frecuentaste los chats, sabrás que eso significa un fuerte abrazo).

Un niño con un chándal psicodélico juega con su yoyó y me mira como si supiera que estoy escribiendo a una mujer a la que doblo en edad (ok, una mujer con el 64% de mi edad) que por algún motivo me ama a pesar de que mis frases (si es que las quieres llamar así) se prolongan hasta el infinito. En LAX^[1] el otro día vi un anuncio de vitaminas, con el lema «Una manzana cada día», que decía: «Cuando no tenga tiempo o posibilidad de cernerse una manzana, tome los nutrientes equivalentes en una tableta fácil de tragar». Casi podía oírte partiéndote de risa con eso, diciéndome que a quien no tenga tiempo o posibilidad de comerse una manzana le podrían dar un tiro directamente y evitarle el sufrimiento.

Quiéreme (es una orden).

Impresos y cotilleo en la cabina: cuándo se decidirá la compañía a subirnos el sueldo como prometieron, y de qué había servido la huelga de brazos caídos del año pasado. Lorraine, que empezaba a estar macizota, había recibido una (poco) sutil carta del departamento de personal invitándola a unirse al programa de dieta de la

compañía. Había rumores sobre una bolsa de cocaína escondida en la cisterna de las habitaciones reservadas que la compañía utilizaba en Nueva York. Aparentemente era cierta la historia de un guardia de seguridad en Denver que se metió en la máquina de rayos-X para ver el aspecto de su cerebro.

—Padraic, yo te lo sostengo, la manivela está atascada; Nuala ya se ha roto una uña intentándolo. Sí, ya lo he puesto en el informe de vuelo un par de veces. El lavabo está en dirección contraria, señora —dijo Síle a una pasajera, recuperando su voz profesional—. Ah, está haciendo estiramientos, fantástico. Cuidado no se dé con la cabeza en el compartimento de equipajes.

Y volvió a hacer su ronda como si fuera una enfermera.

—Si está en español, probablemente está usted en el Canal 3, pruebe el Canal 1. Cuatrocientos Benson and Hedges, aquí tiene, son cuarenta dólares americanos. —Vender tabaco era la parte de su trabajo que a Síle le gustaba menos—. Un momento, lo compruebo... avión en miniatura, para tres o más años, no, no es para bebés. Seis vasos largos de Waterford, una vela de Connemara, y un par de gafas J Lo, enseguida.

En cinco horas aterrizarían. Las aerolíneas árabes decían «si Dios quiere» después de cada anuncio, y parecía sensato. A menos que eso fuera otra historia falsa de las que circulaban en el oficio.

Más papeles que rellenar, toallas calientes.

—¿Euros o dólares? Lo siento, nuevas reglas, en clase económica sólo hay bebidas sin alcohol gratuitas. En el avión, sí... ja. Sí, señora, la cena llega enseguida.

Teniendo en cuenta la cantidad de pasajeros que se dejaban la comida, hay que ver la prisa que tenían siempre por que llegara. Desde que la compañía había simplificado las comidas, Síle siempre llevaba la suya: un *panino* de camembert y manzana le esperaba en la sala de cola.

—Cuidado, el aluminio está caliente. ¿Pidió usted la comida vegetariana baja en sodio y sin lácteos? Ah, lo siento, hay que encargarla con antelación. El pollo se nos ha terminado justo ahora; ¿puedo ofrecerle ternera? Va con... una salsa.

La madre de Síle había servido completas cenas de cinco platos preparadas en una cocinilla de un metro por un metro treinta, como Shay no se cansaba de recordar a su hija. «Vale, papá, que ya lo sé», replicaba Síle poniendo los ojos en blanco, «moviéndose con elegancia y hablando de Gandhi todo el rato». Las cosas eran más chic en aquellos tiempos; Síle imaginaba aquel mundo perdido en cámara lenta y en blanco y negro, con ráfagas de violines en la banda sonora. Sunita Pillay muestra su sonrisa más deslumbrante a un joven dublinés que viaja a Bombay comisionado por su destilería. «Me llamo Shay O'Shaughnessy, y ¿cómo se llama usted?». Los mundos se tocan, tiemblan, giran en órbitas distintas. El pasillo del estrecho avión se disuelve en el pasillo de una iglesia y la marcha nupcial.

Se sorprendió bostezando, aunque aquello no era más que la segunda de las tres etapas de su ruta entre el viernes y el martes. El truco para los vuelos largos era no dejar de moverse. ¿Qué se decía en aquellos tiempos en los que las auxiliares de

vuelo tenían que retirarse al contraer matrimonio o con la aparición de la primera pata de gallo, la era de las bodas secretas y los embarazos ocultos? «Es un trabajo que requiere piernas jóvenes», eso era. Desde que Marcus había aceptado una terminación de contrato, no dejaba de recordarle los riesgos para la salud: los auxiliares de vuelo tenían tres veces más accidentes que los mineros, al parecer, y estaban más expuestos a radiaciones que los trabajadores de plantas nucleares. Al menos los horarios eran mejores que en los tiempos de su madre, se dijo: Sunita había volado hasta 120 horas al mes, mientras que Síle tenía una media de setenta y tres. A veces sentía que la energía se le iba en medio del vuelo, cerraba los ojos y se convertía en su madre, siempre sofisticada, siempre elegante, deslizándose por el pasillo con sus piernas siempre jóvenes.

Era especialmente al llegar la noche cuando sentía un cortocircuito en el tiempo, pensó Síle en su habitación de hotel, al despertar de repente tras una sórdida pesadilla en la que jugaba a tenis con Kathleen y las bolas les caían encima como granizo. Podías dejar caer la cabeza en la almohada y entonces, cuando parecía que sólo había transcurrido un instante, tenías que sacar la mano para apagar de golpe un despertador: ¿cómo se habían desvanecido las ocho horas? ¿O acaso se podía estar tendido en la oscuridad con inquieta ansiedad, entre la consciencia y la inconsciencia, y sintiendo cada hora como cuarenta días en el desierto?

Evocó a Jude, o mejor dicho su ausencia, un sexy fantasma que Síle podía abrazar. Buscó el artilugio y encendió la pantalla.

Antes dormía caro un tronco, pero desde que te conocí creo que he olvidado cómo se hacía. A veces recito las letras de canciones conocidas; a veces recorro lentamente tu cuerpo con la imaginación, comprobando que todavía recuerdo cada pliegue, cada lunar. ¿Cuenta cómo consentido el amor que mi espíritu te hace mientras duermes? ¿Y si las dos estamos dormidas?

Anoche te presentaste con un sórdido gorro de dormir y un vestido con cuello alto —claramente resultado de tu desternillante descripción de los talleres en tu colegio—. Me parece insultante que no me hayas dejado colarme en tus sueños, Jude, pero voy a tener que creerme que la gente nueva tarda diez años en ser procesada por el subconsciente. Lo que sucede es que me fastidia ser «gente nueva». Me veo deseando (ahora viene algo perverso) haber estado presente... como una asistente de catorce años, sosteniendo toallas o hirviendo agua en tu nacimiento. Echo de menos todo lo que conozco de ti, Jude, y también todo lo que no conozco.

Los sueños daban tirones inesperados al tapiz del tiempo. A veces, la noche era una alegre sesión de cine, pero un cine en el que una podía pasar de una sala a otra. Las identidades se borraban y se intercambiaban: era tu padre, pero era mujer, o al menos eso te parecía... Había sueños que parecían no acabar nunca; una vez Síle

llegó a soñar en toda una condena de cadena perpetua por asesinato, y se despertó con el rostro humedecido por años de llanto, pero entonces se dio cuenta de que estaba seco. A veces, podía evocar todo un mundo en cuestión de segundos, creando una compleja historia para explicar el timbre del teléfono que la había despertado.

¿Por qué creía la gente que la vida real era la del día, se preguntaba Síle? Sería difícil explicar a un marciano que los eventos diurnos contaban y que los nocturnos (sin importar cuán impactantes o dramáticos fueran) no. Por la noche la gente emprendía viajes que les llevaban lejos de sus compañeros de lecho, vivían épocas infinitas, y por la mañana todos se comportaban como adúlteros, como si nada hubiera sucedido.

En casa, tendida en su sofá púrpura, con los labios pegados al auricular, dijo a Jude:

—Nunca llegamos a calcular tu densidad sexual.

—Ah... —dijo Jude al otro extremo de la línea.

Síle hizo una mueca.

—No temas, no soy una celosa patológica. Lo único que te pido es que me lo cuentes todo y que me ames con locura.

—Vale, entonces. ¿En orden cronológico?

—¿Acaso no eres archivista?

—Es posible clasificarlo de otras maneras; temáticamente, por ejemplo...

—Empieza con los encuentros genitales —le pidió Síle.

—En el instituto: Sven, Pete, Dave... luego Mike, y, eh, otro Dave.

El torrente de nombres descolocó a Síle.

—¿Te has acostado con todos esos tíos monosilábicos?

—Bueno, no siempre, esto... follando, pero nos enrollábamos. Lo hacíamos en el asiento trasero de coches.

—¿«Enrollaros» y «hacerlo» quiere decir genital?

—Claro, teníamos que entrar en calor y los inviernos son largos. Mike fue el aborto.

—Es una descripción cruel de un joven.

—Sabes a qué me refiero —rió Jude—; se le rompió el condón. Y, seamos justos con él, me llevó en coche hasta la clínica de Toronto.

—El Dave que yo conocí, el barman en aquel tugurio... ¿es alguno de los Daves a que te refieres?

Síle oyó que Jude gruñía.

—Era el segundo, pero la verdad aquello fue sólo una noche en un autocine.

—¿Qué ponían?

—Una de las de Alien.

—La primera, espero... o no, porque seguro que estamos hablando de los noventa, ¿no?

—Pues no sé. Todo pasaba en un planeta cárcel.

Síle puso los ojos en blanco.

—La tercera, entonces; no fue el mejor momento de Sigourney Weaver. En fin, ¿cuántos llevamos?, ¿cinco? Hasta ahora el reparto es totalmente masculino —comentó.

—Sí, eso es algo que siempre sacan al revés en las películas: la chica femenina es la que acaba teniendo todos los hombres en su pasado —señaló Jude—, mientras que por lo que sé somos las bolleras que vamos a los billares y conducimos desde adolescentes las que acabamos enrollándonos con ellos. Pero no, también hubo tías: Hannah, Sue..., una de la colonia cuáquera que se hacía cortes en los brazos; es terrible, pero he olvidado su nombre.

—¿Te parecía diferente con tías? —quiso saber Síle.

No hubo respuesta por un segundo. Entonces:

—El sexo siempre es diferente, dependiendo de con quién estés.

—Tu generación realmente os habéis cargado las etiquetas, ¿no?

Una pausa.

—Es un ejemplo típico de las limitaciones de los teléfonos —dijo Jude—. No estoy segura de si sonabas impresionada o triste.

—Un poquito de cada —respondió Síle riendo un poco.

—En mi caso... en la tira de casos, las etiquetas no valen —señaló Jude con dulzura—. Podría acostarme con cualquiera. De hecho —se adelantó—, así ha sido. Pero hasta ahora nunca me han robado el corazón.

—Cierra los ojos, ahora es cuando te beso. —Un minuto después, Síle dijo—: Continúa con la lista; todavía ni has acabado el instituto.

—Querido lector, me casé con él —citó Jude en un tono que se quería animoso—. Rizla se declaró la noche en que cumplí los dieciocho.

—Qué te entró...

—¿Sabes que Gwen me lo pregunta una vez al año? —suspiró Jude—. Estaba cabreada con mis padres por separarse, pero no es una buena excusa. Riz parecía glamuroso, además de ser mi mejor colega. Supongo que pensé que la vida con él sería como estar de vacaciones.

—¿Fue en tu boda la última vez que te pusiste un vestido?

—La verdad es que los dos fuimos en vaqueros. Entonces, cuando regresamos del viaje a Detroit y nos mudamos a su caravana...

—¿Te llevó a Detroit de viaje de bodas? —dijo Síle—. ¿La ciudad en la que ruedan películas posapocalípticas sin construir decorados?

Jude soltó una carcajada.

—Fuimos a escuchar a un par de buenos grupos. Rizla se metió en una trifulca y se rompió el pulgar. En fin, todo aquel año nos lo pasamos en paro y casi siempre colocados; mi madre pensó que había arruinado mi vida, y yo empezaba a estar de acuerdo. Y entonces me di cuenta de que me gustaba la cajera del Wal-Mart de Mitchell mucho más que mi marido. Así que le dije a Rizla que había sido un error.

—¿Cómo se lo tomó?

—Bastante bien. Entonces me fui a plantar árboles al norte de Ontario. Es lo que los jóvenes hacemos aquí para ganar algo de pasta —explicó Jude.

Síle frunció el ceño.

—Un segundo, ¿y qué pasó con la cajera?

—Ah, sí, se llamaba Lina.

—Se me están acabando los dedos —comentó Síle mirándose de nuevo el pulgar derecho.

—Tuve un rollete con otro plantador de árboles que se llamaba Steve... aunque casi siempre nos quedábamos dormidos a la mitad, porque acabábamos hechos polvo. Luego trabajé en un bar de Goderich y me acosté con... —escarbó en las profundidades de su memoria— otro Dave. ¡Lo siento! En Stratford estuve con Gwen, luego Kay; con Kay pasamos unos meses bastante buenos...

—No será esa tu amiga hétero Gwen... —interrumpió Síle.

—¿Ves lo que te decía de las etiquetas? —dijo Jude malvada—. Vale, tienes razón, a Gwen sólo le gustan los tíos, de hecho los deportistas cachas. Ella y yo siempre estábamos trompa, nunca planeamos algo así. Tampoco es que pasara gran cosa, de hecho, sólo lo justo para que nos sintiéramos algo azoradas a la mañana siguiente.

Síle cabeceó sin dar crédito.

—Entonces llegó Lynda.

—¿No será la camarera del Garage?

—Ajá. Y creo que también tuvo su pequeño encuentro con Rizla, justo cuando él estuvo como mecánico allí.

—Es lo que tienen los pueblos —murmuró Síle sintiendo un escalofrío.

—En junio se casará con Bud.

—¿El vecino tuyo del mostacho?

—No, ése es Bub, el desplumador de pavos; Bud es capataz. Pondrán una carpa en el campo detrás de la escuela de primaria.

—¿Te han invitado?

—Claro. Tocaré «Amazing Grace» con mi guitarra después de los votos. Nuestro... momento fue hace siglos; seguro que Lynda ni se acuerda.

—Lo dudo —dijo Síle seductora.

—Luego viene Clarisse, del Museo Infantil Pionero. Ah, y se me olvidaba la señora Lubben.

—¿Señora Lubben? —Dobló otro dedo.

—Nunca supe cómo se llamaba; yo tenía unos quince años. Era la madre de una amiga.

—¿Amiga en plan novia?

—Amiga amiga, lo siento.

—En fin —dijo Síle—. Me salen dieciocho, incluyéndome a mí. Qué grupo tan

variopinto.

—Bueno, al crecer en el campo acabas con cualquiera a quien le apetezca. Oye — preguntó Jude—, ¿hay que incluir todo lo genital? ¿Incluso si no ha sido compartido por ambas partes?

—Por supuesto.

—¿Y si ha sido... incompleto?

Una carcajada incómoda de Síle.

—Si no cuenta como sexo hasta que alguien se corre, yo tendría que excluir toda mi primera pareja.

—Vale, entonces tendré que incluir la vez en que estaba pirada y me enrollé con una cuidadora de gallinas que se llamaba Marsha.

—¿Es que nadie puede resistirse a tus encantos?

—La culpa es de los largos inviernos —dijo Jude avergonzada.

—¿Seguro que es por eso? —preguntó Síle—. Diecinueve a la una, diecinueve a las dos... Adjudicado por diecinueve. ¿Y empezaste a qué edad...?

—Catorce. O sea, hace once años. Así que mi densidad es diecinueve entre once. ¿Tiene calculadora tu artilugio?

—Sí, pero también me sale de cabeza —dijo Síle—. Uno coma siete por año.

—¡Guau! Supongo que a Jael le parecerá bien. Más que a ti, sospecho —dijo Jude frívola.

—No, no...

—Yo no me preocuparía —le dijo Jude casi en un susurro—. Desde que nací no me había sentido tan bien con nadie.

Una noche templada de mayo, cumpleaños de Jude. Lo había celebrado durante el almuerzo con una llamada de cincuenta minutos a Síle, sin preocuparse en absoluto por el precio. Ahora había montado la Triumph para dar el primer paseo largo de la temporada. Con las luces largas encendidas, apretó el acelerador por senderos poco transitados, sintiendo en la cara el aire que ya empezaba a oler a flores. Conducir la motocicleta en plena noche le parecía extrañamente seguro, como si la oscuridad la acolchonase. Llegó hasta el lago Hurón y bajó hasta una playita que conocía. Alguien había encendido una fogata tras las rocas. Se sentó en la arena húmeda y jugueteó dejándola caer entre sus dedos. Veintiséis. De repente sintió la necesidad de fumar, pero ahora sabía que se le pasaría.

Camino de casa, frenó junto a la caravana de Rizla y dio unos golpecitos en la ventana. Él sacó la cabeza.

—Gracias por el llavero, so *friki* —dijo sacándose del bolsillo una mujer desnuda tallada en madera de la que colgaba un pesado manojito de llaves.

Rizla continuó sonándose la nariz.

—Un detallito que he ido tallando mientras veía la tele.

—Encuentro Inspiración En La Televisión, Dice El Artesano De Fama Mundial Richard Vandelloo.

—Cumpleaños feliz. ¿Entras?

Jude cabeceó.

—Voy a pasarme por la oficina, a comprobar el *e-mail*.

—¿Pasada la medianoche? —Hizo una imitación de un perro jadeante.

—Sí, vale, tío, lo llevo mal. —Jude volvió a montarse en la moto—. Cuando me da por racionalizar me doy cuenta de que tiene que haber montones de mujeres brillantes y hermosas por ahí...

—¿Tú crees? —preguntó Rizla rascándose el cuello—. Me podrías pasar sus teléfonos.

—... pero por algún motivo la única que me interesa es Síle.

—A ver de qué servirá que sea guapa si no puedes verla —señaló.

—En mi mente sí puedo.

Él soltó una risotada desde el alféizar corroído.

—Todo esto me huele mal.

—¿El qué?

—Que te robe el corazón alguien que vive tan lejos. A ver, a las tías os mola el compromiso; lo leí en la consulta del dentista.

Jude se lo quedó mirando, abstraída por un momento.

—¿Por fin le has enseñado ese molar a Johan?

—Bueno, le ha echado un vistazo.

—¿Necesitas que te mate el nervio?

Él hizo un gesto con la mano.

—Ya veremos, cuando tenga la pasta.

—Ah, Riz... —Jude tuvo que recordarse a sí misma que no era asunto suyo—. En fin... ¿decías que has leído algo sobre Síle y yo en una revista? —dijo confusa.

—No, sobre todas las camioneras en general.

—Venga, habla más alto, creo que la señora Bayder-Croft no te ha oído.

La señora Bayder-Croft, la de la casa de al lado, era demasiado presumida como para ponerse el aparato de audición.

—Es un hecho —insistió Rizla—. ¿Qué pasa con nuestra Jude?, nos preguntamos; por fin consigue una novia en serio pero vive a medio planeta de distancia...

—Un cuarto —le corrigió Jude.

—No es sensato, qué quieres que te diga.

Jude se rió y se marchó acelerando con la Triumph.

La noche siguiente quedó con Gwen a tomar algo en la taberna Shakespeare's Head de Stratford. No le gustaba especialmente el decorado en plan tradicional, pero al menos no estaba lleno de jóvenes gritones del instituto.

Gwen estaba en medio de un relato de su excursión para hacer snowboard en la Blue Mountain. Jude pensó que escuchaba de verdad. Pero Gwen paró en seco y dijo:

—Estás a años luz de distancia.

—Perdón.

Gwen levantó un nacho cargado de queso fundido.

—¿O a cinco mil kilómetros, para ser más precisa?

—No tanto; de hecho, menos de mil esta noche. El mes que viene hace la ruta de Boston.

—¿Te envió un regalo de cumpleaños?

Jude sonrió encantada:

—Una estupenda alforja para la moto. —Con una nota escrita a mano: «Para que puedas llevarme de paseo».

—Chúpate ésa. —Gwen había ido recogiendo algunas expresiones curiosas de los ancianos de la residencia.

—¿No es raro que el amor encoja el tiempo? —dijo Jude súbitamente. Gwen la miró con los ojos entrecerrados, y Jude sintió una oleada de incomodidad, pero continuó—. Cuando te enamoras de alguien, todo se ralentiza de una manera muy rara. Un poco como aquella vez que probamos setas en el bosque cuando íbamos al instituto.

—Mmm —dijo Gwen recordando la ocasión.

—La vida diaria se convierte en una especie de épica: La Primera Vez Que Vi Su Rostro, Nuestro Primer Paseo Junto al Lago, La Primera Llamada, La Noche que Me Quedé Haciendo Anagramas con Su Nombre...

Gwen se la quedó mirando:

—¿Anagramas?

—Cuando no consigo dormirme... —confesó Jude.

—¿Qué te puede salir con Síle?

—También utilizo su apellido.

Gwen soltó una estruendosa carcajada.

—No, pero lo que te decía sobre el tiempo es que, en cuanto empiezas a sentirte feliz, los días pasan en un suspiro.

—Yo nunca llego a la fase de felicidad —le recordó Gwen.

Estuvieron cotilleando sobre varias amigas del colegio, que o se habían quedado embarazadas o en la ruina.

—Ah, oye —dijo Jude—, ¿qué hacías el martes en el Motel Darlene?

Gwen la miró sin pestañear. El Darlene era uno de los muchos moteles de las afueras de Stratford.

—El martes, ¿pasadas las cinco?, vi tu Chevrolet negro.

Ella negó con la cabeza.

—Está lleno de Chevrolets negros.

—Vale —dijo Jude confusa.

Gwen tomó otro nacho.

—Mis padres preguntaron por ti el fin de semana pasado. Me dijeron: «¿Y cómo le va con ese ligue de vacaciones?».

Jude no pudo evitar erizarse.

—Podrías haberles dicho que se trata de una relación a larga distancia.

—Todas lo son —dijo Gwen con la mirada fija, enigmáticamente, en su cerveza.

La conversación había decaído.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Jude—. ¿Habéis despedido a aquella enfermera, la que llenaba a las ancianas de moretones?

Gwen dejó el vaso encima de la mesa.

—No voy a mentirte. A ver, creo que es lo que he hecho, pero ya que lo has sacado...

¿La enfermera? Pensamientos extravagantes empezaron a formarse en el cerebro de Jude.

—¿Lo dices por lo del motel? No había intentado sacar nada...

—No te preocupes.

—Gwen, que no... Simplemente pensé que tenías un pariente de visita que se quedaba en el Darlene.

—Es pariente de alguien —dijo Gwen con amargura—, pero no mío.

—No tienes por qué.

—Mierda, ya que estoy en ello.

«Déjala hablar», se recriminó Jude.

—Normalmente nos vemos en mi casa —empezó Gwen en voz baja—, pero ahora tengo albañiles toda la semana, así que fuimos al Darlene. Sólo es la segunda o tercera vez que hemos tenido que hacer eso; no puedo creerme que pillases el coche.

—Es por la matrícula —se excusó Jude—; la segunda mitad se me ha quedado en la cabeza: XOX, como abrazos y besos.

Gwen hizo una expresión de consternación.

—Su esposa está mal. Así es como lo justifico, aunque podría decirse que eso empeora las cosas.

—¿Qué le pasa? ¿Está muriéndose?

—Ojalá —susurró Gwen, y enseguida cabeceó como para ahuyentar las palabras malignas—. Depresión sobre todo; agorafobia intermitente. Algunas cosas neuróticas como lavarse las manos y llamarle cada media hora.

—Oh, Gwen... —Jude comprendía cómo su amiga más centrada podía convertirse en un salvavidas para un hombre en aquella situación—. ¿Es...? —No sabía qué se le permitía preguntar—. ¿Le conociste en St. Mary's?

Una mueca curiosa.

—Mucho antes. Le conozco el mismo tiempo que tú. —Inclinándose al oído de Jude, susurró el nombre—: Luke Randall.

Jude se cubrió la boca con la mano. El director de banco vivía justo al salir de Irlanda, donde la carretera hacía una curva. Era bajito, fornido, en absoluto el tipo de Gwen. Se pasaba por el ultramarinos con mucha frecuencia, pero nadie había visto nunca a su mujer.

—Sabía que me mirarías así.

—Lo siento, yo...

—Seguro que piensas que soy despreciable.

—Simplemente me he quedado sorprendida. —Jude buscó las palabras adecuadas—. ¿Y cuánto tiempo...?

—Tres años más o menos. Supongo que te lo tendría que haber contado antes, pero ir guardando secretos es un rollo, así que decidí ahorrártelo.

Jude se quedó en silencio. Pensó en tres años de compromiso, tres años de espera.

—Y, antes de que me lo preguntes, jamás va a dejar a su esposa.

Síle había arrastrado a Marcus y a Jael a lo que prometía ser una estupenda actuación de monólogos de un danés, y ahora pagaba una ronda de Martinis tras otra en un intento de compensarles.

—Y cuando se iba tras el biombo y tardaba horas en regresar con una máscara que representaba a su madre —recordó Marcus.

Jael cabeceó.

—Eso no ha sido lo peor.

—¿Podría haber sido la referencia a *Hamlet*? —sugirió Síle.

—Lo peor de todo —proclamó Jael— fue cuando nos pasó unas imágenes de las Torres Gemelas y se quedó ahí delante de la pantalla haciendo que sus manos representasen pajaritos que revoloteaban.

Síle gruñó.

—Casi había conseguido olvidar ese trozo.

Marcus la señaló con el dedo.

—Y me has arrastrado de Leitrim el primer sábado de verano del año para esta mierda multimedia.

—¡Ya me he disculpado! Pero por lo menos puedes pasarte el resto del fin de semana con Pedro.

—Bueno, eso sí —dijo con una mueca picara—. ¿Y cuándo nos vas a presentar a esa Jude tuya?

—Cuando consiga reunir el precio de un vuelo —respondió Síle tratando de no sonar lúgubre.

—Mala señal —sentenció Jael cabeceando.

—Cobra muy poco.

—Quizá, como vulgarmente se dice, no le molas lo suficiente.

—Cállate, so cabrona —dijo Marcus.

—¿Y qué le ha parecido a Pedro tu mansión en ruinas?

—Me visita casi todas las semanas; dice que es el único lugar en el que realmente puede desconectar.

Jael puso los ojos en blanco.

—Con tanta hormona removiéndose entre los dos, seguro que Pedro pensaría que un mingitorio es el Taj Mahal.

—De hecho, no tiene un aspecto tan sórdido, ahora que he puesto un techo; tú y Anton y Yseult tendríais que aventuraros hasta allí para una merienda —le recomendó Síle.

—Pero la verdad es que le echo de menos el resto del tiempo —concluyó Marcus en voz baja.

—La culpa es de Síle —dijo Jael—, que empezó con estos rollos.

—¿Qué rollos?

—Los de enamorarte de gente que vive a una distancia inconveniente.

—Leitrim está sólo a cuatro horas de Dublín, eso no tiene nada de larga distancia —ironizó Síle—. Es lo que los canadienses pueden recorrer para ir de picnic. —Sabía que exageraba, pero no podía evitar cierto resentimiento por la suerte de los chicos que sólo se encontraban a un rato al volante.

Marcus le robó la aceituna de la copa.

—Pues te parecía lejísimos cuando no hacías más que quejarte de que todos tus amigos estuvieran mudándose al campo.

—Cualquiera que no esté al alcance de la mano en las altas horas de la noche está demasiado lejos —sentenció Jael apurando el Martini.

Síle sintió una curiosa emoción ante la imagen de Jael abrazándose al cuerpo cálido, borracho de sueño, de Anton de madrugada.

—No es por menospreciar al catalán o a la canadiense —dijo Jael—, pero me parece imposible que todo el esfuerzo que hacéis por ellos valga la pena.

Síle y Marcus compartieron una sonrisa de conspiración.

—Es el espíritu de los tiempos —terció él—. Las nuevas tecnologías nos permiten meternos en estos embrollos. Hacen que estos arreglos sean prácticamente posibles sin hacerlos vivibles. Todos lo intentan: conozco varios matrimonios a caballo entre Los Ángeles y Nueva York, incluso con hijos.

—Yo me voy dando cuenta —explicó Síle— de que es como una especie de problema de salud, como el colon irritable o los piojos... En cuanto cuento a alguien que tengo una relación a larga distancia, la gente me suelta: «¡Anda, yo también!».

—Pues a ver si te curas, tía —dijo Jael exasperada—. Vale, pasaos algún fin de semana en el Toronto Hilton, follando como perras, hasta que te la quites de la cabeza. ¡Pero no empieces a atarte con compromisos ahora que acallas de quitarte de encima a Kathleen!

—Claro que es un pelín inconveniente haberme enamorado de Pedro cuando acababa de mudarme al campo —confesó Marcus—, pero tampoco voy a dar marcha atrás.

—¿En qué? —preguntó Síle—, ¿en el enamoramiento o en la mudanza?

—¡En nada! Me encanta la casa y el terreno, y él no me pediría que los dejase de lado.

Jael cruzó una mirada con Síle y levantó las cejas infinitesimalmente. Síle comprendió lo que aquello quería decir: «Igual Pedro tiene a otro en la ciudad».

—Reconozco que las cosas no han sucedido de la manera más conveniente —prosiguió Marcus—, pero, oye, eso es el destino.

—Vale, si de lo que se trata es de «destino» —dijo Jael fingiendo admiración.

—Lo curioso es que para Jude y para mí podría haber continuado siendo una cosa sin gran importancia de haber vivido ella aquí. —Síle pensaba en voz alta—. Podríamos haber ido a cenas, conciertos...

—... mierda multimedia... —sugirió Jael.

—... o simplemente ver juntas las noticias. —La idea de compartir estos placeres simples y cercanos con Jude le produjo una punzada de dolor. Pero por otra parte, tampoco es que quisiera aquel simulacro de vida juntas que había tenido con Kathleen—. Mientras que por *e-mail* o por teléfono...

—Estás obligado a decir lo que realmente piensas —completó Marcus, asintiendo—, decir la verdad.

—Madre santísima, si hemos llegado a «la verdad», ha llegado el momento de pedir la cuenta —dijo Jael buscando al camarero.

—Síle, ¿no será que cierta matrona que conocemos está siendo asaltada por el monstruo de ojos verdes?

—¡Por favor! —gruñó Jael—. Mientras vosotros vais yo he ido y he vuelto, he subido y he bajado, he aullado en auriculares y volado con aerolíneas cochambre... ¿Recordáis aquel lío catastrófico con el dermatólogo de Génova?

—¿El que resultó que tenía esposa y cuatro criaturas? —recordó Síle.

—Cinco. La distancia es romántica, eso lo admito, pero también es romántico saltar del Golden Gate. Por lo menos Marcus está sólo a un rato en coche de su novio, pero ¡Síle, anda que tú...! No soporto que te pases la vida bailando el tango de las zonas horarias.

—¿Dónde has oído esa expresión? Hace que la cosa parezca *sexy* —dijo Marcus. Jael estaba seria.

—La mar de *sexy* hasta que a alguien le sacan un ojo.

Síle cerró la puerta de casa, sorteó la maleta y fue directo al teléfono. Las ganas de hablar con Jude eran como la picazón que uno siente antes de un trueno. Ni siquiera se quitó la gabardina; se dejó caer en el sofá y presionó la Memoria 01. «Por favor, que esté en casa». Las seis en Dublín, que era la una de la tarde en Ontario. «Que no tenga que dejarle otro mensaje».

—¿Jude?

—¡Hey, hola!

—Por fin. Se oye como un eco...

—¿Sí? Aquí no se oye —dijo Jude—. ¿Quieres que intentemos...?

—No, déjalo —interrumpió Síle. Las voces estaban un poco desincronizadas, lo cual era algo desconcertante. Hacía siglo y medio que se había inventado el teléfono; ya podrían haber solucionado estos problemas técnicos—. Ya sabes que si pidieses una beca para mejorar tu equipamiento podríamos hablar a través de Internet...

—Lo que el museo necesita es financiación más básica, como pagar la calefacción —afirmó Jude—. Además, jamás conseguiría avanzar en el trabajo si te tuviera siempre hablando; pensar en ti ya me distrae bastante.

Síle sonrió mientras observaba motas de polvo danzar en la luz del ventanal.

—¿Has ido a tu reunión cuáquera esta mañana?

—Sí, de hecho acabo de regresar.

—¿Por qué sigues con eso, si la pregunta no es muy incordiante? —Se decidió a preguntar Síle.

—Supongo que en parte es por la historia: hemos sido unos gruñones testarudos desde hace casi cuatro décadas. Y desde el punto de vista político —añadió Jude— estamos a más de trescientos sesenta grados a la izquierda de vuestro Papa.

—El Papa no es nada mío, hace siglos que no soy practicante —le recordó Síle—. ¿Y de verdad no se permite que nadie diga una palabra?

—Claro, hay gente que puede levantarse y hacer una propuesta, pero lo normal es que en una asamblea pequeña nadie diga nada, y ésas son las mejores.

—Me gusta que tengas rarezas —murmuró Síle.

—¿Que yo tengo rarezas? Tú eres la hindú irlandesa que no para de volar y que tiene cabellos como Rapunzel.

—Lo que quiero decir es que con todas mis novias irlandesas he compartido algunos lugares comunes. Como los chistes sobre María Goretti.

—¿Quién es María Goretti?

—¿Lo ves? Cualquiera irlandesa sabría que era la top entre las niñas santas. Se resistió a su violador hasta la muerte y murió de heridas de puñal, pero no antes de perdonarle.

—Qué asco —objetó Jude.

—Me encanta que pienses así. Me ayudas a ver mi propia vida con nuevos ojos.

—Oye, ¿has recibido ya las fotos de cuando era bebé?

—Sí —contestó Síle riéndose—. ¡Hay una en la que te bañan en el fregadero con seis meses! Las he puesto en la nevera, sostenida por imanes de Magritte.

—¿Qué Magritte?

—El de los hombres con bombín.

—¿Sabes?, anoche intentaba imaginar las primeras llamadas a larga distancia —dijo Jude—. Piensa que podrías estar hablando con tu prima en Melbourne y ella podía decir: «El sol acaba de salir», y tú mirabas por la ventana y estaba todo oscuro...

—Te darías cuenta de que el sitio donde vivías no era más que un puntito en el globo terráqueo.

—¡Exacto! Y que todo conocimiento es relativo.

—Por cierto, ¿cuándo vas a visitar mi puntito en el globo terráqueo? —preguntó Síle, con un tono que esperaba que sonase más seductor que insistente.

Un pequeño suspiro.

—No te imaginas lo que me gustaría.

—Anda, venga. Simplemente cárgalo a la tarjeta de crédito.

—No tengo.

—¿Que no tienes tarjeta de crédito? —exclamó Síle sorprendida.

—Nunca he querido endeudarme.

—No es que lo queramos, simplemente sucede. Cielos, eres la única persona que conozco que está fuera de la economía del crédito. ¿Es una de esas cosas *frikis* de los cuáqueros?

—No, sólo una cosa *friki* de Jude.

—Pero menuda tontería. Es medieval. Yo me compré el BMW con la hipoteca de la casa —le dijo Síle.

—Yo no hago las cosas así.

Qué extraño era sentir tanta ira con una corriente de amor. Síle mantuvo el tono frívolo.

—Mira, Sinatra, si lo tienes tan claro a los veintiséis, no quiero ni pensar cómo serás a los cincuenta. Ya sé, deja que te compre yo el billete.

—Pensaba que la compañía sólo te permitía transferir el viaje gratis a la familia inmediata.

Síle maldijo a sus jefes y a sí misma por haber dejado que algo así se le escapase.

—Sí, pero puedo conseguir un enorme descuento.

—Es muy amable por tu parte...

—¿Amable? No soy tu tía solterona —rugió. Entonces, suavizando la voz de nuevo, añadió—: El dinero está distribuido al azar. No tengo por qué sufrir por el simple hecho de que las directoras de museos minúsculos reciban un sueldo tan bajo. Venga, quiero comprarme unas cuantas noches en la cama contigo.

—No. —Para ser una puritana testaruda, Jude tenía una risa la mar de provocadora—. Pediré al banco un descubierto.

Síle aulló como una loba triunfante.

Lo que se mueve, lo que cambia

Como el pájaro errante lejos de su nido, así es aquel que yerra lejos de su casa.

Proverbios, 27:8

Jude sólo sintió una punzada de pánico transitoria. Esta vez eligió un vuelo diurno, aconsejada por Síle, para no perder una noche de sueño. Después de Groenlandia vio icebergs: recién desgajados, como si a un dios se le hubiera caído un plato al suelo.

Durante lo que el piloto llamó «cola para el aterrizaje» sobre Dublín, Jude divisó un verde más brillante de lo que había imaginado que podía ser el campo: pequeños parches irregulares de campos claros y oscuros, y luego la escampada gris, negra y marrón de la ciudad. No había rascacielos, le alegró descubrir. Y entonces descendieron, con el aterrizaje tan suave como si el avión se deslizase en patines sobre la pista, mientras chirriaba la maquinaria.

Síle la esperaba a la salida, con el pelo suelto sobre la espalda.

—No puedo creerme que estés aquí —gritó—. «Jude de excursión a la Irlanda Grande».

El cielo del anochecer era como una gorra gris ajustada. Mientras Síle salía del aeropuerto en su cochecito gris, Jude pasó la mano por el tapizado gris plata de cuero. La mayor parte de los vehículos que circulaban por la carretera eran nuevos, y pequeños: en lugar de furgonetas y camionetas, vio Mini Coopers y una gran cantidad de automóviles que parecían haber sido acortados. Síle avanzó lentamente por el atasco, pasó por delante de esculturas de metal rojo o de piedra. En un momento dado, tomó una carretera secundaria para evitar un tramo en obras, y Jude notó que había una fila de caravanas en la cuneta.

—¿Qué hacen éstos? ¿Han venido de excursión y se han instalado aquí junto a la carretera?

—¿Cómo? Ah, son Viajeros, van de un sitio a otro, gitanos irlandeses.

—Fantástico —dijo Jude.

—Cierto, pero se les trata como si fueran mierda.

Jude se sintió aliviada al comprobar que Síle era una excelente conductora.

—Es como un decorado de cine —murmuró cuando giraron por una calle adoquinada con casas de tejados de hierro a ambos lados.

Síle apretó un botón y todas las cerraduras se ajustaron con un clic.

—Para una película de prisiones de los cuarenta, puede. Éste es de los peores barrios; prenderían fuego al coche aunque no se detuviese.

—Estoy tan extática, que todo me parece bien —dijo Jude, mientras pasaban un

enorme edificio de oficinas, todo de granito gris y cristal verde—. Lo que sí hay es mucha basura —añadió al ver todas las bolsas de plástico enredadas en los árboles y bolsas de patatas fritas clavadas en las vallas.

—Somos un país de guarros, lo sé.

Muchos peatones (y conductores también) hablaban por teléfono móvil. Y la gente parecía toda igual, con la excepción de algún rostro negro y una mujer solitaria con un velo que esperaba en un semáforo. Caras muy pálidas en general; perfiles chatos, cabellos color castaño claro o a veces rojizo.

Empezaba a lloviznar cuando Síle torció para entrar en una callejuela con una fila de casas de ladrillo rojo y puertas pintadas de escarlata, color crema o azul marino. Aparcó en lo que a Jude le pareció un espacio imposible, tocando los parachoques de los coches de delante y detrás. Introdujo la llave en una puerta de color amarillo chillón y la abrió de un empujón de cadera. Jude (evitando una caca de perro) la siguió.

Era como una casa de muñecas. Mobiliario de terciopelo brillante llenaba una habitación que podía cruzarse en tres zancadas; lucecitas navideñas enmarcaban la ventana. Detrás de la puerta de la calle, había apoyada una gran serigrafía de seda, enmarcada.

—¿Es Amelia Earhart? —preguntó Jude.

—¡Buen intento! La traje de Berlín el año pasado y no tengo ni idea de dónde colgarla.

Cierto, no había pared con un hueco lo suficientemente grande. Jude vio una chimenea de hierro con relieves de pájaros exóticos, y se inclinó para recorrer las formas con las yemas de los dedos. Una empinada escalera en la esquina, apenas más amplia que una de mano. Una minúscula cocina a la americana con manzanas arrugadas en un frutero hecho con una espiral metálica.

—¿Es una escultura? —preguntó tocando una especie de araña zancuda de acero inoxidable.

Síle la miró extrañada.

—No me puedo creer que a estas alturas haya alguien que no tenga un exprimidor de limones Alessi.

—En mi planeta nadie. —Jude de repente sintió una gran fatiga.

—¿Petrushka? —llamó Síle—. ¿Petrushka? —Ascendió ruidosamente las escaleras, pasando por debajo de una gasa de colores brillantes—. Mis primos me lo enviaron desde Mombai; técnicamente es un velo de novia; les advertí que acabaría colgado de la pared. ¿Petrushka? —La voz flotó escalera abajo—. Mi vecina Deirdre la alimenta cuando no estoy, pero tiende a enfadarse y a esconderse en mi armario. La gata, digo, no Deirdre.

Jude leyó una notita amarilla en el banco de la cocina que decía: «¡¡Dejar dinero para Neela el sábado!! Y preguntar por las alfombrillas». Concluyó que Síle debía de tener una chica que le hacía la limpieza y, aún más divertido, que a veces hacía uso de

métodos primitivos como el papel para hacer recordatorios. Jude regresó al sofá púrpura, acarició el suave tejido. Hojeó una revista llamada Simplicidad que parecía consistir en complicadísimas instrucciones para comprar, clasificar y almacenar las pertenencias.

Un largo timbrazo la hizo saltar. Oyó voces en la calle, a menos de un metro. Consiguió adivinar cómo funcionaba la cerradura y abrió de golpe. Al principio pensó que no había nadie, pero enseguida aparecieron tres chiquillos. Iban vestidos con pantalones de chándal muy brillantes, y dos de ellos andaban en patines. Uno de los chicos dijo algo con un acento impenetrable.

—¿Perdón? —respondió Jude.

—¡Tenemos el gato! —chilló la niña.

—Ah, pues qué bien. No soy la... propietaria, de hecho —explicó Jude.

—¿Eres americana? —preguntó el chico más alto entrecerrando los ojos.

—Canadiense —dijo Jude distraída, mientras sentía que el *jet lag* se apoderaba de ella como una nube—. Canadá es un país enorme al norte de...

Pero la interrumpió la niña de rasgos duros, que avanzó hasta el umbral.

—«Pos» dile a la señora que tenemos a su «jodía» gata.

Jude se la quedó mirando; entonces levantó la mirada en busca de un adulto.

Síle llegó a la puerta, apartando a Jude.

—Traedla inmediatamente.

Se abrió otra puerta a menos de un metro, y una mujer canosa con rulos se asomó.

—¿Estás ya en casa?

—Ya están otra vez estos cabroncetes, Deirdre.

—Es un secuestro —^exclamó el niño más pequeño, como si acabara de recordar la palabra.

—Sí —dijo su hermano—, y queremos un rescate. Queremos 20 euros.

—Una buena paliza es lo que os vais a ganar —gritó la vecina.

—Le meteremos un petardo en el culo —dijo la niña.

Síle la agarró por el suéter.

—A ti sí que te voy a meter un petardo en el culo, pero ya.

Jude retrocedió, horrorizada.

La niña se escabulló y le escupió. Ella y el muchacho salieron corriendo en sus patines, con el niño pequeño tratando de alcanzarlos.

—Traedme a Petrushka inmediatamente —se desgañitó Síle— o llamaré a la policía. ¡Sé quiénes sois!

—¿Sí? —preguntó Jude en voz baja.

—Es una manera de hablar.

—¿No crees que le harán daño?

—Ah, no se atreverían —aseguró Deirdre.

—Cabroncetes extorsionistas —farfulló Síle entre dientes.

Para llenar el silencio, Jude se presentó a la vecina. Le vino a la cabeza como un

relámpago la imagen que aquella mujer de mediana edad podría hacerse de ella: una camionera avariciosa y mochilera que había expulsado a la «adorable Kathleen».

—Dales cinco minutos —aconsejó Deirdre— y luego llama a la policía.

Dentro, Síle se acomodó en el sofá. Jude se inclinó a besarla en la frente. Mientras preparaba el té con él, para ella, extraño hervidor de agua eléctrico, oyó un golpe en la puerta. Síle dijo algo en el umbral y por fin regresó acunando a un gato gris.

—¡Bien hecho!

—He regateado con los jodidos monstruos y me lo han dejado en diez euros —explicó Síle acariciando la cabecita de Petrushka—, pero tendría que haber sido menos. Estoy perdiendo facultades.

—El amor debilita —sentenció Jude, quizá con un exceso de frivolidad.

—Eso debe de ser —dijo Síle dejando a la gata en el banco de la cocina e inclinándose a dar a Jude un largo beso.

Mientras tomaban el té, Síle se relajó y Jude se puso a averiguar dónde gustaba a Petrushka que la acariciaran.

—Deirdre parece una estupenda vecina.

—Lo es, maravillosa. Me pone leche en la nevera, abre la puerta al fontanero... y lo único que yo hago por ella es de vez en cuando llevarla al centro. Pero así es Stoneybatter: los de toda la vida todavía se visitan cada día.

—El tipo de pueblo que me gusta —bromeó Jude.

—Dejando de lado los secuestros de animales de compañía.

—Bueno, a nosotros también nos envenenaron unos perros el año pasado; todos sabemos que fue Madge Tyrrell, pero no podemos probarlo.

—Oye —le dijo Síle—, iremos a cenar a casa de Jael y Anton, han insistido mucho. ¿Te apetece? No mucho...

—En fin, preferiría llevarte directamente a la cama —respondió Jude—, pero me apetece cualquier cosa siempre que pueda estar mirándote.

Jael y Anton vivían en la parte sur del río Liffey (la parte cara), en un barrio burgués donde todas las casas quedaban ocultas por altos setos. La casa tenía alfombras tupidas como musgo y óleos abstractos, algo intimidatorios, en la pared.

La delgadísima Yseult hablaba casi tan rápido como su madre.

—¿Sabes cuántos años tengo? Adivínalo —exigió a Jude.

—Eh, pues no sé.

—Claro que no lo sabes, tonta. Por eso he dicho que lo adivines.

Jude decidió que odiaba a los niños irlandeses.

—¿Nueve?

Los ojos en blanco.

—Sieeeete. ¿Sabes cómo se escribe mi nombre? Seguro que no.

Esta vez, Jude estaba preparada para el fracaso.

—A ver, I... s...

—¡Mal! —dijo la niña—. Es con Y griega. Y-s-e-u-l-t.

Jael le puso una mano de uñas abigarradas en la boca.

—Deja de dar la lata a nuestra invitada. Acaba de llegar desde Canadá.

—Le has dicho a papá que los canadienses son aburridos.

Un movimiento casi imperceptible recorrió las mejillas de Jael.

—No he dicho eso. Lo que dije es que se trataba de un estereotipo falso.

Jude miró a los ojos a su anfitriona y casi soltó una carcajada.

—Necesito un cigarro ¡ya! —anunció Jael—. ¿Jude? —Ella torció la cabeza.

—Lo siento, lo he dejado.

—Es lo que me cuentan, pero la mitad de los exfumadores que conozco me gorrean un cigarrillo de vez en cuando.

Jude negó con la cabeza y la pelirroja le sonrió coqueta.

Cuando su mujer abandonó la habitación, Anton dijo:

—Lo dejé cuando estaba embarazada, y casi acabó con los dos. No paraba de aullar «¡Nunca más!».

No se sentaron a la mesa hasta las diez: un tajín marroquí con albaricoques. Jude esperaba que la cría se fuera a dormir, pero a Yseult le dio por ser aún más exhibicionista. Jude esperó un silencio en la conversación, que era más que nada sobre el terrible sistema sanitario de dos niveles (un amigo de Anton se había pasado tres días sufriendo en una camilla), el potencial nuclear de Irán, si la nueva línea de tranvía aliviaría el tráfico de Dublín, pollos sin plumas modificados genéticamente y los precios de timo que a cada uno de ellos le habían cobrado por un té o un sándwich de jamón. Luego pasaron a hablar de si la música realmente hacía que los niños fueran mejores en álgebra y, cuando Jude por fin consiguió decir «Está buenísimo», todos se la quedaron mirando.

—La comida, quiero decir. Y el vino —añadió en dirección a Anton.

—¿Qué esperabas, beicon y col? ¿O simplemente un cuenco de patatas? —dijo Jael soltando una estruendosa carcajada.

—Tendrás que perdonarla, no está acostumbrada a que alaben su cocina —bromeó Anton levantándose a recoger los platos.

—Verdad. He empezado a cocinar ya en la madurez —reconoció Jael—. El noviembre pasado, el gordo cabrón éste se fue a Praga para no sé qué follón y nos dejó a Yseult y a mí para que sobreviviéramos a base de tikka masala congelado, y de repente me dije: «Soy una mujer inteligente, llevo mi propia agencia de artistas, ¿por qué no abro un libro de cocina por primera vez en mi vida?».

Jude iba a decir algo sobre la primera vez que había hecho trucha ártica a la barbacoa, pero perdió la ocasión; la conversación había pasado a centrarse en la televisión digital, el bilingüismo (aquí Jude intentó decir algo sobre los colegios canadienses de inmersión en francés pero volvió a fracasar), un reciente asesinato especialmente brutal y si los hombres muy peludos deberían hacerse la espalda a la cera. Ella acabó por dejar de luchar y permitir que la corriente de palabras le pasase

por encima.

En cierto momento sus anfitriones se fueron a la cocina y Jude se volvió para sonreír a Síle. Pero la boca de su amante estaba rígida.

—¿Qué te pasa?

—No has dicho palabra en cuarenta y cinco minutos —susurró Síle.

—¡No he tenido ocasión de meter baza! ¡Os pasáis el rato hablando todos al mismo tiempo!

—Los irlandeses estamos muy evolucionados —replicó Síle—. Sabemos escuchar y hablar al mismo tiempo.

—Bueno, pues yo no.

Síle se mordió el labio.

—Sólo quiero que les caigas bien.

—No soy una foca amaestrada —dijo Jude entre dientes, y entonces el mango *brulé* entró, anunciado por Yseult utilizando una trompeta de papel.

Jael salió a fumarse otro cigarro después del postre, y Jude estuvo a punto de salir con ella. Pero en el sofá, Síle entrelazó los dedos con los suyos y así hicieron las paces. La niña se fue a la cama a regañadientes a las once y media. Media hora después, Anton bajó y murmuró:

—Ya ha caído.

Jael, tumbada en el otro sofá, como Sarah Bernhardt, se incorporó como movida por un resorte.

—¿Alguien quiere un poco de coca?

—¡Mmm! —se relamió Síle.

—A mí ya me va bien el café —dijo Jude en voz baja mientras pensaba: «¿A quién va a apetecerle un refresco después de esta comilona?». Sólo comprendió cuando Anton trajo una vieja lata con rayas etiquetada como matarratas.

—Es una aventura conseguirla hoy en día —se quejó Jael—. Peor que una canguro de confianza y casi tan cara.

Anton esperó hasta que Jael y Síle se hicieron sus rayas.

—¿Seguro que no te apecece? —dijo amablemente ofreciendo el espejito a Jude.

De repente se sintió harta de ser tan predecible, de estar callada, de decir que no a las cosas. Era una mujer con una amante extranjera y un descubierta en su cuenta que no podía permitirse; estaba lejos de casa. Fingiendo no darle importancia, tomó el billete enrollado. Síle la observaba con cierta cautela. Jude aspiró, luego se apoyó en el respaldo, sin sentir nada más que cierto abotargamiento en la nariz. Pero en pocos minutos se sorprendió participando sin titubeos en un debate sobre los sistemas de voto, a pesar de que todo lo que sabía sobre representación proporcional estaba basado en un rápido vistazo, casi ya olvidado, a un folleto de los Nuevos Demócratas. No se sentía drogada sino de lo más saludable, la invitada que siempre había deseado ser.

—Hay algo en esto que me recuerda cuando estaba haciendo autoestop por el

campo, en el parque Algonquin, y al torcer me di de narices con un enorme oso negro. Dicen que tienes que levantar los brazos para parecer más alta y cantar tan alto como puedas...

Se metió en el papel de pueblerina canadiense con toda la ironía que pudo, y Jael estuvo tronchándose de risa hasta que sintió que iba a vomitar, y Anton incluso, por algún motivo que Jude olvidó enseguida, hizo una demostración de bailes regionales escoceses en la alfombra persa, utilizando un atizador y unas tenazas.

Mientras Síle estaba en el lavabo, Jael proclamó que necesitaba otro cigarrillo. Jude salió con ella a respirar aire fresco. Las casas irlandesas no tenían un porche delantero, empezaba a descubrir, así que acabaron en el césped húmedo. Jael se tambaleaba por el vino.

—¿Todavía te huele bien? —preguntó agitando el cigarrillo ante la nariz de Jude. Jude se permitió aspirar. Sí.

—Tentadora.

—Lo que me gusta es el sabor —dijo Jael besándola.

Al principio, Jude se quedó demasiado aturdida como para reaccionar, y entonces se le escapó una risita. Su anfitriona había pisado algún arbusto aromático y tiraba ceniza en el césped, como si nada hubiera sucedido. Jude pensó en dejar pasar el momento, pero un profundo instinto de lucha la estimuló.

—¿Y eso por qué?

—Simplemente para ver qué talla gastas —respondió Jael con un tono razonable. Dio unas cuantas caladas más, luego pisoteó la colilla en el césped antes de recogerla para llevarla a casa.

A la una de la madrugada, Síle metió a Jude en el coche verde y todos se despidieron.

—Bueno, al final todo ha ido bien —dijo Síle, mientras daba marcha atrás.

—Mmm... —Jude tuvo el impulso de mencionar el extravagante incidente enseguida, pero empezaba a cambiar de opinión. Había oído suficientes historias sobre Jael como para saber que antes de casarse había tenido la ética de un chimpancé en cuestiones sexuales, pero un sexto sentido le decía que la mujer no había tratado de seducirla; se trataba de una travesura como mucho. Probablemente no era el momento de ser sincera al cien por cien.

—Todo gracias a la coca. De ahora en adelante traeré un poquito a cada fiesta. — Pasó la mano por encima del cambio de marchas y deslizó sus dedos entre los pliegues de la falda de seda de Síle. Se quedó mirando por la ventana mientras se deslizaban ante ellos los letreros luminosos de Dublín: B&B, ANGELO'S CHIPS, PELIGRO OBRAS, COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN, APARCAMIENTO LLENO.

—Entonces, ¿Yseult es tu ahijada?

—Mi castigo por algo que he hecho mal. Con una tarde que pase con ella, ya me alegro otra vez de no tener crías.

I'm as. A Anton le encantaría tener otra, pero Jael lo mandan freír espárragos. —

Se volvió con una enorme sonrisa—. Escucha, dado que para ti son sólo las ocho de la tarde...

—¿Sí?

—Cuando el año pasado me tocó el turno Dublín-Heathrow, iba de ida y vuelta tres veces al día. Nunca sabía en qué país estaba. Bueno, lo que iba a decirte es —acariciando la nuca de Jude— que precisamente hoy toca noche Colleen en la disco...

—¿Quieres decir, de chicas? Por mí vale. Sólo tengo tres días; he de hacer tantas cosas como pueda.

Jude se esperaba un local brillante, cromado y con cristaleras, pero era el salón de baile del piso de arriba de un viejo hotel. La chica que vendía entradas parecía una quinceañera y muy mona.

—Doy gracias por la nueva generación —gritó Síle en el oído de Jude—. Cuando tenía tu edad conocía todos los caretos arrugados de este sitio.

—Por cierto —preguntó Jude mientras se tomaba su primera pinta de Guinness (y, sí, sabía mucho mejor en Irlanda)—, ¿ha intentado Jael llevarte a la cama alguna vez?

—Sólo una —dijo Síle con una sonrisa que tenía algo de incomodidad—. Me metió mano en la parte trasera de un taxi, pero la espanté. Jael ha sentado cabeza un poco pero a veces no sé cómo, dado que es como es, puede soportar su vida.

«Toqueteando a la invitada en el césped, quizá», pensó Jude.

Entonces se acercaron en manada un grupo de amigas de Síle, y todo se llenó de saludos chillados y besos en las mejillas. El aspecto familiar de aquel pequeño mundo fue reconfortante para Jude: más o menos las mismas proporciones de chaquetas vaqueras o cuero, pintalabios o escot sonrisas y gestos adustos que encontraría en una noche para mujeres de una ciudad media canadiense. Gran parti de la música le resultaba conocida, pero no demasiado, por suerte todavía no habían puesto *I Am What I Am* o *Sisters Are Doing It For Themselves*. Por primera vez aquel día, Jude se sintió más o menos en casa.

El único problema era que no entendía una palabra de lo que decían aquellas mujeres. Síle intercambiaba a gritos unas frases con dos de ellas; probablemente la interrogaban sobre por qué había dejado a la perfecta Kathleen.

Síle se acercó a ella y le dio un beso en la mandíbula.

—Conozco a la mayoría de las que vienen aquí —señaló—, es posible que haya dormido con la mitad. He vivido con la mitad de la mitad de aquellas con las que he dormido. He amado a la mitad de la mitad de aquellas con las que he convivido. ¿Y adónde me lleva todo esto?

Jude se la quedó mirando.

Síle se partió de risa.

—¿No reconoces la cita? Es de una de las novelas de Beebo Brinker. Basura bollo de los cincuenta.

—Ah —articuló aliviada.

—Otra frase de Beebo que me encanta es: «Nueve meses de deseo le estallaron como un petardo entre las piernas».

Jude sonrió.

—Te entiendo. Va más allá de lo de El pozo de la soledad. «Aquella noche nada las separó».

Intercambiar citas no era la actividad ideal en medio de aquel barullo. Jude tomó a Síle por las caderas y la condujo a la pista de baile bordeada de luces. Síle parecía hacerse la remolona, algo que Jude sólo entendió a mitad de la primera canción, cuando llegó a la conclusión de que los movimientos extraños, agitados y desacompañados de su liante no eran el resultado de su destreza en un estilo de ile sofisticado que todavía no había llegado a Canadá.

—¿Podemos sentarnos ya? —le gritó Síle al oído.

—Buena idea.

—Vale, vale, resulta bastante embarazoso. —Al acomodarse de nuevo ante la mesita con su Martini se lamentó—: ¿A que parece que sepa bailar?

—Pareces el baile encarnado, cariño.

—Me gustan las discotecas, me encanta la música. Pero alguna hada madrina malévola me negó el sentido del ritmo.

Jude empezó a reír de nuevo.

—Mientras que tú, animal, te mueves como un demonio. Vuelve a la pista; mira, ahí están Lisa y Sorcha saludando.

—¿Seguro?

—Adelante, quiero mirar.

Horas más tarde, Jude estaba en el lavabo echándose agua en la cara cuando una mujer alta y rubia se apostó junto a ella y dijo entre dientes:

—Tú tienes que ser la canadiense.

Jude parpadeó.

—Culpable —dijo con expresión divertida—. Y tú tienes que ser amiga de Síle.

La mujer cabeceó y se aplicó con dos movimientos el pintalabios marrón. El estómago de Jude se tensó. La rubia cerró el bolso de golpe y se alisó la falda de satén.

—Imagino que todo te parece un gran chiste —dijo volviéndose para colocarse frente a Jude.

—Qué...

—Un frívolo romance internacional, no importa lo destructivo que sea. —La voz de la mujer seguía bajo control—. Me pregunto si tienes escrúpulos.

Jude tomó aire con dificultad.

—Mira, Kathleen...

—Cierra la boca. —La nariz de la mujer estaba a pocos centímetros de la de Jude—. No me conoces, no me llames Kathleen. Eres una avariciosa destructora de parejas y me das ganas de vomitar.

La puerta se abrió de golpe y entraron dos chicas riéndose. Cuando se habían metido en sendos cubículos y cerrado las puertas, Jude prosiguió en voz baja.

—Sé que querías a Síle...

—No sabes nada de mí. —Los elegantes rasgos se arrugaron—. Nosotras teníamos una vida en común; para tu información, teníamos algo que eres demasiado joven e ignorante para comprender y era duradero, funcionaba, hasta que llegaste tú y lo llenaste de mierda.

Jude no sabía qué hacer. Todo el cuarto de baño parecía inundado de dolor, y Kathleen ya había salido por la puerta.

Cuando Jude regresó a la mesa, estaba vacía. Miró en derredor sintiendo un pánico irracional. Síle no podía haberse ido sin ella, ¿verdad? ¿Con Kathleen? «Eso es ridículo».

Tuvo que preguntar a dos amigas de Síle antes de localizarla en la cola para la consigna. La voz de Síle era ronca, pero sus mejillas estaban secas.

—Simplemente estaba recogiendo las chaquetas.

Jude la rodeó con los brazos.

—¿Qué te ha dicho a ti?

—No tenía que haberte traído aquí. El mundo es un pañuelo —dijo Síle en lugar de responder—. Siempre hablaba con tanto desprecio de los bares gays que no pensaba...

—Me lo he pasado estupendamente —insistió Jude, y era cierto al menos en parte.

En la cama de cobre de Síle hicieron el amor la mitad de la noche, y luego Jude se durmió como si la hubieran derribado de un hachazo.

Por la mañana se duchó en la estrecha cabina con azulejos, y la cosa fue bien hasta que mientras se enjuagaba el pelo el agua empezó a salir fría.

—Tenía que haberte avisado —dijo Síle, riéndose mientras frotaba a Jude con una gran toalla naranja—. Somos la nina de la civilización, pero la fontanería es penosa.

—No pasa nada —dijo Jude—, así me he despertado.

En casa de Síle siempre sonaba música. Había altavoces en todas las habitaciones. Era buena música, de salsa a Hach, pero jamás paraba. Jude estuvo tentada de pedirle un pato de silencio, pero «adónde fueres...».

Después de lo que Síle denominó «una fritanga», se fueron paseando al centro, por los muelles; Jude olió una destilería de Guinness en un momento, y luego una ráfaga de mar que subía por el río. Las plantas se desbordaban por encima de muros de piedra; reconoció unas clemátides, y Síle consiguió identificar una fucsia. Mostró a Jude un buen surtido de catedrales, criptas y edificios. Las calles estaban tupidas de cuerpos; la gente se daba empujones y a veces murmuraba una disculpa. Había un viejo con un tic que gritaba obscenidades y una mujer que predicaba a gritos sobre un cajón boca abajo.

Cruzaban una calzada muy transitada hacia Trinity College cuando Síle se detuvo

en la isleta de tráfico.

—Aquí está, el lugar sagrado.

—¿Qué lugar sagrado?

—Yo tenía trece años. Había una chica en mi colegio, Niamh Ryan...

—¿Como la muchacha de cabellos dorados que se llevó a Oisín al otro lado del mar?

Síle se rió.

—Supongo. Pero esta Niamh tenía cabellos cobrizos flamígeros. No es que fuéramos amigas o algo así, pero yo siempre sabía cuándo estaba en la clase sin volverme para mirar; podía escuchar lo que decía a siete metros.

—Ah... —Jude recordaba enamoramientos como aquél.

—Una vez, haciendo compras para Navidad, nos encontramos en la calle. La parada de Niamh estaba en Fleet Street y la mía en Nassau Street —dijo Síle, señalando en direcciones opuestas—, así que le dije que la acompañaría hasta la mitad del camino, pero no llegamos a ponernos de acuerdo dónde estaba la mitad del camino, y terminamos en esta isleta. Hacía mucho frío, bueno al menos para Irland y había hasta un poquito de nieve húmeda; empezamos chillar: «¡Nieve!», intentando tocarla. Nos quedamos aquí toda la tarde hablando, hasta que se hizo de noche. Yo tenía las piernas congeladas, porque llevaba medias y zapatitos de charol, pero no me habría cambiado de sitio ni aunque hubiera explotado una bomba.

Jude asintió.

—La primera vez que tienes una conversación así... sientes como que te han despertado a cachetes.

—¡Exacto!

Acabaron tomando un trago en un pub tranquilo, pero algo casposo, «el único en la zona que no ha sido invadido por millonarios veinteañeros», según Síle.

—Voy pillándole el truco a la ciudad —le dijo Jude—. Hay un constante ruuum, ruuum, ruuum, energía bruta desbordada...

—Te estás adaptando sorprendentemente bien para ser una chica de pueblo —bromeó Síle.

—Hay una frase del Corán que dice...

—Vaya, de repente nos ponemos en plan aconfesional.

—«Vive cada momento en este mundo como si fueras un viajero en tierra extraña», que tal como lo veo yo significa que hay que prestar atención a todo.

—Pero también podría significar que vayas siempre estreñido —propuso Síle, dando un sorbo a su Martini—. Me paso la vida trabajando con «viajeros en tierra extraña» y siempre están la mar de tensos.

Jude besó sus labios rojo cereza.

Tomaron bacalao con patatas fritas mientras esperaban a que los músicos empezasen a tocar. Había violines, un banjo y un peculiar tamboril. Síle envió dos SMSs a su amigo Marcus (era una costumbre irritante, pero Jude tenía la sensatez de

no protestar) y a las once apareció, alto y con cara infantil, vestido con un traje marrón claro.

—Ya me imaginaba que estarías pasando el fin de semana con Pedro —afirmó Síle abrazándole.

—No, qué va —dijo sin expresión—. Estaba en Leitrim, cuidando las coles, pero en cuanto recibí tu mensaje me monté en la vaca y vine galopando campo a través.

Jude le sonrió y le tendió la mano.

—Porque ¿cómo iba a perder la oportunidad de conocer a la famosa canadiense? —dijo inclinándose para besarla en la mejilla—. Como especialista en la O'Shaughnessy, te diré que nunca la he visto tan enamorada. Antes le costaba encontrar tu país en el mapamundi, pero ahora no para de darnos la lata con detalles que encuentra en Internet, como todos los canadienses que hay que nadie sabe que son canadienses.

Síle tomó aire:

—Joni Mitchell, Mary Pickford, William Shatner...

—Para ya, niña —dijo él—, o te doy una torta.

Marcus se puso a contar a Jude que mudarse a Irlanda constituía el destino natural para los ingleses con ganas de comerse el mundo. Había sido auxiliar de vuelo para una compañía británica, luego para otra con base en Chicago, antes de tomarse un año libre para trabajar en Sydney en una cooperativa de comida orgánica.

—Entonces un dublinés me arrastró aquí para el Orgullo del 93 (para celebrar que el sexo entre gays dejaba de ser un delito) y descubrí que llevaba a un irlandés dentro.

—Más de uno, si no recuerdo mal —dijo Síle procaz.

—Y entonces... ¿te quedaste? —quiso saber Jude, fascinada con la idea de un fin de semana que duró una vida.

Él asintió.

—Ahora soy un «paddy» en todos los sentidos; mi madre se queja de que estoy perdiendo mi acento natal. Me encanta estar arraigado, votar en las elecciones, saber a quién jalearse en los Juegos Olímpicos.

Síle dio un bufido.

—No sé de qué te sirve. Irlanda tiene premios Nobel a patadas, pero en deportes no son los amos del mundo precisamente.

—Últimas consumiciones, por favor —exclamó el barman.

—¿Ya va a cerrar? —preguntó Jude, sorprendida. Empezó a sacar billetes de la cartera, pero Marcus le dio una palmada en la mano—. Síle no me ha dado ocasión de gastar euros todavía —protestó—, me siento como un gigoló.

—Pues te aguantas —dijo Síle—. Guárdalos para la próxima vez.

—Síle —intervino Marcus ofreciéndole un billete—, no me apetece levantarme...

En cuanto Síle fue a la barra, se volvió hacia Jude.

—¿Y qué planes tenéis?

—¿Para el fin de semana?

—No, a largo plazo.

Aquello la descolocó.

—No creo que tengamos planes. Todavía.

—¡Joder, mira cómo hablo! —dijo Marcus apurando su jarra—, parezco el Barrett de Wimpole Street, en plan victoriano. Lo que pasa es que no me gustaría que se quedase con el corazón roto. —Sus ojos grises le miraban intensamente.

—A mí tampoco.

—Y estas relaciones a distancia tienen un gran potencial de acabar en catástrofe.

—¿Más de lo habitual? —Jude le miró fijamente.

—Vale, tienes razón. Perdona el interrogatorio. —Le dedicó una sonrisa incómoda—. Me pone nervioso conocer a las novias de Síle.

—¿Cuántas...?

—Sólo dos... no, tres —decidió Marcus—. Con Ger nos reíamos mucho, y la piloto era agradable, pero demasiado neurótica... El caso es que ninguna parecía suficientemente buena. En cuanto a Kathleen, era demasiado... rígida —añadió, antes de que Jude se decidiera a ponerle la palabra.

Jude resopló.

—Se me acercó anoche en una disco.

—¡No!

—Y yo no diría que estaba rígida. Pensé que iba a darme una paliza.

Marcus se quedó mirándola.

—Bueno, supongo que el dolor saca a la gente rasgos ocultos. Como la tinta invisible y un hierro candente.

Jude intentó sonreír ante aquella imagen.

—Síle y yo siempre estamos con esas bromas, tenemos un matrimonio de conveniencia teatral... gemelos de plata, diálogos de Noel Coward, cócteles a las cinco...

Ella sonrió con generosidad y añadió:

—Mira, Marcus, no sé si me la merezco, pero te prometo que la trataré bien.

—Ok, trato hecho. Mi novio lleva gemelos con las camisas de seda —dijo Marcus distraído—, y por eso se me han pasado por la cabeza. Sobre todo rojos y verdes, para las camisas... pero creo que le iría mejor el color crema. Hablando del rey de Roma... —Se incorporó haciendo un gesto a alguien que entraba.

Pedro era un hombre de piel morena, pequeño y guapo que besó a Jude en las dos mejillas.

—Así que estáis viviendo a bastante distancia —comentó Jude para empezar la conversación.

—Como todo el mundo —dijo Pedro deslizándose junto a Marcus.

—¡Un delirio! —terció Marcus, en lo que ella dedujo que era entonación tipo Noël Coward—. ¡Un auténtico delirio!

—¿Qué te parece Dublin? —preguntó el español.

—Me encanta —le aseguró Jude.

—Odia las ciudades —comentó Síle, que llegaba con las bebidas.

—¿Y cuánto tiempo lleváis juntas? —preguntó Pedro.

—¿Desde dónde se cuenta? —objetó Marcus—. Porque si se trata de consumación, sólo se produjo en abril.

—Desde el día de Año Nuevo —afirmó Jude tajante.

—No me digas —dijo Síle con una mueca.

—Al menos para mí. Entonces fue cuando la vieja roca cayó al estanque.

—O sea que son seis meses —constató Pedro con sensatez—. Entonces tendrías que venir aquí —le dijo a Jude.

¿No estaba aquí?

—Eh... —¿Se trataba de un problema de traducción?

—A vivir.

Ella soltó una carcajada. Luego se sintió fatal porque parecía que despreciaba la idea, pero en realidad fue por pura sorpresa.

Síle asintió en dirección a Pedro.

—Una idea genial. —El tono era ligeramente sarcástico, pero eso no tenía nada de raro. Jude no podía leer su expresión.

—Bueno, a éstas ya les hemos arreglado la vida; ¿alguien quiere un paquete de papas?

Un rato después, Jude y Síle hacían cola esperando un taxi con una llovizna empapándolas lentamente.

—Ah, y cuando tú te fuiste a por las bebidas —recordó Jude—, Marcus me aplicó el tercer grado sobre mis intenciones a largo plazo.

Síle gruñó.

—Lo siento mucho. Gente a la que no conoces de nada que te da la lata para que emigres de inmediato. —Un mechón de pelo se le quedó pegado a la mejilla—. Yo nunca... o sea en un mundo perfecto —se corrigió a sí misma—. ¡Claro que me encantaría encontrarte en mi lecho cada vez que regreso a casa! Pero ya veo que tienes tu propia vida.

¿Era aquello una manera de decir «no te metas en la mía»? Jude continuó hablando en tono ligero.

—Bueno, no del todo mía, desde la invasión de Bélgica.

Síle la besó, las bocas heladas por la lluvia. En la cola que había formada detrás de ellas, unos chavales borrachos empezaron a dar voces. Jude se estremeció. Síle continuó besándola. Ahora uno de los tipos fingía vomitar. Síle metió el brazo bajo el de Jude y miraron hacia los taxis.

Cuando Jude se despertó el domingo, no tenía ni idea de dónde estaba. Entonces reconoció la minúscula habitación cuadrada en la que se había acostado, los brillantes colgajos en la pared.

—No tenemos por qué movernos hasta dentro de una hora: papá no nos espera

hasta las doce —murmuró Síle a través de su melena, y Jude sintió rigidez en el estómago.

Mientras se dirigían a la casa de Shay O'Shaughnessy, Síle rebuscó entre los CD.

—¿Bhangra, Sharon Shannon, Dolly o Franz Ferdinand?

—Eh, el que más te mole.

Síle frunció el ceño.

—¿Desde cuándo te da por decir «el que te mole», tía?

Jude suspiró:

—Seré brutalmente sincera: no conozco ninguno de éstos.

—¡Ajá! La otra noche conseguiste que todo el mundo te mirase mientras bailabas, pero seré yo quien te eduque musicalmente —dijo Síle, y puso una cantante *country* o *western* que resultó ser Dolly Parton.

—¿Soy la mujer más joven que te has llevado a casa? —preguntó Jude. Quería hacer una broma, pero le salió con una nota de ansiedad.

—Ah, no, cuando me traje a casa a Carmel las dos teníamos diecinueve años.

—La mayor diferencia de edad, creo que quería decir. ¿Y la más pobre?

—No cobramos entrada por la comida dominical —murmuró Síle.

—Entonces la más extrajera.

—Para nada. Ger sólo era de Liverpool, pero papá apenas la entendía.

—¿La que tiene más probabilidades de que la llamen «caballero» en el lavabo de las chicas?

—La más guapa —dijo Síle mirándola a los ojos.

Lo único que Síle tenía a su favor era la expresión en el rostro de su amante. «Tendría que haberme guardado unas rayas de coca para la visita a la familia», pensó. Jude era la invasora, la bruja maléfica, la comensal número trece. Sería la culpable de cualquier desastre.

La casa de Shay O'Shaughnessy era alarmantemente elegante, un caserón de tres plantas frente al mar. Sólo el padre y la hermana estaban allí; el cuñado se había llevado a los cuatro chicos a un sitio llamado Croke Park para ver un partido. «Maldición». Jude había albergado la esperanza de que los niños le proporcionasen cierta protección.

Shay era tan rosado y canoso como Orla era oscura; ella tenía la piel y los cabellos de Síle, pensó Jude, pero rasgos más duros. El padre y las hijas tenían el mismo tic cuando fruncían los labios. El almuerzo consistió en cordero al horno, y en su intento de mostrar agradecimiento, Jude comió demasiado.

—Animal revuelto se curva bien, en doce... —murmuró Síle en la salita, examinando un crucigrama casi acabado.

—No, déjalo, lleva todo el fin de semana torturándome. Al final se me ocurrirá mientras duermo —dijo su padre, encendiendo otro cigarrillo—. Jude, me cuentan que sólo has escapado de la condena hace poco.

¿Se refería al matrimonio? Jude parpadeó atónita. ¿La estaba llamando «destroza-

hogares»?

—Sí, y eso no ayuda —añadió Síle ahuyentando el humo.

—Ha insistido porque los niños no están —se disculpó Orla—. Aunque, técnicamente, esta casa entra dentro de la prohibición de fumar en lugares de trabajo, papá —añadió incisiva—, ya que ahora tienes una limpiadora.

¿Es que nadie en esta familia fregaba sus propios suelos?, se preguntó Jude. Igual los O'Shaughnessys podrían describirse como... ¿qué expresión había oído en casa de Jael la otra noche?... «Socialistas de salmón ahumado», eso es.

Shay dio una larga calada y sostuvo el cigarrillo por detrás de su silla, como un adolescente.

—Discúlpame por tentarte, Jude. En realidad me desborda la admiración.

—No pasa nada —le aseguró ella—. La verdad es que sólo tengo ganas a altas horas de la noche. —Acurrucada en la mecedora del porche, con insomnio, aferrándose a la imagen de su amante lejana. ¿Qué pensaban Shay y Orla que hacían ella y Síle? ¿Imaginaban que simplemente se trataba de sexo, o preferían no imaginarlo en absoluto?

—Una vez trataste de dejarlo, papá, ¿no? —preguntó Orla.

—Mmm... en el sesenta y nueve, cuando cumplí los cuarenta: los peores once días de mi vida. Con la excepción del fallecimiento de tu madre, por supuesto —añadió suavemente—. Pero ya se sabe que las hojas diabólicas no hacen daño a todo el mundo.

—Menudo cuento —dijo Síle.

—La última vez que me hice un chequeo —le confió a Jude—, el doctor Brady dijo que no se lo explicaba, pero que tengo los pulmones de un montañero adolescente.

El padre era un seductor... y no parecía dar señales de sentir resentimiento por Jude, algo que tuvo que admitir a pesar de la nube de paranoia que la envolvía. La hermana era más complicada, pero Jude se la metió en el bolsillo preguntándole por el centro de acogida Irlanda de las Bienvenidas.

Orla salió con un mitin sobre el hecho de que se negara la ciudadanía a los hijos de no irlandeses nacidos en tierra irlandesa.

—Cuando votamos que se negara la ciudadanía a los hijos nacidos en tierra irlandesa en familias de otros países me sentí tan avergonzada... ¡No es que la gente venga aquí por capricho! Conozco una familia que se fue de Bosnia en cuanto estalló la guerra y no llevaban ni pañales, y uno de nuestros voluntarios llegó de Ruanda sin una mano.

—Irónicamente, todos somos emigrados —dijo Jude. Orla se quedó mirando—. Si te remontas una o dos generaciones, quiero decir.

—Exacto.

—En Canadá no puedes evitar ser consciente de que te encuentras en terreno robado.

—Mientras que aquí, un irlandés como yo... de los pálidos quiero decir —añadió Shay en tono de broma— tiende a imaginarse que sus antecesores salieron de los pantanos.

Jude se encogió de hombros.

—Todos somos de algún otro sitio originalmente. Hasta mi amigo Rizla, que pertenece a la mayor comunidad india de Canadá, las Seis Naciones del Territorio Grand River, pero para picarle le recuerdo que vinieron del estado de Nueva York.

—¿Ah, sí? —se maravilló Shay.

Síle sonreía, y Jude se preguntó si estaba resultando aburrida. Se volvió hacia Shay y le preguntó cuándo se había construido la casa.

—Más o menos... en 1850. Pero Monkstown data del siglo XIII, cuando los cistercienses construyeron el castillo.

—Tiene que haber sido la mar de excitante crecer aquí.

Orla hizo una mueca.

—De pequeña a mí me daba envidia la casa «nueva» de mi mejor amiga, con armarios que cerraban bien y unos columpios en el jardín.

—A mis hijas la historia no les dice nada —se lamentó Shay dirigiéndose a Jude—. Y Sunita, mi esposa, tampoco acababa de interesarse. Tienen una concepción distinta del tiempo en la India, claro. ¿Sabías que la palabra en sánscrito para «mundo» significa literalmente «lo que se mueve, lo que cambia»? Los hindúes creen que las cosas pasan una y otra vez. Para Brahma, un solo día es... espera, antes lo sabía...

—Cuatro millones de años humanos —contribuyó Síle.

—Buena chica —dijo él, agradecido—. Y cada día de Brahma empieza con la creación y termina con la disolución, y tiene catorce subdivisiones; cada una de ellas concluye con un diluvio.

Jude empezaba a sentir algo parecido al vértigo.

—Y la comida termina con fresas —anunció Orla dirigiéndose a la cocina.

Eran pequeñas, y más dulces que las que Jude conocía. Ahora el sol de junio había salido, claro y amortiguado, y Shay propuso que Síle les llevase por la costa a un lugar llamado Piedragris.

—Claro, «piedra» y «gris»; me encanta cuando los nombres tienen sentido —dijo Jude a Síle en la playa de guijarros.

—Ah, pero son nombres ingleses, impuestos a nuestro paisaje —respondió con un atisbo de burla mientras caminaban con dificultad.

—¿Cómo puedes sostenerte sobre esos tacones?

—¿No te gustan? —preguntó Síle, mientras imitaba a Marilyn Monroe con la falda levantada por el viento.

—Más de lo que te crees —dijo Jude con media sonrisa.

—Llevo tanto tiempo con estos zapatos que si no llevara tacones me sentiría como si me cayese de espaldas.

Orla y Shay estaban enfrascados en una competición para ver quién hacía que los guijarros saltasen en el agua más veces, y Síle y Jude se unieron a ellos. Jude intentó no presumir, pero era con mucho la mejor. ¿Había venido Kathleen aquí con la familia cada domingo, antes de que se la hubiera expulsado sin avisar? ¿Se había puesto a lanzar guijarros o le había parecido un juego pueril?

—Lanzas como una niña —dijo Orla a su hermana.

—Lo que pasa es que me falta práctica. —Síle disparó un guijarro hacia Orla, que le golpeó la pierna.

—A ver, niñas. Portaos bien u os quedaréis sin helado advirtió Shay.

—Ah, ahora me siento de nuevo con treinta y nueve —dijo Síle solemne—, porque de ninguna manera me cabrá el helado.

Nadie le había intentado poner en un aprieto mencionando el nombre de Kathleen, se percató Jude. Lo cual significaba que todos estaban siendo muy cuidadosos. Mirando hacia las olas de cobalto tomó aire.

—Eres un tipo afortunado, vives junto al mar —comentó a Shay.

Él resopló.

—Aclara la cabeza.

—Pero nadar en agua salada tiene que ser raro.

—Si tienes cortes escuece como mil demonios, pero cuando sales el picorcillo es agradable.

—El océano índico es el mejor —añadió Síle—; es tan salino que resulta más fácil flotar.

—No puedo imaginarme que aquí haga calor como para nadar —dijo Jude con un pequeño escalofrío.

Síle se rió.

—¡Entérate de que estamos en pleno verano! Pero cuando hace viento puede ser un poco rollo. Papá a veces nos ofrecía una recompensa de un penique a la primera que se metiera hasta el cuello.

—¿Quién ganaba?

—Casi siempre yo —dijo Orla.

—Sí, es más estoica. Pero papá es un buenazo —dijo Síle, metiendo la mano bajo el brazo de su padre—, y quien llegaba la segunda recibía medio penique.

Síle podía sentir que los minutos goteaban como un grifo mal cerrado. En Stoneybatter, llevó a Jude a la tienda de la esquina a comprar *fish and chips*.

—Alta cocina irlandesa.

Al regresar pasaron junto a unos niños sentados en un muro.

—¿Sois bolleras? —dijo una niña con desprecio.

—Sí —respondió Síle volviéndose para responder sin perder una gélida sonrisa—, y gracias por preguntar.

—Bésala, ¿eh? —le pidió un chico.

—¡Bésala tú!

Doblaron la esquina.

—Ya van dos veces en un fin de semana —comentó Jude entre dientes—. No parece que te importe.

—Palos y piedras —dijo Síle encogiéndose de hombros.

Aquella noche, su última noche, llovió a cántaros. Síle apartó las barras de la persiana a un lado; la cortina de agua era tan negra como un río de petróleo, y un coche que pasaba produjo una estruendosa salpicadura. Jude estaba tendida junto a ella, con el aspecto de una imagen de piedra de un fauno que dormía. Pero sus ojos estaban abiertos y reflejaron las luces de la calle.

Síle estaba cansada, pero no quería gastar ni un minuto durmiendo. Se permitió insistir. Golpeó uno de los postes con el tobillo. Se olvidó de que vivía en una fila de casas y se puso a lamentarse a gritos como una banshee en plena noche.

Se durmió sin quererlo, entre un fuerte abrazo y el siguiente, y se despertó a las siete el lunes con el ruido del despertador, sintiéndose como una niña que no quería ir al colegio.

A través de la persiana de la salita llegaban las luces de un taxi que esperaba.

—Me gustaría poder llevarte —le dijo a Jude—. Cómo me fastidia tener que ir a reclutar estudiantes en la jodida feria universitaria...

—Igual es mejor así.

—Sí. Los adioses son demoledores, ¿verdad? —Presionó la cara contra los pechos duros de Jude y rugió—: ¡Exijo asilo de un mundo implacable! ¡Y declaro ésta mi tierra!

Jude logró reír.

Mientras Síle se encontraba junto a la puerta de casa en su quimono de satén color crema viendo cómo el taxi doblaba la esquina, Deirdre asomó la cabeza.

—¿Cómo estás, Síle, hijita? ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente...

La mujer mayor se acercó hacia ella. Su rostro estaba rígido.

—Para lo que necesites, sólo tienes que dar unos golpecitos en la pared.

—Vale, muchas gracias —dijo Síle, preguntándose si Deirdre había quedado descolocada por la juventud de su visitante.

—No, pero... si hubiera algún problema, ni te lo pienses, da un golpe en la pared. ¡A cualquier hora del día o de la noche!

—Así lo haré. —Y Síle saludó con la mano a su preocupada vecina antes de entrar, pensando en qué iba a desayunar.

Sólo cuando iba por la tercera tostada de pan integral y mermelada de grosella lo entendió. Encaramada en el taburete de la cocina, sintió mortificación y placer mezclados como en un cóctel. Recordó los sonidos que Jude le había sacado, gritos que tenían que haber sonado a la vez como dolor y como placer. «Fantástico —pensó—, ahora todo el mundo en Stoneybatter empezará a decir que la azafata está siendo torturada por una chapera». Echó a reír, sentada a solas en la cocina, y no podía parar.

«Os quedan otros dos meses, todo lo más», era una de las cosas que Kathleen le había dicho en el club la otra noche. «Os maldigo a las dos», era la otra.

Canciones de ausencia

*Pon tus dulces labios más cerca del teléfono:
fingiremos que estamos juntos y a solas.*

JIM REEVES, «Pon tus dulces labios más cerca
del teléfono»

Cuando Jude abrió su mochila durante el vuelo de regreso, encontró una rosa blanca del jardincito de Síle entre las páginas de *Por dónde vuela el cuervo*. Era enorme, de textura cremosa, con corazón amarillo. Media docena de veces durante el trayecto la levantó para poder hundir en ella la nariz. Olía como zumo de lima, como la luz. Para cuando llegó a Toronto, la rosa no era más que un guiñapo de pétalos gastados.

Por teléfono, el padre de Jude bromeó un poco tristemente sobre el hecho de que sólo le había visitado una vez en los cinco años que llevaba en Florida, cuando había bajado en coche a su boda.

—Ya sabes que hay cursos que te ayudan a superar el miedo a volar.

Enseguida, Jude lamentó haber sido tan reservada; si Ben Turner no sabía nada de la vida de su hija, ¿a quién se podía culpar sino a ella misma?

—La verdad es que lo estoy superando. Acabo de regresar de Irlanda.

—¿Qué quieres decir? Vives en Irlanda.

—No, Irlanda el país. He estado... estoy viéndome con una chica, se llama Síle. Ben silbó.

—Tiene que ser algo gordo, para hacerte viajar hasta allá.

—Pues la verdad es que sí. —Tomó aire: su padre podía enfadarse por no haberlo sabido antes, o molesto porque había volado a Dublín y no a Tampa.

—Eso es fantástico, hija mía.

¿Era aquél un tono de alivio? ¿Gratitud porque su hija tan peculiar, casada antes de cumplir los diecinueve, había encontrado a alguien con quien por fin tener una relación seria? Jude se dijo a sí misma que tenía que dejar de ser tan retorcida.

Re: Toute Seule

*Sólo hace tres días que te fuiste, Jude, y ya me duele la añoranza.
Llámame mañana por la mañana, en cuanto te levantes.*

*Jael envió un mensaje y me dijo «Esa tía no está mal, aunque esté
pasando por una fase de no fumadora y haya nacido en los ochenta». (Grrr...
¡ya le he dicho dos veces que fue en el 79!)*

Re: *Chez Moi*

Sile, te juro que cuando cierro los ojos todavía siento tus manos.

En media hora tengo que estar en plan profesional en la feria de Clinton, que presenta este año actividades como construcción de gallineros, esquila de corderos, exhibición de terneras, juegos de bolos, una carrera de ponis de porcelana y una rifa. ¿Qué? ¿Te motiva?

Ahora estaba archivando el siguiente recorte del Irish Clarion (9 de febrero de 1861) y pensé que lo incluiría en plan indirecta muy directa...

¡Urgente!

Se precisan en Canadá miles de niñas bien educadas. Decenas de miles de hombres suspiran por lo que no pueden conseguir... ¡esposas!

¡Es una lástima!

No dudéis un instante... VENID ENSEGUIDA.

Si no podéis venir, enviad a vuestras hermanas. La demanda es tan grande que cualquiera que lleve faldas tiene una buena oportunidad. Estos hombres son todos tímidos, pero tienen buena voluntad. ¡Y cada uno de ellos un trofeo! No hay ni una manzana podrida. Venga, chicas, no perdáis la ocasión porque algunas de vosotras ya no tendréis otra.

—No lo sé, tenemos un acuerdo tácito —dijo Síle a Jael en la cola larga y salpicada de lluvia para entrar en un concierto en el club Mother Redcap. Las amigas se apretujaban tras una manada de mujeres de Liverpool en minifaldas en las que se leía: Bésame el culo, una de las cuales acababa de vomitar en la calzada.

—No tiene sentido —protestó Jael—. Total, ¿qué lleváis? Nada menos que dos fines de semana juntas en carne y hueso. A ver por qué tendríais que hacer ascos a que la otra se divirtiera un poco.

A Síle le recorrió un escalofrío arrebujaada en la chaqueta de lana.

—Y no me vengas con eso de que para ti no hay otra... —Jael se encogió para encender el cigarrillo en la brisa húmeda.

—Pues lo siento pero así es.

—Siempre te ha atraído muy poca gente —dijo Jael en tono de reproche.

—Pero no es sólo eso. Incluso aunque de repente me gustase alguien... —se interrumpió, intentando encontrar las palabras adecuadas—. A ver, si Jude y yo no sentimos el compromiso...

—Ahora me sales con tecnicismos legales.

—Oye, que eres tú la que está casada, ¿eh? —protestó Síle.

—Por eso. Estoy metida en una cárcel de tecnicismos y desde dentro te grito: «¡Afórrate a tu libertad!».

—Creía que Jude te caía bien.

—Me la comería toda.

—No me refería...

—Me gusta como persona y también como rollete. Creo que las dos tendríais que disfrutar de vuestra libertad.

—Es una palabra vacía —respondió Síle—. A ver cómo te lo explico; si Jude no fuera más que una entre muchas amantes posibles, entonces, dada la distancia entre nosotras, dados los inconvenientes, ¿qué sentido tendría?

Jael soltó una columna de humo por la nariz como si fuera un dragón.

—Pues a mí me parece que tiene todos los problemas de estar en pareja y ninguna de las ventajas.

—Bueno, no te negaré que las relaciones a larga distancia se basan en la masturbación —dijo Síle entre dientes.

Jael soltó una carcajada mientras la cola avanzó de golpe. La lluvia empezó a arreciar; las dos se apretaron bajo el alero del edificio. Durante un instante, Síle no pudo ni recordar el nombre del violinista que había venido a ver. En aquellos días continuamente se distraía, olvidando su propia vida.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—No, me temo que no —dijo Jael—. Una amistad de sólo quince años no te autoriza a hacer preguntas.

Síle sonrió.

—Simplemente me preguntaba por qué acabaste pasando de las mujeres.

Una breve pausa.

—¿Sí?

—¿No?

Jael pisoteó el cigarrillo con su bota puntiaguda.

—Creo que simplemente conocí a Anton. Tiene su punto de gracia que me hiciera exbollera en los noventa, justo cuando la situación de las bollos irlandesas empezaba a mejorar. —Encendió otro—. Igual volveré al asunto, cuando él acabe muerto. Haré de Vita Sackville-West en la residencia de ancianos.

—Entonces no es que dejen de gustarte —preguntó Síle.

—Nunca ha dejado de gustarme nada —dijo Jael—. La noche antes de nuestra boda le dije a Anton que ya había probado la monogamia y que no me iba nada. Sospecho que pensó que estaba de broma. Pero ahora el chiste soy yo, al parecer, porque he estado demasiado ocupada y fatigada. «No-monógama», decíamos —recordó—, como si fuera un principio filosófico, en lugar de simple puterío. En fin, volviendo al tema del bello sexo, seguro que dan gracias por haber dejado de darles la lata.

Síle asintió.

—Como lesbiana eras una auténtica perra —se arriesgó a decir—. Se te da mejor ser esposa y madre.

La boca de Jael tembló.

—Bueno, las mujeres me ponen de los nervios. Son tan sensibles como conejos ante el faro de los coches. Mientras que Anton es una bola de goma: en cuanto trato de aplastarlo, simplemente rebota.

Síle intentaba recuperar sueño tras un turno de cuatro días, pero el cartero la despertó con un sobre acolchado en el que había una casete con la etiqueta «Canciones de ausencia», escrita con la cuidadosa caligrafía de Jude. Le desbordó una cariñosa exasperación.

—¡Una cinta! Llevas tres generaciones tecnológicas de retraso —dijo a Jude por teléfono.

—¿Pero te gusta la compilación?

—Mucho, a pesar de la terrible calidad de sonido. Es como una experiencia de regreso al pasado. Tuve que tomar prestado el magnetófono de Deirdre para poder escucharla.

—¿Cuál es tu preferida?

—Empate entre *All by myself* y *Walking after Midnight*.

—La mía es Ella cantando *Every Time We Say Good-Bye* —dijo Jude.

Entonces a Síle le vino algo a la mente.

—¿Crees que las mejores canciones son siempre canciones de ausencia?

Jude soltó una carcajada.

—Sí que hay algo de verdad en eso. Nada de bostezar ante la televisión o riñas sobre quién olvidó comprar leche.

Se llamaban a cualquier hora del día o de la noche en que pensaban que la otra estaba contactable y despierta. Hablaban desde aeropuertos, la cama, o en el baño (Síle había empezado a tomar un baño de vez en cuando, para recordar a Jude y porque parecía que tenía más tiempo).

—Esto tiene que estar costando un dineral, ya te llamo yo —decía Síle, y Jude respondía:

—No importa. ¿Qué llevas puesto?

Jude no conseguía decidir qué compañía telefónica ofrecía los mejores precios. No necesitaba un paquete-descuento «Familia y amigos», dijo a Síle; necesitaba uno especial para «Romance obsesivo».

—Jude, tengo que confesarte que he estado mirando el teléfono y deseando que sonase como si fuera una chica de una película de los cincuenta. O, bueno, supongo que has salido a disfrutar la frenética vida nocturna de tu villorrio. Si llegas antes de medianoche (horario tuyo), intenta llamarme, aunque para esa hora igual me he ido al italiano. Besote...

—Síle, lo siento de verdad; de haber sabido que llamarías habría vuelto antes. Había ido a cenar con mis vecinos los Petersons...

—¡Mierda! Creía que te pillaría desayunando hoy, pero al parecer te has largado al museo al alba. Trabajas mucho más de lo que te pagan; voy a chivarme...

—Oh, querida, estaba cortándome el pelo. El teléfono volvió a sonar un minuto

después, y salí disparada escaleras abajo, pero no eras tú, era alguien que quería que me matriculase en un curso de contabilidad, así que lo he puesto todo perdido de pelos para nada. Mejor que pase la escoba, luego tengo que colgar propaganda electoral en mi jardín. El desfase de las llamadas empieza a ser un poquito irritante.

—¿Un poquito, dices? Acabo de regresar; me había ido al supermercado para comprar más verdura. Cualquiera hora antes de medianoche me vale si me quieres llamar... no, más tarde también, de hecho: siempre puedo volver a dormirme...

A veces hacían reservas de llamadas con antelación, lo cual las hacía menos espontáneas. Una vez Síle intentó contactar con Jude continuamente durante un sábado y empezó a ponerse histérica, antes de recordar que aquél era el fin de semana en que había una convención en Toronto llamada El pasado del Ontario sudoccidental: hacia el futuro.

Nunca podían desearse buenas noches o buenos días sin reírse de la incongruencia, de la disonancia. Su coordinación era fatal: sus biorritmos nunca coincidían. A veces Síle se iba a la cama, y quería flirtear medio adormilada, pero Jude estaba friendo unos ajos o tenía que salir pitando a una reunión o a jugar a billar con Rizla. A veces, mientras tomaba sus gachas, Jude llamaba a Síle y la pillaba toda espabilada y pizpireta mientras sorteaba obstáculos en un aeropuerto. Una vez, sintiendo insomnio a las cuatro de la mañana, llamó y le salió Síle mientras preparaba el té para una vecina de ochenta y cinco años que se había pasado a utilizar su escáner.

Fuera de la vista, pero no fuera de los pensamientos, se decía Síle en momentos solitarios. Era como una oración, suponía: hablar en la cabeza, mantener la fe en lo invisible.

Aquí y ahora

*Toda tu vida
que ha transcurrido,
lo que vendrá después,
... para que ignores
para que hagas perfecto
el presente.*

ROBERT BROWNING, «¡Ahora!»

El aeropuerto Pearson de Toronto a principios de julio. Síle empezó a reírse al cruzar corriendo las puertas automáticas.

—Mmm —dijo Jude por fin cuando emergió de la cortina de pelo—, ¿dónde está tu equipaje?

Síle extendió los brazos.

—No te lo vas a creer. Anoche llegué tarde a casa, de cenar con Orla en un sitio nuevo libanés, y te juro que puse el despertador con mucho tiempo, pero igual me equivoqué y se quedó en «p. m.», en lugar de «a. m.», ¡pero el caso es que no sonó! Menudo error de principiante. Soñaba que estaba en tu entierro —explicó sujetando la manga de la camiseta blanca de Jude— y no podía dejar de llorar, y tus amigos (tu madre también estaba allí) no paraban de mirarme y de cuchichear: «¿Y ésa quién es?, no la hemos visto nunca». Entonces el cura empezó a dar golpes al féretro con una pala...

—¿Me organizaste un funeral católico?

—Cállate, es un sueño que tuve —dijo Síle besándola en el cuello. ¡Caray, era fantástico estar allí, sin toda la distancia que las separaba!—. Y por supuesto los golpes eran los del taxista que llamaba a mi puerta. Y gracias a Dios que lo hizo... llevaba allí unos diez minutos. Tuve que bajar corriendo envuelta en una toalla...

Jude sonrió al imaginarlo.

—Y apenas tuve tiempo de echarme esto encima —dijo, mirándose el traje de lino color ámbar—. En la puerta de salidas me estaban llamando por los altavoces. Me puse como un tomate. Menos mal que no era mi compañía.

—No tienes mala pinta —murmuró Jude.

—Bueno, pude comprar maquillaje en el *duty free*. Lo único que he traído son las tarjetas de crédito. Con las prisas me dejé hasta el artilugio en la mesa de la cocina. Tendrás que llevarme de compras en... —intentó recordar el lugar que la revista del avión había recomendado para Toronto—... Yorkville, ¿no se llama así?

—El problema es que —dijo Jude conduciéndola hacia la puerta— hemos quedado con Gwen en la Feria Veraniega del Calabacín a las cuatro.

—¿Presenta algo a concurso?

—Sí, en la categoría de aperitivo de fantasía, y además siempre lleva el puesto de mermeladas y conservas de fruta.

—¿No podemos llamarla y cambiar la hora? —Entonces Síle suspiró—. Vale, seguro que no tiene móvil.

—Creo que es la única feria veraniega en el mundo que gira en torno a calabazas y todos los tipos de calabacín.

—¡En fin! Adelante entonces —dijo Síle poniéndose las nuevas gafas cuando salieron al deslumbrante sol.

Jude la miró de reojo.

—¿Te has vuelto loca?

—No, no, ya me arreglaré sin pertenencias, no te preocupes por mí.

El Mustang no tenía aire acondicionado y, con las ventanas bajadas, por la autopista el rugido del aire hacía imposible conversar. Síle puso la mano en el muslo envuelto en tela vaquera de Jude, y disfrutó de la sensación de no hacer nada en absoluto. Cuando se metieron por las carreteras secundarias, cruzando campos en barbecho y cubiertos de flores, con el viento cálido perfumado de estiércol revolviéndole el pelo, se sintió absurdamente feliz. Vio puestos de frutas, estudios artísticos, pensiones, cafeterías, rastrillos con nombres como Ángel Treasures, Porch Geese y otros Coleccionables Tradicionales y Totalmente Únicos.

—¿Ha habido un boom por aquí desde abril? —preguntó a gritos.

Jude cabeceó.

—Hay un montón de negocios por aquí que sólo abren en verano, para aprovechar el turismo —le gritó en respuesta.

Síle deslizó la mano por dentro de la suave camiseta. Observó que apretarle un pezón no afectaba a la conducción de Jude, pero sí su respiración.

—¡Mira! —dijo señalando una valla anunciadora en una iglesia que proclamaba: «dios recibe mensajes cuando te arrodillas». Mierda, sin el artilugio, ¿cómo iba a recordar aquellas cosas?

Ovejas cremosas, vacas marrones y un caballo negro con su potranca tumbados en la hierba como si estuvieran fumados. A un lado de un granero en letras enormes recién pintadas ponía: «matrimonio = hombre + mujer». Una tienda de mobiliario de jardín con un signo que decía: «LABRA LA TIERRA ALLÍ DONDE TIENES LAS RAÍCES». Jude dijo algo que se perdió en el viento cálido.

—¿Qué?

—Que ésa me gusta, dejando de lado la sintaxis.

—Muy propio de ti —le gritó Síle.

La Feria Veraniega del Calabacín, en una granja en las afueras de Irlanda, estaba llena hasta los topes. Bajo toldos a rayas, la gente hacía cola para tomar su helado de

calabacín con zumo de flores fritas, y en otro sitio estaba la final de esculturas de calabacín prevista para las cinco (las categorías incluían «risa», «horror» y «famosos»). En la tienda grande, un grupo de ocho parejas de cierta edad hacían bailes *country* con una envidiable gracia: los hombres llevaban camisas de *cowboy* atadas con cordones de zapatos, las mujeres daban toques a sus enaguas almidonadas.

—Cielo santo —exclamó Síle—, ¿de dónde han salido estas hordas?

Gwen escribía «3.99 \$» en las tapas de los tarros de mermeladas.

—¿A qué gordas te refieres? —preguntó serena mirando hacia el campo.

—«Hordas», multitudes, masas de gente —aclaró Síle, atónita. Jude se partía de risa.

—Ah, de todas partes, la verdad —le explicó Gwen—. Es una celebración muy famosa; acabo de ver una familia que viene de Ohio. Aquélla es mi sobrina Tasmin, ya está dilatada dos centímetros...

—¡Por fin! —dijo Jude.

—... y continuará paseándose hasta que se ponga de parto en serio. Y Jocelyne allí... —Gwen hizo un gesto con la cabeza en dirección a una rubia tumbada en una hamaca tras el puesto—. Ha estado actuando en *Troilo y Crésida* y en *Vidas privadas*, en el Festival de Teatro de Stratford, todo el verano.

—Lo cual suena casi tan fatigoso como estar de parto —murmuró Síle—. Os encanta la herencia inglesa por aquí, ¿no?

—Yo no soy de familia inglesa —la corrigió Gwen—. Soy alemana; fueron los pilotos ingleses los que bombardearon a los míos en Dresde.

—Ah, la historia —murmuró Jude para romper el breve silencio—... Nunca se aburre una.

—¿Te ha parecido largo el trayecto desde Toronto? —preguntó Gwen a Síle.

—¿Te refieres a que Irlanda la isla podría caber en su totalidad en uno de los parques de Ontario? —dijo Síle con sarcasmo—. No, ha ido bien; Gwen, mi trabajo consiste precisamente en pasar mucho tiempo metida en una lata de sardinas. —Se percató, con cierta irritación, de su costumbre profesional de repetir los nombres de la gente.

—El Mustang ese debería ir al desguace. Yo lo haría por ti, Jude, como gesto de amistad.

Jude asintió.

—Lo único es que el dinero del seguro no me daría ni para un casco de moto.

El Calabacín Gigante era lo suficientemente espacioso para que a Síle y Jude les hicieran una foto sentadas dentro. Síle se gastó 2 dólares para adivinar el peso (la moneda canadiense todavía le parecía dinero de Monopoly; todo era increíblemente barato cuando lo traducía a euros). Se tomó una rodaja de calabacín a la barbacoa untada de pesto y un plato de unos pequeñitos con mantequilla y cortados para que se abrieran en forma de abanico, con las flores todavía, y rellenos de una *mousse* salada. Su favorita fue la tarta de calabacín con glasé de sirope de arce. Lanzando aros a una

pared de ganchos, Jude ganó una cestita de cortezas decorativas, y se la regaló a Síle, que se quedó absorta con la forma de una de ellas en la que se había pintado un gnomo.

—Fíjate, si me hubiera traído mi navaja suiza podría haber ido haciendo tallas de todo lo que me falta de equipaje —le dijo a Jude—: un peine, un platito, tapones para los oídos...

—Un joyero, unas castañuelas... —contribuyó Gwen.

—Wonderbra —continuó Síle, poniéndose dos puntas semiesféricas ahuecadas sobre el pecho—. Se podría desarrollar toda una civilización desde el principio.

Jude la llevó a un Paseo Rústico en algo llamado La Carreta de Heno de los Pioneros.

—Creía que odiabas que se comercializase la nostalgia —comentó Síle.

—Sólo cuando se presenta como historia. Si no es más que un paseo en carreta, estoy a favor.

Mientras los niños daban brincos y se tiraban heno, Síle y Jude se recostaron en la paja perfumada y áspera.

—Estás en los huesos —murmuró Síle encontrando un lugar mullido para su cabeza bajo el hombro de Jude—; me va a costar encontrar la posición.

—¿Le has encontrado la gracia a los calabacines ya?

—¡Totalmente! En especial éstos a rayas, que llamáis «cocozele»; no los había visto en mi vida.

Jude le dio un largo beso.

—¿Conoces esas películas sobre yanquis de ciudad que visitan el inocente mundo rural? Pues parece que en tu caso es un poco al revés.

—Yo no llamaría al Ontario rural «inocente», la verdad —dijo Síle—. Simplemente «primitivo».

Como respuesta, Jude le restregó heno por el pelo. Cuando Síle dejó de resistirse se quedó tendida un rato, con el sol quemándole las piernas mientras la carreta les llevaba a trompicones por el campo.

Gwen estaba invitada a cenar, y trajo una barra de pan con calabacín, dátiles y nuez. A Síle le estaba resultando algo difícil, como le pasaba con las mujeres calladas, pero en general valía la pena el esfuerzo.

—¿Por qué llevas el buscapersonas en un día libre?

—Por si alguno de los residentes se nos escapa —le dijo Gwen.

—¿Y cómo pueden escapar? ¿No cerráis las puertas?

—Bueno, ya sabes, Derechos Humanos —dijo Gwen, cortante—. Libertad de movimientos y todo eso.

—Eso por mucho que los que tienen alzhéimer puedan acabar bajo un autobús de gente que va al teatro —señaló Jude.

Síle consiguió que Gwen les contase cosas sobre su trabajo anterior en una clínica rural.

—A poco más de quince minutos, no te hablo del Yukón —dijo Gwen—, están los ancianos, y las familias amish, y las familias de granjeros, y nadie va al médico.

—¿Y eso por qué? —preguntó Síle. Gwen era atractiva al estilo de los pioneros, decidió.

—Sería un signo de debilidad, ¿no? Como quejarse delante de los vecinos. Así que esperan hasta que el cáncer es terciario..., eso en el caso de las mujeres; los hombres no vienen a menos que la segadora les haya cercenado una pierna.

—Madre de Dios. Y yo creía que en Irlanda los hombres eran duros.

—¿Duros de qué? —se oyó una voz profunda detrás de Síle, produciéndole un sobresalto.

—Podrías llamar, ¿no?, antes de meterte en mi cocina —dijo Jude a Rizla.

—Mi pueblo tiene la vieja costumbre de entrar en lugares de manera espontánea —se justificó, acercándose una silla y tomando las dos últimas tajadas de pastel. Gwen frunció los labios—. Y además me han vuelto a cortar el teléfono.

Síle se percató de que ella era la razón de aquella visita, y le resultó extrañamente halagador. Ahora la pilló preparada.

—Respondiendo a tu pregunta, Rizla, los irlandeses son duros de pelar a la hora de ignorar asuntos de salud. Cigarrillos, cortes sucios en las manos —dijo con los ojos fijos en sus dedos ennegrecidos— y demasiados pasteles.

Las carcajadas de Rizla sonaron como un globo que estalla.

—Es espabilada, ¿eh? —comentó volviéndose hacia Jude.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—En fin —continuó Gwen—, las señoras amish creen que es falta de modestia comer demasiado, así que sus bebés nacen raquítricos. Me cabreeé con una tipa una vez. Le dije: «¿No se supone que tenéis que “crecer y multiplicaros”?». Y por lo que respecta a las autoexploraciones mamarias... tuvimos que llamarlos Noche de Información de Gripe Femenina y repartir los folletos a escondidas.

—Oye, pues qué suerte —dijo Síle echándose a reír, y apurando su Martini añadió—: Vida rural, ¡puaj!

—¿Y entonces qué haces por aquí otra vez? —preguntó Rizla.

Síle le sonrió, apretando el muslo de Jude bajo la mesa.

—Probar las exquisiteces locales —contestó con un tono claramente insinuante.

Él se partió de risa y ella pensó: «A pesar de todo le caigo bien».

Rizla empezó a contarles que su hermana acababa de firmar un estupendo contrato para grabar un disco.

—¿Qué tipo de música hace? —preguntó Síle.

Él se encogió de hombros.

—New Age aborigen, creo que la llama. Su nombre artístico es Pluma Que Cae, porque dice que Ann Vandeloo suena como una marca de tarta de manzana. Así que habrá una gran fiesta en su casa toda la semana que viene; y vosotras tendríais que venir en la moto —dijo excluyendo a Gwen—. A menos que se ponga a llover otra

vez.

Al parecer el verano estaba resultando extrañamente fresco y húmedo, aunque a Síle le parecía asfixiante. Rizla empezó a prevenirla contra los tornados.

—En la autopista jamás trates de hacer carreras con ellos, porque acabarás hecha fosfatina. Te bajas del coche y métete en una zanja.

—No dejes que te asuste —le dijo Gwen—. Inmigrantes de todo el mundo no hacen más que aporrear la puerta para que les dejen establecerse en el Ontario suroccidental. Conseguir un visado no es demasiado difícil si sabes hacer algo —añadió apresuradamente.

—No me cabe la menor duda —murmuró Síle, divertida por la falta de sutileza. Jude le interceptó la mirada y le dedicó una sonrisita de disculpa avergonzada.

—A ver, ¿por qué tendría que intentar asustarla? —dijo Rizla con desprecio—. Nos vendría bien una tía buena como Síle, con tantos cardos como hay por aquí.

Gwen le miró fijamente.

—Me parece que Síle tendría que mudarse de inmediato, pero ya —dijo señalando con el dedo el dormitorio del piso de arriba—. A ver si le da alegría a este caserón.

—¿Trabajar en Dudovick's? —sugirió Síle.

—Pues ¿por qué no? Seguro que te convertirías en una desplumadora de pavos fenomenal.

—O también podría sacar mis ahorros, comprar el garaje-café en el que trabajas y convertirme en tu jefa.

Aquello le descolocó, pero sólo durante un segundo, notó Síle; enseguida se puso de rodillas exhibiendo lo fácilmente que le lamería las botas. Gwen se mostró asqueada.

Luego se pusieron a jugar al Pictionary. Los dibujos de Gwen eran cómicamente malos, mientras que las manazas de Rizla mostraron su destreza con un lápiz; cuando Síle se quedó bloqueada ante las diferencias entre una ballena y una foca, Rizla le hizo un diagrama de cada una, al que añadió un delfín, un tiburón y una nutria.

—¿Y cómo es que eres tan experto? —preguntó Gwen confusa.

—A los veinte años me recorrí el mundo —le recordó.

—¿Y nadabas con los tiburones? —preguntó Síle.

—Lavando platos y haciendo autoestop —explicó Jude—. La naturaleza la conoce por los documentales de la tele.

—La sabiduría mohawk tiene misteriosas rutas.

—Oh —recordó Síle—, y Jude me cuenta que sabes hacer sonidos de los pájaros que hay en las monedas de un dólar.

—El somormujo me sale muy bien. —Hizo un hueco con las manos y salió un ulular triste—. Pero Jude tendría que habértelo mostrado por sí sola; le enseñé a hacerlo cuando era una niña.

—Y no es lo único que le enseñaste —dijo Gwen entre dientes.

Él la miró atónito.

—Si tienes algo que decir, suéltalo.

Jude intentó sin éxito la llamada del somormujo.

—¿Ves?, ya no me sale.

—En mi opinión —dijo Gwen a Rizla—, tuviste suerte que su madre no llamara a la policía.

Los ojos se le pusieron como platos.

—Hey, hey... —empezó Jude.

—Pero a ver qué adulto se va de juerga con una adolescente dándole calimocho, y haciendo jueguecitos peligrosos con el coche que casi le parten la crisma.

Síle se tapó la boca para sonreír.

—No fue más que un corte en la oreja —dijo Jude—. Y todos le suplicábamos que nos comprase alcohol.

Rizla explotó, señalando a Gwen con el dedo.

—Me haces parecer una mierda de asesino en serie.

—Lo único que digo es que, si una hija mía...

—No era una jodida virgen vestal, ¿vale, tía? No le di nada que cualquier niña de dieciséis años no hubiera probado ya.

Jude hizo un gesto de desolación.

Rizla continuó bramando.

—Escucha, señoritinga. Porque te hayas pasado la adolescencia quedándote a practicar voleibol porque a nadie se le empinara al verte...

A Síle le encantó comprobar que esta observación no había dolido a Gwen.

—Y entonces vas y te casas con ella —le acusó—, en un sórdido intento de evitar que escapase de tus garras sudorosas y estudiase en la universidad...

—No tenía planes de irme —interrumpió Jude, pero nadie la escuchaba.

—... y es típico de ti que todavía no hayas encontrado ni un centavo para el divorcio. Y no me vengas ahora con la vieja historia del racismo o la política fiscal de los conservadores para justificar que vives en una caravana que se cae a trozos.

Rizla mostró una sonrisa de osito de peluche.

—El caso es que yo siempre seré su colega número uno. Tú serás la de repuesto.

Gwen habló entre dientes, apoyándose sobre la mesa:

—Lo que tú eres es el detritus de su vida.

—¿Me dejáis hablar un minuto? —Síle habló con una serena autoridad, como si se dirigiera a un avión lleno de temerosos pasajeros—. Me doy cuenta de que la pobre Jude tiene la mala suerte de que sus dos viejos amigos no se aguanten, pero dadas las limitadas opciones en un área con tan escasa población, no creo que se desprenda de ninguno de vosotros... a menos que continuéis comportándoos como criaturas de tres años en las cenas. O sea, ¿vale si lo dejamos por hoy y nos vamos a dormir?

Más tarde, Síle tuvo que utilizar crema hidratante y papel higiénico para quitarse

el maquillaje. Fue divertida tanta improvisación, aunque no podía imaginarse cómo iba a aguantar toda la semana sin ir de compras.

Jude localizó un cepillo de dientes por estrenar en el fondo de un armario.

Síle lo miró algo intrigada.

—Espero saber qué hacer con esto sin ayuda de la electricidad.

—Mira, como llegue el Apocalipsis vas a estar totalmente indefensa.

—Como llegue el Apocalipsis tengo mucha mayor experiencia para enfrentarme a multitudes y quemaduras de primer grado que tú.

En cuanto Síle se metió en la cama junto a ella, Jude dijo:

—¿Estás bien? ¿Alguna otra necesidad básica que pueda suministrarte?

—Muy posiblemente —dijo Síle enroscando una pierna en torno a la cintura de Jude.

—¿Qué hora es para ti?

Síle hizo un cálculo rápido: «las tres de la mañana».

—Aquí y ahora.

Jude tuvo que trabajar al día siguiente para poder tomarse un fin de semana de tres días después. Síle olió su vestido de lino e hizo una mueca.

—Si quieres esta tarde podríamos ir a las tiendas de Stratford.

—No, me lo tomo como una experiencia de aprendizaje. Me he pasado ya veinticuatro horas sin equipaje; ya veremos cuánto duro. La gente se gasta cientos de euros en cursos para aprender a simplificar la vida.

Jude resopló.

Síle se las arregló para encontrar unos vaqueros de corte bajo que venían anchos a Jude pero se ajustaban a su trasero; dando unas cuantas vueltas a los dobladillos, daban el pego como pantalones estilo Capri. Añadió un cinturón con cabeza de serpiente y una pañoleta roja para evitar que el pelo le cayera sobre los ojos.

—¡Guau! —exclamó Jude acariciando su chaleco blanco adaptado a la curva de los hombros de Síle—. Todo parece diferente cuando lo llevas tú.

Desayunaron bajo los árboles, en una plataforma junto a varios comederos para pájaros. Jude señaló una tórtola, un mirlo de ala roja, un pinzón y una graja con cabeza de jade. El aire ya se notaba pegajoso cuando Síle acompañó a Jude al museo y le dio un beso de despedida. Había un toque sulfuroso en el aire, que Jude atribuyó a las mofetas.

Síle se pasó la primera parte de la mañana dando vueltas por la vieja casa. Era de líneas abiertas, y Jude la cuidaba para evitar los montones de trastos y que mantuviera la serenidad. Había telas rojas y azules colgadas en casi todas las paredes; pensó que probablemente habían sido tejidas por Rachel Turner. Síle se sintió como una detective, buscando en viejos archivadores y álbumes de fotos. Dentro de un ropero encontró la inscripción «J. L. T. 1989» con la pulcra caligrafía de una niña de diez años. Mil novecientos ochenta y nueve: aquél era el año en que Síle y Ger (que descubrieron que se llevaban mucho mejor desde que eran «ex») fueron a bucear a la

Gran Barrera de Coral. En ocasiones el desajuste entre su pasado y el de Jude era tan amplio que sentía mareos.

Se paseó por toda la Calle Mayor. En el Garage se tomó una limonada casera; los únicos clientes que había, aparte de ella, eran una parejita de dos gordos adolescentes, chico y chica, que se acariciaban las manos, y dos mujeres que lamentaban el cierre de dos rutas de correo rural y hablaban de las peculiaridades de sus vacas, sus tractores (de los que hablaban en femenino) y de sus maridos. Síle escuchó las vocales redondeadas; pensó que empezaba a distinguir el acento local, aunque Jude lo tenía poco marcado, quizá por su madre inglesa. El menú incluía un «Pequeño Eric» (un pescado con queso) y un «Bocata Largo». Mirando por la ventana a través de la cortinilla de encaje, creyó distinguir las piernas de Rizla que asomaban por debajo de un Jeep. A pesar de todos sus famosos viajes, no parecía tener más ambición de irse de la ciudad. Se le veía extrañamente feliz, teniendo en cuenta lo simple que era su existencia: arreglar coches, almuerzo gratis en el local. «Cállate, Síle —se recriminó a sí misma—, ¿cómo vas a saber en qué consiste su vida?». Tenía una buena amiga con la que estaba técnicamente casado. Sabía que sus celos eran absurdos, pero eso no los hacía esfumarse.

En la tienda de recuerdos tradicionales Olde Tyme, Síle contribuyó a la economía local comprando un joyero con forma de coctelera y unos paños de cocina hechos de tela de saco de harina. Por la calle vio muchas gorras de béisbol, tela vaquera, pantalones cortos. También peinados descuidados, filas de dientes blancos, bigotazos que hacían parecer a los hombres gays de los setenta. Los coches eran en su mayoría Buicks, Chryslers, Dodges y camionetas GMC, algunas viejas, algunas nuevas y con aspecto caro. Pasó junto a un todoterreno amarillo y se preguntó si sería aquél el que había atropellado al Setter rojo de Jude. Contó tres cochecitos a motor; en Dublín, las ancianas se arreglaban con bastones, pero por otra parte allí nunca había calzadas colmadas de nieve hasta la rodilla. Dos niñas en vestidos largos pasaron junto a ella en patines; pensó que igual eran menonitas. El pequeño cementerio tenía nombres que le resultaban familiares, como Malones, Meaghers, O'Learys y Feeneys, pero también un Looby, algunos Soontiensens, Krauskopts, Schoonderwoerds y (éste le hizo sonreír) Heuver-Poppes.

En Replay, que era un videoclub y también tienda de libros de segunda mano, un hombre con cara trágica le cobró un dólar por un volumen de poemas epistolares de amor titulado De carne y papel. Al llegar a la puerta, se dio la vuelta y exclamó:

—Disculpe, pero esto antes era una tienda de muebles, ¿no?

Él asintió:

—Ben tuvo una tumbona de terciopelo amarillo en ese escaparate durante cinco años, lo juro. El material era delicado; no tenía el sentido comercial de una rana, aunque no le digas a Jude que te lo he dicho.

La cara de Síle se encendió; por supuesto, el hombre sabía quién era. Olvidaba que llevaba un letrero invisible:

«EL ÚLTIMO LIGUE DE LA TURNER».

Oyó un misterioso golpeteo procedente de la factoría de pavos. Síle se detuvo a leer el eslogan de estilo soviético: «SIEMPRE LUCHANDO POR ALCANZAR NUESTROS OBJETIVOS CON SEGURIDAD, EN LOS ÚLTIMOS SEIS AÑOS NO HEMOS PERDIDO TIEMPO DEBIDO A ACCIDENTES».

Muchas casas tenían sillas de madera en el exterior, con reposabrazos planos para dejar las bebidas. Había veletas del Pato Lucas, gnomos, sofisticados balancines y columpios, una gigantesca cama elástica como la que sus sobrinos tenían en Dublín. Aros de baloncesto, campanas tubulares, carretillas de plástico y bicicletas por el suelo con total despreocupación por los ladrones, banderas con hojas de arce y pancartas con ositos de peluche. Algún católico había colgado un Niño Jesús de Praga de su dormitorio. Pasó frente a un porche lleno de ropa blanca tendida, y reconoció el ruido distintivo de un módem chirriar en aquella casa.

—Anda, Jim, ¿cómo va todo? —escuchó desde la calle.

—No va mal, Loretta, ¿y tú?

—Bien, bien; hale, ya nos hablamos luego.

Dublín jamás había sido así, pensó Síle, aunque había tenido cierta tranquilidad somnolienta en los ochenta, antes de que la marea de dinero lo inundase todo.

Los médicos jubilados que vivían junto a Jude vendían melocotones en su porche; Síle compró un cesto y se presentó.

—¡Qué acento tan bonito! —le dijeron, tal como habían hecho otros aquella mañana; temió estar exagerándolo. El doctor Peterson le aseguró que, cuando era pequeño, todo en aquella zona era vegetación; salía con su escopeta y regresaba con un par de conejos para cenar.

—En aquellos tiempos podías disparar un cañón por la Calle Mayor, pero hoy en día... ¡hay tanto tráfico!

Síle asintió, con cara de póquer. No es que menospreciase a los habitantes de Irlanda, Ontario; simplemente es que no se podía tomar aquel lugar en serio.

Querían saber cómo le iba a Jude desde que perdió a su madre.

—Los inhibidores de serotonina hacen maravillas en situaciones de duelo —le aseguró la doctora Peterson. Síle quedó descolocada por este brusco giro hacia lo contemporáneo.

En el porche del ultramarinos, los niños chupaban tubos helados que Síle recordaba de su infancia, pero aquéllos parecían tres veces más largos. Dentro, había un mostrador de correos, así como otro de tintorería. El mostrador principal tenía tarros de hierbas, un estante con carne seca, y un platito con centavos en el que se leía: «deja uno, toma uno cuando lo necesites». En el tablón había anuncios para un «HOMENAJE A GARTH BROOKS, CONCURSO DE PESCA CON PREMIO A LA TRUCHA MÁS LARGA» y «CACHORROS DESPARASITADOS DE HUSKY SIBERIANO, 250 DÓLARES». Paul Se especializaba en cebo vivo y resolvía todos sus problemas con mofetas, zarigüeyas, mapaches, palomos, murciélagos y visones. Había un puesto para una «persona» (le

gustaba el intento de ser neutral en cuestiones de género) en una planta mineral de la zona de Goderich: «CONDUCIR MONTACARGAS, EQUIPAMIENTO PROPIO».

A las doce y cuarto hizo unos sándwiches bastante peculiares con las cosas que pudo encontrar en la nevera de Jude (brie y mango, jamón y pepino) y se los llevó al museo. Jude estaba sacando extractos de algunas cartas para un especial sobre depresiones económicas denominado «Tiempos de hambre».

—¿Sabías que el destinatario es propietario del trozo de papel en sí, como si siguiera el cuerpo, pero el remitente es dueño de las palabras, como el alma de la carta? Es como un obsequio que en parte ofreces y en parte te quedas.

—¡Qué romántico! —Síle se encaramó en el escritorio y se apoyó para tratar de distinguir la caligrafía filiforme—. Un cordel invisible entre ambos.

—Pero una faena si intentas localizar a dos grupos de descendientes para conseguir permisos. Ahora me pregunto si debería resumir lo que piensa la señora Alfred Vogel sobre sus hijos fallecidos en lugar de citar directamente unas palabras que, la verdad, no son muy elocuentes... ¿Qué te parece todo? —preguntó Jude tomando otro sándwich.

A Síle no le engañó el tono trivial.

—Encantador —le aseguró. Por pura sinceridad, añadió—: Un pelín Stepford. —Jude sonrió—. Anda, mira qué bien, una referencia a la cultura popular que no tengo que explicar.

—Leí *Las esposas de Stepford* cuando tenía doce años y me juré a mí misma que nunca me casaría.

—¿Y qué te pasó?

—Supongo que lo olvidé.

—El *Hamlet* de la tienda de libros de segunda mano ha dicho cosas feas de la intuición para los negocios de tu padre —explicó Síle—, aunque no estoy segura de que el tipo gane lo suficiente como para pagar las bombillas.

Jude soltó una carcajada.

—Ése es Joe Costelloe. Alma es la cocinera en la casa de huéspedes La Vieja Estación. Se separó de Joe hace años; ahora viven en diferentes pisos de la casa, pero tienen que compartir la cocina y el baño. Los dos esperan que el otro se harte y se vaya de la ciudad.

—Madre de Dios —gruñó Síle—, ¿están bajo un sortilegio o algo así?

Jude se encogió de hombros.

—Un matrimonio roto es suficiente, no hace falta perder también la casa.

Para sus adentros, Síle pensó que sería mejor para ambos Costelloes.

—Y tanto el Mitchell Advócate como el Hurón Expositor me han tenido fascinada. Llenos de fotos borrosas de ganadores de algún premio o vendedores llamados Wayne o Agnes o, no podía fallar, Dave. Avisos de «defensores de derechos animales» que entran a la fuerza en las granjas de pollos. Y me encanta el modo en que yuxtaponen noticias internacionales y locales, como cuando ponen «Asia se

enfrenta a una crisis financiera» junto a los anuncios de perritos perdidos o los obituarios... y cuando las noticias de bolsa incluyen cerdos y granos.

—¿A que nunca has leído un periódico local irlandés?

—Mmmm... —dijo Síle—. Pero seguro que no podían ser tan naíf. Hay una carrera de bicicletas para una causa humanitaria en Seaforth la semana que viene... ¡y gana quien vaya más lento!

—Vaya, no te has dejado ni un detalle —dijo Jude con cierto retintín.

Síle decidió entonces que se estaba pasando con la sátira.

—En el ultramarinos, ¿quién te atendió? ¿Era uno joven? Seguro que Neil McBride, el evangélico al que no hacemos gracia ni yo ni mi corte de pelo. Seguro que me imagina quemándome en las hogueras del infierno. ¿Estaba su madre?

—¿Una mujer bastante mayor, con reflejos azules en el pelo? —recordó Síle.

—Julia McBride.

—¡No me digas! La de tu padre... ¿sigue allí?

—¿Adónde va a irse? Papá se mudó a Buffalo, y hubo peleas terribles entre ella y Hank. Una vez la vieron con una moradura, pero ella jamás le dejó.

—Entonces tu pobre madre tenía que comprar el periódico a la Puta de Babilonia.

—Se lo traían a casa —indicó Jude—, pero es verdad: ella y Julia incluso estuvieron juntas en los comités de textiles de artesanía. Se comportaban de manera civilizada.

—¿Crees que los celos de tu madre llegaron a desaparecer?

—Para nada —dijo Jude cabeceando—. Pero en un sitio tan pequeño, dado que se topaban la una con la otra cada día, tuvieron que llegar a algún tipo de acuerdo.

—¿Y tú por qué te quedas? —preguntó Síle a pesar de sus esfuerzos por no hacerlo.

Jude se encogió de hombros.

—Aquí es donde nací y crecí.

—Pero eso es absolutamente arbitrario...

—Vale, pero también lo es que hable inglés, que tenga ojos azules y que me gustes tú.

Síle sonrió, intentando mantener un tono ligero.

—Lo único que digo es que ya no tenemos por qué quedarnos donde nacemos. Hemos soltado amarras, vamos a la deriva; podemos elegir dónde vivimos.

—Yo no quiero ir a la deriva —afirmó Jude—. ¿Qué dice aquel poema? Algo sobre que todo el mundo puede verse en un grano de arena.

—¿Sí? Cuando yo miro un grano de arena, veo un grano de arena —dijo Síle. Entonces explotó—: ¡Una población de seiscientas personas! ¡No hay ni para una fiesta!

Jude la miró con dureza.

«Hace seis meses que la mujer murió —pensó Síle—, ya es hora».

—Creo que te quedaste para cuidar de tu madre, ¿no? —dijo tan dulcemente

como pudo—. Especialmente después de que tu padre la dejara.

—Mamá podía valerse por sí sola.

—Sin duda. Pero entonces regresaste con ella, cuando te separaste de Rizla... — Estuvo tentada de añadir que pensaba que también se había quedado en el pueblo para vigilarle a él.

—En el jardín de ahí afuera planté mis primeros tomates —explicó Jude torciendo la cabeza—. Mi primer beso fue con Teresa Guderson junto a un desagüe de la Calle Mayor. Me caí de la moto en la esquina entre Hurón y McKenzie, y si me fijo todavía veo una mancha de sangre en la pared.

—Todos tenemos un pasado —dijo Síle—. Pero aferrarse al lugar en que sucedió es una ridiculez. —En cuanto pronunció aquellas palabras, deseó no haberlas dicho.

Una mirada fría; se encogió de hombros.

—La amnesia es una forma de daño cerebral, como sabes. ¿Es lo que propones? ¿Empezar de nuevo, desde cero?

Silencio.

—No era eso. Lo siento. Lo que pasa es... el estatismo me produce urticaria —reconoció Síle—. No soporto sentirme encerrada. Necesito el aire fresco de nuevas posibilidades. —Al poco, añadió—: Ahora me refiero a nosotras.

—Ya me doy cuenta. —Jude se le acercó y le sopló en el oído.

Síle sonrió, intentando desprenderse de su mal humor.

—Nada es estático. En año nuevo, en Heathrow, cuando te marchaste con tu carrito —dijo Jude deslizándose la mano por el cóccix de Síle—, sabía que quería verte otra vez, pero parecía imposible. Y ahora ¡aquí estamos!

—Sí, peleándonos como un matrimonio de toda la vida —señaló Síle, lo cual hizo reír a Jude—. Bueno, supongo que cada pareja tiene una discusión que se repite una y otra vez. Una con suerte, claro: ¡Vanessa y yo teníamos unas quince!

—Mira —dijo Jude, mirando a regañadientes en dirección al escritorio—, la verdad es que tengo que acabar esta solicitud, para que salga en el correo antes de las cinco.

—Ah, ¿sí? ¿Puedo leerla? —Síle no quería marcharse mientras su discusión seguía flotando en el aire.

—¿De verdad te apetece?

—A veces, alguien externo...

—Eso sería estupendo —dijo Jude.

Trabajaron juntas en la solicitud durante dos horas; era menos aburrido de lo que Síle había pensado.

—Cumple todas las condiciones de la lista de la fundación —le aseguró a Jude—; es imposible que la rechacen.

—Incluso si sólo nos dan la mitad de lo que pedimos, cubriremos gastos durante los próximos tres años —respondió Jude sonriendo.

Pero la humedad empezaba a afectar a Síle. Regresó a la casa y se tendió en el

sofá con El paciente inglés.

Jude la despertó con un beso y un tazón de té frío de menta.

—Me han parado tres personas cuando volvía por la calle para decirme que han conocido a mi amiga de Dublín. Eres un éxito.

—¿Hace todavía un calor asfixiante?

—Ya sé cómo podemos refrescarnos —anunció Jude arrastrando a Síle al exterior donde la Triumph estaba apoyada junto al garaje—. Una excursión al lago.

—Las alforjas quedan la mar de bien —dijo Síle por ganar tiempo. La idea le parecía sexy, pero...—. La última vez que monté en una cosa de éstas fue cuando era estudiante —dejó caer—, y cuando el tío empezó a ir cuesta arriba, yo empecé a resbalarme.

—No te pasará —dijo Jude dando unas palmaditas al asiento de cuero negro—; a esto lo llamamos el respaldo para mariquitas. —Le pasó a Síle el casco.

Ella se lo encajó hasta que le cubrió el rostro; era pesado, claustrofóbico, como una cosa que podría llevar una astronauta.

—¡Uf! —exclamó, escupiendo sus propios cabellos.

Jude ajustó el retrovisor y se volvió para besarla.

—Ponte mi vieja chaqueta. Ah, y bájate los camales del pantalón o te quemarás las piernas con el tubo de escape. Y no te olvides de inclinarte en las curvas.

Síle soltó un débil grito de dolor.

Pero en cuanto se pusieron en marcha (bien sujeta a Jude, cuero sobre cuero) la brisa la refrescó y se sintió muy bien. Así tenía que ser conducir un coche alrededor de 1910. Se sentía como si cortase el aire, y como si el aire aceptase el desafío; Síle sentía el tirón voraz de las ráfagas en el casco. A sus espaldas, el viento se agitaba y restallaba como una bandera; no sabía cómo iba a deshacer los nudos.

—¡Esto es brutal! —gritó a través del retrovisor, pero se daba cuenta de que Jude no la oía con los ruidos del motor y del viento.

Y cuando hicieron una curva cerrada, Síle pensó: «Vamos a pegárnosla, voy a acabar descarnada en la mitad del cuerpo». Se forzó a inclinarse hacia adentro en la siguiente curva, doblándose como un feto hacia el asfalto. «Fuerza centrífuga —se recordó—. Dios mío, creo en ti, ayúdame en mi falta de fe». El mundo entero vibraba; donde la parte trasera de los pantalones de Síle tocaba con el respaldo, sentía un picor de mil demonios, pero no podía hacer nada, así que simplemente apretó los dientes y aguantó, aguantó. Lo que mejor veía era la parte trasera del casco de Jude (en el que se leía la enigmática inscripción ITQ Nad) y campos amarillos, color bronce y verde, que le destellaban por el rabillo del ojo, pero si movía un poco la cabeza a un lado alcanzaba a ver la estrecha carretera que se mostraba ante ellas.

Jude levantó una mano enguantada en un gesto mínimo dirigido al primer motorista que se cruzaron, luego el segundo, luego el tercero... En aquel momento Síle se imaginó que no los conocía a todos, así que se tenía que tratar del equivalente para moteros al saludo local. Cuando estaban entre un camión y una furgoneta llena

de niños, Síle quería pedir a Jude que redujese la velocidad, pero no sabía cómo; se le ocurrió que si le tiraba de la manga Jude pensaría que se trataba de algo urgente y aparcaría en la cuneta.

«El mar», pensó, por fin, al atisbar un parche azul, y luego se corrigió: «el lago». Cuando la motocicleta se detuvo con un petardeo, Síle desmontó dolida y mareada.

—Cuarenta y cinco minutos y no he abierto la boca —declaró.

—¡Por fin he encontrado el modo de hacerte callar!

Síle nadó en bragas (al fin y al cabo era lunes y no había demasiada gente); en las olas jugaron a ser turista y tiburón. Aunque era Síle la que tenía que sufrir el *jet lag*, al regresar a la playa fue Jude la que se quedó dormida, con la cabeza apoyada en su chaqueta. Síle se levantó y paseó hasta la orilla para buscar piedras de colores, como una niña. Se volvió y miró a Jude por encima del hombro: la vio hecha un ovillo en el lado de sombra de una duna; la veía mejor desde ese lugar, desde allí la apreciaba entera. Desde aquella distancia la imagen era nítida. Estaba con Jude con tan poca frecuencia que, cuando la veía, cada célula de su cuerpo parecía vibrar con una consciencia agradecida del hecho. Y una punzada de resentimiento también, percibió. Como el de alguien hambriento al que se le ofrece sólo un bocado.

En un rato, Jude se despertó e intentó enseñar a Síle a silbar a través de la hierba. Los sonidos de Jude parecían lamentos de zarapitos, los de Síle graznidos de gaviotas. Las dos se quedaron de espalda, mirando al cielo, mientras las nubes flotaban sobre ellas.

—Recuerdo cuando tenía siete años y me desperté junto a mis padres, en aquella loma soleada en West Cork —contó Síle—. Empecé a correr, y de repente no podía parar; me dirigía directo al borde de un precipicio y no tenía aliento para gritar.

—¿Qué sucedió?

—Mamá se dio la vuelta y me vio correr sin freno; tomó a papá de la mano y se me pusieron delante, me atraparon entre los dos. Estaba a menos de dos metros del acantilado, lo juro. En eso pienso cuando oigo la palabra amor: ese sentimiento de ser atrapado, cuando no te queda aliento en el cuerpo.

—Guau —murmuró Jude un minuto después—. ¡Menuda memoria!

—El único problema —dijo Síle— es que ella murió cuando yo tenía tres años.

Jude frunció el ceño.

—Pues entonces será un recuerdo de cuando tenías tres años, no siete...

—Pero sólo fuimos a West Cork en verano cuando tenía siete años. Sucedió de verdad, papá dice que casi me caí por el precipicio, pero fueron él y un turista alemán con el que hablaba quienes me salvaron. Tengo que haber incluido a mi madre en la película luego, y ahora no puedo recordarlo de otro modo.

Continuaron tendidas en silencio durante un buen rato.

—¿Qué nos dijo tu padre que significaba la palabra en sánscrito para el «mundo»? —preguntó Jude.

—«Lo que se mueve» —explicó Síle—, «lo que cambia».

—«Lo que no se está quieto ni un momento».

Síle contempló las olas. No habría imaginado que podía haberlas en un lago.

—¿Sabías que todas las culturas marítimas acaban produciendo una historia protagonizada por una «selkie»?

—¿Qué es una selkie?

Síle intentó recordar lo que significaba la palabra.

—Mitad foca, creo y mitad mujer.

—¿Cómo una sirena?

—Ajá... El hombre la hace salir del mar y esconde algo suyo, la piel, un peine, lo que sea... entonces ella está domesticada, tiene hijos con él...

—Ah, ya sé cuál es. Un día encuentra sus cosas y le invade el anhelo de regresar —dijo Jude asintiendo—. Como tu Oisín en la Tierra de la Juventud. Entonces el pobre infeliz regresa a casa y se da cuenta de que la esposa y los hijos han desaparecido en el mar.

—Siempre simpatizo con la selkie —comentó Síle con una sonrisa—. Si tienes que irte...

Comieron perca del lugar en el chiringuito de Casey. Durante el regreso a casa, unas franjas rosadas y anaranjadas fracturaban el cielo, y unos relámpagos iluminaban la planicie. Síle intentó recordar si alguno de los avisos de Rizla tenía que ver con las tormentas secas. ¿Tendían los relámpagos a caer sobre las motocicletas, porque estaban hechas de metal, o las evitaban por las ruedas de goma? Se sintió desencajada, y excitada, y segura.

La lluvia no llegó hasta que no se encontraron en casa.

—Siempre parece que llueve cuando estamos en la cama —señaló Síle apartando la almohada—. Por supuesto no es que hayamos tenido tantas noches.

—Ésta es la sexta —dijo Jude.

Sonaba asombrada, pensó Síle. ¿Porque habían sido tan pocas o porque se les habían otorgado tantas? Este viaje tendrían cinco más, calculó; así serían once. Se vio preguntándose cuántas noches llegarían a dormir juntas en total. Pensó que iba a llorar, pero se puso a dormir.

Lecciones de geografía

¡Oídme, dioses!;

aniquilad el espacio y el tiempo,

y haced felices a dos amantes.

«MARTINUS SCRIBLERUS» (ALEXANDER POPE),

«El arte de hundirse en la poesía»

Re: Muerte en el cielo

¡Jude, dices «trabajo de alto riesgo», cano si fuera astronauta! Te darás cuenta de que el pánico que tienes a que me estrelle es simplemente una metáfora de tus temores a que te deje si Sigourney Weaver aparece en mi lista de pasajeros. De verdad, cariño, no es la tripulación de aviones, sino los peatones y ciclistas quienes tienen mayor porcentaje de accidentes.

Pero me pongo de los nervios cuando la gente (y supongo que me refiero a los americanos) me vienen con su miedo de volar «en estos tiempos». ¿De verdad creían que antes del 11 de septiembre el mundo era un remanso de paz? Aun dejando de lado el terrorismo, las máquinas grandes siempre pueden tener grandes problemas. Un pato puede hacer una muesca en el parabrisas del avión, y el mayor desastre de la aviación en términos de pérdida de vidas humanas (Tenerife, 1977) sucedió cuando dos jets chocaron de frente.

Se me ha ido el santo al cielo y divago, lo único que quería era tranquilizarte sobre mi seguridad personal.

Re: Añoranza

Ahora ya tengo una buena colección (fondos, como decimos en mi trabajo): fotos enmarcadas, un archivo de cartas o e-mails, un pintalabios que se llama Fruta Magullada que te dejaste en julio... pero me temo que la documentación y los artefactos no me ayudan, Síle.

Aquí está tu cita del día. Ésta es de una mujer llamada Catherine Talbot a otra llamada Elizabeth Carter, en los tiempos (1744) en que las mujeres que se sentían atraídas por otras tenían que quedarse en casa con mamá y escribir muchas cartas En fin, aquí va:

Debemos conformarnos con amar y estimar a la gente constantemente y afectuosamente entre una gama de circunstancias que son difíciles y asfixiantes, que anulan cualquier posibilidad de que pasemos la vida juntas.

La otra noche estaba yo haciendo de canguro con Lia para que Cassie y Aneka pudieran ir a la cama, en fin, que dijo una frase que yo juraría que era en japonés. Cassie me dijo algo interesante, que el lenguaje es un efecto secundario del amor. Aparentemente, el hambre o el cansancio no serían suficientes para motivar a Lia a hablar, porque podría simplemente hacer un gesto o llorar. Resulta que el lenguaje es simplemente diversión, un juego que compartes con quienes amas.

Por supuesto desde mi perspectiva actual el lenguaje empieza a parecer un efecto secundario de la pérdida. Supongo que la ausencia hace que el corazón proteste a gritos. Escribirte me recuerda que estás lejos, pero también tiende una especie de puente sobre el abismo. Es un hecho triste: las parejas que pasan vidas dichosas juntos no dejan mucho rastro en los archivos. Mientras que una carta de amor nos sobrevivirá, suponiendo que se escriba en papel sin ácido y se mantenga en un lugar seco.

Síle estaba en Leitrim, recuperándose después de ver nueve películas en tres días en el festival de cine gay de Dublín. Tendida en el prado de Marcus, olía madreselva y caca de vaca en la brisa de agosto. Todavía saboreaba las frambuesas caseras y las grosellas que él le había servido de postre.

—Noticias frescas —le dijo—: La aerolínea está al borde de la ruina y quiere deshacerse de mil trescientos empleados. Más despidos. Hay una propuesta de rescisión voluntaria...

—Suena como pegarte un tiro —observó Marcus.

—¡A que sí!

—Yo también tengo noticias —dijo apoyándose en un codo—. Prepárate.

—¿Qué? ¿Estás embarazado? —preguntó ella.

—Ja, ja. Pedro se muda aquí.

—¿Adónde? ¿A esta ruina?

—El lavabo de casa no sólo tiene agua fría, ya tiene agua caliente, y he aniquilado a los murciélagos. Es una granja del siglo XVIII con vistas al Lough Alien, y las estrellas del rock matarían por algo así.

—Pero... —«sólo lleváis juntos desde abril», quiso decir Síle. Como si aquello significase algo. Como si no fuera posible tener sentimientos realmente serios antes de siquiera besar a alguien.

—Lo que pasa —prosiguió Marcus— es que venir en coche es un rollo, y los fines de semana ya no nos bastan.

—Mira que sois... —dijo Síle tratando de ganar tiempo. Pensó en lo fantástico que sería ver a Jude cada fin de semana, tan sencillo como meterse en el coche.

—Y además el alquiler de su piso en Temple Bar va a dispararse. El médium que consulta ha dicho que su vida muestra una bifurcación en el camino.

Ella no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo te crees esas cosas?

—Pues a Pedro le funciona —respondió Marcus sonriendo—. Así que ha convencido a su jefe para que le deje trabajar desde casa. Vamos a terminar el solárium y quizá añadiremos otra ala si nos dan permiso.

—Y haréis el amor apasionadamente entre las ortigas.

—Cada hora. —En unos segundos, se le borró la sonrisa—. No lo pillas, ¿verdad?

—¡Sí!, más o menos.

—Creía que por lo tuyo con Jude...

Ah, Síle comprendía que el amor podía llegar sin avisar y apoderarse de una, eso sí. Comprendía que el tiempo que se pasaba con la amada nunca sería suficiente, cuando el corazón tiene un agujero que no puede ser llenado.

—Sí, claro —repitió débilmente. Y era cierto. Entonces, ¿a qué venía aquel vago temor, el cinismo?—. Pero parece algo repentino.

Él se encogió de hombros.

—Cuando estás listo, estás listo.

Su amigo nunca decía cosas sin sentido como aquéllas, pensó Síle. ¿Y si todo el romance apasionado queda ahogado por la domesticidad? Temía que él lo interpretase como malicia, pero Marcus se limitó a reír. Tenía hierba pegada a la camisa; nunca le había visto tan guapo.

—Ah, querido, te deseo toda la suerte del mundo.

—Sólo vivían a cuatro horas de distancia —dijo Síle a Jude por teléfono—; la geografía jamás ha sido un problema tan gordo para ellos como para nosotras.

—¿No? —Una pausa—. En fin, a veces creo que es parte de lo que nos atrae —opinó Jude.

La idea desconcertó a Síle.

—Bueno, no es que seamos las chicas de la casa de al lado —reconoció—. ¿Crees que de verdad no nos gustaría vivir juntas?

—No, no. Pero la dinámica sería totalmente distinta —dijo Jude—. Ahora mismo, el pulso se me acelera con sólo oír tu voz.

Síle sonrió hacia la pared. Un segundo después continuó: Así que Marcus y Pedro se casarán en el prado de vacas el día treinta...

—¡Anda! No sabía que ya era legal en Irlanda.

—No lo es. Lo llaman «ritual de unir manos», o es como lo llama la invitación.

—No sabía que Marcus fuera pagano —contestó Jude.

—Es cosa de Pedro —le dijo Síle—. Al parecer va de *camping* con las mariquitas radicales, y Marcus está tan encantado que hará los votos en la lengua que le digan. En fin, que vas a tener que venir.

—Pero sólo los conozco de una vez...

—¡No es por ellos, taruga, es por mí! Las bodas me producen urticaria. Así que, espero que te venga bien, pero te he reservado un vuelo a Dublín el día antes.

Un silencio.

—Cariño, no puedes hacer algo así.

—Ya está hecho —afirmó Síle, esperando que el tono fuera de potentada y no de cría—. No te preocupes, lo encontré tirado por Internet —mintió—. Además, ¿cuántas oportunidades tendrás de tomar parte en un ritual pagano en un círculo de piedras neolítico?

—¡Sí, anda, juega la carta de la Historia Antigua! —La rigidez de Jude empezaba a relajarse—. ¿Y qué me dices de que he gastado todas mis vacaciones sentada en el porche contigo el mes pasado?

—Ajá... mira, como el billete me ha salido a un precio tan ridículo —improvisó Síle— podrás tomarte una semana de vacaciones sin sueldo y yo te lo compenso.

—Te estás pasando —le dijo Jude, pero algo en el tono de voz sugería una sonrisa.

Por desgracia, Síle había olvidado que las líneas aéreas siempre envían al pasajero un recibo de confirmación. Que en aquel caso incluía el dato: «Cantidad total cargada a la tarjeta de crédito de Ms. Síle O'Shaughnessy, 803,92 euros».

Cuando respondió al teléfono, cometió el error de utilizar la expresión «una mentirilla piadosa».

Jude dijo que no le gustaban las mentiras de ningún tipo.

Síle le dijo que era una mojigata.

—No me costó más que dos pares de zapatos, y sabe Dios que no me hacen falta más zapatos.

—Prefiero pagarme mis cosas —dijo Jude.

Síle empezó a sentir que le subía la ira. Estaba cansada, necesitaba una buena taza de té verde fuerte y una dosis de televisión por satélite.

—Mira, pues yo lo que prefiero es verte de vez en cuando.

—Tendrías que habérmelo pedido, en lugar de tenderme una trampa. Eres mucho mayor y mucho más rica —continuó Jude antes de que Síle pudiera responder—, y a veces me siento como si hubiera sido absorbida en tu órbita y no hago más que girar como una muñeca de trapo.

—Eso es ridículo —respondió Síle—. Estás tan pegada a tu sitio que haría falta un tornado para arrancarte.

—Lo único que digo...

—Es tozudez y orgullo, nada más. Ahora, ¿vas a aceptar el billete antes de que me ponga a llorar?

El pequeño BMW de Síle estaba en el taller, así que tuvo que aceptar la invitación de Jael y su familia para ir a Leitrim. Ella y Jude se sentaron detrás junto a Yseult, que miraba Los increíbles.

Le parecía encantadora la pasión que Jude sentía por todas las cosas viejas. Cuando pasaron un letrero que anunciaba la Colina de Tara (TUMBAS DE LA EDAD DE PIEDRA, FUERTE DE LA EDAD DE HIERRO, SEDE DE LOS REYES DE IRLANDA), Jude preguntó si podían parar, pero Jael soltó:

—No hemos llegado ni a Navan, nos queda casi toda una vida antes de llegar.

—En su pueblo, el edificio más viejo es de, ¿cuándo? ¿1830? —dijo Síle.

—Mil ochocientos cuarenta y siete —respondió Jude—, desde que la granja de los McPhee se quemó.

Anton soltó un gruñido.

—Yo me crié en una casa construida en la década de 1780, y no había nada glamuroso en ello. Techos altos llenos de grietas y una cocina húmeda y oscura en el sótano.

—Había seis grandes vías empedradas en la antigua Irlanda —le contó Síle a Jude—. Y una de ellas iba de aquí, la Colina de Tara, hasta el monasterio de Glendalough, en Wicklow, en el sur de la isla. Y el trocito que pasa por Dublín se llama «camino de piedra»... ¡Stoneybatter!

—¿Has desenterrado esa información para impresionarme? —preguntó Jude.

—Seguro que sí —dijo Jael por encima del hombro.

—Lo busqué en el Google mientras esperaba aburrída en la sala de Boston la semana pasada —reconoció Síle.

Acabaron hablando de pasos de frontera. El peor para Jael había sido en Seattle.

—Entonces ese imbécil calvo mira mi pasaporte lleno de cuños y me suelta: «¿Cómo puede permitirse viajar tanto?», y yo le miro a los ojos y le digo: «Porque tengo un trabajo mejor que el suyo».

Síle se partía de risa.

—¡Qué cabrona es! —murmuró Anton a Jude como quien dice un piropo—. ¿No es la cabrona más grande que conoces?

—Bueno... —empezó Jude.

—Puedes decir que sí —intervino Síle—. Él la quiere así.

—¿Qué es eso de «quiere»? —preguntó Jael cambiando de carriles con demasiada rapidez—. ¡La adora!

Yseult se quitó los auriculares.

—De mayor voy a ser una cabrona.

—Claro que sí, cariño —dijo Jael a su hija, mirándola por el retrovisor—. La más.

—Pero, Ysy, ¿recuerdas aquello que dijimos de que sólo utilices palabras así en casa? —preguntó Anton a su hija.

—Ya... —gruñó ella volviendo a ponerse los auriculares.

—¿Y qué dijo el tipo de inmigración después? —preguntó Síle a Jael.

—Ni una palabra.

—Pero tiene que haberla castigado con algún garabato de significado misterioso en el impreso de aduanas —dijo Anton—. Nos pararon y nos miraron hasta la ropa interior.

—Pero la llevábamos tan guarra que tiene que haber sido peor para ellos que para nosotros —reveló Jael con magnanimidad.

Jude habló con su voz ronca.

—Mi amiga Gwen se crió en Windsor, y la gente simplemente cruza el puente para ir a los centros comerciales de Detroit, pero su madre había escapado de los nazis de pequeña y cuando tenía que cruzar una frontera le daba un ataque de pánico.

—¡No! —exclamó Anton.

—Y, claro, los oficiales de aduanas estadounidenses empezaban a sospechar, la sacaban de la fila y la interrogaban en un cuarto aparte.

—Las fronteras son una putada —comentó Síle—. Tendrían que acabar con ellas.

Eso no pasará nunca —dijo Jude—. La mente humana necesita fronteras. Sin ellas se hundiría como una colmena aplastada.

Hubo un breve silencio.

—Madre de Dios, eso es un poquito profundo para las nueve de la mañana en la N3 —murmuró Jael.

—No, mujer. Recuerda que a los veinticinco tiene el doble de neuronas que el resto de nosotros —respondió Anton.

Yseult volvió a arrancarse los auriculares.

—¿Y no tengo yo más que nadie, papá? ¿No tengo diez millones de veces más neuronas que tú y mamá?

—Sí, anda, echa sal en la herida.

—No, Jude tiene razón en lo de las fronteras —murmuró Jael, acelerando para adelantar un camión lento—. Fíjate en todo el asunto de gay-rama-hétero.

—Eso —dijo Jude—, la sociedad se empeña en que todos nos alineemos en un lado o el otro.

—¿Y quién hizo los lados? —quiso saber Yseult.

—Es una manera de hablar —le respondió su padre—. ¿Vas a ver la película o no?

—Y pobre de ti si intentas cruzar de un lado a otro —se quejó Jael sonriendo en dirección a Jude— con unos pocos artículos libres de impuestos en la maleta...

Al dejar atrás Cavan, la carretera se hizo mala, pero el paisaje mejoró. Llegaron a la casa de Marcus al mediodía. El cercado ya estaba lleno de coches aparcados, así que Jael llevó el suyo detrás de la vieja pocilga con suelo de gravilla.

—Es aún peor que las fotos.

—A mí me parece precioso, pero en plan mohoso —le dijo Síle.

Yseult se impacientó y dio tirones a su cinturón de seguridad.

—¡Fuera!, ¡fuera! —Jude le apretó el botón, pero la niña dijo—: No, ya lo hago yo —apartando de un manotazo la mano de la canadiense, y volvió a cerrar el cinturón para poder abrirlo otra vez.

«Malcriada», dijo para sus adentros Síle sin perder la sonrisa.

—No veo globos —señaló Anton.

Jael se fumó un cigarrillo rápido mientras se aplicaba más pintalabios marrón en el espejito.

—Igual ha habido una riña de enamorados y lo han cancelado.

—Los globos no serían muy paganos, ¿no? —señaló Síle.

Jude regresó y sostuvo la puerta a Síle.

—Hay una enorme hoguera en el prado tras la casa, y gente con túnicas multicolores.

—¡Por favor! —silbó Jael fumando dos largas caladas del cigarrillo antes de aplastarlo en la gravilla—. Espero que el champán sea excelente.

Había sólo aguamiel en grandes cuernos, que pasaba de mano en mano. Síle se salpicó el cuello de su túnica de seda naranja, y tuvo que entrar en la casa a limpiárselo antes de que empezaran a llegar las avispas.

—Pensaba que me habías traído aquí con fines lascivos, y no para que te ayudase a hacer la colada.

—Ya me gustaría —dijo Síle abandonándose en su abrazo—. La verdad es que sigo sin creerme todo esto.

Jude frunció el ceño confundida.

—La idea de que Marcus y Pedro permanecerán juntos un día más simplemente porque han intercambiado guirnaldas y votos. Es una gilipollez, todo el rollo ese de «hasta que la muerte nos separe».

Jude se encogió de hombros.

—Los Petersons que viven al lado de mi casa han tenido un feliz matrimonio que dura casi sesenta años.

—Claro, alguna vez suena la flauta —admitió Síle—, aunque ¿quién puede decir desde fuera cuándo un matrimonio es feliz de verdad? Pero lo que quiero decir es que no es la boda lo que mantiene a las parejas unidas.

—Verdad. Conmigo y con Rizla no funcionó —admitió Jude.

Síle le sonrió.

—Prefiero una amante a tener una esposa.

—¿Y por qué? ¿Suena mejor?

—Porque entonces se trata de una elección, no una promesa. «Un día detrás de otro», como dicen los alcohólicos —añadió contundente.

La tarde tenía cierta tonalidad de fin del verano, y la ceremonia fue sorprendentemente emocional, a pesar de que los hombres con túnicas siempre le recordaban a Síle La vida de Brian. Pedro y Marcus tenían una pinta excelente en lino blanco a juego y saltaron sobre la escoba juntos. Síle lanzó una cesta de pétalos de rosa y hojas de menta sobre sus cabezas.

—¿Cómo son las bodas cuáqueras? —susurró a Jude.

—Adivínalo.

—¿Todos callados? —Entonces empezaron a reírse y no pudieron parar; Síle culpó al aguamiel, que tenía alguna otra cosa.

Para cuando se sirvió el banquete sobre caballetes precariamente plantados en el prado, con servicio a cargo de muchachas con guirnaldas, el estado de ánimo de los

invitados les empujaba a la estridencia. Una ovejita negra pasó por allí balando. Síle y Jude se pusieron a hablar con los vecinos que tenían una granja orgánica; Síle no conseguía recordar sus nombres. Tenían una hija que estudiaba Eco-nómicas en Galway.

—¿Es una de esas señoritas con guirnaldas de margaritas?

—No, no, son de una agencia —le aseguró el señor Orgánico—. Nosotros somos los únicos oriundos en esta fiesta. No, Marcus se lleva bien con esta gente, pero nunca llega a hacerse explícito nada, ¿sabes?

—O sea...

La risa de la señora Orgánica sonaba ebria.

—Todos saben que Pedro y él son de la acera de enfrente, y a nadie le importa, ¡pero prefieren no recibir una invitación de boda!

Jude asentía.

—Algunas partes del Canadá rural son así.

El marido habló sobre dos hombres que conocía que se cogieron de la mano en una playa de Sligo y entonces unos adolescentes se pusieron a tirarles piedras.

—¡Como algo directamente del Levítico!

Síle fingió un escalofrío teatral.

—Lo cual demuestra que los gays tendrían que dirigirse de inmediato a la ciudad más grande que conozcan y no salir de ahí.

—Venga ya, menudo cliché. Cosas terribles pasan en las ciudades también —alegó Jude—. Para mí es más importante poder ver el cielo sin cien rascacielos delante que la prerrogativa de pedir un capuchino doble a una trans tatuada.

—Cada uno a lo suyo —dijo Jude con una risita que hasta a ella le pareció afectada.

—¿Qué es una trans? —quiso saber la señora Orgánica.

Marcus había estado rondando el grupo, y en aquel momento se acercó a intervenir.

—En ese caso Dublín sería la ciudad para ti, Jude. No hay ni un rascacielos y muy pocas trans tatuadas.

—Ah, pero ¿podría permitirse los capuchinos dobles a precios de Dublín? —preguntó el señor Orgánico.

—¡A ver quién puede! —dijo Síle agradable, mientras buscaba con la mirada la de su amante. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida como para sacar la discusión de siempre?

La señora Orgánica daba la enhorabuena al novio.

—Aparte de una ligera jaqueca por el aguamiel, me lo estoy pasando bomba —le aseguró Marcus.

Luego hubo un baile a la luz de la luna llena: ritmos latinos en lugar de gaitas, lo cual fue un alivio para la mayor parte de los invitados. Jude insistió en que Síle bailase una pieza lenta con ella, abrazándola con fuerza y moviendo las caderas de

Síle al compás. Jael se llevó a los suyos al *bed & breakfast* más lujoso del condado de Leitrim, pero Síle y Jude acabaron en un colchón individual en el despacho de Pedro, un gallinero todavía no renovado. Tras darle las buenas noches, se puso a besar a Jude en ambas mejillas agradeciéndole el regalo que les había traído, una foto de dos granjeros solteros en el condado de Waterloo, Ontario, con un marco que había hecho ella misma de corteza de cedro.

—De 1873, o 1876 como muy tarde —dijo escrupulosa—. Me gustaba el modo como se apoyaban sobre una única horca.

—Competencia imbatible para mi carísimo frutero —se quejó Síle mientras se acostaban.

Jude le mordió la nuca y le echó aliento caliente.

—¿Estás bien entonces? De verdad tengo que parar de decir groserías sobre la vida rural.

—Nunca lo conseguirás —dijo Jude besándole cada vértebra desde el cuello—. Supongo que es bueno que podamos discutirlo; es prueba de que ya hemos superado la fase de guardarnos las cosas.

—Vale, fantástico. La próxima vez nos cortaremos las uñas de los pies en la cama y nos tiraremos pedos en el baño.

Soltaron una estruendosa carcajada.

A la mañana siguiente, Síle preguntó a Jael si podían volver por la N4 porque Jude quería ver la parte de Roscommon de donde procedía la rama de los O'Shaughnessys. Jael y su familia se quedaron en el coche, algo que a Síle le pareció bien. Ella y Jude caminaron hacia el pequeño lago y se quedaron mirando su negrura cristalina. Las nubes se dispersaron y de repente el cielo adquirió el azul de la vena de un bebé. El trébol exhalaba un intenso perfume cuando lo pisaban.

—Mi bisabuelo se ganaba la vida paseando yanquis por este lago —le dijo Síle—, hasta que una noche llenó el bote y todos se ahogaron.

—¡No!

—Al parecer estaba trompa... borracho —explicó—. Ésa es la casa donde creció papá. La que está detrás de la roca de granito —dijo señalando hacia el pueblo.

—Así que es un paleta como yo.

Síle se rió.

—Veníamos a ver a mis abuelos cada mes más o menos. Estábamos aquí el fin de semana que murió mamá.

Jude deslizó la mano en la de Síle.

—Se lo estaba contando a Gwen y quería saberlo: ¿fue por hipotensa o por hipertensa?

—Hipo —le dijo Síle—. Jamás supieron por qué entró en coma, pero una bajada de azúcar en la sangre puede presentarse de repente... confusión, temblores, convulsiones... Encontré una página web que decía que si has tenido diabetes mucho tiempo dejas de notar los signos de peligro. Ésa es la verdadera tragedia... si se

hubiera bebido un vaso de zumo de naranja, se habría salvado. O una inyección de glucosa, si hubiéramos llegado a casa un poco antes aquel domingo y llamado una ambulancia a tiempo.

—Cielos, espero que tu padre no se sienta reponsable —añadió Jude poco después.

Síle se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Le gusta hablar de ella, pero no dice nada de la muerte. Creo que tardó diez días en desconectar la máquina. ¡En fin! —Volvió a señalar en dirección a la colina—. La roca se conoce como Diarmaid y el Lecho de Gráinne, pero te advierto que lo mismo sucede con cualquier piedra de extremo plano o cualquier dolmen de aquí a Kerry.

—¿Quiénes son Diarmaid...?

—Ah, ¡es una buena historia para un fin de semana de boda! ¿Te acuerdas de Fionn Mac Cumhaill?

—¿El padre de Oisín? —dijo Jude.

—Muy bien. Bueno, pues Gráinne, la hija del rey, tenía que casarse con el viejo Fionn, pero durante el banquete de bodas en la colina de Tara se fugó con uno de sus jóvenes pretendientes, Diarmaid. Así que todos los Fianna formaron una partida de caza para buscar a la pareja por toda Irlanda; Diarmaid y Gráinne nunca podían dormir dos noches en el mismo lugar.

Jude sonrió.

—¿Como los recabitas! ¿Terminó en catástrofe?

—Bueno, lo pasaron mal mucho tiempo. Dieciséis años —le dijo Síle—. Entonces un jabalí salvaje abrió a Diarmaid en canal y ella tuvo que acabar casándose con Fionn.

Regresaron al coche colina abajo.

—Ven un par de semanas la próxima vez, y así podemos hacer una gira mágica de historia.

—Me encantaría.

Síle sintió el pulso palpitar en su garganta.

—Mejor: ven para siempre.

Jude no respondió. Volvió su mirada clara hacia Síle.

Síle le devolvió una sonrisa forzada.

—Sé que crees que te asfixiaría cambiar de ciudad, no hablemos de continentes.

—No es por eso —dijo Jude con cuidado—. Pero no creo que pudiera reconocermte en Dublín.

—Stoneybatter es una especie de pueblo...

—Dentro de una ciudad. Y yo sería una extranjera en paro, desorientada, esperando cuatro días a que regresaras a casa.

«No sería así», protestó Síle para sí, pero ¿para qué continuar?

—Me halaga. Y me conmueve.

Aquello no aplacó a Síle. Maldita sea, ¿por qué no podía haber mantenido la boca cerrada hasta que tuviera bien montada la defensa? Ahora aquello era una profunda grieta en el suelo que tendrían que estar sorteando durante el resto de la visita.

Yseult estaba acostada en el asiento trasero.

—Me aburro, ¿hay algo para comer? —preguntó levantándose con un bostezo cuando entraron ellas.

—¿Sabías que los caracoles pueden pasarse hasta tres años durmiendo?

Una mirada gélida.

—No vas a engañarme, ya tengo ocho años.

Tiempo tormentoso

El corazón puede pensar que realmente conoce la verdad: los sentidos saben que la ausencia borra a la gente. No tenemos amigos ausentes.

ELIZABETH BOWEN

Re: Diarmaid y Gráinne

Sólo estamos a principios de octubre y las hojas ya han caído del cerezo que hay delante de mi casa.

En el Tesoro de leyendas irlandesas de mis sobrinos volví a la historia de los amantes en fuga, Jude, y he olvidado este gran consejo que alguien les da.

Nunca os metáis en una cueva con una sola entrada; y nunca desembarquéis en una isla con un solo puerto; y no comáis la comida donde la hayáis cocinado; y donde comáis, no durmáis; y donde durmáis esta noche, no durmáis mañana.

¿Me llamarás hoy?

Re: Cueva

Mi cueva tiene varias entradas, adorable Síle, y puedes elegir.

Creo que tengo síndrome de abstinencia. No puedo dormir, no tengo hambre, me quedo sentada en el museo respirando el polvo y hablándote en mi cabeza. Es más duro tras cada visita, extrañamente. Definitivamente esto es peor que dejar de fumar.

Re: Salir

Lo sé, lo sé, cuando decimos adiós es cano un cambio de marchas terriblemente brusco, y mientras pasan las semanas el coche acaba por detenerse. La coordinadora de personal de tierra mencionó que había oído que yo «estaba saliendo con una canadiense». Me pareció no sólo un coloquialismo, sino que de repente me di cuenta de lo extraño del concepto, «salir», como quien abre una puerta...

Re: re: Salir

Por otra parte, igual es la palabra más acertada, Sí le, porque ¿no vivimos en términos de citas últimamente? Sé sin tener que consultarlo en mi

calendario de «Historia negra de Ontario» que han pasado treinta y cuatro días desde que me dijiste adiós con la mano mientras el taxi se alejaba de Stoneybatter. Lo que no sé es cuánto falta para tu siguiente breve visita a mi lado del mundo.

Hmm, un poco deprimente como principio, nuevo intento.

Supongo que tu hermana tiene razón cuando dice que hacemos (¿utilizó ese verbo?) de la distancia entre nosotras «tiempo tormentoso». Sin duda tenemos más suerte que otras parejas. Gwen trabaja con una asistente de enfermería que viene de Uzbekistán que sólo consigue ver a su marido una vez cada dos años. No hago más que recordarme que en los tiempos de antes de los vuelos (más o menos) baratos, tú y yo habríamos acabado mal. Lo que hay entre nosotras depende por completo de esos enormes tubos de latón ruidosos que tan poco me gustan. En los viejos tiempos, las cartas eran los únicos puntos de contacto, y siempre se perdían. Mis archivos están llenos de trabajadores inmigrantes que apenas veían a sus familias, esposas que emigraban para regresar con sus maridos pero que morían en el barco, hombres que se marchaban a la fiebre del oro y perdían el contacto...

Sin duda aquél estaba resultando el año más inusual de la vida de Jude. Era difícil encontrarle el ritmo, de eso se trataba. No sabía cuándo podría encaramarse en los brazos color avellana de Síle, quitarse de encima la roca de la ausencia. Entre cursillos y reuniones, citas con el podólogo y cumpleaños de niños, ninguna de las dos podían encontrar tres días en los que sus horarios les permitieran una visita. Su siguiente reunión se alejaba como un oasis en el horizonte, y Jude no podía orientarse. Se enfrentaba al día a día como con un lastre, bajo la sombra del sentimiento de que la verdadera vida transcurría a cinco mil kilómetros.

Bailar el tango de las zonas horarias, así lo llamaba Síle, «¡y ya sabes lo mal que se me da el baile!». Jude se imaginaba a ambas dando zancadas al unísono en una enorme sala de baile, unidas por los hombros y las manos, con las cabezas muy juntas y ladeadas. Un baile muy peculiar, el tango; un yugo desesperado.

—¡Qué estupendo tiene que ser! —decía la gente cuando Jude les contaba que se veía con una mujer al otro lado del Atlántico, y nunca sabía qué responder: ¿más o menos?, ¿de vez en cuando? Menos estupendo ahora que la diversión de los primeros meses se atenuaba, pero más necesario. ¿Qué estrategias y mecanismos, qué compromisos y acuerdos habría que poner en marcha para que lo suyo durase? La idea de otro año de *e-mails*, llamadas telefónicas y esperas (por no hablar de veinte) producía a Jude inquietud.

Cada vez que lo repasaba en su cabeza, se sentía mal por el tono tajante con el que había rechazado la propuesta de Síle en la loma de Roscommon. Pero ¿qué otra cosa podía haber dicho sin engañarla? Algo que Jude siempre había sabido de sí misma era que ella no era de las que emigraban: no era como sus amigas del colegio

que habían terminado en Ohio, Ámsterdam o los Emiratos Árabes. Y por muy buenos ratos que hubiera pasado en Dublín en cada una de sus dos visitas, la ruidosa capital de un país extranjero no era lugar en el que Jude pudiera sentirse en casa.

Los viajes eran diferentes, se argüía a sí misma; en unas vacaciones todo es una excepción a las reglas. Jude podía tomar cocaína o Síle podía dormir en la mecedora de un porche: simplemente jugaban a compartir el estilo de vida de la otra.

Jude había fantaseado sobre si Síle podría mudarse a Canadá, aunque pedírsele en voz baja le haría sentirse ridícula. Por lo menos Dublín tenía cierto *glamour* deslumbrante y precario; ¿qué podía ofrecer Irlanda, Ontario, a Síle Sunita O'Shaughnessy? Jude se permitió imaginar a Síle en la casa de la Calle Mayor sólo breves instantes. Como el modo en que algunas mujeres soñaban con quedarse embarazadas, suponía. Era simplemente el corazón llevando la contraria para nadar y guardar la ropa, para llevar dos vidas al mismo tiempo.

—Supongo que tú y yo simplemente somos gente arraigada —dijo a Gwen mientras avanzaban por un camino forestal entre los tupidos matojos de principios del otoño.

Gwen soltó un gruñido.

—¿No lo crees?

—A veces me siento más como gente atrapada —confesó su amiga, sacudiéndose una hoja de la mejilla sudorosa—. Si me encontrase a algún dios de Paraguay, igual sí me iría allí.

—No lo harías.

—Podría ser.

—Lo que sucede en tu caso... —Jude no acababa de saber lo que quería decir.

—Es una trampa y nada más —dijo Gwen alegremente—. Ya me gustaría estar a miles de kilómetros de distancia de Luke, al menos algunos días. Me paso las horas sentada mordiéndome las cutículas, deseando poder llamarle sin que su mujer coja el teléfono.

—Oh, Gwen.

Se encogió de hombros.

—Es un buen tipo.

—¿Lo suficientemente bueno?

—Una se conforma con lo que encuentra.

¿Se refería a Luke Randall, de entre todos los hombres disponibles en aquel rincón del Ontario suroccidental, o la patética parte que a Gwen le tocaba de él? Jude no preguntó; en cualquier caso era triste.

—Lo que quiero decir es que Síle y tú tendríais que dejaros de lamentos y quejas. Nada os separa, excepto el océano —dijo Gwen—. Puedes marcar su número y llamarla cuando te apetezca, decir lo que te venga a la cabeza. Os podéis ver cada dos meses más a o menos sin que haya nadie entre vosotras.

—Supongo que sí —concedió Jude, seria. Era como querer helado en lugar de

chuletas y que te digan que los niños de un campo de refugiados estarían agradecidos con una chuleta. Sí, claro, no tenían de qué quejarse, si se comparaban con tanta gente, pero ¿desde cuándo aquello hacía que la gente no se quejase? La felicidad era un globo que siempre flotaba fuera del alcance de la mano.

El trabajo la ayudaba, en cierto modo. El mes siguiente, Jude tenía que organizar el tercer día anual de 1867, que se celebraba el 2 de noviembre, Día de los Difuntos. Tenía que arreglar préstamos de trajes de época del taller textil en el festival de Stratford, intentar conseguir un buen arreglo con la compañía de seguros para que los niños pudieran escalar el montón de heno, y buscar un sustituto para el herrero que había sucumbido al síndrome del túnel carpiano.

—Voy a intentar ir este año —dijo Estelle al teléfono, su antigua jefa del Museo de los Pioneros. Has hecho cosas fantásticas con esa pequeña escuela.

—Sí, ¿verdad? —contestó Jude, riéndose de su propia desfachatez—. Y ahora existe una buena posibilidad de apoyo de la misma fundación.

—Pero ya sabes que, si alguna vez te apetece un cambio, aquí en Toronto hay buenas oportunidades de trabajo.

—Creía que no hacían más que cortar...

—Eso es verdad, pero se acercan dos jubilaciones en un departamento de colecciones regionales que lleva una amiga mía...

—Gracias por pensar en mí, Estelle, pero tengo grandes planes para mi pequeño museo —le dijo Jude.

Aquella tarde le pidió prestada la camioneta a Rizla para llevar una mantequera algo oxidada de la Dominion Cheese Company a un museo en Londres, Ontario; era demasiado grande para exhibirla en el suyo. A cambio, el comisario le proporcionó una copia de un recorte del diario Prensa Libre de Londres del 9 de enero de 1883 con un titular que decía: «Granjero de Irlanda, Ontario, apuñalado en una pelea durante el día de mercado, el licor tiene la culpa».

Jude se dio cuenta de que no le apetecía regresar. En el hermoso mercado cubierto de la ciudad encontró un café llamado El Asadero Rojo, y bebió, de un tazón azul, un café orgánico de Sumatra de una marca de comercio justo. Pensó que hasta a Síle le parecería buen café. Disfrutaba con la energía de los vendedores y sus parloteos. Cerró los ojos y se imaginó el edificio, en 1883, lleno de granjeros borrachos con ganas de gresca.

En la mesa contigua, junto a una maceta con un arbusto de café, una joven con cabellos castaños que le llegaban a la mandíbula mantenía una conversación con un niño de siete u ocho años. Tenía que ser su hijo, se le notaba en los mismos ojos seductores; debió de haberlo tenido cuando era muy joven, pensó Jude, mirándola por el rabillo del ojo mientras fingía leer un panfleto sobre Falun Gong. Hablaban como amigos; sin cosas como «ahora límpiate la boquita, anda». De repente la mujer soltó una carcajada provocada por algo que el niño había dicho y la blancura de los dientes transformó su rostro. Él dejó caer su magdalena en el maletín de ella y apuró su

leche, entonces saltó en su regazo y ella lo envolvió con sus brazos. Jude se inclinó hacia ellos con disimulo, pillando un retazo de conversación que no supo exactamente si era sobre un bus o sobre George W Bush. Echó un vistazo a los papeles que asomaban por el maletín; un artículo con el título (ah, su radar funcionaba):

Yana Petronis

«Hermanitas malas: un caso de censura internacional»

Estudios Feministas n.º 253 («Temas Lésbicos»)

Hora de marchar a casa. Jude intentó intercambiar una mirada y una sonrisa con la joven, pero no lo consiguió.

Mientras la extensión de nuevos barrios se disolvió en el campo abierto, se encontró imaginándose otra vida. Una relación sin distancias. Conoces a tu chica en el mercado, la vuelves a ver para cenar, duermes a un milímetro de distancia toda la noche. Una vida contabilizada en minutos y horas, en lugar de semanas y meses; los planes no tendrían que ir más allá que una excursión en moto al día siguiente o un festival de música el sábado. No tenía por qué ser perfecta, pero se centraría en el día a día.

Pero ¿por qué aquello nunca le había sucedido a Jude entre el momento en que dejó a Rizla y cuando conoció a Síle? ¿Por qué, a pesar de todos sus «encuentros genitales», no se había quedado preñada de nadie de los alrededores? Si una lo pensaba con pragmatismo, tenía que haber en cada pueblo alguien a quien Jude pudiera amar y que pudiera amar a Jude. ¿Qué perversión le había hecho caer en aquella fijación por una extranjera? Era como un cuento siniestro en el que el príncipe acababa perdiéndolo todo: «Anhelo el fruto del árbol en el fin del mundo. Nada sino ese fruto satisfará mi ansia: sólo su jugo puede salvarme».

«PIENSA GLOBAL, COMPRA LOCAL», rezaba un anuncio en la ventana de un comercio mientras Jude entró en Irlanda; al leerlo le rechinaron los dientes.

Re: Ocupada

Hoy he estado en Londres ¡Sí, otro sitio cuyo nombre viene de emigrantes nostálgicos! Tienen un extraño castillo en miniatura construido en 1826, que era tribunal de justicia y cárcel, y resulta que es una copia del castillo Malahide, cerca de Dublín (¿me llevarás la próxima vez?).

Antes de que nadie se estableciera en Londres, hubo una ejecución pública a la que acudió la gente desde el norte de Canadá. La soga se rompió, así que tuvieron que volver a ahorcar al tipo, y lo peor es que era francófono, pero su confesión está en un inglés perfecto, lo cual sugiere que le tendieron una trampa...

En el mercado vi a una mujer en una cafetería y me pregunté: ¿por qué no puedo amar a alguien como a ella en lugar de a ti?

Pensándolo bien, marcó la frase y dio a la tecla de Borrar. Había cosas que se podían intentar decir cara a cara, pero el *e-mail* era un medio bastante poco sutil.

Un día sin hablar con Síle era soportable; dos días la hacían sentirse sola; tres días de silencio la llevaban a pensamientos paranoicos («se ha enfadado conmigo, se ha olvidado de mí, tiene cosas mejores que hacer»), Jude intentaba con dificultad mantener su descubierto a menos de 5000 dólares, y cuando vio un sobre de Bell Canada sintió nudos en el estómago. Síle no hacía más que decirle que tenía que abrir una línea de crédito con el respaldo de la casa, pero enseguida Jude se imaginaba a su madre apretando los labios.

—No es pedir un préstamo —insistía Síle—, es simplemente liquidar un poco de propiedad.

Para tratarse de amantes que habían pasado juntas un total de quince noches, pensó Jude, se pasaban una cantidad de tiempo excesiva hablando de dinero.

—Parece que estéis casadas —se burló Rizla mientras se zampaba un perrito caliente en el Garage.

Jude no mordió el anzuelo.

—Pensaba en vender la Triumph. El seguro ha vuelto a subir, me están ahogando. Me convendría pasar a una de 850 centímetros cúbicos, o incluso 750.

A Rizla le saltaron los ojos.

—Tía, te tiene cogida por las pelotas.

—No ha sido idea de Síle —replicó.

—La moto es un jodido patrimonio familiar. ¿Qué diría tu tío si se la pasases a un abogado de Toronto para pagar la factura telefónica? Hay cosas que no pueden hacerse —continuó dibujando una línea en el aire—. Eres una motera con una Triumph antigua, y eso no se vende. Ostras, antes vende la casa.

Jude sintió cierto alivio.

—Una idea tonta, supongo. Pero... necesito de verdad ver a Síle. Suena destrozada; está en un turno muy pesado a Nueva York y Los Ángeles. Me gustaría poder esperarla al llegar a casa, cocinarle un *risotto*.

—¿Y por qué no se hace ella el *risotto*?

Jude cabeceó.

—Es demasiado lento; siempre sube la temperatura y lo quema.

Él se mordió un ancho y áspero pulgar.

—Si las tías no saben cocinar, podrías haber seguido con los tíos.

Ella le clavó la mirada.

—Cierra la boca, Richard —se reprendió él mismo—. Tu amiguita tiene mal de amores...

—El amor no es un problema, es la geografía.

—Pero la geografía no sería problema si no estuvieras enamorada, ¿vale? O sea, que vivo a miles de kilómetros de Céline Dion, pero eso no me amarga la vida.

—Ok, pues es la intersección entre amor y geografía. —A Jude aquello le sonaba como un cruce de calles surrealistas—. El qué, y quién y por qué son fáciles, pero fallan el cuándo y el dónde.

—Y el cuánto —rió él, encargándose de la cuenta.

Jude le limpió el ketchup de la barbilla con una servilleta de papel.

—No es que Síle quiera que me desprenda de la moto —insistió—. Preferiría pagarlo todo ella.

Rizla se llevó las manos a la cabeza.

—Mierda, olvida la cocina, entonces: si tuviera una mamá con pelás, me relajaría y me dejaría querer.

Jude puso los ojos en blanco.

—La verdad es que la tía vale —dijo Rizla sonriendo—. Cuando estuvo aquí en julio, ¿te diste cuenta de cómo calló la boca a Gwen?

Bueno, si aquélla era su versión de los hechos...

—Pero es mejor que te hagas a la idea —dijo con franqueza—: todo lo más será un rollete de vacaciones.

Jude se le quedó mirando.

—Te has hecho con un buen pez, y es precioso, pero nunca vas a conseguir llevártelo a la orilla.

—¿Y tú qué sabes? —¿Por qué le resultaban sus ideas tan insoportables en boca de él?—. ¿Por qué dices eso?

La boca de él se retorció con algo parecido a la compasión.

—¿Quién será la montaña y quién Mahoma? Nunca pasará.

—Podría pasar, ¡teóricamente!

—Bueno, yo también podría resultar el próximo Dalai Lama —dijo Rizla—. Mira, hacemos una apuesta: digamos que si tú y la hermosa damisela acabáis juntas en el universo conocido para... cuánto, dos años, te pago... lo que cueste nuestro divorcio —terminó con una sonrisa.

—Piensas que eres gracioso, pero simplemente eres un cabrón. —A Jude le temblaba la voz.

—¡Eh!, ¡que a mí me la suda en cualquier caso!

Ella empujó la silla y se marchó, y sólo cuando ya estaba a una manzana recordó que no había pagado su perrito caliente.

Síle indicaba a los pasajeros las salidas de emergencia más próximas con gesto firme y suave. Había hecho la pantomima tantas veces que podría completarla con los ojos cerrados, aunque aquello podría haber asustado a algunos pasajeros. Entonces, se ató el cinturón en el asiento plegable de la parte de atrás, entre dos colegas que discutían los riesgos de lluvia para una boda en enero. Mientras el avión se remontaba desde tierra, Síle esperó el conocido subidón en su estómago, la elevación pura

mientras la gravedad quedaba atrás.

Pero no llegó. Estaban en el aire y Síle no sintió gozo alguno. Sólo cierto gusanillo de no moverse nunca más, de no ir a ningún sitio. Se sintió como si de repente hubiera olvidado cómo tener un orgasmo.

Aquel día pasó como una nube borrosa de conversaciones, de cerrar compuertas, recoger desperdicios, bostezos discretos. Algunos días aquel trabajo era como atender una hamburguesería atestada durante un terremoto. Los guantes de plástico producían picores en las palmas de Síle, pero se negó a llamar a aquello una alergia. «Jude, Jude, ¿por qué no estás aquí, en el asiento 39-D, sonriéndome?».

A veces, en aquellos días, cuando Síle sentía que el avión tocaba tierra, no tenía ni idea de en qué país estaba. Se despertaba en hoteles y se quedaba mirando el techo extrañada. El término aeronáutico era «perder consciencia situacional». En la intimidad de su cabeza pensaba: «Jude, Jude, cuánto tiempo más», como si fuera una cadencia de los Salmos, aunque era consciente de que la comparación era absurda. «¿Cuántas visitas más podemos conseguir sin perder impulso, sin que la cosa empiece a ralentizarse? ¿Hasta dónde podremos llegar?». Pensamiento sacrílego: intentó recordar si había estado más satisfecha en los viejos tiempos, antes de ver por primera vez a Jude Turner.

Las tripulaciones de cabina habían votado la semana anterior, y el sindicato había dado a sus miembros la orden de ir a la huelga si la compañía imponía los despidos en masa. Pero Síle conocía algunos casos de colegas que estarían dispuestas a irse cualquiera que fuera la oferta: Nuala, por ejemplo, y quizá Jenny. Estaban hasta las narices de los agobios y los cambios (nuevas rutas de corto recorrido cada mes, cambios de horario, objetivos ridículos), y lo único que parecía no cambiar era su sueldo. Y si la compañía lograba desprenderse de otros mil trabajos además de los dos mil ya despedidos, Síle pensó, sintiendo un ataque de ansiedad, que los supervivientes tendrían que trabajar más duro que nunca.

—¿Y os va estupendamente a ti y a Pedro? Menuda suerte tenéis... —preguntó a Marcus hablando con el artificio desde el asiento trasero de un taxi.

—Sí, aunque ahora casi siempre hablamos de hortalizas —dijo con benevolencia—. No, tu situación es mucho más romántica: las grandes amantes condenadas a vivir separadas, Eloísa y Abelardo y todo eso.

—Ah, bueno, algún consuelo tendría que haber —dijo ella, irónica.

—¿No fue Sócrates quien dijo que en realidad sólo amamos lo que no tenemos?

—Eres la mar de leído, muchacho.

—En realidad creo que lo oí en la BBC2. Pero es una pregunta interesante: ¿a qué distancia deben vivir los amantes?

—A la distancia de un beso —sugirió ella.

—Bien, a veces sí, necesitas la embriagadora proximidad de la carne —convino Marcus—. Pero en otros casos es quizá mejor estar a más distancia de la que puedes soportar, para que podáis veros de verdad, daros cuenta de lo que queréis, de lo que

echáis de menos. Quizá tendría que ser como los músculos que se contraen y se relajan: cerca, lejos, juntos, separados.

—Sí, eso pensaba yo al principio, pero me estoy hartando. Estar simplemente juntas me vendría bien —dijo Síle con tozudez, y entonces Marcus tuvo que colgar porque su consomé de champiñones había empezado a hervir.

Cuando no estaba de servicio, Síle se refugiaba de la lluvia de octubre en ciclos de cine polaco o programas dobles de Joan Crawford. Aquello era lo que le gustaba sobre las películas: la absorbían en su mundo, y así no importaba dónde estaba el cuerpo. Podía entrar en el multicine más hortera o en el cine de pueblo más casposo y la película siempre sería la misma (bueno, con la excepción de aquella vez, en Carlow, cuando se salió de la bobina). Cuando intentaba recordar su vida con Kathleen en aquellos días, aquello era lo que veía: las dos sentadas una junto a otra en un cine, quizá tocándose las manos, con los ojos en la pantalla. Era extraño lo poco que echaba de menos a Kathleen. Era como encontrarse con ropa vieja plegada cuidadosamente en un cajón, trajes que no podía recordar haberse puesto nunca.

Mientras caminaba por la calle Grafton, a Síle le dieron un pasquín que decía: «La Irlanda de las bienvenidas».

¿Es usted inmigrante o busca asilo? En nuestro centro de acogida podemos ayudarle a llevar a cabo el siempre difícil proceso de adaptación a la vida en Irlanda. Asesoramiento en temas legales/médicos/pensiones, orientación, guardería, bebidas gratis (té, café, sopa).

Divertida de manera algo enigmática porque la hubieran elegido, pensó que tenía que decirle a Orla que quien le escribía los pasquines había hecho una falta de ortografía en «acogida».

Por primera vez en su vida, Síle se metía en la cama en la oscuridad, destrozada, y se sentía incapaz de dormir. Puso un programa de audio de su artilugio con sonidos selváticos, olas marinas y cantos de ballenas, pero nada funcionaba: la pista de cascadas simplemente le provocó ganas de levantarse al baño.

Síle necesitaba llenar su depósito de Jude, y aquello era lo que le sucedía; se sentía hueca y nerviosa. Por mucho que comprobasen sus horarios, no conseguían encontrar un momento para una visita. Como bailarines que no alcanzaban sincronía, abalanzándose y pisando a su pareja. «Combustible agotado», aquélla era la expresión; recordó haber leído sobre un avión al que, por culpa de retrasos y problemas de comunicación con el JFK, se le había acabado la gasolina y se había caído.

Ponía su pequeña foto enmarcada de Jude junto a la cama en cada hotel, y una vez casi la perdió cuando se le cayó detrás de la mesita. La ausencia de la amada la convertía en una idólatra. El oro de Síle le pesaba en la garganta, en los oídos.

—Perdón, señorita... ¿señorita?, hace rato que he hecho sonar el timbre. La luz no se me enciende...

—Tengo que sentarme con mi novio. Ha habido un error: teníamos que ponernos

juntos, pero esta señora no quiere cambiarse...

—Señorita, ¿señorita? Mi hija dice que la película le sale en inglés por un oído y en francés por el otro.

—¿Pero cómo sabes que no ha estado acostándose con el guerrero mohawk —preguntó Jael—, o con otra persona, ya que estamos?

El sofá púrpura de Síle era tan pequeño que los dedos de los pies se tocaban.

—Porque lo sé. Mira, Jude y yo hablamos de todo. Es todo lo que hacemos, hablar.

—Las cartas de amor más elocuentes que tengo son las de la exmonja de Lisboa —recordó Jael, con los ojos fijos en el techo de Síle, que estaba festoneado con lucecitas de navidad—. Estaban escritas con tal pasión, tanta vitalidad, que casi me quemaban los dedos. Hasta las guardé, durante un par de años —añadió en su tono más normal.

—¿Sor Serpiente? —dijo Síle, erizándose ante la comparación—. Te pedía dinero, te infectó, y luego te dejó plantada con una postal.

—Oh, Anton dice que en términos de karma me lo merecía. Las cartas eran engañosas, vaya que sí —remarcó Jael con una curiosa serenidad—. Ahora pienso que mientras escribía era sincera. Pero, sí, se dejaba muchas cosas en el tintero, incluyendo su novia más joven y la clamidia. La naturaleza de las cartas es ser selectivas. Y los *e-mails* —añadió Jael antes de que Síle pudiera meter palabra—, y los textos, y las llamadas telefónicas, y cualquier mecanismo que empleemos para mantenernos en contacto cuando no llevamos la misma vida.

—¿No te parece sincera Jude? —le preguntó Síle.

—Esto no es algo personal. Deja de defender a tu amor verdadero y conecta el cerebro un minuto.

—Menuda gilipollez —dijo Síle, sintiendo que empezaba a dolerle la cabeza—. El engaño y la distancia son variables independientes. ¿Acaso no cuenta mentiras la gente que comparte casa? De hecho, igual vivir juntas es tan claustrofóbico que hace que la gente quiera ocultar cosas con el fin de conquistar cierto espacio propio. —Síle no estaba segura de creerse aquello, pero se sentía provocada—. ¡Y el matrimonio aún más!

Jael se encogió de hombros.

—No conozco las estadísticas. Lo que quiero decir es que los recovecos para el engaño forman parte ineludible de la correspondencia. Lleva a error sin poder evitarlo. Cuando escribes a Jude o habláis por teléfono, seguro que habláis como si dedicaseis la vida al amor.

Síle se esforzó por encontrar una respuesta.

—Pero entonces os despedís y continuáis con vuestras cosas hasta la próxima, ¿no es así? El trabajo, los amigos, comprar y tomar café y oler rosas. Nunca tenéis tiempo para nada, y ella no está ahí. —El tono de Jael tenía algo de revancha—. Vives sola, y a pesar de toda la agonía romántica... ésta es tu vida, Síle, y te gusta.

Síle le evitó la mirada, como si examinara la pequeña figurita de bronce colocada en un rincón de la pared.

—Oye, no... —Jael la tomó por la mandíbula. Síle le apartó las manos con brusquedad—. ¿Te he hecho llorar?

—¿No era ese tu proyecto para esta velada? —preguntó levantándose y secándose las mejillas.

—Ah, mira que puedo ser aguafiestas.

Aquello era probablemente lo más cercano a una disculpa que recibiría Síle.

—Me tengo que ir a la cama.

—Como todos. Mañana me tengo que levantar de madrugada para llevar a la jodida cría a ensayar; hace de Dorothy en una versión de cuarenta minutos de El mago de Oz. —Jael no podía ocultar el orgullo en su voz. De pie con un pequeño temblor, se puso el abrigo—. ¿Comemos la semana que viene?

—No sé. Ocupada —dijo Síle perversamente, mientras sostenía la puerta de casa. Cuando la cerró detrás de Jael, se arrodilló para apagar las lucecitas navideñas.

Visita fugaz

Tiempo, viejo gitano,

¿no te quedas?

RALPH HODGSON, «Tiempo, viejo gitano»

Cada vez que Síle había intentado quedarse con la rotación Dublín-Heathrow-Detroit, que la habría situado a un rato en autobús de Jude, la había perdido porque alguien con más antigüedad tenía una hermana enferma en Michigan. Pero por fin otra compañera había aceptado intercambiarse con ella por una vez, y, una vez en Detroit, se montó en un avión de carga hacia Toronto para pasar allí la tarde.

La ciudad abrazaba el lago como un vestido de lentejuelas. Jude se tomó media jornada libre y se metió en la carretera con su traqueteante Mustang. Se encontraron en (elección de Síle) una tienda de ropa antigua en el corazón del mercado Kensington.

—¡Guau! Qué corte de pelo tan atrevido —dijo cuando acabó de besar a Jude el tiempo suficiente como para mirarla detenidamente.

Jude se frotó el corte desigual y se rió.

—Anoche mis viejas tijeras finalmente se dieron por vencidas a mitad de camino de mi cabeza.

—Me gusta —declaró Síle acercándola.

Toronto estaba lleno de rostros hindúes, de Sri Lanka y de Bangladesh; era la primera vez en varios años que se había sentido tan poco destacable visualmente, y el efecto era extrañamente relajante. Después de media hora de pasearse por salones de tatuaje y ultramarinos chinos, Síle dijo:

—Vamos a la cama.

—¡Qué más quisiéramos!

—He reservado una habitación para esta tarde.

—¡Bromeas! —Los ojos claros de Jude parecían muy jóvenes.

En el Honeysuckle Arms, en el barrio gay, Síle colgó el letrero de «No molestar» y el mundo se redujo a un cuadrado blanco. Las dos se sentían hambrientas, pegajosas, agotadas bajo el fuerte sol otoñal que se filtraba por las cortinas de encaje de su antigua cama con baldaquino.

—Voy a tener que irme.

Jude besó el interior desnudo del hombro izquierdo de Síle.

—Acabas de llegar.

—Suelta, mala. ¡En serio!

—¡Pero bueno! —la imitó Jude dulcemente—. No te preocupes, en un ratito llamaremos a un taxi. Te llevará al aeropuerto en quince minutos, como máximo

veinte.

—¿Y si hay tráfico? Cariño, de verdad, si no tomo el vuelo de carga, no podré llegar a mi avión en Detroit una hora antes del despegue.

—No puede llevar una hora meter los carritos de comida.

—Hago otras cosas, además de meter carritos... —Pero Síle ya estaba perdida, derritiéndose de placer, mientras las rodillas la dejaban caer en la colcha.

Luego, cuando se quedó tendida con la cabeza apretada contra la tierna clavícula de Jude, contuvo la respiración y permaneció inmóvil, como jugando al escondite con el tiempo.

Jude dijo que se tomaría un sándwich y que luego iría a una barbería a que le arreglasen el pelo una vez que hubiera puesto a Síle (que todavía estaba abotonándose el vestido esmeralda) en un taxi. Se convirtió en una figura minúscula tras una ventanilla y entonces Síle se puso la música con la función aleatoria, pero entre intentar no preocuparse sobre el retraso y el eco de placer en los pies, no oía gran cosa.

Resultó haber bastante tráfico, mucho; un dramático accidente había hecho a los vehículos detenerse. Tardó una hora y diez minutos en llegar al aeropuerto Pearson. Cruzando una cristalera reflectante, Síle se vio fugazmente, con las mejillas encendidas. La avioneta que la tenía que haber llevado a Detroit se había ido.

Cuando consiguió contactar con el supervisor de su vuelo por el artilugio, resultó ser un tipo de Cork al que no conocía. Se puso a dar gritos por teléfono como si se tratara de un preso que había escapado.

—Les has echado a perder el día a casi trescientos pasajeros, y eso sólo en un trayecto, sin mencionar los efectos en otros vuelos.

Se mordió el labio: sabía a pintalabios. «¡Síle, serénate!».

—Vas en el vuelo 592 mañana a primera hora, suponiendo que consigas levantarte de la cama.

En casi dos décadas de trabajo, aquélla era la primera vez que Síle había perdido un vuelo. ¿Qué le había sucedido? «Jude». Se preguntó lo que diría el informe enviado a personal en Dublin. «¿Irresponsable, inaceptable falta de profesionalidad?». Aquella vez era cierto.

Cerró los ojos un instante mientras caminaba. También era otras cosas. Era amada. Era deliciosa.

Y si salía zumbando, se le ocurrió ahora, podía pillar a Jude en la barbería y podían pasar toda la noche juntas. Igual su habitación en el Honeysuckle Arms seguía libre, y no habían cambiado las sábanas...

Si Jude no hubiera sido tan ludita, por supuesto, se le podría contactar con el móvil, un pensamiento que llenó a Síle de ira. Aun así, seguro que podía localizar a Jude; ningún barrio gay era tan grande.

—Church y Wellesley —le dijo al taxista.

El taxi salió disparado por la carretera que serpenteaba entre la ciudad y el lago

azul oscuro. Síle recostó la cabeza y pensó en todo lo que no había tenido tiempo de hacerle a Jude. Si iba a ser irresponsable, bien sabía Dios que lo iba a disfrutar.

Había dos barberías y una peluquería en la manzana en la que Jude se había despedido. Síle se asomó en la primera y dijo:

—Perdone, busco a alguien que puede haber estado aquí hará una hora... una joven, blanca, delgada, pelo corto.

El italiano soltó una risa sin alegría y Síle se dio cuenta de que probablemente acababa de describir a la mitad de su clientela. Pensó en intentar enumerar los rasgos que diferenciaban el rostro delgado y huesudo de Jude, pero se percató de que el ojo del amante ve de manera diferente.

Bueno, seguro que Jude se había quedado un rato a tomar un café antes de ir a casa. Habló para sí a gritos:

—Espérame, preciosa, que voy.

La tarde era cálida, con las decoraciones de maíz y calabaza en los escaparates y los chicos (con alguna chica) en bermudas sentados con enormes cafés helados; todo parecía la mar de saludable. Pasó por delante de un lugar que ofrecía té de burbujas. ¿Habría entrado Jude ahí? No, demasiado contemporáneo.

Tendría que haber metido un micrófono espía en su amante, haberle deslizado un microchip en el agujero casi desvanecido del lóbulo de Jude, para ser capaz de localizarla en cualquier lugar. ¿Qué derecho tenía aquella mujer a estar fuera del alcance de Síle? Era absurdo; no era posible que no se encontrasen, especialmente ahora que había puesto una mancha en su expediente haciéndole perder un vuelo a cambio de una última y deliciosa sesión de sexo. De repente pensó en el coche de Jude, aparcado detrás del Honeysuckle Arms. Pero cuando llegó allí, sin aliento, el aparcamiento estaba lleno, y ninguno de los coches era un Mustang blanco oxidado.

Entonces Síle la vio. Caminando en ropa tejana, mirando al suelo.

—¡Jude! —chilló Síle—. ¡Por fin te encuentro! —Y cruzó la calle disparada. Pero la cabeza se levantó y la mandíbula era demasiado fuerte; el corte de pelo era el de un muchacho alelado, con el labio y la ceja conectados con una cadenita.

—Lo siento —dijo Síle, riéndose, casi sollozando—, de verdad que lo siento.

Se sentó con un Martini de manzana amarga, contemplando a la gente pasar. La tarde de octubre se había vuelto polvorienta. Más tarde tomó *gnocchi* con salvia, pero no le sabían a nada. Se le ocurrió regresar al Honeysuckle y pedir a los amables dueños la misma habitación, pero se dijo que no le haría bien pasarse la noche gimoteando en la almohada. Además, ahora seguro que ya se la habían reservado a un par de dermatólogas de Minnesota que celebraban su trigésimo aniversario.

Así, Síle tomó otro taxi al aeropuerto, que la llevó a lo largo del cada vez más oscuro disco del lago. Rebuscó en los expositores de libros algo que leer, pero sólo veía títulos que contenían la palabra «tiempo»: La trampa del tiempo, Recetas para cuando se tiene poco tiempo, Encontrar tiempo para cosas intemporales. En el Hilton vio tres episodios de South Park seguidos, luego apagó la televisión y se deslizó entre

los cojines. Trató de pensar en aquella noche como una ofrenda al altar del amor, pero no acababa de convencerse. Se preguntó si se lo diría a Jude cuando la llamara desde Dublín. (No se permitiría llamar aquella noche, por si Jude insistía en volver a meterse en el coche, tan cansada que probablemente chocaría contra un camión). No había una razón válida para mencionarlo; sólo provocaría frustración a Jude saber que se habían perdido toda una noche juntas (y ¿quién sabía cuándo sería la próxima?). Pero estaba claro que a Síle se le escaparía toda la historia al día siguiente tan pronto como Jude se pusiera al teléfono.

En la bolsa que contenía su mascarilla forrada de terciopelo, encontró un paquetito envuelto en periódico. Desgarró el papel y encontró una extraña figura humanoide hecha de piedras planas pegadas. La nota decía:

Te hice este inukshuk una noche que no podía dormir. Es una cosa inuit, un faro para viajeros, que significa «hay carne enterrada aquí» o «sigue este camino» o «fuera malos espíritus» o simplemente «espera».

Toda tuya, sigue creyendo. Jude.

Salto en primavera, paso atrás en otoño

*Y una vez fui
sobre el océano,
y me dirigía
a la orgullosa tierra de España;
cantaba y bailaba por placer,
pero mi corazón
iba lleno de dolor.*

ANÓNIMO, La doncella de hermosos cabellos
castaños

El cuadragésimo cumpleaños de Síle empezó bien, en su casa y en la cama, cuando abrió el paquete con el matasellos canadiense y encontró un minúsculo cuaderno japonés en el que Jude había escrito, a una entrada por página, cuatrocientas cosas que amaba de Síle.

*Tu aptitud para las discusiones.
Tus ojos naranja.
El modo en que dejas que Petrushka arañe tu sofá.
Tu vitalidad.
Tu empeine arrugado...*

Pero entonces tuvo que salir pitando al aeropuerto para tomar el vuelo a Nueva York, que resultó ser asqueroso. Un fuerte viento cuando se acercaban les obligó a abortar el aterrizaje; el avión fue desviado a Filadelfia, y se quedó en tierra tres horas. Se acabó la comida, los pasajeros se quejaron indignados sobre las conexiones perdidas, y a una que se quedó encerrada en el baño le dio un ataque de histeria. Síle consiguió sacar la cerradura con un destornillador, algo que habría dado lugar a una buena historia: «Cómo pasé mi cuarenta cumpleaños ganándome la eterna gratitud de la señora Walson de Alabama». Pero la señora Walson salió como torpedeada del baño y la derribó; Síle se encontró tendida a los pies de un pasajero, se había dañado la rodilla y se había tirado zumo de naranja por la cabeza.

—He podido regatear un día en Nueva York para dejar descansar la rodilla —le contó por teléfono a Jude.

—Creía que habías dicho que estaba mejor.

—Lo está, pero no oficialmente. ¿Nos vemos allí el martes? —suplicó.

Aquel pequeño sonido de aspirar aire significaba que su amante estaba preparando su cabezonería.

—Venga, sólo por una vez, deja que me encargue de todo. ¡Podría darme un ataque postraumático!

—Mira que tienes morro —dijo Jude riendo. Y luego—: iré con el autobús, que es más barato.

Manhattan era un caos deslumbrante; Síle lo contemplaba todo a través de los ojos de alguien que nunca lo había visto. Subió en ascensor al piso cuarenta y nueve de su hotel, y al entrar se encontró a Jude acurrucada y dormida en la ancha cama, con los cabellos todavía mojados tras la ducha. Síle la miró de pie junto a ella. Un cuento de hadas: Blancanieves en su caja de cristal. Se inclinó para despertarla con un beso en el párpado.

Habían planeado salir a ver la ciudad, ya que disponían de menos de cuarenta y ocho horas, pero al final no salieron de la habitación aquella noche. Tenía una vista del edificio Chrysler, con sus gélidas curvas *decó* iluminadas. A las dos de la madrugada, Síle insistió en llamar al servicio de habitaciones para una cena de cumpleaños retrasada. Tomaron ostras, ensalada de pera tostada y sándwiches de beicon servidos con fritura de nabo, un detalle pretencioso que hizo que Jude soltase una carcajada de niña de dos años.

Todo era demasiado apresurado, frenético. El cuerpo de Síle parecía de papel de lija en un momento y era como mercurio en el siguiente. Jude no podía quitarle las manos de encima ni por un minuto. Cuando Síle fue a cepillarse los dientes, Jude la siguió y la abrazó por la cintura.

—¿No termina el horario de verano esta noche? —preguntó Síle—. ¿O es diferente aquí? Espera, creo que sí.

—O sea que hemos perdido una hora... —dijo apesadumbrada.

—Ganado —le aseguró Síle retrasando las manecillas de su reloj—. Mira, no son ni las tres otra vez.

—Adelante en primavera, atrás en otoño —murmuró Jude, conduciéndola hacia la cama—. No consigo recordar cómo es hasta que no digo eso. Es una expresión deprimente.

—¿Tú crees?

—Como ese problema de matemáticas sobre un caracol que trepa diez centímetros por la pared del pozo pero resbala cinco cada noche.

Tomaron un desayuno-comida en un restaurante giratorio sobre Times Square, que se movía con tanta lentitud que no lo notabas hasta que no levantabas la cabeza y comprobabas que la vista había cambiado.

—Me gustaría tener un viejo caserón en Florencia —decidió Síle—, una o dos semanas de esquí en las Montañas Rocosas, y Sussex en marzo por las campanillas; ah, y Sydney para carnaval, y los lilos en Nueva Inglaterra, y luego un mes en Cork

occidental, seguido de, mmmm, Bangalore es precioso todo el año por lo alto que está. Tienes que ver Bangalore, Jude, es una visión del futuro. Y quizá el final del verano en San Francisco... siempre me siento excitada allí, hasta cuando hay niebla: está construido de un modo tan inverosímil allí sobre aquellas colinas... Otoño en Nueva York... o quizá Toronto, por qué no: hay un gran festival de cine y excursiones para ver los colores que toman los árboles —iba proponiendo Síle, consciente de que llevaba la conversación ella sola—; y por fin, de vuelta al Mediterráneo. ¿Qué te parece?

—No me gusta este juego. Parece consistir simplemente en dar alas a tu culo de mal asiento.

—Nací con culo de mal asiento —afirmó Síle con su mejor imitación de una sonrisa diabólica.

—La respuesta nunca será Irlanda, Ontario, ¿verdad?

—Igual para la Feria del Calabacín en verano... —dijo sin mucha contundencia.

—Además, la vida no es turismo —señaló Jude—. Nos quedamos en un lugar del planeta por cosas reales como trabajo o familia, no por el olor de las campanillas.

Caramba, aquella chica a veces parecía tener sesenta y cinco años.

—Las campanillas son reales.

—Sabes lo que quiero decir.

—Se trata sólo de un juego —dijo Síle, tomando un trozo de beicon del plato de Jude, más por hacerse la graciosa que porque le apeteciera; hacía fresco y humedad—. Donde realmente me gustaría vivir, de hecho, es en un pequeño reducto llamado J. Turner.

Una pausa.

—¿Ah, sí? ¿Dónde en concreto?

—La Llanura Intermamaria —sugirió Síle—. O no, un pequeño valle entre la Pierna Izquierda y el Muslo Derecho.

Jude sonrió, después de un instante, y entonces regresaron al hotel.

Aquella tarde tomaron el *ferry* a Ellis Island.

—Es fantástico llegar por mar, como hacían los inmigrantes —dijo Jude, apoyándose en la barandilla.

—¿Quién te gustaría ser?... es decir, si se me permite otro juego de «Imaginemos» —preguntó Síle con cautela—. ¿Qué me dices de una humilde pero hacendosa modistilla?

Jude cabeceó.

—Y yo soy una camionera que se hace pasar por marinero porque a los hombres les pagan el doble.

—¡Trampa!

—Pasaba mucho —le aseguró Jude—. Era posible si mantenías la gorra encajada sobre los ojos.

—Ok —dijo Síle, encantada con la imagen—. Y yo soy una exótica princesa que

viaja con una aburrida familia inglesa y mis ojos oscuros no pueden despegarse de tus formas delgadas y misteriosas. Intuyo tu secreto y hacemos un pacto para fugarnos juntas al salvaje Oeste en cuanto crucemos la aduana.

Jude levantó la cabeza hacia la gigante verde que se elevaba por encima de las aguas.

—No parece tan... acogedora como esperaba.

Síle levantó el mecanismo de cámara de su artilugio, y el objetivo se puso erecto como un pezón.

—Mmm, ya sé que lo que sostiene se supone que es una antorcha, pero parece más como si dijera: «¡Deténganse!».

El Museo de la Inmigración era enorme. En un CD-ROM, Jude localizó un Shawn O'Shawghnessy de 1893 que fácilmente podría haber sido pariente de Síle.

—El apellido no se escribe igual —objetó Síle.

—Lo solían escribir mal —le dijo Jude—. Así es como Bukovski se convirtió en Booker o Cohen en Cole.

La sala de interrogatorios estaba desierta, con la excepción de una inmensa bandera de barras y estrellas. Una pequeña exposición mostraba los exámenes utilizados para expurgar a los solicitantes de inteligencia que fueran considerados subnormales. Síle se rió, pero cuando hacía la prueba de relaciones espaciales y Jude dijo «Te quedan diez segundos», le dio un ataque de pánico y no pudo acabarlo a tiempo.

—Bueno, así que habríamos terminado yo y el tío Shawn en el barco de vuelta.

—¿Cómo puede una mujer de mundo ser tan mala en relaciones espaciales?

—Menuda ironía, ¿no?

Leyeron historias de solicitantes que se pasaron años en Ellis Island, esperando; mujeres a las que se tenía prisioneras *de facto* hasta que aparecían sus maridos. Al salir pasaron ante una enorme pila de antiguos baúles y carretillas.

—Seguro que son de utilería y se los han dejado olvidados de alguna producción de Hollywood —dijo Síle.

Jude echó un vistazo a la placa.

—No, son reales. Equipaje no reclamado.

—¡Bromeas! —Síle se quedó mirando los hermosos baúles, cerrados con correas o con clavos, y las minúsculas carretillas. Echó mano a su artilugio—. Posa delante de ellos, cariño, y pon cara triste.

Jude miró a otro lado.

—¡Venga, venga!

Jude cabeceó.

—No me apetece hacer comedia.

Síle se mordió el labio. Dijera lo que dijera, parecía tocar algo sensible.

En el barco mantuvieron una sosa conversación sobre energía solar. Era comprensible, se dijo Síle. Los días que estaban juntas eran tan extraños, tan cortos...

No podían estar pasándose en grande cada minuto.

Cuando Síle despertó a la mañana siguiente, lo primero que notó es que era muy temprano; había sólo una luz débil en los bordes de las cortinas. Lo segundo fue que el sonido que la había despertado era el llanto de Jude.

Rodeó con sus brazos a la mujer sollozante.

—No.

—Quiero un cigarrillo.

—No llores, amor mío. No llores. Nos queda medio día.

—Y luego, ¿cuándo volveré a verte?

Síle no pudo responder. Pensó en decir «pronto», pero sonaría falso. La oscuridad se cernía sobre la palabra.

Jude se sentó, con las rodillas entre sus brazos.

—¿De verdad quieres un cigarrillo? —preguntó Síle.

Su amante negó con la cabeza y miró hacia la ventana, donde una gaviota de expresión hambrienta pasó volando.

Síle pensó los diversos razonamientos que podía hacer. La rodilla volvía a dolerle. Pensó en sugerir que llamasen al servicio de habitaciones para que les subieran el desayuno.

Lo que Jude dijo fue:

—No puedo hacer esto.

Síle esperó: en silencio, por una vez.

—Todo esto. Para nada. La espera —gruñó Jude—. Sé que debería estar agradecida porque nos hemos visto seis veces en siete meses, sé que lo tenemos mucho mejor que mucha gente. Pero me paso el rato tensa, como si hubiera una goma en tensión a punto de romperse y darme en la cara...

—Lo sé, lo sé —la arrulló Síle—; es brutal, es lo peor...

—Pero a ti se te da bien —la interrumpió Jude—. Es como si pudieras respirar a estas altitudes.

—No, no puedo.

—Pues parece que sí.

—¿Y de qué sirve —se apresuró a decir Síle— tanta queja y tanto gruñido? ¿Intentas provocar una pelea el último día?

—No —dijo Jude, en voz tan baja que Síle apenas podía oírla—. Intento decir que esto se acabó.

Durante varios segundos el único sonido era la delicada vibración del aire acondicionado. Síle habló con voz contenida.

—No sé qué quieres decir. Claramente no acabó, ¿verdad? A ver, estamos aquí, los sentimientos no se han evaporado de la noche a la mañana. —Esperó—. Lo que quieres decir es que te gustaría que acabase, ¿es eso? No quieres que te visite, no quieres venir a Dublin, enviarme *e-mails* o llamarme por teléfono o pensar en mí.

—A veces —dijo Jude con la boca apoyada en la rótula— casi pienso que era

mejor en los viejos tiempos, o al menos más sencillo, cuando uno simplemente despedía un barco o un tren, se volvía a poner el chal en la cabeza y continuaba con la supervivencia. —La pausa se extendió como cristal caliente—. Reconozcámoslo, Síle. Cuando te vas, te vas, y ni siquiera respiramos el mismo aire.

Síle la miró fijamente. Pero no podía negarlo.

Fueron extrañamente corteses la una con la otra después de aquello. Prepararon sus equipajes como zombis. Jude se ofreció a acompañar a Síle al aeropuerto, pero ésta dijo que tenía más sentido que el taxi la dejase en la estación de autobuses. Sus manos estaban separadas pocos centímetros en el asiento trasero.

—Lo siento —dijo Jude, una vez. Síle se pasó tanto rato buscando la respuesta perfecta, la frase mágica que pudiera conmover a su amante, persuadirla, atraparla de nuevo en su red, que el momento había pasado. Se despidieron con un beso como si fueran dos desconocidas.

Historia viva

*No iré nunca más a caminar,
caminar contigo, dulce dama,
caminar, caminar,
pues caminar fue mi ruina,
y no caminaré contigo ya más*

ANÓNIMO, La dama de Ámsterdam

El Día de los Fieles Difuntos, el 2 de noviembre, se celebraba lo que los habitantes de Irlanda llamaban «Día 1867», y todos quedaban poseídos por los espíritus de sus antepasados. O al menos aquélla era la idea. Jude se había quedado con la mirada perdida mientras pasaba un desfile. En la cabeza le sonaba un mensaje de voz una y otra vez.

«Yo otra vez. Puedo esperar mientras reflexionas, Jude; simplemente quiero saber más o menos cuánto voy a tener que esperar. Llámame, déjame un mensaje; es todo lo que te pido».

Aquella celebración había sido idea de Jude, aunque la inspiración estaba en otros proyectos de historia viva que conocía, como la Plantación Plymouth. Había elegido aquella fecha porque se conmemoraba la Confederación, cuando Canadá occidental se había convertido en Ontario, una provincia de la nueva nación. Daba a cada participante una ficha sobre el residente de Irlanda, Ontario, que se le había asignado, tal como realmente existieron el 2 de noviembre de 1867: «Patience Toofer, cuarenta y uno, soltera; educa a dos hijos de su hermana fallecida; lleva una lavandería; marcas de escarlatina...». La galería iba de la madre del vicario, siempre apoltronada, a los camorristas con narices ensangrentadas reposando en sus celdas, y todo lo que había sucedido aquel día había sido documentado, todo era auténtico.

Pero en los cuatro años que Jude llevaba dirigiendo las actividades, los lugareños habían llegado a tomarse 1867 con un mayor espíritu de frivolidad, y ahora le parecía que la cosa había degenerado en una fiesta para familias. Marcy, la de la agencia de viajes, pasó agitando unos manguitos que eran por lo menos veinte años demasiado modernos; cuando Jude se lo había comentado aquella mañana, Marcy había respondido: «No hace falta ponerse picotera», en un estilo que no tenía nada de Victoriano. Hugo y Lucian, de la casa de huéspedes Old Stationshouse, iban bien vestidos, pero apoyaban los rastrillos en los hombros como si fueran jugadores de

golf. Un muchacho corría con auriculares puestos encima de su gorra decimonónica, y le seguían dos minúsculas monjas con patinetes en los que había gallardetes de lata colgados de los manillares.

¿Cómo había podido Jude imaginar que jugar a los disfraces haría que la gente comprendiera el extraño, inmanejable pasado? Aquellos acomodados ciudadanos del siglo XXI no tenían la menor idea de lo que era abrir una extensión en medio de un bosque sin fin; enfrentarse a la burocracia para hacer caminos, escuelas o iglesias; colonizar lo que antes había sido un pantano infestado de mosquitos. Jude tampoco, era cierto, se recordó algo sombría; simplemente había leído montones de libros.

«¿Recibiste la carta que envié por mensajería? ¿Podrías leerla por lo menos? Me llevó media noche escribirla. Lo estoy pasando mal. Vamos Jude, coge el teléfono; me lo debes».

Gwen se encontraba junto a ella:

—¿Has visto a Tasmin, allí junto al puesto de sidra? Realmente le está cogiendo el gusto.

La joven daba el pecho a su bebé sacándolo de un corpiño sin acordonar.

—Parece más Una ramera del siglo XVII que una granjera del XIX —murmuró Jude.

—Te dan envidia sus tetas —bromeó Gwen—. Todo va viento en popa, ¿eh? Una auténtica fiesta.

—No se trata de hacer una fiesta. Se trata de que signifique algo.

Gwen levantó las cejas.

—Perdona, perdona, no me hagas caso.

Los mensajes sonaban una y otra vez en la cabeza de Jude hasta que se sintió como una demente. Los peores eran los autoflagelantes:

«Sé que fui despreocupada, no te cuidé lo suficientemente bien, no tengo que haberte amado todo lo bien que debería; juro que lo haré mejor si me das otra oportunidad. Por favor. Jude, por favor».

—¿Sabes?, esto podría durar años —señaló Gwen.

Jude observó la procesión ornamentada con sus carros festoneados pasar por la Calle Mayor.

—No, ya han llegado a la factoría de pavos.

—No me refiero al desfile, sino a tu parálisis. Si quieres que te diga lo que pienso, aunque no es que me lo hayas preguntado —añadió Gwen un segundo más tarde—, sigo pensando que tendrías que haber persistido un poco más.

Jude apretó los dientes con fuerza.

—Es como dar a luz, o lo que he oído sobre el tema: siempre puedes aguantar más de lo que piensas. Cuando empecé con Luke —Gwen le confió en voz baja—, las primeras seis semanas no podía ni imaginar que seguiría mucho tiempo. La sordidez del secretismo, y pensar en su esposa... De verdad pensé que iba a cortar de raíz. Pero pasó.

Jude se volvió hacia ella y la miró.

—Muy bien, y ahora has pasado tres años infeliz.

La mirada de Gwen mostró dureza. Jude nunca la había visto llorar, y quizá nunca lo haría.

—No es que quiera ser tu fuente de inspiración. Lo único que te digo es que una se acostumbra a todo.

—Entonces algún día me acostumbraré a estar sola otra vez.

Un suspiro de exasperación.

—¿Sigues negándote a hablar con la pobre mujer? ¿Ni eso?

Jude sabía que jamás había hecho nada tan cruel. Sí le vivía y respiraba y hablaba: el silencio la asfixiaba. Dejarla en el limbo, negarse hasta a acusar recibo de sus mensajes era un acto de brutalidad. Pero Jude no conocía otra manera.

«Mierda, Jude, ¿cómo puedes hacerme el vacío y dictaminar que el caso queda cerrado?».

Joe Costelloe pasó vestido con un peto de una anacrónicamente impoluta Eddie Bauer (eso decía la etiqueta). Un minuto después, Jude dijo:

—Quiero empezar desde cero, no quiero que sea como Joe y Alma.

—No tiene nada que ver —dijo Gwen con cierto sarcasmo—. ¡Se han divorciado, pero siguen compartiendo el lavabo!

«Te lo digo por última vez, Jude: ¡Coge el puto teléfono!».

La llamaban al quiosco de información para arreglar una crisis y Gwen dijo que probaría una manzana caramelizada. Jude la sujetó por la manga durante un instante:

—No pierdas la paciencia conmigo.

—Como si tuviera elección —concluyó Gwen.

Había otros dos mensajes cuando Jude regresó a casa muchas horas después. El primero adoptaba la voz rápida y maligna de una acosadora telefónica.

«No lo entiendo, y yo tampoco te perdono. La gente cree que eres la mar de fuerte: ¡menudo chiste! No pudiste resistir ni un año. No tuviste pelotas».

El segundo consistía simplemente en sollozos.

En cuanto bajó del autobús al llegar de Nueva York, Jude había hecho las cosas como debía, como si hubiera estado desmontando una exposición: guardar las fotos enmarcadas (Síle en la Triumph, Síle dormida en el sofá, Síle y Jude sentadas en un calabacín gigante), sellar la caja con las cartas y los *e-mails*, y guardar el atlas para que no le tentara ir a la página de las Islas Británicas. Cada vez que algo le recordaba a Síle (una cafetera de expreso, un calabacín retorcido...) lo ponía en el sótano. El año pasado por aquellas fechas, la casa había contenido a Jude y a su madre y todos los trastos de sus vidas compartidas; ahora empezaba a tener cierto aire de lugar no habitado.

Cada vez Jude sentía el tirón, el pinchazo en las costillas. Los miles de kilómetros que mediaban entre ella y Síle tenían que haberle otorgado cierto aislamiento, protección, insonorización, pero la verdad es que no era así. Si aquella mujer nunca hubiera venido a Irlanda; si la ciudad no hubiera quedado marcada con recuerdos de su estancia... El taburete en que se había sentado en la Charca del Pato (el tercero contando desde la pared) mantenía su fantasma con medias de seda.

«Se acabó, se acabó», se decía Jude una y otra vez, como un mantra. Pero la expresión no parecía significar nada. Como aquellas adolescentes que presumían: «Rompí con él el sábado por la noche, pero el lunes a la hora de la comida hicimos las paces»: no se trataba de acontecimientos reales, sólo de declaraciones. ¿Cómo podía ser la gente tan estúpida de pensar que podían controlar las entradas y salidas del amor? Lo único que Jude podía hacer era aguantar, seguir con la boca cerrada, llegar al final de un día, luego al siguiente, y al siguiente. Esperar recuperar su vida algún día.

Tenía densas pesadillas en las que avanzaba con dificultad por campos de nieve que se convertían en hielo negro y se fracturaban bajo sus pies; de sogas enredadas, perros esquimales que ladraban, anzuelos que se mecían. Pero una noche, cuando por fin consiguió dormirse a las tres de la mañana, tuvo un sueño encantador. Estaban sentadas juntas en el alféizar de una ventana, a cien pisos de altura. Síle la besó suavemente en la mejilla (cuya temperatura se disparó), luego la tomó de la mano y se tiraron juntas. Sin miedo, sin sonido. Jude se despertó tensa, como si alguien hubiera encendido la luz y le hubiera arrancado el edredón.

A Rizla se le ocurrió que una excursión a Detroit podía animar a Jude. Por fin, ella accedió siempre que fuera una sola noche, sobre todo para que callara. Condujo él, porque, como dijo, Jude estaba tan amuermada últimamente que se saldría de la carretera. El tiempo era excepcionalmente bueno para noviembre; Jude deseó no haberse puesto una chaqueta tan gruesa.

Al llegar a las afueras de Detroit, se perdieron en las enredadas autopistas. Ella mantuvo cerradas las ventanillas de la furgoneta y miraba hacia afuera, recordando su luna de miel. Había sido una cría; eso no tendría que haber sido legal. En el centro, algunos edificios quemados parecían como si Godzilla acabase de arrasarlos, aunque ya hacía más de treinta años de los disturbios. De los respiraderos en la calzada salía

vapor, haciendo la visión de Jude borrosa. Pensó en todos los blancos que habían huido a los barrios periféricos y nunca habían regresado. Se imaginó a Síle, su rostro oscuro flotando en una multitud de otros blancos.

Pasaron junto a edificios cegados, con árboles que asomaban desde dentro.

—Seguro que hay faisanes y mierda ahí dentro —murmuró Rizla—. Tendría que haberme traído la escopeta.

—Eso nos habría granjeado el cariño de la policía de aduanas.

—Ah, aquí les gustan las armas de fuego. ¡Tierra de la libertad!

Por suerte o quizá por cierto instinto que databa de sus días de gran bebedor, encontró un bar de blues con un buen grupo. Le compró a Jude uno de sus CD, pero ella sintió sólo irritación por lo que consideraba un despilfarro. Comieron un enorme plato de fajitas de pollo. Un par de horas después, cuando estaban afónicos por intentar hacerse oír en el barullo del lugar, Jude sugirió que cruzasen la calle para ir a un bar con la bandera del arco iris que había visto al entrar. Se llamaba Lip Sink; estuvieron viendo las semifinales del concurso Mejor Pecho de Detroit. Jude había logrado una buena imitación de una chica que pasa un buen rato. Intentó inscribir el nombre de Rizla en la competición, pero él le torció la mano y le quitó el papel donde lo había escrito.

—¡Ay! —dijo ella frotándose la muñeca.

—Así aprenderás.

Recordó los días locos, las carreras por caminos de tierra, cuando apretaba los frenos para hacer que el coche virase; le miró detrás de la oreja y la vieja cicatriz del juego de los capós seguía ahí.

—Basta ya. —Ella le apartó.

Cuando la mesa contigua se llenó de mujeres veinteañeras, Rizla sonrió.

—Eso está mejor. ¿Recuerdas la noche fetichista a la que me llevaste una vez en Montreal y aquellas tías con serpientes vivas?

—Eres un tipo muy raro.

—Las diez —murmuró, y ella comprobó que el reloj de la pared decía que pasaban cinco minutos de la medianoche—. Las diez —repitió él—, ¡y qué gracia tiene la rubia!

Jude se volvió y luego cabeceó.

—Creía que te gustaban femeninas...

—Una cosa es femenina, y otra horterera, Riz. Ésa tiene purpurina en las uñas.

—¿Y aquélla? —Señaló con el pulgar en otra dirección.

—¿La del vestido rojo? Estás eligiendo a las que tienen más pinta de hetero.

Él se encogió de hombros.

—Trato de verlo a través de tus ojos, nena. Personalmente yo elegiría la monada aquélla con camisa y corbata.

—¡Pervertido!

Varias cervezas más tarde, se le hacía más difícil mantener la fachada. Cuando

Rizla citó: «El tiempo cura a todos los malos, como dijo Marx», ella respondió:

—Groucho Marx, so gilipollas.

—¿Sabes cuál es tu problema, cascarrabias? —preguntó dando sorbos a su cerveza.

—Si hay un tipo de persona que odio —respondió Jude—, es la que dice: «¿Sabes cuál es tu problema?». —Notó que sonaba un CD de canciones irlandesas.

*Se fue de mi lado y se movió por la feria,
y la vi moverse por aquí, y por allá...*

—Vas a tener que dejarlo estar —le dijo Rizla.

—¿Te refieres a Síle? —El nombre era un guijarro afilado en su garganta.

Él se encogió de hombros.

—Títulos de crédito. La distancia os agotó: fin de la historia. Triste pero cierto.

Para alguien que bebía poco, pensó Jude, sonaba como si fuera el más sentencioso de los borrachos. Sinead O'Connor siguió gimiendo:

*Y sonreí mientras pasaba junto a mí con sus cualidades
y su ropa,
y aquella fue la última vez que vi a mi amada.*

—El espectáculo debe continuar —dijo Rizla—. Si hubiera sido algo que tenía que ir bien, habría ido bien. La gente se conoce, vale, y la gente se separa, y el mundo sigue girando.

Jude giró la cabeza para mirarle. Era como si se hubiera encendido de golpe una bombilla; lo único que le sorprendía es haber sido tan ingenua.

—Déjate de rollo *hippy*. La verdad es que no podías alegrarte más.

Él se recostó en la silla con una expresión que parecía significar: «¿quién?, ¿yo?».

—Hiciste todo lo posible para sabotear nuestra relación. No parabas con tus bromas, no hacías más que picarme, apostaste a que nunca estaríamos juntas... no eran más que celos, simple y llanamente.

—No te creas —dijo chasqueando la lengua—. Las esposas dan trabajo. Déjame decirte que no querría que volviéramos juntos por nada del mundo.

—No, no me quieres como esposa —dijo ella—; eso es lo que me tenía confundida. Me quieres soltera. ¿No es así? Sin relaciones y siempre disponible para veladas de ver la tele, fumar marihuana o «lo que sea». Tu colega, siempre a mano, ¡sin ataduras!

—Anda, cierra la boca y no me agobies —gruñó Rizla poniéndose de pie—. No me he pasado tres horas conduciendo para que te me tires encima.

Jude le siguió a la puerta, a cierta distancia. Llovía a mares. Diana Krall cantaba

un melancólico «Danny Boy». Jude se levantó el cuello y salió a la cortina de agua.

—La camioneta está por aquí —bramó Rizla, resguardándola con su chaquetón de cuero. Caminaron por el aparcamiento de un lado a otro, como un muñeco de cuatro patas, esquivando charcos.

—¿Estás seguro que no era por allá? —preguntó ella.

—El bar estaba a la izquierda.

—No, estúpido, era el primer bar, cruzando la calle.

Un Jeep salió del aparcamiento haciendo marcha atrás, y pasó a medio metro de la cadera de Jude.

—Me cago en... —bramó Rizla. La dejó con la chaqueta por encima de la cabeza a modo de paraguas y se lanzó encima del coche.

—Riz —gritó ella—. Déjalo.

Él golpeó con gran estruendo la capota del coche.

«Oh, no».

A través de la cortina de agua ella vio una cabeza que asomó por la ventana.

—¿Qué mierda haces, hijo de puta? —ladró el conductor.

—El hijo de puta lo serás tú —dijo Rizla—. Casi atropellas a mi colega, ¿por qué no miras por dónde vas?

Jude sintió una oleada de odio. ¿Por qué tenía que hacer esto, precisamente aquí y precisamente ahora?

—No, ¿por qué no te vas a la mierda de la que has salido? —El tipo salió del Jeep y cerró de un portazo.

Blanco, de treinta y tantos, era todo lo que Jude podía distinguir a través del aguacero mientras miraba desde debajo de la chaqueta de Rizla. Lo único que quería era estar en casa.

—¿Y por qué no vas a que te den por el culo, maricón?

Salieron otros dos hombres. El más bajito le dijo al conductor:

—Han salido del bar gay del otro lado de la calle, los he visto, estaban toqueteándose.

El conductor escupió:

—¿Aquél es tu novio, so maricona?

Antes de que Jude pudiera darse cuenta, la cogió por el hombro, haciéndole daño con los dedos. Ella iba a decir algo; buscaba las palabras acertadas para calmarles y hacerles comprender que era una mujer, que no hacía falta crear problemas, que su amigo lo sentía mucho por haberles tocado el coche. Pero lo único que le salió fue un gemido agudo.

Rizla dio un cabezazo al tipo, que la soltó y refuló, con las manos en la cara y emitiendo un sonido gutural. Había algo extraordinario en aquel momento, notó Jude, aunque el terror explotase en su cabeza como una bomba atómica. Rizla y el tipo bajito gruñeron, empezando a atizarse golpes. Ella pensó en correr en busca de ayuda, pero el tercero iba hacia ella, la cogió por detrás atrapándola por la barbilla. Su brazo

era como un gancho de acero en su laringe. Había algo que Jude había aprendido en aquel taller de defensa personal hacía años, lo de pisotear el pie del atacante con el tacón de los zapatos. Iba en zapatillas de deporte, no había tiempo, le habían derribado y estaba tumbada en el suelo empapado. ¿Cómo había sucedido aquello? Tirada como un saco de basura en un charco, y con gravilla dura como diamantes bajo la mejilla. Consiguió enroscarse antes de que algo se le hincase en las costillas y sintiera en la mano el dolor más agudo del mundo.

Luego Jude no podía recordar exactamente cómo la había llevado Rizla hasta la camioneta. Estaba en el suelo con la cabeza en el asiento y había mucho vómito.

—Quédate cabeza abajo o te asfixiarás —le ordenó mientras torcía una esquina. El dolor le iba y venía a la cabeza como a oleadas.

Lo siguiente que entendió bien fue la discusión de Rizla con alguien.

—¡Oiga, lo único que hemos comprado es un CD! ¡No recuerdo cuánto nos costó! Igual diez dólares. Mire, mi amiga se está desangrando, ¿puede darse prisa? Lleva el pasaporte en los vaqueros... es mi mujer. Mi exmujer. ¿Qué quiere decir con eso de si le he pegado una paliza? Ya le he dicho que se nos tiraron encima unos hijos de la gran puta, creo que tengo la nariz rota. No, que no quiero ir a denunciarlo, quiero volver a Canadá. No, tío, no necesitamos una ambulancia. ¡Sólo déjanos pasar!

Cuando volvió en sí, Rizla estaba sentado junto a su cama y una tenue luz grisácea inundaba la habitación.

—Buenos días. Estamos en el hospital de Windsor, al otro lado de la frontera —añadió un minuto después.

—Ajá... —La voz de Jude sonaba ronca, como si hubiera estado gritando, aunque no recordaba haberlo hecho. Parecía llevar un enorme guante blanco en la mano derecha, con los dedos que sobresalían como gusanos rosados.

—Tenía miedo de que si te llevaba a urgencias en los Estados Unidos me cobraran diez mil dólares sólo por entrar.

Ella asintió, pero enseguida se arrepintió; sintió que la cabeza iba a desencajarsele.

—Me he comido tu desayuno. Por pasar el rato —dijo, señalando la bandeja con la cabeza—. Tienes las costillas algo machacadas, y algo que llaman fractura de Colles, en la muñeca, donde aquel cabrón te pisoteó.

Aquello explicaba la escayola.

—No hay contusiones, algo es algo —dijo con tono animado—. Por casualidad no recordarás su matrícula, ¿no?

Ella cabeceó con cautela.

—Esos Jeeps nuevos no puedo distinguirlos —se quejó—. Podría haber sido un Ford, pero a saber... ¿Crees que vale la pena regresar a Detroit a poner una denuncia?

—No —dijo con voz ronca. Tomó una bocanada de aire y le dolió.

—¿Te has cabreado conmigo? —Rizla esperó—. ¿Qué quieres que te diga? Me

hierva la sangre, y me pongo a disparar; los tíos somos así.

Jude habló con voz pastosa.

—Hay tíos que también tienen la misma testosterona, pero no se comportan siempre como gilipollas.

—Hombre, no es siempre —dijo como un niño.

—Muy a menudo. Aquel australiano al que diste un puñetazo en nuestra noche de bodas. O cuando incrustaste el coche de tu hermana en una señal de *Stop*. ¿Y cuándo hundiste la pared de tu caravana a puñetazos?

Rizla se frotó los ojos.

—A ver, compréndelo, me acababa de enterar de que mi esposa era bollera.

La adrenalina empezaba a reanimar a Jude; consiguió incorporarse a pesar de los pinchazos en las costillas.

—O sea, que aquello iba destinado a mí, no a la pared.

—Yo no pego a las mujeres.

El tono fue lo que la hizo saltar.

—¡Vaya, perdone, caballero cristiano! Pero sí te da por provocar una riña en un aparcamiento para que otros tipos te den una buena paliza.

Él soltó un largo gruñido.

—Lo siento, ¿vale? La intención no era que pasara nada.

«No ha traído más que problemas desde que os conocisteis», oyó a su madre amonestarle dentro de su cabeza; Jude podía escuchar cada sílaba precisa. Pero le parecía que, con todos sus defectos, aquel hombre era todo lo que le quedaba. Los dos eran mercancía dañada; nunca se librarían del otro.

—Me he roto la nariz, si eso ayuda. El médico tuvo que volverla a poner en su sitio de un golpe.

La comisura de los labios de Jude se levantó por sí misma.

—¿Nada más?

—Moretones. Igual un ojo a la funerala mañana.

Dejó escapar un resoplido de reproche. Su vida era una cuerda llena de lazos y nudos; todavía podía acabar en aquella caravana. Se le cortó la respiración de sólo imaginarlo. «Sólo tengo veintiséis años —pensó—, ¿cómo puedo estar tan desgastada?».

—La última vez que me arrearon una hostia fue por ser indio; imagino que una paliza homófoba tiene la gracia de ser una novedad —propuso Rizla, y ella esbozó media sonrisa—. La próxima vez que salgamos te haré ponerte falda y tacones. ¡No puedo creerme que nos tomaran por un par de maricones!

—Tengo que dejar de hablar —dijo Jude débilmente, y se arrebujó en el lecho. Silencio: cerró los ojos y volvió a perder la consciencia.

Cuando los abrió de nuevo, Rizla estaba de pie junto a la ventana, como una figura humana de cartón.

—Ahora empieza a granizar un poco.

Ella se esforzó por alcanzar con la mano derecha el vaso de papel con agua. Él se acercó, apretó un botón que hizo incorporarse la cabecera de su cama y le levantó el vaso a los labios.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó depositándolo, y secó las gotitas desbordadas de la bata con los nudillos.

—No muy bien —susurró.

—¿Las costillas? ¿O la mano?

Las lágrimas emergieron bajo sus párpados.

—Mi vida.

—Ah... —dijo Rizla.

Jude sabía que había sido castigada. Se había desembarazado de su amante y lo malo era que ni siquiera recordaba por qué. Estaba perpleja y magullada, molida. No podía ni imaginarse que se levantaría y se pondría a caminar.

—Tu vida no está mal; estructuralmente es sólida. Lo único que necesita es... ¿cómo se llama el disco de Shawn Colvin?

Se aclaró la garganta.

—¿Que mi vida necesita un disco de Shawn Colvin?

—El que no hacías más que poner cuando fuimos a Montreal. «Unos pequeños arreglos», eso es.

Jude casi logró reír.

Una sorprendida cara caribeña se asomó entre las cortinas.

—¿Echamos un vistazo a tus constantes vitales?

Rizla salió para que la mujer pudiera tomar la temperatura y el pulso de Jude.

—¿Te duele mucho? —le preguntó.

Jude intentó encogerse de hombros.

—¿Del uno al diez?

—¿Cinco?

—Casi todos dicen cinco —comentó la enfermera—. Te daré una pastilla.

—Cuánto tiempo...

—El médico se pasará más tarde; igual tu amigo te puede llevar a casa mañana.

Casa: Jude pensó en la casa de la Calle Mayor, tan hueca como una cáscara de huevo rota. Sus amigos, sus vecinos, el museo: intentó sentir interés. Pensó en cómo una vida podía deshincharse con la misma rapidez que un globo.

La luz se filtraba a través de la ventana. El atardecer de noviembre se enturbió en la habitación. Jude escuchó el silencio como si estuviera en un encuentro cuáquero. «Aquí estoy. Ayúdame. Aquí estoy».

Jude pensó que probablemente se trataba de una alucinación por las drogas.

Una cabeza se abrió paso por un hueco en las cortinas. Lo único que podía ver era una silueta. Palpó en busca del interruptor y la luz se encendió.

—Hola, desconocida —dijo Síle, inclinándose sobre la cama y sonriendo como si fuera Navidad.

Jude parpadeó, cegada. Por fin consiguió decir:

—Cómo...

—Rizla me hizo llegar un mensaje a través de la oficina de Dublín esta mañana, ¿no te lo ha dicho? Lo recogí en Nueva York, pillé el primer vuelo a Toronto y alquilé un coche para llegar a Windsor.

Tenía la mente borrosa con tantas ciudades.

—Habría llamado para decirte que venía —aseguró Síle—, pero tenía miedo de que dijeras que no.

Jude sacudió la cabeza con la suficiente vehemencia como para que le doliera.

Síle extendió la mano, acarició los cabellos de Jude muy suavemente, como quien toca un animalillo salvaje.

—Rizla se ha ido. Se disculpó por haber dejado que la mercancía se dañase cuando le tocaba cuidarla.

Jude pensó que iba a llorar otra vez.

—Te llevaré a casa yo mañana si estás lo suficientemente bien. Nunca te he visto con tan mala pinta —señaló.

—Yo nunca te he visto tan hermosa.

Síle se inclinó y la besó, con una boca que parecía una ciruela madura.

—Si te hubieras muerto sin estar yo a tu lado, te juro que te habría matado.

El tono severo hizo sonreír a Jude.

No tengo ni idea de lo que me proponía tratando de cortar.

Un asentimiento serio.

—Te he hecho tanto daño...

—Hazme feliz a partir de ahora, y te perdono la deuda —dijo Síle encogiéndose de hombros con gracia.

—Supongo... que me falló el coraje.

—Una vez intenté escalar. Todo era perfecto hasta que no pude encontrar un punto de apoyo y el cuerpo se me quedó rígido. No hacían más que gritarme instrucciones, me chillaban, pero estaba como un témpano. Al final tuvieron que colgarme precipicio abajo como si fuera una oveja.

Jude se sorprendió al ver que todavía era capaz de reír.

Recorrer la distancia

O el pozo era muy profundo o ella caía muy lentamente, ya que mientras bajaba tuvo mucho tiempo para mirar alrededor y preguntase qué pasaría a continuación.

LEWIS CARROLL, «Alicia en el país de las maravillas»

Tres días después, Síle puso sus maletas en el maletero del coche de alquiler. Regresó al porche donde estaba Jude, temblando en su cazadora con capucha.

—Venga, entra, que todavía no estás bien.

—No pasa nada. —Jude la sonrió y rascó el punto donde el cabestrillo le frotaba la mano, «PROPIEDAD DE SÍLE SUNITA SIOBHÁN O SHAUGHNESSY», decía en mayúsculas a lo largo de la escayola.

Síle se inclinó para recoger una hoja de arce escarlata, y todo pareció cambiar, como un pequeño terremoto. Se estiró, mareada, todavía mirando los extremos puntiagudos de la hoja.

—¿Qué es?

La puso en el bolso, dentro del libro que llevaba, La esposa del viajero del tiempo.

—Esta vez no será mucho tiempo —dijo a Jude.

Los ojos azules de Jude se iluminaron.

—¿Quieres decir que vas a venir en Navidad...?

Síle cabeceó.

—Para siempre.

Jude la observó, con los brazos en torno a sus propias costillas.

—No me vengas con mentirijillas ahora que te marchas hacia el aeropuerto.

—No, acabo de decidirlo: cambio.

—¿Qué cambio? —preguntó ella suspicaz.

—¡Boba! Si queremos estar juntas, vamos a tener que hacer algo. Y la verdad es que yo soy más móvil que tú. Así que Irlanda, Ontario, es donde voy. —Síle pronunció el nombre con tanta alegría como pudo.

—¡Ni hablar! Podemos seguir como hasta ahora —protestó Jude—. Nos arreglaremos.

—¿Cómo era el versículo de la Biblia que me citaste anoche? —Síle se puso a mirar hacia la ventana del dormitorio—: «Dos yacen juntos...».

—«Cuando dos yacen juntos, tienen calor, pero ¿cómo puede calentarse uno solo?».

—Pues eso. —Después del beso, miró el reloj y se marchó hacia el coche.

—No me creo que vayas a hacer esto —le gritó Jude.

—¿No? Pues obsérvame —dijo Síle por encima del hombro con la sonrisa curvándose como el ala de un pájaro.

El subidón le duró a Síle dos días. Le acompañó en el vuelo de regreso de Toronto, una mañana húmeda, y luego, mirando las calles grises de Dublín desde la ventanilla del taxi, pensó: «Vale, si no hay más remedio. Me he pasado aquí cuatro décadas; es hora de cambiar». Siguió exultante durante su siguiente turno de ida y vuelta a Nueva York. La envolvía el romanticismo de aquel momento en el porche de Jude, cuando su vida se sacudió y supo exactamente lo que debía hacer; el recuerdo crepitaba como las hojas bajo los pies. Basta de buscar compromisos, de avanzar con dificultad; todas las expresiones cautelosas habían dado paso a un «sí» incondicional. Síle sabía que habría dificultades; y estaba dispuesta a recibirlas con los brazos abiertos.

Al tercer día se despertó temprano, aunque no le tocaba trabajar. Se sintió extrañamente fatigada, como si hubiera pillado algo. En la cabeza empezó a elaborar una lista de pros y contras. A un lado estaban «viejos amigos, papá, Orla, sobrinos, trabajo, cine, vida urbana, cafés...»; la lista continuaba un buen rato. Al otro lado, había solamente una palabra: «Jude». ¿Por qué hacer una lista, se recriminó, si ya se había decidido?

Síle adoptó una actitud práctica. Encontró la página web de inmigración del gobierno canadiense, y enseguida se sintió desanimada. La legislación era progresista, sí, pero nada parecía aplicarse a su caso. Jude podía garantizar la inmigración de Síle como «pareja de hecho»... pero no, maldita sea, no habían «cohabitado en una relación conyugal por un periodo de más de un año» (de hecho, nunca habían cohabitado más de una semana seguida). Síle notó que había otra categoría: «emparejamiento conyugal», que no requería haber vivido juntos si había algún impedimento... pero caramba, también tenían que haber pasado por lo menos un año en «una relación comprometida y mutuamente interdependiente (como un matrimonio)» en la que tendrían que haber «compaginado sus asuntos en la medida de lo posible». Hmmm... «Asuntos»; sonaba jugoso, pero parecía referirse a cuentas bancarias, testamento, tarjetas de crédito, propiedades, seguro de vida... ¿Qué habían «compaginado» ellas dos en los últimos once meses a excepción de palabras y cuerpos?

El impreso de respaldo era surrealista. «¿Les presentó alguien (sea un individuo o una organización)?».

George L. Jackson, que en paz descansa.

«Al conocerse, ¿usted y su patrocinador intercambiaron regalos?».

Una taza de café asqueroso, un trozo de tarta.

Y luego, encima de un espacio con cinco líneas en blanco:

«Describe cómo se desarrolló su relación después del primer contacto. Aporte fotografías y evidencia documental de actividades en las que ambos participaron. Para acelerar el proceso y por razones de seguridad, no incluya documentos con componentes electrónicos, como tarjetas de felicitación musicales».

Vaya, aquí había otro problema, se percató Síle recorriendo la lista en la que decía «Relaciones excluidas»: no se podía respaldar a una pareja si se estaba «casado/a con otra persona» en aquel momento. O sea, en aquel caso, el dichoso Richard Vandeloo. La situación de Jude y Síle se convertía en algo más censurable cada minuto que pasaba.

—¿Cómo están tus costillas fracturadas? —dijo por teléfono.

—Mucho mejor —respondió Jude.

—¿Y la muñeca?

—Va arreglándose, me dice el médico; simplemente tengo que resistir la tentación de coger una pala para quitar nieve.

—¿Ya nieva? —se maravilló Síle.

—Es lo que te va a tocar si de verdad acabas mudándote aquí —le avisó Jude.

Ella sonrió.

—Oye, una comprobación; no querrás casarte conmigo, ¿verdad?

Un momento de silencio.

—¿No dijiste en Leitrim que las bodas...?

—¡No estaba declarándome!

—¡Ah...!

—Espero que eso no signifique decepción —dijo Síle lamentando haber sacado el asunto a colación tan alegremente. Deseaba que aquella conversación tuviera lugar en una almohada en algún sitio, en cualquier sitio, incluso el motel más casoso.

—No, sólo una confusión momentánea. Una vez fue suficiente para mí, la verdad. La firmeza de su amante en aquella cuestión dio seguridad a Síle.

—Es porque he estado mirando maneras de ir a Canadá y el que tú te divorcies y te vuelvas a casar es la más fácil, aunque incluso esa ruta llevaría cierto tiempo. Pero hay montones de alternativas —dijo con más seguridad de la que sentía.

—¿Con quién has hablado de este plan tuyo?

—Nadie todavía —afirmó Síle. A veces prácticamente podía escuchar los pensamientos de Jude como una radio amortiguada—. Sólo que tengo que armarme con un plan plausible antes de empezar —le aseguró.

—Mira —dijo Jude—, si tienes dudas... si ves que no puedes llevarlo a cabo...

—Deja de decir tonterías.

—No te lo reprocharía. O sea que, si cambias de idea...

—Voy a colgar —canturreó Síle.

Podía solicitar un visado como trabajadora cualificada, descubrió al continuar

investigando, pero ¿de qué tipo? Un informe sobre la difícil situación de las compañías aéreas canadienses ratificaba que no había trabajos, y si los hubiera las empresas no contratarían a una irlandesa en lugar de una de las suyas. Para sorpresa de Síle, aquello no la deprimió, más bien al contrario: lo que quería era una nueva vida, no una copia de la antigua. Durante muchos años empezaba a fatigarse de todas aquellas escaramuzas con turistas quejicas y de servir tortillas que apestaban. Una nueva carrera a los cuarenta era la respuesta.

La lista de ocupaciones deseables para la oficina de inmigración canadiense la hizo reír a carcajadas. ¿Qué diablos era un artista positivo, o un peletero completo, o un cocinero de campaña o un especialista capilar?

Síle encargó unos libros con títulos como *En pos de tu pasión: elegir una nueva carrera con el corazón*, *Sueña un trabajo de ensueño* y *¿Qué hará USTED el resto de su vida?*, y luego pensó que, en lugar de gastarse 62,59 dólares en chungos libros de autoayuda, debería empezar a ahorrar para los muchos gastos de la emigración, así que canceló el pedido. Acabó comprando un solo libro: *Simplificar: aprenda a vivir la vida que ama con menos*. Lo recibió dos días después (Síle siempre hacía sus pedidos con entrega exprés), y la puso furiosa con su tono sermoneante y todas las ideas de manualidades caseras: triturar viejas guías de teléfonos para ornamentar el jardín, no entrar en tiendas, cocinar sus propios regalos de cumpleaños. Tuvo la tentación de triturarlo.

Eligió a Marcus como primer amigo para darle la noticia, y esperó a que viniera, el fin de semana, para llevarle (a la porra con los ahorros) al hotel Shelburne a tomar un té con servicio de plata en sofás mullidos.

Su bollo relleno de nata se quedó suspendido en el aire.

—Ya sabía que pasaría.

—¿De verdad? Pues ya sabías más que yo.

—¿Y por qué no puede Jude mudarse aquí? —propuso Marcus.

—Porque no es el tipo de arbusto que puede trasplantarse —dijo Síle.

—Mierda, mierda, mierda.

—Venga, venga. Si alguien va a entenderme tienes que ser tú, señor «El Amor Siempre Triunfa».

—Lo entiendo —dijo Marcus dejando su bollo—, pero hoy no me siento como defensor del romanticismo. Soy más un niño de cinco años cuya mejor amiga se muda a la luna.

Síle se esforzó por reír; tomó un sorbo de té.

—Tampoco es que tú y yo vivamos cerca. —Aquello sonaba como un reproche, así que se apresuró a continuar—. Te llamaré desde Canadá igual que te llamo desde Dublín y seré una carga para ti y para Pedro cuando venga a visitaros a menudo.

Silencio, mientras Marcus consideraba la credibilidad de aquella promesa.

—Lo siento —dijo Síle con un tono más plano—. Al parecer es uno de esos momentos en que los amigos no son lo primero.

Él asintió.

—Os deseo suerte a ti y a Jude; hacéis una pareja encantadora.

Ella se inclinó para darle un beso en la mejilla sin afeitar. Tomó un pastel de crema, pero se le pegaba en la lengua como cola; se lo tragó con té templado.

—Dejando de lado mi pérdida personal, ¿cómo vas a hacer la mudanza?

Ella se encogió de hombros.

—Es algo que la gente hace a menudo. Pedro se las arregló estupendamente, ¿no?

—La diferencia es que a ti no te interesan para nada los placeres del campo. Si por lo menos te fueras a una ciudad...

—Estaré a un tiro de piedra de Toronto —dijo de manera poco convincente, pensando en aquellas dos horas y media por carretera. Tres y media cuando había nevada.

—Y además tú eres una irlandesa de los pies a la cabeza.

—¡Y a saber qué significa eso!

—Es tu mundo, tu marco. Eres dublinesa —le dijo Marcus, convencido—. Esta ciudad sucia es tu, cómo lo dicen los alemanes, «Heimat». —Ella no respondió—. ¿Qué vas a hacer con tu vida en un cruce de caminos perdido en el Canadá?

—Estar con Jude —dijo con furia—. Quiero vivir con ella a tiempo completo, sumergirme en esa relación, preparar nuestro nido. Ser estacionaria, por primera vez.

—Y hay otra cosa, cuando dejes la compañía...

—... ¡lo cual me has estado insistiendo para que haga desde hace años, por cierto!

—Pero no sin encontrar otro trabajo. ¿Cómo pagarás el alquiler?

—Jude heredó la casa de su madre.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —dijo Marcus—. ¿Qué vas a «ser»?

—Bueno, en eso voy a necesitar tu ayuda, puesto que tú ya has cambiado de caballos. —El tono de Síle se esforzó por mantener la ficción de que aquello era una charla en lugar de un combate dialéctico.

Él suspiró. Luego, un instante después, dijo:

—Algo de Internet.

—¿Cómo qué?

—No lo sé, pero la verdad es que si Internet es tu parcela, mejor que te aproveches de eso para convertirlo en un trabajo. Un trabajo que no esté atado a ningún lugar —añadió sombrío—, por si acaso esto se convierte en un error de dimensiones catastróficas.

Más tarde, cuando le dio unas cuantas vueltas, Síle quedó absorbida por aquella idea. Intentó imaginarse a sí misma haciendo algo en la Web; ¿consejera de viajes, quizá? Pero el problema era que en aquellos tiempos todos parecían querer ofrecer información y asesoramiento gratis, sólo por el placer de ver las propias palabras en una pantalla. Quizá Síle podía explotar a sus primos en busca de contactos y llevar un negocio para vender telas con lentejuelas a bajo precio de Rajastán a clientes de Red Deer, Alberta o Nacogdoches, Texas. Hmm, aquello sonaba como explotación y era

bastante improbable. Pero Internet está hasta los topes de gente que aparentemente vive bien vendiendo las cosas más extravagantemente específicas: mobiliario de muñecas, velas de soja, postales de béisbol...

Una noche, después de que tanto ella como Jude hubieran tenido un mal día (el de Síle relacionado con una ventana rota, por lo que culpabilizaba a los gamberretes que habían secuestrado a Petrushka en junio, y el de Jude a consecuencia de una niña de ocho años que se había puesto histérica cuando dio un golpe a su pupitre durante un taller), decidieron emborracharse juntas. Jude no había tomado un trago desde Detroit, pero sentía los huesos tan curados que estaba dispuesta a abrir una botella de Glenfiddich. Al otro lado del aparato, Síle había preparado una coctelera de Martinis. Repasó la lista de ocupaciones en las que había pensado hasta aquel momento.

—Supermodelo —sugirió Jude.

—¡Aduladora! Algo en plan asesoría, creo, si es que tiene que ser en el mundo de la belleza. ¿Consejos de Maquillaje para Encantadoras Mestizas?

Jude se partió de risa.

—¿Quitanieves? Rizla dice que tendría que pagarle cien dólares a la semana.

—Masajista de gatos —replicó, rascando el cuello de Petrushka.

—¿Gobernadora de Ontario?

—¡Ja! Le daría a vuestra Seguridad Social una patada en el trasero.

—Entonces, ¿cuánto tardarás en conseguir el visado? —se preguntó Jude.

Síle hizo un sonido gutural de frustración.

—Esperaba que no me lo preguntases. Sírvete más whisky.

—La cosa está difícil, ¿eh?

—Se tiene que preparar una solicitud muy compleja con fotografías, partida de nacimiento y currículum, y las direcciones en las que has vivido en los últimos diez años; hay que conseguir certificados de la policía, de los trabajos en los que has estado, etcétera, etcétera, etcétera, y los envías por mensajería a la Alta Comisión Canadiense más cercana... Ah, y olvidaba los detalles médicos. El impreso da miedo, escucha —dijo Síle buscando en su montón de documentos:

«¿Ha recibido usted tratamiento, cuidados o consejo de un médico o practicante para enfermedades del corazón, tumores o pólipos, desórdenes intestinales, mareos, nefritis, pus o sangre en la orina, parálisis, deformación en los huesos, masas pulmonares, talasemia, desórdenes testiculares, daños en la garganta, murmurios, pitidos y convulsiones?».

—¡Espera! —dijo Jude—, creo que te he visto experimentar murmurios, pitidos y convulsiones.

—Cada vez que me has quitado la ropa —admitió Síle, sonriendo. Continuó leyendo—: «¿Le han aconsejado alguna vez que reduzca el consumo de alcohol?». — Aquello hizo reír a las dos—. Sólo en Navidad, mi hermana. Entonces hay muchas

partes misteriosas de mi persona a las que el doctor tiene que dar un certificado de salud, como mis fundus..., de sólo imaginar a qué puede referirse me dan temblores.

—Esto me recuerda a los barcos irlandeses que llegaban a Quebec en la década de 1840, el terror de los sucios, infectos inmigrantes. —Tras una pausa, continuó—: Pero no me has dicho cuánto va a tardar.

Síle sabía que había estado demorando la respuesta.

—Es realmente difícil encontrar datos sobre lo que cuesta procesar los impresos. Un sitio dice que puede ser cualquier cosa entre seis y cuarenta y dos meses. La media es entre doce y dieciocho.

Aquello silenció a las dos.

—Oh, cariño... —dijo Síle. El auricular se había humedecido con su aliento.

—Si sé que vienes, si sé que el día llegará, eso realmente cambia las cosas. Estos días no hago más que pasearme sonriendo como un payaso.

En plena noche sin sueño en el hotel del aeropuerto Kennedy, Síle se incorporó en la cama y encendió el artilugio. Volvió a visitar la página web de inmigración, luego fue a la de su aerolínea para comprobar los detalles del programa de indemnización por baja voluntaria. Luego echó un vistazo a listas de inmobiliarias para Stoneybatter. Y luego encontró algo llamado Ancestors.com y tecleó «O'Shaughnessy».

—He estado llevando esto mal —dijo a Jude, bostezando a las seis de la mañana, cuando la llamó desde el hotel con una recargada bandeja de desayuno ante sí.

—¿Sí? —Se oyó el sonido del café sorbido de aquél tazón artesano tan horrible.

—¿Has calentado la leche?

—Está bien —dijo Jude.

—Tienes que calentar la leche.

—Ah, los placeres de la domesticidad. En cuarenta y dos meses como máximo podrás agobiarme en persona.

Síle se rió.

—No puedo esperar tanto. Mira, lo que estoy haciendo mal es que no hago más que empeñarme en conseguir un visado canadiense.

—Para ser una inmigrante legal, eso.

—En realidad hoy en día se llama residente permanente. Pero lo que tendría que pensar es: «¿Qué necesito para irme a vivir con Jude?».

—¿Y por qué esa pregunta es mejor?

—Porque la respuesta es: «Sólo mi pasaporte».

—Perdona, me he perdido —dijo Jude.

—Si voy como «visitante» en principio —farfulló Síle—, me permitirán quedarme seis meses, y probablemente podría renovarlos mientras solicito el visado. Tendré dinero, ya que me darán algo por dejar el trabajo y lo que consiga por la casa. Entretanto, seguiré domiciliada en casa de papá en Dublín, para los impuestos, mientras empiezo mi negocio web como «conducto genealógico»...

—¿Cómo qué?

—Esto te gustará. No hacen más que venir a darte la lata con preguntas sobre tatarabuelas que podían haber vivido en el condado de Huron. Bueno, pues ¿sabías que buscar antepasados es el *hobby* de Internet más importante? Sin contar el juego o el porno, claro —admitió Síle—, y la gente paga cantidades sorprendentes para que se les ayude a localizar a los suyos.

—No es que quiera echarte atrás, cariño, pero ¿qué sabes tú de historia?

—Mis conocimientos me cabrían en el monedero, lo sé. Acabo de aprender cómo se escribe «genealogía» y lo que es un archivo GedCom. Pero mi trabajo será relacionar a clientes en Iowa o Melbourne con investigadores en Lyon, o Waterford o Minsk o donde sea —aclaró Síle—. Cuestión de trato personal y saber asimilar información.

—Sin los vómitos en los pasillos.

—¡Exacto! Lo llamaré Orígenes.

—Sí, de hecho —dijo Jude, que sonaba mucho más despierta—, veo que el asunto podría salirte la mar de bien.

—¿De verdad? Igual tendré que contratarte como asesora de archivos. Mejor que hablemos cuando llegue. Que será... —Síle depositó el auricular en la mesita de noche e hizo un tamborileo, luego lo volvió a coger—... el 15 de diciembre.

—¡Bromeas!

—He comprado el billete. Sólo faltan treinta y dos días, trece horas y veinte minutos.

* * *

Había estado intentando evitar a Jael hasta ahora; tenía un miedo infantil de que la disuadiera de sus planes. Pero aquella tarde, cuando la vio tomando un sándwich en concentrada conversación con una rubia, decidió enfrentarse al asunto.

Jael parpadeó, y se apartó un rizo rojizo de la cara.

—Síle, cómo va. —Un segundo después añadió—: te acuerdas de Cairtriona, de la oficina.

Síle sonrió.

—Organizas los conciertos de Primadonna, ¿verdad, Cairtriona?

—En realidad me han ascendido —dijo la mujer con un gesto algo sumiso en dirección a Jael—; ahora soy jefa de *marketing*.

—¡Fantástico! —Era divertido ver a Jael como figura de autoridad.

—Toma mi silla —ofreció Cairtriona a Síle, recogiendo su sándwich y su café.

—Ah, no...

—De verdad, tengo que irme para ver qué ha pasado con un paquete.

Síle se sentó y cogió un champiñón del plato de Jael.

—A ver, prepárate.

Jael la escuchó con un silencio poco propio de ella.

Síle concluyó.

—Bueno, ¿qué te parece?

—¿Qué crees que me parece? —replicó Jael, poniendo los ojos en blanco—. Conseguiste que volviera a ti, sin concesiones; la tenías acostada en una cama de hospital, algo magullada pero totalmente arrepentida. Habías ganado la partida, ¿qué te movió a enseñar tus cartas?

—No es un juego. —Síle intentó explicar a Jael aquel momento en el porche de Jude cuando su futuro se le tiró encima como un automóvil—. No es simplemente que quiera que vuelva conmigo. Quiero que sea feliz.

—¿Y no podías haber negociado al menos que saliera de aquella aldeúcha incestuosa? —preguntó Jael—. Vancouver, Montreal... Te marchitarás sin un poco de ambiente urbano.

—No pienso regatear. Lo que me apetece ahora es dejar de mirar el reloj y vivir con la mujer que amo.

—La de jodidas estupideces que se cometen en nombre del amor —suspiró Jael—. A las mujeres les da marcha lo de la autoinmolación. Mira, Síle, el amor puede hacerte perder el autobús o quedarte levantada toda la noche, eso vale. Pero no es razón suficiente para abandonar a tus amigos y pasarte los mejores años de tu vida mordiéndote las uñas en Villa Culodelmundo, Ottawa.

—La provincia es Ontario. Ottawa es la capital.

—Anda ya. Despierta. No tienes que llegar al final como si fuera la novela Un lugar para nosotras.

La voz de Síle le salió tan acalorada que hasta ella se sorprendió.

—En cuarenta años, Jude es lo mejor que me ha sucedido nunca, y si tengo que irme a los anillos de Saturno para estar con ella, lo haré. Y si no es con tu bendición, como yo hice cuando anunciaste que te casabas con Anton, entonces sal de mi vida.

Hubo un largo momento. Y luego...

—Vale, hija mía, puedes ir en paz —dijo Jael en su mejor imitación del cura Ted. Se mojó los dedos en el vaso de agua y le echó unas gotitas a la cabeza a Síle, murmurando—: *Omini, pomini, domini...*

Síle sólo consiguió esbozar una media sonrisa. Jael recogió el resto de su sándwich. Síle pensó que quizá la conversación había terminado, pero entonces vio una mancha oscura que se extendía en el mantel negro. Otra lágrima rodó por la mejilla de Jael. Síle se la quedó mirando.

—No hagas caso —dijo su amiga con la boca llena de jamón.

—Qué...

—La culpa es de la maternidad.

Ahora Síle no entendía nada.

—Antes de que naciera Yseult nunca me ponía así —se quejó Jael, presionándose el ojo con el reverso de la mano en la que tenía el sándwich—. Tener una criatura te rompe como un huevo. Te deja tan permeable... Lloro cuando a la niña le sale una

llaga en la boca, aunque no dejo que lo vea. Lloro cuando escucho las noticias en el coche a veces.

—Pobrecita...

—Ahórrate la conmiseración. Yseult crece tan deprisa que seguro que cualquier día se me va a Tailandia. Ya nadie se queda en el mismo sitio. Tú te llamas mi mejor amiga y te piras a Canadá.

Síle extendió la mano para tomarla del brazo.

—Lo siento mucho.

—¿Y de qué me sirve eso? —Los ojos húmedos de Jael se encontraron con los de Síle por un instante, y luego le mostró una mueca horrible—. Además no lo sientes, eres una mujer con una misión en la vida. Te estás mojando las bragas de excitación.

—Te quiero mucho, lo sabes. ¿Crees en la amistad a larga distancia?

Jael echó la cabeza atrás y bramó como una morsa.

Descubrió que contárselo a la gente fue como darles la noticia de una enfermedad terminal. Con la diferencia de que en este caso la culpa era suya, claro.

Shay se quedó mirando a su hija en el otro extremo del sofá.

—¿Mudarte a Canadá? ¿Del todo? Bueno... entonces es que de verdad tenéis planes a largo plazo.

—Así es, papá —dijo Síle ocultando su irritación. ¿Por qué nadie se creía que dos personas tenían sentimientos fuertes hasta que se ponían a vivir juntas? ¿Y por qué todas aquellas metáforas (recorrer la distancia era otra) hacían que el amor sonase como un negocio?

—¿Hasta que la muerte os separe?

—Ésa es la idea —confirmó Síle con la boca seca.

—¡Bueno!

Había temido que él la regañase por ser demasiado impulsiva, pero dijo que estaba realmente impresionado con sus planes comerciales para Orígenes. Se alegró de que se lo tomase tan bien, pero al mismo tiempo se sintió absurdamente herida. ¿Cómo podía su padre aceptar con tanta serenidad algo a lo que sus amigos reaccionaron contrariados?

—La verdad es que no podrías haber elegido a alguien mejor que Jude —murmuró.

—No la elegí —corrigió Síle—. Jamás imaginé que alguien llegase y diera tal golpe a mi vida.

—En fin —dijo Shay. La pausa se prolongó—. Claro que te echaré de menos un montón, pero así acaban las cosas.

Su dolor estalló.

—¡Nada acaba, papá!

Tenían las manos cogidas.

—Me refería a que uno nunca sabe. Ningún padre quiere cortaros las alas... Nuestro deber es educaros bien, luego hacernos atrás y veros volar. —Su padre se

puso una mano en los ojos llorosos, y ella notó por primera vez unas manchas oscuras en la mano—. No, cambiar de país es una idea fantástica. Te saca de la rutina.

Shay había vivido en Monkstown toda su vida adulta.

—¿Alguna vez pensaste en vivir en otro sitio, papá? —le preguntó ella suponiendo que diría que no.

—Tanzania —replicó sin pensarlo—. Cuando estuve allí, en viaje de negocios para Guinness... nunca he estado tan relajado. No tenías que dudar entre quince tipos de pasta de dientes o escudriñar horarios de autobuses, y simplemente te preguntabas: «¿habrá pasta de dientes?, ¿habrá autobuses?», y si no los había, mala pata.

De repente, Síle preguntó:

—¿Cuánto tardó mamá en adaptarse?

La mirada de él quedó vacía.

—Al nuevo clima y la religión y todo, aquí en Irlanda. Tiene que haber sido extrañísimo llegar, cuando los irlandeses se iban del país tan rápidamente como podían.

—En 1961 Kerala estaba al borde de la guerra civil —le recordó Shay, frotándose el puente de la nariz donde las gafas habían dejado una marca—, así que no era cuestión ni de planteárselo.

—No, comprendo que tenía sentido que los dos os quedaseis aquí en vez de en la India —le interrumpió—. Lo que me pregunto es el tiempo que tardó Amma en ir acostumbrándose a las minucias y sentirse como en casa.

—No sabría decírtelo...

¿Le ponía triste echar la vista atrás hacia su matrimonio, se preguntaría después? Viudo a los treinta y siete.

—Pero esta mudanza tuya será una gran aventura —dijo Shay—. Hay un proverbio indio, algo sobre un puente...

—Seguro que se encuentra en Internet —le dijo rápidamente. Odiaba ver a su padre preocupado por los fallos de memoria. Tenía setenta y cinco años; ¿qué esperanza de vida tenían los hombres hoy en día? ¿Cuántos años más viviría después de su partida?

Él chasqueó los dedos.

—La vida es un puente —citó—. Eso es.

—¿Eso era?

—Espera. «La vida es un puente: crúzalo, pero no construyas una casa encima».

Aquello no trajo consuelo a Síle.

Tenía una lista de tareas pendientes en su artilugio, y la actualizaba cada hora. Ató los últimos cabos sueltos de su oferta de su indemnización por despido con la compañía (al final resultó que, a pesar del trabajo del sindicato, 1600 colegas también se iban). Arregló la casa, quitando de las paredes al menos nueve décimas partes de lo que había colgado, ante la insistencia del agente inmobiliario, y la vendió en tres días, después de una amarga guerra de ofertas entre un funcionario de protección de la

infancia, un violoncelista y el director de un *reality show* en irlandés. Los vecinos la paraban por la calle para decirle lo mucho que la echarían de menos, y preguntarle quién viviría allí y si «estaba segura ya de que estaba segura del todo».

Todo tenía el aspecto surreal de un sueño. Algunos días el proyecto de inmigración le hacía sentirse como una contrabandista, o una seguidora de regalos: Juana de Arco con el rostro noble y resplandeciente. Pero otros días se sentía amuermada y sin energía al enfrentarse a las pilas de papeleo relacionado con su trabajo, la venta de la casa, el certificado de vacunas de Petrushka, los miles de detalles carentes de romanticismo... De vez en cuando se sorprendía pensando: «Jude, te va a costar compensarme por esto».

Repasó sus posesiones, dividiéndolas en tres montones: «Canadá», «desván de papá» y «regalar». El de Canadá quedó reducido a ropa de invierno, zapatos, unos cuantos cuadros y las cosas con las que siempre viajaba. Dos maletas, además de Petrushka en su caja como equipaje de mano: no era mucho más de lo que normalmente llevaba a una semana de vacaciones.

—¿Me dejarás que rompa la austeridad de tu casa colgando algunas cositas alegres? —preguntó a Jude por teléfono.

—Donde quieras.

—Ah, eso es lo que dices ahora, pero no has visto el crucifijo de alambre de púas que compré en Luisiana.

Al volver a considerarlo, puso el crucifijo en el montón de «regalar».

—La gente no hace más que decirme que la emigración es una gran oportunidad para reinventarte —dijo a Orla mientras tomaba sopa de alcachofa en el mostrador de un café.

—No me digas.

—La ocasión perfecta para desprenderte de lastres —continuó Síle, sintiendo que aquello sonaba como un anuncio de la tele mal escrito. «Venga, Orla, pon un poco de tu parte»—. ¿Es así como te sentiste al irte a Glasgow?

Orla sorbió la sopa.

—No creo que hubiera acumulado muchos lastres a los veintidós años. Pero sí, supongo que sí que hice nuevos amigos allí.

Activistas, recordó Síle; Orla incluso estuvo vendiendo prensa socialista, como el *Socialist Worker*, una temporada, y trajo a casa un novio que se había pasado tres meses en la cárcel por tirar huevos a un parlamentario. ¿Cuándo se había endurecido su hermana con la cáscara de la respetabilidad, como el ámbar que envuelve un insecto?

—Cuando estábamos en la universidad —comentó Orla—, ¿no te daba la impresión de que todo el mundo se mudaba a Nueva York o Bruselas? Pero en cuanto llegó el boom, todo el mundo se apresuró a regresar. Has elegido un momento raro para irte, ¿no crees?; nada a contracorriente.

—Ah, vale, ahora sí que me has convencido —dijo Síle sarcástica—; con lo que

odio yo ser una anomalía estadística.

Orla dejó la cuchara con un ruido seco.

—¿Y no sería mejor que te compraras un Porsche?

Síle la miró atónita:

—¿Que haga qué?

—Tienes todos los síntomas típicos de la crisis de los cuarenta. La gente cumple cuarenta y empieza a buscar el cambio. Dejas a tu pareja estable —enumeró Orla, contando con los dedos—, te buscas a alguien joven y exótica; echas por la borda una excelente carrera y te vas del país.

Hubo un silencio incómodo.

—Vieja amargada —dijo Síle entre dientes. Volvían a tener siete y nueve años, y por algún motivo se reían.

Algunos días, mientras se enfrentaba a las páginas web del gobierno canadiense y leía el *Globe and Mail* por Internet, se sentía confusa, a la deriva. ¿Qué era este país, Canadá, en el que iba a solicitar humildemente que le admitieran? Sólo había visto unas cuantas millas de una de sus provincias un par de veces. El país tenía una extensión 142 veces la de Irlanda, pero sólo ocho veces su población, una cuarta parte inmigrantes. Bilingüe, en teoría. Liberal y diverso; cauto y provinciano. Obsesionado con los deportes, a menudo nevado y también abrasador; una especie de Stepford con clima wagneriano. Hojas rojas, buenos modales, derechos civiles, Dios Salve a la Reina, donuts. Socialista, obsesionado con los Estados Unidos, aburrido o excitante: sobre aquello Síle no tenía las ideas claras, y además lo único que importaba al final era que ella y Jude lograrían dar con el secreto de la felicidad juntas.

Mientras ordenaba y guardaba aquellos días, le dio por escuchar música tradicional, baladas tristes de exilio que en otros tiempos había considerado horteradas célticas:

Hasta que la triste malaventura me sorprendió y me hizo abandonar la tierra con amigos y parientes lejos de mí, seguí una banda de terciopelo negro.

Pero la gente de aquellas canciones había sido forzada a irse, o por los soldados de la Reina o por las hambrunas o simple pobreza. Síle había elegido marcharse; ¿no debería eso facilitar las cosas?

Bebió té fuerte casero mientras miraba entre las cosas de su madre, el netturpetti, un joyero artesanal de madera de rosal y bronce que seguía oliendo a sándalo décadas después. Shay no había querido dote, pero los Pillays habían insistido en darle algo, para que el irlandés no se creyera superior a su hija. ¿Qué iban a pensar las seiscientas almas de Irlanda, Ontario, de la hija de Sunita? ¿Hasta dónde la llevaría su chispa irlandesa?

Ahora se le ocurrió a Síle que tenía que haber sido su padre quien dividió las

posesiones de Sunita entre sus hijas tras su muerte; ¿lo había hecho al azar, o había adivinado lo que a cada una le gustaría más? Orla heredó los brazaletes de perla, esmalte y piedras, las figuritas de sándalo, la lámpara de metal tradicional y el espejo de mano de bronce. También todos los ropajes tradicionales de Sunita, rojos, dorados y blancos: a veces Orla se había envuelto en ellos para fiestas elegantes y parecía la esposa de un marajá. A Síle le había dado el netturpetti y muchas joyas de oro, incluyendo la delicada aranjanam, la cadenita que llevaba en la cintura, además de una barca en miniatura con forma de serpiente y una figura de un elefante (su favorita cuando era niña). Y lo que ahora significaba más para ella: la minúscula hoja de oro que había sido prendida del hilo nupcial sagrado, en la ceremonia hindú de Cochin cuarenta y tres años atrás, antes de la boda católica de sus padres, y que seguía colgada de su hilo hoy, muy brillante en la mano de Síle.

Arrodillada junto a su archivador amarillo limón para clasificar papeles que almacenaría en el desván de su padre, se dio tiempo a mirar algunos fajos de cartas de los tiempos anteriores al *e-mail*. Notó algo sarcástica que había separado los paquetes con gomas para que las efusiones de una amante no se mezclaran con los anhelos de otra. El papel ya empezaba a amarillear, como restos cenicientos de la carne caliente. Con qué incomodidad miró aquellas páginas, como un investigador nervioso que sabía que la bibliotecaria jefa la miraba por encima de sus gafas. No reconoció la caligrafía de alguna de ella; sintió como si estuviera espionando los pensamientos de mujeres desconocidas. Era allanamiento del pasado al que había dado puerta hacía tiempo.

Se quedó copias impresas de algunas respuestas. «Eres la mujer más hermosa del mundo», alguien que firmaba como Síle había escrito en un lugar distante y lo había enviado a Carmel, una estudiante de Bellas Artes no especialmente atractiva que llevaba muchos años viviendo con un veterinario llamado Pete; de vez en cuando enviaban una postal para celebrar el solsticio de invierno. Síle había jurado «Nunca me cansaré de escribirte» a una agente de puerta de embarque basada en Heathrow llamada Lorn, y aquel torrente de correspondencia había cesado tres cartas después, antes de que ni siquiera se viera venir la consumación. (La última carta nunca daba signos de ser la última, notó; simplemente volvías la página y no había nada). Le pareció especialmente embarazoso que hubiera coincidencias en el tiempo, como cuando recibió la felicitación de San Valentín de una mujer mientras Síle empezaba a cartearse con otra en aquella fecha.

Las cartas la pusieron a la vez triste y eufórica: al pensar que había estado enamorada una y otra vez, y que la habían amado, que su corazón se había renovado tan implacablemente como una serpiente que cambiaba de piel. Ahora leyó en diagonal los frenéticos párrafos; no quería ir más lentamente y quedar seducida por el contenido. Las cartas eran como un enigma porque atrapaban momentos pero nunca explicaban lo que había pasado entre una y la siguiente para hacer que el amor y la ira estallasen o se desvaneciesen. «Te echo de menos todo el día y toda la noche», leyó

en una nota mecanografiada a Kathleen en su tercer mes, y se sintió conmovida y algo asqueada.

Otras frases le saltaron a la vista, y lo terrible fue que no recordaba lo que significaban.

¡Que venga el 23!

¿Olvidarás alguna vez el momento en que se abrió la puerta?

Te guardaré un t.s.q.

Fui a la playa con D, muy noli me tangere.

Siempre tu Speranza.

Era como un código de guerra. Empezaba a asquearla, la ferviente opacidad de todo aquello.

Lo peor fue cuando encontró al fondo del archivador, bajo varios fajos de cartas, un par de bragas pulcramente plegadas que apenas parecían haber sido usadas. No tenía ni idea de quién eran, aunque sólo había cinco candidatas plausibles. ¿Qué tenía en común la Síle que guardó aquella pequeña reliquia con la Síle que amaba a Jude? ¿Era una Síle o un millón? ¿Era una imagen construida de capas de tiempo finas como el papel?

De repente pensó en el otro archivador, el de su disco duro, lleno con todos los *e-mails* que Jude le había enviado y los que había enviado ella misma. Pensó en un futuro terrible en el que tendría que leerlos (si las tecnologías eran compatibles) y someterlos a juicio, como si hubieran pasado a mejor vida.

Diciembre, y Dublín tenía color carbón, con las hojas convertidas en un amasijo de barro junto a las alcantarillas. En esa época del año solía comprar el árbol de Navidad en Smithfield, pero esta vez lo celebraría en el número 9 de la Calle Mayor (había intentado, una o dos veces cuando hablaba por teléfono con Jude, decir Irlanda refiriéndose a la de Ontario, pero le produjo un sentimiento de vértigo y, en cualquier caso, Jude tendía a asumir que Síle se refería al país, no al pueblo). Síle se forzó a imaginar su existencia cotidiana después del 15 de diciembre. Suponía que trabajaría en su modelo de negocio, y enviaría un montón de *e-mails* a sus amigos; igual hasta aprendía a cocinar. Habría tiempo para todo... tanto tiempo que no sabría qué hacer con él. «Basta de darle al coco, Síle». Ella y Jude hablaban mucho de todo aquello, haciendo especulaciones. Sería una nueva vida para las dos, eso lo sabía Síle, pero a pesar de todo se sentía sola: sólo una de ellas tenía que emprender aquel viaje.

Para enero o febrero como muy tarde, los bulbos púrpura empezarán a brotar bajo el manzano de su padre y en el alféizar de Deirdre. Pero entonces Síle estaría encerrada en el invierno de Ontario, que no cesaría hasta el calor de abril o mayo. La primavera era su estación favorita, e iba a mudarse a una parte del mundo donde duraba unos dos días.

—Deberíamos velarte —comentó su padre—; quiero decir, organizarte un

velatorio.

—No me muero —replicó Síle con aspereza, aunque sabía que alguien con diagnosis terminal contemplaría la realidad con una mirada hambrienta, atenta, similar a la suya aquellos días.

—¿Es que no has oído hablar del velatorio americano? —le preguntó su padre—. En los viejos tiempos, en Roscommon, se celebraba la noche antes de que los jóvenes se marchasen en barco. Los emigrantes alcanzaban tal estado etílico que no les dolía la partida.

—¿Lo llamaban velatorio porque no esperaban verlos nunca más?

—Eso es.

—Pero yo volveré muy a menudo —dijo Síle sintiendo el sabor de la mentira en su lengua.

El montículo de «regalar» empezaba a parecer simplemente basura. ¿Cómo había adquirido Síle tantas cosas a lo largo de los años? Tubos llenos de pósteres que no recordaba haber comprado; boas de plumas algo raídas; ¡seis pares de tijeras! Llevó las cosas más gastadas a la tienda de San Vicente de Paul.

—En cuanto al resto, me estoy pensando hacer un *pothüch* —le dijo a Jael mientras paseaban por el Stephen Green, cargadas de compras navideñas en dirección al teatro donde les esperaba Yseult.

—Oh, no... —rezongó Jael—, eso siempre parece que significa «cinco ensaladeras con patatas y nada de postre».

—Que no —la corrigió Síle—, un *potlatch* es una fiesta en la Costa del Pacífico donde alguien regala todas sus posesiones.

—Ah, vale, entonces me quedo con el colgante de oro de Alan Ardiff.

—¿El qué?

—Ya sabes, el que tiene todas esas lentejuelas.

—Es de cobre, no de oro.

—Sigo diciendo que te arrepentirás de este gesto tan drástico —murmuró Jael, acelerando y pasándose las bolsas a la otra mano—. Tienes que admitir que cambiar trabajo y país y todo por una amante... digamos que a tu proyecto le falta diversificación.

—Lo que has dicho es lo que diría una señora mayor —la picó Síle—. Venga, irse a vivir con alguien siempre comporta riesgo, hasta cuando te quedas en la misma ciudad. Pones el corazón en sus manos. Pero ¿quién eres tú para decirme que no funcionará? Recuerdo el ataque de pánico que te entró en tu despedida de soltera, sacándome de los lavabos y gimiendo: «Síle, ¿cómo voy a estar satisfecha con una sola persona el resto de mi vida?».

Jael sonrió de una manera algo rara.

—Anton era el único irlandés que conocía que era más alto que yo.

—Te haces la cínica —jadeó Síle—, pero de hecho eres mi inspiración.

Jael se detuvo, se estiró y se puso una mano en el cóccix.

—¿Qué te pasa? —Síle se le acercó—. ¿Te ha dado una punzada?

Jael cabeceó. Había dejado las bolsas en el suelo; tenía la mano en la boca.

—¡Vamos, llegaremos tarde al momento estelar de Yseult haciendo de Dorothy!

—Eres tan inocente...

La frente de Síle se contrajo.

Jael habló exasperada.

—Es lo que me gusta de ti, Síle, tienes una especie de transparencia, un brillo, y nos ilumina a los demás...

—¿De qué hablas?

—Cuando me viste con Cairtriona en la cafetería —dijo Jael—, ¿de qué crees que hablábamos?, ¿de presupuestos? —Un segundo después dijo—: ¿De declaraciones a la prensa?

Síle rebobinó la escena en su cabeza, las cabezas juntas, la rubia y la pelirroja. Se sintió tan mortificada que tuvo que apartar la cara.

—Quieres decir...

—Una persona no basta. —Jael pronunció aquellas palabras como quien dicta—. No para toda la vida.

—Dios mío...

—O igual soy yo. —Se encogió de hombros con brusquedad.

—¿Estáis...? Tú y Cairtriona... ¿quiere que dejes a Anton? —preguntó Síle algo incómoda.

Jael casi soltó una carcajada.

—Ella también está casada, tiene gemelos que van a secundaria. Nadie va a dejar a nadie.

Síle tendría que haberse alegrado, pero sintió una punzada en el pecho.

—Parece que necesito algo extra. Algo mío —dijo Jael con voz ronca—. Sin eso, juro que no podría con todo: la casa, el marido, el trabajo, la niña. Igual necesito un secreto.

Síle asintió.

—Siento mucho pisarte las ilusiones, pero no soportaría que me tuvieras como un jodido modelo de comportamiento. Jael miró el reloj y recogió las bolsas.

—Venga, vamos; como no nos demos prisa, estarán a mitad del sendero de ladrillo amarillo.

Y las dos echaron a correr.

—Ajá, es cierto, me voy a vivir a Canadá —dijo a colegas y conocidos—. Voy a emigrar. —¿Cómo era, se preguntó Síle, que la palabra «emigrar» sonaba noble y trágica mientras que «inmigrar» era algo sórdido y desesperado?

Los inmigrantes tenían que demostrarlo todo, con documentos o testigos, o incluso con sus cuerpos: Shay le contó una historia terrible sobre mujeres hindúes que venían a encontrarse con sus prometidos en Gran Bretaña en los años setenta y se sometían a exámenes de virginidad en Heathrow. Cruzar fronteras, para mucha gente

en el mundo, era algo peligroso: armas que quedaban atrás, el hambre que les esperaba, las pertenencias y los parientes que quedaban dispersos... No hacía mucho había leído sobre una mujer palestina que estaba de parto y que tuvo que dar a luz en unos arbustos cuando la pararon unos guardias israelíes; el bebé murió. Parecía no existir un límite a lo que la gente podía soportar para entrar en el país de su (quizá arbitraria) elección: extorsión, humillaciones burocráticas, que les escupieran en las calles... Una de las clientas nigerianas de Orla en la Irlanda de las Bienvenidas acababa de someterse a un aborto a manos de un curandero porque le aterrorizaba ir a Inglaterra en busca de uno legal con la solicitud de asilo sin resolver. Síle intentó no pensar en las peores historias, como la del camión de tomates llenos de polizones asfixiados.

Por teléfono, ella y Jude habían adquirido la costumbre de cerrar los ojos e imaginar que estaban en la cama juntas contando historias. Aquella noche, Jude contaba una de origen inuit sobre una muchacha llamada Sedna que vivía con su padre en el norte.

—Era tan hermosa que los jóvenes cazadores venían de todas partes para pedir su mano, pero ella pensaba que era demasiado buena. Entonces una primavera, cuando el hielo empezaba a romperse, un petrel apareció volando en la bahía y empezó a cantar para ella.

—¿Qué es un petrel? —preguntó Síle.

—Una especie de gaviota. Le cantó... —Jude puso una voz de misterio...— «Ven conmigo, hermosa Sedna, a la tierra de los pájaros, donde no hay hambre y donde no falta de nada. Mi tienda está hecha de pellejos suaves, y te vestirás de plumas; tu lámpara siempre estará rebosante de aceite y tu olla siempre tendrá carne».

—Uh... —dijo Síle—. Ecos de Tir-na-nOg. ¿Se queda tres semanas que resultan ser trescientos años?

—No es folclore celta —le advirtió Jude—. Y entonces Sedna se subió a la grupa del petrel y la llevó a través del mar. Cuando por fin llegaron, se dio cuenta de que la habían engañado: la tienda estaba hecha de piel escamosa de pescado, y lo único que tenía para comer eran espinas. Y se puso a cantar: «Padre mío, ven en tu pequeña barca y llévame a casa». Un año después llegó su padre.

—Por fin, ¡hurra!

—Mató a su amante petrel y con Sedna se marchó en la barca. Pero los otros pájaros descubrieron la muerte de su amigo y empezaron a llorar y gemir, y hoy día siguen haciéndolo.

—Ah —dijo Síle—. Es muy triste.

—Espera. Persiguieron la barca, y con las alas provocaron una terrible tormenta. Y el padre de Sedna la tiró por la borda.

—¿Que le hizo qué?

—Pero ella se aferró al borde, y él se sacó el cuchillo y le cortó los dedos, y ella se hundió. En cuando los petreles pensaron que había muerto, regresaron a casa y la

tempestad amainó. Su padre volvió a subir a Sedna a la barca...

—¡Sin los dedos!

—... pero ahora ella le odiaba —dijo Jude—. En cuanto llegaron a su playa, se echó a dormir. Sedna llamó a sus perros y les dijo que le arrancaran a mordiscos las manos y los pies. El padre se despertó sin manos ni pies y empezó a soltar maldiciones; se maldijo a sí mismo, a su hija, a los perros y hasta a los petreles. Y la tierra se abrió y se los tragó a todos.

—Madre del amor hermoso... —profirió Síle cuando se produjo el silencio—. Las leyendas celtas son cursiladas en comparación. Lo único que hacen nuestros duendecillos es intercambiar sus bebés por los nuestros o agriar la leche. —Entonces añadió—: Es sobre la emigración, ¿no?

Jude se rió.

—La moraleja es: nunca te enamores de una extranjera y la dejes que se te lleve a su lejano país.

—Tú crees que todo es sobre emigración.

—¡Pero es que todo lo es! La semana pasada vi en la tele unas películas al azar, *Casablanca*, *Viaje al centro de la tierra*, *El cielo sobre Berlín*, *Náufrago* ¡y todas y cada una de ellas eran sobre cambiar un mundo por otro!

Al cruzar la calle entre Trinity College y Dame Street a toda prisa, con los brazos llenos de rollos de papel de embalar, Síle se detuvo en la isleta de tráfico y recordó un día también frío, veintisiete años antes, en el que ella y Niamh Ryan habían permanecido en aquel lugar y hablado. Cerró los ojos y volvió a aquel momento, contemplando las motas blancas caer y derretirse en las ondas naranjas de los cabellos de la muchacha. Los pies los tenía dormidos, como Lucy después de entrar en el armario y acabar rodeada de las nieves de Narnia. Ella y Niamh no habían sido amigas especialmente cercanas después de aquel día, y Síle no tenía ni idea de lo que había sido de ella desde los años del colegio. Síle había estado en reuniones diez años después, luego veinte, pero Niamh Ryan jamás había ido. Mejor, la verdad; seguro que sus cabellos no eran del color que recordaba Síle. Igual ya eran de un marrón rojizo, con mechones grises.

Aquellos días se sentía como si viviera en una película. Cada canción que escuchaba por la radio, cada canción al azar que salía de sus auriculares, formaba parte de la banda sonora de Las últimas semanas de Síle en Dublín. Mientras el autobús la llevaba a casa desde el aeropuerto, examinó cada tienda cutre y cada alcantarilla con porquería como si fueran algo precioso. A menudo estaba a punto de llorar, sin motivo; se sorprendió partiéndose de risa por un chiste chabacano sobre tres rubias que le contó un taxista. «Todos tenemos un pasado», le había dicho en julio a Jude en tono de reproche, «pero aferrarse al lugar donde sucedió es patético». Bueno, ahora Síle se aferraba como un bebé. Caminó por las calles del viejo Northside, los recuerdos iban y venían, y cada esquina era un lugar memorable. ¿La echaría de menos a ella Dublín, se preguntó? Y pensar que una vez había presumido

de ser ciudadana del mundo sin raíces en aquel lugar. «Mi domicilio arbitrario, mi grano de arena».

—Nunca me creí el rollo aquel de ciudadana del mundo —le dijo Jude por teléfono—. Tengo clarísimo que tienes pasión por Dublín. Por eso me cuesta creerme que vayas a hacer esto.

—Me ayuda que lo entiendas —le contestó Síle.

—Claro que sí. «Respect desfonds», ¿te acuerdas? El contexto lo es todo, y te estás desprendiendo del tuyo. Me voy a tener que pasar el resto de la vida intentando compensarte.

Una gran calidez fluyó por todo el cuerpo de Síle.

Procedencia

Es cierto que la emigración puede considerarse, en general, una tarea ingrata, llevada a cabo a costa de lo que uno disfruta y acompañada del sacrificio de todas las relaciones locales que marcan con caligrafía indeleble en nuestros corazones los escenarios en los que tuvo lugar nuestra niñez.

SUSANNA MOODIE, «A la intemperie en la pradera australiana»

El 7 de diciembre fue el último vuelo de Síle, entre Heathrow y Dublin. El amanecer resultó especialmente hermoso. La luz amarilla entraba oblicua en las ventanillas como si se tratase de un cuadro religioso, tocando cabezas, hombros, mejillas. Síle observó a los durmientes, a los que leían informes, a los mirones, a los parlanchines. Tantos extraños de los que se había cuidado en su paso por los cielos. No eran todos maleducados e impacientes, pensaba ahora; había olvidado cuántos de ellos simplemente se quedaban sentados tranquilamente leyendo o hablando con sus hijos.

Aquel sentimiento de caer a tierra lentamente; el poco grácil roce y el golpe al tocar la pista de aterrizaje, y los motores que chillaban. Luego un silencio, deslizándose por la pista. Se oyeron unos aplausos dispersos. Un aterrizaje seguro.

El velatorio canadiense tuvo lugar aquella noche en una sala privada que ocupaba el piso superior de su pub local en Stoneybatter. Acudieron rostros familiares de su colegio o de la universidad, de la compañía aérea (el pequeño grupo al que echaría de menos y otros a los que no), de los comités del orgullo, su clase de italiano, un grupo de fans del cine francés clásico. Deirdre había traído a su marido y a media docena de otros vecinos. Lo nutrido de la asistencia conmovió a Síle, puesto que en aquella ciudad todo el mundo alegaba que tenía ya compromisos para varios meses. Orla estaba allí, y había dejado a los chicos con William; junto a ella, Shay sostenía su cerveza. Marcus y Pedro todavía no habían aparecido.

Coincidió que su viejo amigo Declan acababa de llegar a casa después de seis años en Estocolmo, y a punto de empezar un nuevo contrato a corto plazo en Glasgow.

—Somos barcos que se cruzan en la jodida noche —declaró a Síle dándole un beso baboso. Ella recordó que, cuando salió del armario, él se había comportado como todo un caballero ofreciéndole sus servicios «si alguna vez te apetece probar

los tíos».

—¿Qué echaste de menos cuando te fuiste? —le preguntó Síle al oído.

Declan cabeceó.

—Lo triste no es irse.

—Ah, ¿no?

—Lo triste, Síle, es cuando vienes de visita y empiezas a despoticar de todo. Puede que no en la primera visita o la segunda, pero tarde o temprano descubres que Dublín ya no es tu casa. Pero tampoco lo es el otro sitio. Y entonces te quedas hecho polvo.

Jael llegó al rescate con otro Martini.

—Para —dijo Síle—, no recordaré nada sobre esta noche como esto siga así.

—Jael lo ha olvidado todo acerca de nuestra boda menos la resaca —bromeó Anton junto a Jael—. Oye, de verdad, suerte —le dijo a Síle en un tono más serio—. Durante el año que pasé en Japón, me sentí como un extraño a todas horas.

—Tú lo que eres es un niño de mamá —le dijo Jael—, que regresa a mamar los marchitos pezones de nuestra madre patria Shan Van Vaun.

Tenía un brazo en los hombros de su marido. Hacían tan buena pareja que nunca sospecharías nada, pensó Síle. ¿Sabía algo Anton? ¿Adivinaba la relación de su mujer? Igual él también tenía sus propios secretos, estancias oscuras en su corazón.

Clin, clin, clin: los amigos más cercanos de Síle golpeaban los móviles y bolígrafos en las copas para que todos callaran.

—Y ahora —dijo Shay poniéndose en pie—, si puedo decir sólo *cupla focal* sobre mi querida hija... que tanto me complace, por citar al tipo de allá arriba...

Una oleada de risas. Orla lo filmaba todo con la cámara digital de Síle. Síle no podía ni imaginar cuándo se podría sentar a ver la grabación.

—Se va, como seguro que sabéis todos, para embarcarse en una nueva vida con Jude, una estupenda muchacha que todos deseábamos que estuviera aquí para la despedida, y lo único que podemos pedir es que las dos vuelvan de vez en cuando a visitarnos.

Síle sonrió, forzándose a no llorar.

—Ahora seguro que pensáis que voy a decir cursiladas hasta que sientas vergüenza ajena, Síle, pero ni hablar. En honor a tu madre, cuyo espíritu está sin duda hoy entre nosotros —dijo con tanta contundencia como si Sunita simplemente tuviera un resfriado y se hubiera quedado en casa—, voy a acabar citando un viejo himno de matrimonio del Rig-Veda, la parte que se dirige a la novia y que en este caso dedico a las dos chicas que se unen: «No os separéis, permaneced aquí; llegad hasta donde llegue la vida humana» —entonó—. Y ahora me callo. —Entonces Shay se sentó acompañado por gritos y aplausos. Volvió a levantarse para decir—:... para que la dama presente nos diga unas palabras.

—Ni hablar —protestó Síle, pero al final la presión la obligó a levantarse. Tenía la mente en blanco. Y entonces empezó, en la conocida entonación profesional, con

las manos moviéndose adelante y atrás.

—Señoras y caballeros, les pido unos momentos de atención mientras les explico algunas importantes medidas de seguridad de esta aeronave.

Risas roncadas.

—Ahora en serio, amigos. Jude me envió una cita el otro día que creo que puede aplicarse a la situación —dijo Síle, esperando recordarla correctamente—. Es de una francesa llamada *Madame* de Boufflers; nunca la había oído mencionar antes. Al parecer dijo que «oui», que estaba dispuesta a ir a Inglaterra como embajadora... «si» le permitían llevarse a unos veinte de sus amigos íntimos y también a sesenta o setenta personas que consideraba necesarias para su felicidad.

Más carcajadas, aunque de hecho aquella cita le parecía a Síle más triste que divertida.

—Así que, si no os importa, cuando termine la fiesta pienso meteros a todos en mi maleta de mano, porque, para ser sincera, si pudiera llevarme conmigo a los que más amo, podría vivir sin la lluvia, la Guinness o las patatas Tayto. —Estruendoso aplauso. Vio el cráneo afeitado de Marcus al fondo de la sala y le saludó—. Y ahora, como ninguno de los presentes me quiere lo suficiente como para oírme cantar, haré venir a mi amigo Marcus...

Pero él cabeceó de manera contundente y ella supo que por algún motivo había metido la pata.

—¡Venga, tío! —gritó alguien.

—Que sea triste.

La mirada de Síle se posó en un primo que sabía música y al que sería fácil convencer para que se sentase al piano del pub, y una vecina de su calle se levantó y acometió una versión trémula de «The Parting Glass».

Ella se abrió paso entre la multitud hasta llegar junto a Marcus.

—Siento llegar tarde —dijo él con una voz tan sobria que le preocupó.

—No te preocupes. ¿Dónde está Pedro?

—En Londres.

Ella le miró fijamente.

—¿Para cuánto tiempo?

Se encogió de hombros abruptamente.

Síle se lo llevó al pasillo para tener intimidad.

—Está con James —le dijo Marcus.

—¿Quién es...?

—Nuestro vecino, ¿te acuerdas?

—¿El orgánico? —Síle no salía de su asombro—. O sea...

—Pedro no ha sido fiel en su vida —afirmó Marcus con voz ronca—, pero supongo que me engañaba a mí mismo pensando que le había convertido.

—¡Cariño! —¿Cómo era posible que Síle no se hubiera enterado antes, que no hubiera preguntado? Había estado tan metida en su propia mudanza...—. ¿Volverá?

—Ah, quizá —dijo Marcus sin entusiasmo—. No lo sé. Ya veremos si hay algo que pueda salvarse.

Síle sintió que algo la hundía.

—¿Fue... crees que mudarse al campo tuvo algo que ver?

Resopló.

—A mí me pareció que le encantaba. Pero por otra parte también me parecía que le encantaba yo.

—No me cabe duda de ambas cosas. Y que sigue adorándote —dijo Síle con cierta exasperación—. Supongo que la gente y los lugares tienen eso en común: no puedes predecir cuánto vas a durar. —«Cierra el pico, estúpida, eso no ayuda nada».

Pero Marcus asentía.

—Sí, pero si el amor es un país, no hay visa permanente. Deportado sin aviso —añadió con amargura—. A la mierda con el comercio libre.

Síle le abrazó con fuerza. Entonces se abrió la puerta de golpe y...

—¡Aquí está! —Alguien tiró de ella y se la llevó a la fiesta para pasar a los abrazos, intentar quedar para una última copa antes del 15, los interminables e incómodos adioses.

Sólo cuando bajaba las escaleras con los últimos rezagados se dio cuenta de a quién había estado buscando entre la multitud toda aquella noche: Kathleen. No es que Síle hubiera contactado con ella, pero quizá tenía la absurda esperanza de que algún amigo común se lo podría haber dicho, y que Kathleen habría pasado un minuto, sólo para desearle suerte, ofrecer algún tipo de perdón, o dejarla ir... como si la vida fuera así de sencilla.

Shay y Orla la acompañaron a casa para esperar el taxi que les tendría que llevar al sur de la ciudad, ya que la compañía dijo que podría tardar hasta tres cuartos de hora. Síle les hizo un té con tostadas.

—Es una historia fascinante —decía Shay—. Alguien de la campaña por los niños iraquíes me envió un recorte. El tipo compró una cinta sobre cómo hacer imitaciones de pájaros, y decidió concentrarse en los búhos. Probó los sonidos en su jardín: «juuu, juuu, tugüit, tuguuuu...». Y una noche oyó que un búho le respondía. Los dos sonaban idénticos, o al menos eso le parecía, y encontró excitante poder hablar con un pájaro, como un niño en un cuento de Grimm. Aunque por supuesto no tenía ni idea de si estaban intercambiando mareajes territoriales o sonidos de apareamiento, incluso.

El entusiasmo de su padre hizo sonreír a Síle.

—Continuó con aquello unos meses, hasta que una noche...

—Resultó ser su vecino, que también practicaba el canto del búho —terminó.

—Un verdadero soplagaitas era.

Shay frunció el ceño.

—Tendríaís que haberme parado.

—Me gustaba cómo lo contabas. Lo leí en Internet hace años.

—Pero era un artículo reciente que vi en la prensa —objetó.

Síle cabeceó.

—Es una leyenda urbana, papá.

—Ah.

Entonces lamentó haberle hecho sentir como un tonto.

—Lo cual no significa que nunca sucediera.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Orla cuando Shay subió las escaleras para ir a lo que llamaba «el excusado».

—Claro que lo estoy.

—Me preocupas.

—¿Yo? Todo va a salir estupendamente.

Orla estaba sentada en el mismo borde del sofá, con los ojos en la alfombra.

—Sé que piensas que eres como papá —dijo con voz ronca—, pero en realidad ella es también parte de ti, no lo olvides.

—¿Quién, mamá? —preguntó Síle confusa.

—Fue la mudanza lo que acabó con ella, aunque tardase ocho años. —Orla no levantó los ojos—. Tú siempre has preferido la versión oficial, vale, eso es lo que yo digo a la gente porque no es asunto suyo. Pero siempre me he preguntado, Síle: ¿de verdad te lo crees?

La fatiga invadía a Síle; deseó que viniera el taxi.

—¿De qué hablas? ¿Qué versión oficial?

—Venga ya —dijo Orla. Miró hacia las escaleras, pero no salía ningún sonido del retrete. Formó unas comillas con los dedos: «Nuestra hermosa madre murió de diabetes».

—Pero murió de diabetes.

En la voz de su hermana se hizo patente un tono de furia.

—Entonces, explícame lo siguiente: ¿cómo es posible que se arreglase sin problemas dos años después de que le diagnosticasen diabetes de tipo 2 y cuando nos vamos con papá de fin de semana largo cae en coma terminal?

A Síle le dolió la garganta.

—Los signos de bajón de azúcar en la sangre no siempre se notan; leí un artículo...

—Síle, vale ya. —Orla contó con los dedos—. Temblores, sudores, dolor de cabeza, mareos...

—¡Confusión! La confusión es uno de los síntomas principales...

—¿Sí? ¿Sin aviso? ¿De repente se sintió tan confusa que no se le ocurrió beberse un vaso de zumo? Llevaba caramelos en el bolso, en el coche, los ponía en el cajón de la cocina. Recuerdo que una vez cogí uno y papá me dijo que eran la medicina especial de mamá para emergencias.

—Estas cosas pueden pasar —dijo Síle casi tartamudeando.

—Sí, sobre todo a estrellas de rock colocadas —replicó Orla—. O a inmigrantes

deprimidas que se llevan a la familia al campo y se toman una dosis triple de insulina.

La impresión hizo que Síle no pudiera decir palabra. Entonces acercó la cabeza a la de su hermana.

—Eres una paranoica. Te lo estás inventando. ¡Sólo tenías cinco años!

—Lo suficientemente mayor como para darme cuenta de que mamá era una muerta viviente. Se puso gordísima, siempre estaba abotargada; ¿te has preguntado alguna vez por qué no hay fotos de ella en su último año? Yo volvía a casa del colegio aquel invierno y ella seguía en la cama. —Orla hablaba en un susurro rápido—. Cuando llegué a la adolescencia me imaginé que sólo hay dos opciones lógicas: o tomó demasiada insulina o se mató de hambre aquel fin de semana. Igual pensó que, si se enroscaba en la cama y no comía nada, no contaría como suicidio.

La palabra golpeó a Síle como un barco que encalla.

El sonido de la cisterna, el grifo abierto. Las hermanas se quedaron mirándose sin parpadear.

Shay bajó las escaleras con cuidado.

—He de decir que la casa está mucho mejor sin todos los trastos que tenías.

—A que sí... —consiguió articular.

Un claxon de la calle y ella apartó la persiana. Había llegado su taxi. Orla la abrazó con demasiada fuerza y murmuró algo sobre volver a verse para comer a principios de semana. Síle se apartó sin decir una palabra.

En cuanto se quedó sola, llamó a Jude y le contó la historia con voz temblorosa.

—¿Cómo puede ser que no me diera cuenta?

—¡Tenías tres años!

—Quiero decir, al recordarlo. Supongo que me encantaba la sonriente imagen de mamá que tenía en la cabeza, y que el amor nos hace estúpidos.

—Cariño...

—No es que quiera creerlo, pero la verdad es que todo tiene sentido de manera mórbida —dijo Síle empezando a sollozar—. Tiene que haber sentido que algunas partes de sí misma empezaban a desmoronarse en cuanto tomó tierra. Se hizo a la casa familiar de papá con todos los vecinos espíandola entre los setos; se convirtió al catolicismo, dejó de hablar malayalam, se hizo menos hindú cada año. Tiene que haber sentido que... se marchitaba.

—Un segundo. Aunque fuera verdad...

—Tiene que ser verdad, maldita sea —gritó—. Orla siempre dice que mamá estaba tan deprimida que se pasaba el día en la cama. ¡Es demasiada coincidencia que cayera en coma justo cuando estábamos fuera de casa!

El tono de Jude era razonable.

—Lo que me gustaría saber es por qué tu hermana te soltó la bomba esta noche precisamente, entre todas las noches de tu vida.

—Estaba avisándome.

—¿De qué? ¿Que si emigras estarás condenada a la desesperación como tu mamá,

por mucho que las circunstancias sean total y absolutamente distintas?

Síle sintió la rabia como saliva entre los dientes.

—A mí lo que me parece es que Orla te está castigando por irte.

—No lo entiendes...

—Lo que...

—Mira, has ganado, ¿vale? Voy a dejar toda mi familia por ti; no los insultes también.

Un silencio tan estruendoso como una bofetada.

—Lo siento —dijo Síle no del todo sincera.

—No quería entrometerme. Siento de verdad lo de tu madre, si es cierto.

—Olvídalo. Treinta y siete años después, ¿qué importa?

—Suenas cansada —dijo Jude un minuto después—. Duerme un poco, amor mío.

—Mmm.

Síle apagó las luces, pero antes de acabar de subir la escalera tuvo que detenerse. Su cabeza era un nido de avispas. Quería gemir sobre Sunita Pillay, la glamurosa auxiliar de vuelo de la India que había dejado todo lo que conocía por un barrio verde y lluvioso de Dublín: había seguido a su hombre, se había ido al exilio, dejando su país y a su familia y amigos, en la mejor tradición femenina. Lo había hecho todo por amor y había descubierto que el amor no era suficiente para subsistir después de todo.

Síle pensó en la «cueva con una sola entrada», en la «isla con un solo puerto», y sintió pánico como una ola que se estrellaba contra su cabeza. El muñeco de nieve se fundía sobre la alfombra. Síle parecía sentir el cuchillo en los dedos y escuchaba los graznidos de los pájaros al lanzarse en picado.

Localizadores

Nuestra naturaleza se basa en el movimiento.

PASCAL, «Pensées»

Las últimas hojas amarillas se aferraban a las ramas que golpeaban la ventana de Jude: Perséfone había regresado al submundo. Jude siempre había esperado con ansia la primera nevada del invierno, y aquí estaba.

En el fondo de un cajón de la cocina se encontró unos marcos de plata, pequeños y pesados. Llamó a casa de su vecino, el doctor Peterson, para preguntar qué eran.

—Son localizadores, tonta, para tarjetas. Guárdatelos para cuando celebres una cena en casa. Igual tendrías que hacer una para dar la bienvenida a Síle: ¡una cena de aterrizaje!

—Quizá para Año Nuevo —dijo Jude, sonriendo.

El pueblo tenía el aspecto de un escenario preparado pero vacío. Jude no hacía más que mirar en derredor y pensar: «Síle hará esto, le gustará aquello, odiará lo de más allá». A veces podía verlo, era casi plausible, y vecinos como Bub parecían habérselo tomado como un hecho de la vida que la hermosa amiga de Jude se mudara al 9 de la Calle Mayor. En algunos momentos, pensaba de manera paranoica cosas como «Pasaré un invierno y se marchará».

Mientras quitaba la nieve, evitando la presión en su muñeca todavía débil, vio a Rizla venir por la calle como surgiendo de un resplandor blanco.

—Hey, ¿cómo va la *jet-set* Barbie?

No le habían importado aquellas bromas desde Detroit. Sabía que la batalla acabó en cuanto tomó el teléfono para hacer que Síle viniera.

—Tiene que estar preparando la maleta.

—Seguro que le has hecho vudú a esa tía. Emigrar es más de lo que yo estaría dispuesto a hacer.

—Tú has dado la vuelta al mundo —señaló Jude.

—Sí, pero volví a casa. ¡El aterrizaje del águila!

—¿Y nunca vivirías en otro sitio?

Rizla negó con la cabeza.

—Sólo porque no cace o cultive la tierra, eso no significa que no considere éste mi territorio. Un judío es un judío hasta en las Bahamas, pero un mohawk fuera de casa simplemente estaría desorientado.

—De hecho, eso es un término de genealogía —le dijo Jude, y cuando él la miró sin comprender, explicó—: Un desorientado es alguien que aparece en la documentación histórica muy lejos de donde empezó. Rellenamos impresos en una base de datos... «joven varón» —improvisó—, «Michael Buchanan, verruga en el

párpado izquierdo, murió en un accidente de trilladora, Seaforth, 1893», y de repente alguien en Ayrshire ha encontrado a su tataratío Mick.

—Ah. Mira qué bien. Supongo. Por cierto —dijo Rizla—, ha llegado el dictamen.

—¿Qué dictamen?

Él sacudió el zapato izquierdo.

—¡Después de tantos años! ¿Cuándo lo has sabido?

—Hace algún tiempo. Tendría que ser suficiente para despegarnos.

—Fantástico —exclamó Jude sorprendida—. «¿Hace algún tiempo? ¿Cuándo tomó la decisión de hacer esto?».

—Tu chica estará contenta.

—Ajá. Ahora tendré que conseguir mi parte —dijo visualizando la expresión del director de su sucursal.

Él la detuvo con un gesto.

—No, ya está todo hecho; la semana pasada hablé con el abogado. Le dije que quería el divorcio porque tú eras un cacho camionera —anunció con gusto—, pero al parecer sólo necesitamos una declaración de que hemos vivido separados todo este tiempo.

—Podrías haber comprado algo que quisieras de verdad, como un televisor de pantalla plana gigante.

—Créeme, quería esto. —Cantó en falsete, imitando a alguien que se lava el pelo —: *I'm going to wash that girl right out of my hair...*

Como si lavarse el pelo fuera suficiente, pensó Jude. Ella y Rizla siempre estarían ligados, de una u otra manera. Recogió de nuevo su pala, y rascó para quitar la nieve del sendero.

—Síle aterriza la semana que viene, ¿eh?

—El martes —le dijo con una sonrisa tan veloz como un pez.

* * *

Jude estaba distraída. Se sumergió en el catálogo, pero le preocupaba la visión periférica: cada documento parecía tratar de viajes o de amor. Matrimonios escandalosos entre católicos y protestantes; la expulsión de los acadianos de la Nueva Escocia del siglo XVIII; anuncios ruidosos para convencer al público de que el Canadá septentrional era el nuevo paraíso terrenal. En una colección de juegos para muchachas de 1922, Jude se encontró una descripción de lo que claramente era un yoyó pero que el documento denominaba «emigrante». Las detalladas instrucciones de uso terminaban de la siguiente manera:

—De hecho volvería a tu mano, sólo que una parte del impulso queda destruido por la fricción y la resistencia del aire.

Jude descansó la cabeza en sus brazos cruzados y reflexionó sobre aquello.

En el tablón de anuncios fuera del museo, colgó el último cartel con la siguiente

información:

Entradas del registro de delitos de los Assize en el condado de Huron

- *Hockey, Hubert: falsificación de billete, 1863.*
- *Jardine, John: intento de conocer carnalmente a una menor de catorce años, 1894.*
- *Johnston, Marshall: acoso, 1861.*
- *McKeegan, Malcolm: bestialismo, 1862.*
- *Naebel, Doris: desprenderse ilegalmente de un cadáver, 1923.*
- *Pratt, John: obstrucción del uso libre de las vías, 1893.*
- *Sturdy, John: voto ilegal, 1882.*

Sturdy, aquel nombre le sonaba. ¿No se casó uno de los Malones con un Sturdy unas cuantas generaciones atrás? En fin, al pobre diablo se le acusaba de voto ilegal, no de bestialismo.

Una bandada de gansos canadienses cruzó en formación, graznando tristemente. Pájaros idiotas, ¿no sabían que se acercaba la Navidad? Ya tendrían que estar en Carolina del Sur. ¿Qué hacían por aquí a estas alturas revoloteando todo el día? ¿A qué esperaban?

En el buzón, Jude encontró una carta de la fundación para la que Síle y ella habían escrito la solicitud el pasado mes de julio. Desgarró el sobre, en los escalones cubiertos de nieve. Las frases la golpearon como si fueran dardos.

En la situación actual, las limitaciones presupuestarias son tales... El que de verdad haya necesidad urgente para otro pequeño museo dedicado a la historia de los condados de Perth y Huron, dado que...

Mirando a su alrededor vio el blanco centelleante que lo cubría todo como una parodia de una felicitación navideña. Le dolía la muñeca. Sabía que tenía que hacer algunas llamadas, convocar una reunión del museo. Podía predecir el modo en que Jim McVaddy la criticaría por su fracaso, y cómo Glad Soontiens intentaría que todo el mundo se calmase.

Lo terrible era que no le preocupaba. O mejor dicho, que sin duda estaba destrozada por la negativa de financiación de la fundación, pero lo importante era que estaban a catorce de diciembre y el día siguiente era el «Día de Aterrizaje». Así que en su cabeza sólo había espacio para un pensamiento, Síle. Síle que cruzaba las puertas corredizas del aeropuerto Pearson de Toronto, con su gata y sus maletas; Síle que venía para quedarse; Síle sin limitaciones, un milagro hecho carne.

«No hace falta contar a nadie lo de esta carta todavía —pensó Jude—. Convocaré

la reunión para Año Nuevo; ya pensaremos en algo. Nuevas estrategias de financiación, contribuciones de la comunidad...», pero para entonces su mente se había posado en Síle con sus botas altas forradas de piel, caminando vivaz por la Calle Mayor.

El martes por la tarde Jude estaba en la puerta de Llegadas, con las manos sujetas con fuerza a la barrera. Su corazón marcaba el ritmo como un reloj en una habitación donde alguien intentaba dormir. Ella y Síle se habían dejado mensajes en los contestadores durante los últimos días, pero no habían conseguido hablar. Jude llevaba esperando cuarenta minutos; dicho de otro modo, llevaba un año esperando. Estaba paralizada, tan pasiva como un fantasma.

Otros pasajeros de Heathrow salieron y recibieron cariñosos recibimientos. Al principio, a Jude le agradó verlos. Luego empezó a irritarle cualquier cara que no fuera la de Síle. Poco a poco, la multitud se dispersó, y la corriente de pasajeros se convirtió en un goteo.

—Perdone —preguntó a un hombre con un maletín—, ¿viene usted de Heathrow? Movimiento de cabeza negativo.

—Bonn.

Jude se instó a sí misma a no agobiarse. «Tiene que estar de camino, compró el billete hace un mes». Pero aquello no era prueba de nada, ahora que Jude lo pensaba. No era ni siquiera un trozo de papel: Síle siempre compraba por Internet. Simplemente unas cuantas letras y números en algún sitio de la web, una secuencia o código frágil.

Continuó sin moverse otros quince minutos, hasta que todos los pasajeros de Bonn desaparecieron. Se aferró a posibilidades racionales. A Síle la estaban sometiendo a un interrogatorio en inmigración después de responder a la pregunta «¿Cuánto tiempo tiene planeado permanecer en Canadá?» con «¡Para siempre!». No, los oficiales de aduanas simplemente estaban rebuscando entre su equipaje con detectores y perros; Jael le habrá metido cocaína en la maleta. O igual Síle seguía en la cinta de equipajes, esperando una maleta que le faltaba en la que había metido su ropa favorita. A menos que hubiera enfermado y se hubiera encerrado en un retrete. O que hubiera salido y hubiera pasado de largo sin ver a Jude.

Pensó que estaba siendo absurda. Esperó, con las rodillas rígidas, otros diez minutos. Luego salió en busca de un teléfono para comprobar su contestador por si Síle había dejado un mensaje.

Al salir del aeropuerto mientras el crepúsculo se cernía sobre ella, Jude sintió que el frío le mordía la nuca, se le metía entre los puños, le dejaba los dedos insensibles dentro de los guantes. Habló para sí en tono conciliador, como alguien que se encuentra junto a la barandilla de un puente. El hecho de que Síle no iba en aquel vuelo, porque algo había pasado en el último minuto, no significaba que no iría en otro vuelo a Toronto otro día. «Se ha acobardado, eso puede ser. No pasa nada. Llamará esta noche». Pero el corazón de Jude era un guijarro.

Fuera de Stratford sintió el hielo negro que había bajo las ruedas fracturarse, y antes de que pudiera ralentizar, había empezado a resbalar. Lentamente, con cierta elegancia, el Mustang perdió el control. Se inclinó sobre el volante, cerró los ojos en la oscuridad. El coche se detuvo y entonces los abrió; ahora miraba hacia la dirección de la que había venido. Cuando bajó la ventanilla y miró al exterior, la rueda trasera estaba al borde de una zanja llena de nieve. El camino seguía vacío. Jude sabía que podía haber muerto, pero no le preocupó. Dio la vuelta al coche y continuó hacia casa.

Al llegar no había mensaje. Jude no marcó el número. ¿Qué iba a decirle? «Estaba en el aeropuerto, tú no» era redundante. «¿Dónde estabas?» era melodramático. Se hizo una cafetera de expreso y se sentó en el suelo junto a la cocina a leña, intentando entrar en calor. Los granos de café habían estado demasiado tiempo en el congelador, podía notar que se habían quemado; ahora conocía la diferencia.

Con el cansancio invadiéndole hasta los huesos, se recostó en el sofá y esperó. Se sentía vacía; no era más que anhelo. Había una línea del Jeremías que le rondaba la cabeza sin cesar: «No hay esperanza; no; pues he amado a extraños y tendré que ir tras ellos». Pero Jude no podía ir a ningún sitio: sólo podía quedarse donde estaba, tendida como un fósil en la casa que la había visto nacer.

En tres días, Jude no había salido a la calle.

Gwen dejó un mensaje dando la bienvenida a la nueva canadiense, e invitándolas a las dos para que vinieran a ver su partido de hockey, porque las Stratford Devillettes habían llegado a cuartos de final. Rizla había dejado otro más procaz, animando a Síle y Jude a «dejar de joder algún día» y pasarse por el bar. Había otros mensajes, relacionados con rifas y ferias navideñas a las que Jude supuestamente tenía que ir; los borró todos.

No sentía la necesidad de decir a nadie lo que había sucedido. ¿Qué podía anunciar? Nada; un fracaso; una página en blanco. No se podía hablar de divorcio sin matrimonio. No se podía hablar de abandonar el hogar hasta que no se produjese una mudanza. Sólo una especie de separación, como el silenciamiento abrupto de una melodía. Sólo su vida fracturándose como un diente podrido.

Los sentimientos predecibles la invadieron: dolor, ira, miedo; pero también desaparecieron. Jude se dio cuenta de que ni siquiera podía culpar a Síle por no presentarse; el proyecto en sí había sido una fantasía. Síle no la llamaba, pero ¿acaso no era aquello lo mismo que ella le había hecho a Síle en octubre? Todo era cuestión de tiempo, suponía. Habían perdido el momento; la batuta había caído de sus dedos al suelo.

Para pasar el rato, miraba mucho por la ventana. Irlanda tenía un aspecto extraño, ficticio; una vieja foto rota, una siniestra ciudad fantasma... «¿Qué hago aquí a los veintiséis?». Jude sintió una náusea repentina. Aquellos pobladores tan pragmáticos la habrían despreciado por aferrarse a su casa. Llevaban su nostalgia igual que

llevaban fotos enmarcadas y joyas familiares, pero no dejaban que aquello interfiriera.

Un lugar no era nada por sí solo; ahora lo sabía; sólo la gente podía moldearlo para darle significado. No había entendido los viejos mitos. Fue cuando Sedna había intentado volver a casa cuando perdió los dedos; fue cuando tocó su tierra natal cuando Oisín sintió que la carne se le marchitaba. No podías permanecer en el útero: tenías que salir de viaje.

No es que Jude tuviera, en aquel momento, la energía para salir siquiera al ultramarinos a comprar leche.

No tenía ganas de ir a trabajar tampoco. ¿Qué importaba si el museo abría hoy, o mañana o si nunca más abría? No rompería el corazón de nadie. Quizá con gran esfuerzo por parte de los voluntarios y del comité podía continuar uno o dos años. Pero la verdad era que existían museos más grandes que trataban de los mismos temas y lo hacían mejor. De no haber sido por la tozudez de Jim McVaddy sobre los términos de la donación, el museo ni siquiera habría llegado a existir; su colección habría estado mejor en Goderich o en Stratford.

Jude tomó un baño, para matar media hora; luego se tendió en el sofá de nuevo y cerró los ojos. Síle se paseaba por la alocada arquitectura de sus sueños, sus manos señalaban umbrales o pasillos o precipicios, sus labios color ciruela se movían en silencio.

Cuando el teléfono sonó estridente, Jude se despertó en la oscuridad. No tenía ni idea de qué noche era. ¿Sábado? El timbre cesó, pero a tientas llegó a la mesa del salón y escuchó el mensaje.

Lo primero que oyó fue el silencio, pero adivinaba quién no hablaba; habría reconocido el sonido de la respiración de aquella mujer en cualquier lugar.

—¿Jude? Soy yo. Mira... volveré a intentarlo enseguida. Por favor, por favor, coge el teléfono.

Jude colgó y se quedó muy quieta, conteniendo la respiración. Estaba mareada y tenía mal sabor de boca. Cuando el teléfono volvió a sonar lo cogió con tanta fuerza que se golpeó la mejilla.

—Seguro que piensas que soy un monstruo —dijo Síle, tan cercana, con tanta claridad.

Parecía que había pasado un año desde que Jude había oído esta voz. No podía decir una palabra.

—Llevaba tiempo sin dormir —dijo Síle—. No hacía más que decirme a mí misma que se me pasaría cuando estuviera contigo. Estaba lista para partir el martes por la mañana, había llamado un taxi. Y entonces... simplemente no pude.

—Lo sé —susurró Jude.

Soltó aire.

—Cariño —dijo Síle, y la palabra era como fresas aplastadas—. Te he echado de menos. Siento no haber aparecido. Lo siento mucho.

Un mareo invadió a Jude desde los dedos de los pies al cuero cabelludo.

—No pasa nada —respondió, todavía ronca. Y entonces, para evitar que la llamada terminase se apresuró a decir—: ¿Sabes?, no quería empujarte al lío de la emigración. Podemos dejarlo estar.

—¿Dejarlo estar?

—De momento, por lo menos. Pienso en mudarme.

—¿Mudarte? —exclamó Síle—. ¿Mudarte adónde?

—El museo... hay una clara posibilidad de que no dure mucho más —dijo Jude—. No hace mucho mi antigua jefa dijo que iban a salir unos trabajos en Toronto, que me daría buenas referencias. —Improvisaba, pero era todo cierto—. ¿Y qué te parece..., podría hacer eso el salto más fácil para ti si encontramos un punto medio? Entre Dublín y aquí —explicó cuando Síle no respondió—. ¿Podrías imaginarte viviendo en Toronto?

—Sí, pero ¿hablas en serio?

—¿Por qué no? Supongo que me podría acostumbrar a una ciudad si tú te acostumbras a un nuevo país. —Jude apoyó la cara contra la fría madera del pasamanos—. Síle, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Pero voy demasiado deprisa; vamos a dejarlo de momento. Es suficiente oír tu voz. Lo que tienes que comprender es —continuó Jude, atropellándose al hablar— que siento lo mismo por ti sin importar dónde estés.

—¿De verdad?

—Desde el día que te conocí... —su voz temblaba—, desde el primer día, has sido la única que...

Risa tranquila.

Jude nunca supo qué pequeño ruido la hizo volverse y mirar por el cristal de la ventana de la puerta, pero acercándose por el sendero vio a Síle, hablando por su artilugio. La maleta hacía un surco, la gata iba en su jaula, los copos de nieve se le enganchaban en el pelo.

Notas

[1] Código del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. (*N. del T.*) <<